

LA CIUDAD DE LAS IDEAS
GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE
LA MODERACIÓN POLÍTICA



REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

**LA CIUDAD DE LAS IDEAS
GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE
LA MODERACIÓN POLÍTICA**

**DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. D. BENIGNO PENDÁS GARCÍA**

SESIÓN DEL DÍA 2 DE DICIEMBRE DE 2014
MADRID

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Plaza de la Villa, 2
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-354-2

Depósito legal: M-33002-2014

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. “TODO RECUERDO ES PRESENTE”: MEMORIAS Y GRATITUDES	9
---	---

PROTAGONISTAS

I. INTELLECTUALES SIN ARGUMENTOS	17
1. Náufragos del Tiempo-Eje	19
2. De presocráticos a postmodernos	24
3. En un umbral de épocas	43
II. POLÍTICOS SIN RESPUESTAS	49
1. Profesión y vocación	51
2. Los líderes y su entorno	61
3. <i>Minipopulus</i> en la Red	72

ENCRUCIJADAS

III. COMERCIO CONTRA VIRTUD: UNA DEMOCRACIA POSIBLE	79
1. El Comercio como límite del despotismo	81
2. Democracia moderada, la mejor <i>politeia</i>	92
3. Historia de las Ideas: apología con matices	100
IV. VIRTUD CONTRA COMERCIO: UNA DEMOCRACIA IMPOSIBLE	111
1. ¿Nos debe importar a todos la política?	113
2. Democracias con adjetivos	123
3. Teoría Política normativa: crítica con matices	128

EJEMPLOS

V. TUCÍDIDES O EL REALISMO IMPLACABLE	139
1. Política en perspectiva histórica	141
2. Entre Atenas y Esparta	148
3. Melos, apoteosis del realismo	157
VI. HARRINGTON O EL IDEALISMO ESTÉRIL	165
1. Utopía no es política	167
2. Instituciones de diseño	175
3. Campeón del republicanismo cívico	182

ARGUMENTOS

VII. IDEOLOGÍA O EFICIENCIA	191
1. Los intelectuales inventan las ideologías	193
2. Los expertos prefieren la eficiencia	208
3. Los ciudadanos miran perplejos	214
VIII. ELOGIO DE LA MODERACIÓN	219
1. La moderación como forma de vida	221
2. Alabanza del justo medio	226
3. Una política para las clases medias	234
EPÍLOGO PARA ESPAÑOLES	245
1. Alegato contra el pesimismo	247
2. La hora de los mejores	252
3. Eterno debate territorial	262
DISCURSO DE CONTESTACIÓN	271

INTRODUCCIÓN

**“TODO RECUERDO ES PRESENTE”:
MEMORIAS Y GRATITUDES**

Señor Presidente,
Señoras y Señores Académicos:

Inspirado por un viejo texto de Balzac, Bertrand de Jouvenel utiliza un ejemplo muy apropiado para la circunstancia que hoy nos reúne. Todo hombre, dice el autor de *El Poder*, se siente alguna vez “un novato en el seno de una sociedad preexistente” y tiene la sensación de actuar como “advenedizo solitario, expuesto a errores ridículos o desastrosos”. Esta sensación, prosigue, “afecta incluso al hombre maduro, poseedor de un nombre más o menos famoso, que acaba de ser elegido por la Academia francesa”. *Ego en el Reino Ajeno*, lo llama Jouvenel, y extrae de esa imagen consecuencias muy relevantes para su teoría de la acción política. La principal es que Ego se apresura a firmar una suerte de contrato de adhesión con la sociedad que encuentra ya constituida. Pues bien, señores académicos: vuestra generosidad me permite acceder a esta ilustre Corporación y vuestra benevolencia hace que me sienta recibido con afecto, cordialidad y amistad. Debo corresponder a todo ello con el compromiso de hacer honor a una responsabilidad que asumo con legítimo orgullo.

Un historiador de las ideas políticas, educado en la escuela del maestro Díez del Corral, no puede imaginar mayor reconocimiento a su trayectoria intelectual que formar parte de esta Real Academia. En la estela de Heródoto, tal vez una peripecia singular puede reflejar mi estado de ánimo mejor que una larga disquisición. He aquí mi pequeña historia, en torno a un ejemplar de *El rapto de Europa*, edición de Alianza de 1973, que conservo (y deseo conservar) en estado de manifiesto deterioro, producto de varias lecturas y demasiadas glosas marginales. Hago constar que lo compré en Las Palmas de Gran Canaria, en enero de 1974, hace ¡más de cuarenta años! La memoria me remite a los días de Navidad y Año Nuevo de un joven estudiante de primer curso de Derecho y de Ciencias Políticas en Madrid. El destino profesional de mi padre nos llevó desde Asturias a Barcelona, mi ciudad natal; de allí a Santander y (en aquellas fechas) a las Canarias; todavía después a Ali-

cante y por último, Madrid, donde iba a desarrollar mi vida personal y profesional. Recuerdo bien el escaparate de la librería. La imagen llamativa de la cubierta: cómo no, el célebre lienzo de Antonio Carracci con la doncella siria raptada por el toro cretense. El precio está reflejado a lápiz con el trazo firme del librero: ¡doscientas pesetas! En fin, el nombre del autor, entonces desconocido para mí: Luis Díez del Corral. Cada vez que cruzo la mirada con su retrato en esta Torre de los Lujanes me acuerdo de este secreto confesable, que hasta hoy solo había contado a Gemma, a Pablo y Álvaro y a unos pocos amigos muy cercanos. Con el tiempo, asistí en esta Casa al homenaje a Don Luis que presidieron Sus Majestades los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía. Más adelante, participé en una sesión conmemorativa del centenario, organizada por Salustiano del Campo, bajo la presidencia de Marcelino Oreja. Mi contribución se titulaba, precisamente: “*El Rapto de Europa. Perspectivas desde el siglo XXI*”. Tal vez tiene razón Mircea Eliade cuando sitúa al mito del eterno retorno como centro y eje de nuestras vidas.

Llega el momento de cumplir como merece con una noble tradición que reclama un recuerdo singular a mis antecesores en esta medalla número diez, cuyo legado exige gran esfuerzo para no desmerecer en exceso. El primer titular fue Fernando CALDERÓN COLLANTES (Reinosa, 1811 - Madrid, 1890), político distinguido durante los reinados de Isabel II y Alfonso XII, ministro varias veces, presidente del Supremo, senador y diputado. Cercano políticamente a Cánovas, Calderón recibió el título de Marqués de Reinosa y la orden del Toisón de Oro, dejando huella muy positiva en su paso por esta Real Academia.

Le sigue una personalidad de gran fuste intelectual, Gumersindo DE AZCÁRATE Y MENÉNDEZ (León, 1840-Madrid, 1917), catedrático ilustre, republicano y moderadamente progresista, presidente del Instituto de Reformas Sociales. Hombre de la Institución, el académico leonés dejó obras de referencia en la historia de nuestro Derecho público, con dos títulos destacados: *El selfgovernment y la monarquía doctrinaria* (1877) y *El régimen parlamentario en la práctica* (1885), una pieza de alto valor doctrinal y también de profunda crítica ideológica hacia el sistema canovista.

Azcárate dejó su plaza a otro institucionista, José MANUEL PEDREGAL Y SÁNCHEZ-CALVO (Oviedo, 1871-Avilés, 1948). Vinculado con el Partido Reformista de Melquiades Álvarez, fue diputado y fugaz ministro de Hacienda en el gabinete de crisis formado tras el desastre de Annual. Presidente de la propia Institución Libre de Enseñanza, lo fue también por

breve tiempo del Consejo de Estado durante la Segunda República. Murió nuestro académico en Avilés, la ciudad en la que dejó lo mejor de su obra como político y como vecino querido y admirado por sus paisanos.

Le sucedió otro asturiano, Valentín Andrés ÁLVAREZ Y ÁLVAREZ (Grado, 1891–Grado, 1982), a quien tuve el privilegio de escuchar en esta Casa en su respuesta al discurso de recepción de Juan Velarde Fuertes, en sesión solemne celebrada el 21 de noviembre de 1978. Todo queda en tierras de Don Pelayo. Era yo por entonces un joven licenciado y acompañé con emoción a mi querido padre (q.e.p.d.), amigo desde la infancia del nuevo académico por el origen común en la villa de Salas. Don Valentín Andrés era de “Grao”, como allí se dice sin distinción de clases ni de estudios. Aunque nació y murió en el concejo vecino, era dueño en Salas del palacete de Dóriga, donde alguna vez alojó a Federico García Lorca y a las gentes de “La Barraca”. No es tarea sencilla resumir el espíritu universal del maestro. Basta recordar que, siendo estudiante, siguió lecciones de Astronomía con Blas Cabrera y de Metafísica con Ortega. Bajo el magisterio de Flores de Lemus, se formó en la pujante ciencia económica donde alcanzó los máximos reconocimientos, como catedrático en Oviedo y en Madrid y decano durante muchos años de la Facultad de Políticas y Económicas. Los académicos José Luis García Delgado y Julio Segura fueron en su día los coordinadores de un merecido homenaje al ilustre profesor. Pero no hay que olvidar, por supuesto, su faceta literaria, que alcanza el ámbito de la narrativa, la poesía y el teatro, así como su “guía espiritual” de Asturias y otros textos relativos a la tierra natal, allí donde, según decía, “en el principio, fue la manzana”.

El tracto continuo de esta medalla nos sitúa ante Luis Ángel Rojo DUQUE (Madrid, 1934–Madrid, 2011), otro economista de relevancia excepcional, catedrático de Teoría Económica de la Universidad Complutense y Técnico Comercial del Estado. Su mandato como Gobernador del Banco de España entre 1992 y 2000 ha merecido un reconocimiento general por el diseño de una política económica adaptada a una nueva época y por su contribución al fortalecimiento de nuestro sistema financiero. Hombre de la casa, fue Director General de Estudios y luego Subgobernador del Banco de España, contribuyendo en su etapa como máximo responsable a la puesta en marcha de la ley de autonomía del organismo y al surgimiento de la moneda única europea.

Su libro *Renta, Precios y Balanza de Pagos* es un hito en la Teoría Económica, lo mismo que sus monografías sobre Keynes. Premio Rey Juan Carlos de Economía y doctor *honoris causa* por Alicante y Alcalá,

Rojo hizo honor a la tradición de los grandes economistas ilustrados. Ingresó en esta Real Academia en 1984, con un discurso sobre el citado Keynes, respondido en nombre de la corporación por José Castañeda Chornet. Fue también académico de la Española, donde ocupó el sillón “f” (minúscula), con un discurso de ingreso sobre el Madrid galdosiano, fiel reflejo de sus muchos saberes e inquietudes. Consejero del Banco Santander hasta su fallecimiento a los 77 años, en 2011, el profesor Rojo dejó un legado profesional de primera magnitud y una imagen solo al alcance de quienes suman a la *potestas* esa *auctoritas* que únicamente reconocemos a los mejores.

Junto a los predecesores, quiero citar muy especialmente a quienes han tenido la deferencia de presentar mi candidatura: Salustiano del Campo Urbano, Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón (que añade la generosidad de asumir la respuesta a este discurso en nombre de la Corporación) y Santiago Muñoz Machado. Mi admiración intelectual por todos ellos data ya de mucho tiempo atrás. Ahora se suma la gratitud debida a quienes depositan en mí ese valor moral inestimable que se llama confianza. Este sentimiento se extiende a todos los académicos, con una especial mención, por razones fácilmente comprensibles, para Dalmacio Negro Pavón, director de mi tesis doctoral sobre Jeremy Bentham, que defendí en la Universidad Complutense un ya lejano 23 de octubre de 1987 ante un tribunal integrado, entre otros, por Antonio Truyol y por Luis Díez del Corral.

Debo añadir algo más en esta hora de memorias y gratitudes. Como Director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales quiero dejar constancia, con emoción y respeto, de los distinguidos titulares de esa responsabilidad tan honrosa que fueron miembros de esta Real Academia. Por orden cronológico, como Directores del Instituto de Estudios Políticos: Alfonso García-Valdecasas, Fernando María Castiella, Francisco Javier Conde, Manuel Fraga Iribarne, Jesús Fueyo Álvarez (en dos etapas) y Luis Legaz Lacambra. A su vez, lo fue Francisco Murillo Ferrol cuando el organismo se llamaba Centro de Estudios Constitucionales. La calidad de las instituciones se mide por las personas que sirven a sus fines. Por eso, tal relación de intelectuales de máximo rango define el significado histórico del antiguo Instituto al que hereda el actual Centro.

Me honra también la condición de letrado de las Cortes Generales, Cuerpo de juristas al servicio de la institución parlamentaria cuyo origen se remonta nada menos que a las Cortes de Cádiz. Al servicio del Parlamento significa, literalmente, de la España constitucional, a la que

por formación y por vocación he dedicado y dedicaré siempre lo mejor de mi vida profesional. Entre los letrados que fueron académicos quiero mencionar expresamente, además del ya citado Manuel Fraga, a dos juristas tan relevantes como Nicolás Pérez Serrano y Fernando Garrido Falla. Tengo siempre presente al gran constitucionalista cuando presido, como Director del CEPC, el jurado del Premio que se otorga anualmente a la mejor tesis doctoral en la materia. A su vez, el notable administrativista fue nombrado Letrado Mayor de las Cortes cuando estaba yo recién ingresado. Valgan estas referencias para dar testimonio de la importancia que tiene en mi trayectoria la profesión de letrado.

Termino ya estas apresuradas menciones. Cuando leo la relación histórica de académicos, encuentro nombres que han sido familiares en algún momento de mi vida. Citaré únicamente a unos pocos, ya fallecidos. Manuel Alonso Olea, amigo de la familia, cuyo discurso de recepción, *Alienación. Historia de una palabra*, conservo con una generosa dedicatoria. Iñigo Cavero Lataillade, profesor mío que fue y luego colega y amigo en la Universidad CEU San Pablo. En fin, Antonio Truyol y Serra, maestro muy admirado y querido, sabio y bueno en el sentido más noble de tan hermosas palabras.

Concluyen aquí estas evocaciones personales. Como siempre, los poetas expresan los sentimientos mejor que nadie. El discurso comienza con Cavafis y concluye con Eliot: la Ciudad de las Ideas como Ciudad Irreal. Entre uno y otro, procuro reflexionar sobre la política vista desde la Teoría Política, acaso la disciplina académica que menos ignoro. Pretendo así dar cumplimiento al artículo primero de los Estatutos de esta Real Academia, “ilustrando las cuestiones de mayor importancia, trascendencia y aplicación, según los tiempos y las circunstancias”. Salen por ello al encuentro del lector los *protagonistas* (intelectuales ofuscados y políticos desconcertados); las *encrucijadas* (Comercio o Virtud; democracia posible o democracia imposible); los *ejemplos* (Tucídides o el realismo; Harrington o el idealismo); las *alabanzas*, previos los obligados argumentos, a la prudencia política y la sobriedad intelectual; en fin, el *epílogo para españoles*, un tributo necesario desde esta Docta Corporación a una gran nación histórica que se llama España. No es fácil la tarea de defender la moderación que (tal vez por azar, destino y carácter, diría Dilthey) orienta mi manera de entender el mundo. Nunca lo ha sido, pero mucho menos en estos tiempos postmodernos, donde es posible que la lechuza de Minerva haya perdido la brújula y confundido el rumbo en algún cruce de caminos.

Pero hablaba de poetas, y falta por reconocer la deuda con el gran Federico Hölderlin, autor de *El archipiélago*, el poema más emocionante sobre la Hélade y sus hazañas. Ahí está el origen de nuestra civilización, imperfecta, pero admirable, la menos injusta de la historia. Al genio de Tubinga, atrapado durante media vida por la pérdida de su luz, debo el rótulo que preside estas memorias y gratitudes: “Todo recuerdo es presente”.

PROTAGONISTAS

I. INTELLECTUALES SIN ARGUMENTOS

1. Náufragos del Tiempo-Eje

El título de este discurso rinde homenaje a un hermoso texto de Constantino Cavafis, el poeta de Alejandría. Dice así, con evidente inspiración neoplatónica:

Para pisar este peldaño/
has de ser ciudadano,/
en su plenitud de derechos,
de la Ciudad de las Ideas./
Y es difícil estar en esa ciudad/
y raro que en ella te censen (...)¹.

Pero he aquí que, desde esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tropezamos ya en el primer momento con una grave dificultad. En efecto, los habitantes *iure proprio* de la Ciudad de las Ideas son las figuras geométricas, esa metáfora de la eternidad que los hombres han inventado, como decía Ernesto Sábato². La eternidad nos seduce precisamente por su condición supraterrrenal. Nosotros, en cambio, estamos constreñidos sin remedio por el espacio y el tiempo, las categorías *a priori* kantianas de la sensibilidad, externa e interna, respectivamente. En efecto, la política es otra cosa. Solo existe en el ámbito falible y limitado de la contingencia, porque nuestros conceptos no viven en un laboratorio aséptico y la realidad del poder se proyecta siempre aquí y ahora, desplegando la eficacia constitutiva de las normas, es decir, creando realidades donde antes no existían. El término “hipotenusa” deja indiferente al triángulo rectángulo. En cambio, llamar “nación”, “nacionalidad” o “región” a un determinado territorio produce consecuencias

¹ Constantino F. CAVAFIS, *El primer peldaño* (1899). Cito por la versión española de Pedro Bádenas, en *Antología poética*, Alianza, Madrid, 2002, pág. 173.

² Ernesto SÁBATO, *El escritor y sus fantasmas*; en especial, el primer epígrafe, “Algunos interrogantes”, Seix Barral, Barcelona, 2014, pág. 7 y sigs.

muy relevantes. Si se quiere, otra vez con Platón, esos conceptos políticos actúan como una mera *sombra* de las Ideas perfectas, inmutables y eternas.

En pleno siglo XXI, el problema reside en que hemos perdido la noción del espacio y el tiempo. Somos náufragos del Tiempo-Eje, por utilizar la famosa expresión de Karl Jaspers. Tecnologías de la información y revolución de las comunicaciones convierten en (parcialmente) cumplida la profecía sobre la “aldea global”³. En cuanto al tiempo, los datos son abrumadores, de tal modo que invitan a la humildad mucho más que a la soberbia⁴. Me temo que somos poco sensibles a la cronología, pero a veces conviene pararse a pensar. Los científicos más solventes consideran que el universo existe desde hace quince mil millones de años. La tierra ha cumplido, tal vez, cinco mil millones. El ser humano apareció hace poco: entre cinco y seis millones. Hace un rato, en el período magdalenense, el mayor artista de la prehistoria pintó los bisontes en la sala de polícromos de Altamira: han pasado solo catorce mil años. A pesar de los hechos concluyentes, nos puede la vanidad y somos incapaces de asumir los límites de la razón humana.

La grandeza y la servidumbre de la razón aplicada a la Política (esta vez con dignísima mayúscula) son el objeto de esta disertación académica. Por eso, el primer capítulo está consagrado a los *intelectuales, sensu lato*; en particular, a quienes, implacables con las debilidades de la especie, ejercen de “profesionales de la razón pura”, según la inteligente descripción de Ortega. La política es el espejo de la vida. El ser humano es falible y limitado, pero puede ser solidario y valiente. Una y mil veces desengañado, concibe nuevos y ambiciosos planes para reconstruir su vida personal. A pesar de la experiencia abrumadora en contrario, tampoco renuncia en el ámbito social a ese idílico paraíso evocado por palabras hermosas: paz, justicia y libertad. Somos así, por fortuna. La política es fuente de anhelos y expectativas frustradas, espacio para la proyección de un ser que *aparenta* la condición de animal

³ El discurso de recepción en esta Real Academia de Luis GONZÁLEZ SEARA, *De la identidad nacional a la globalización insegura* (29 de abril de 2008), ofrece una brillante síntesis sobre la literatura al respecto. Somos globales, sin duda, pero todo es susceptible de matiz. Recuerda un autor de moda, Robert KAPLAN, *La venganza de la Geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*, RBA, Barcelona, 2013, que “aunque los mercados financieros y el ciberespacio no conozcan fronteras, el Hindu Kush sigue siendo una barrera formidable” (pág. 26).

⁴ Otro discurso de recepción ofrece un atractivo panorama de la cuestión: Julio IGLESIAS DE USSEL, *La dimensión social del Tiempo* (14 de febrero de 2006).

social por naturaleza. Aparenta, en efecto: la realidad desmiente a Aristóteles, pero solo a medias. Porque, individualista en el fondo, acaso egoísta sin remedio al modo hobbesiano, el hombre prefiere seguir el *nomos* cuando tiene que vivir de cara a sus semejantes. El *nomos*, digo: la convención, mucho más que la norma en sentido estrictamente jurídico-positivo. Guarda para sí ciertos secretos que solo desvela con prudencia y de forma selectiva. Templo sagrado: nadie (y el Estado menos que nadie) tiene derecho a violentar esa intimidad inalienable, reducto de unas cuantas esperanzas ante las que no cabe fingir ignorancia o indiferencia. Por eso, al margen de debates ideológicos o identitarios, el tema de nuestro tiempo es acaso la supervivencia de la *privacy* frente a la voracidad mediática y las tecnologías invasivas. Con la perspicacia de los pioneros, ya lo advirtieron Samuel Warren y Louis Brandeis hace un siglo bastante largo.

Pero aquí hablaremos únicamente del *espacio público*, allí donde la hipocresía bien entendida es un factor de civilización y las *manners* hacen llevadera la vida en *sociedad*. En *comunidad*, me temo, resulta mucho más difícil vivir. La democracia empieza por la buena educación⁵. Se sustenta sobre la ética weberiana de la responsabilidad. No sirven de nada los desahogos personales, incluso (peor todavía) cuando responden a buenos propósitos. Esa responsabilidad alcanza principalmente a las clases ilustradas. Tenemos el deber (patriótico, si se quiere) de superar viejos rencores, expresiones sesgadas, tópicos peyorativos, desprecios implícitos... La especie humana tiene una capacidad insuperable para hacer daño a sus semejantes, ya sea de palabra o de obra. Un intelectual busca su anclaje en el mundo de las ideas y, aunque sea mucho pedir, no debería tener problemas de identidad. Nuestro deber es poner freno a los *bárbaros*, de aquí y de allá. Por eso debemos apelar a la responsabilidad de un gremio incómodo (por definición) consigo mismo.

Esta es la tarea que incumbe a filósofos, a juristas y politólogos, a sociólogos y economistas, dispuestos a *pensar* desde los requisitos de la libertad y la generosidad, más allá de los profesionales o *expertos* llamados a ofrecer soluciones eficientes a problemas complejos. Por ello,

⁵ Escribe Malcolm LOWRY: en ese barco, "todos son igualmente corteses (...), primer requisito de la democracia". *Por el canal de Panamá* (1952); en español, Ed. Era, México, 1997, pág. 35. Por contraste, su mejor personaje, el cónsul Geoffrey Firmin, no practicaba esas buenas maneras en la novela de referencia, *Bajo el volcán*.

“busquemos solamente lo posible...”, decía Jeremy Bentham, el filósofo de la escuela utilitarista que tanto influyó en los años de mi formación doctoral. *Solo lo posible*. Vamos a intentarlo, porque en la España contemporánea hacen faltas grandes dosis de sensatez y moderación, con expresa renuncia a las soluciones mágicas y las preferencias excluyentes. Lo veremos luego, en el “Epílogo para españoles”.

Nuestro objeto de estudio es la democracia constitucional. La democracia suscita juicios apasionados. Amor y odio, pero nunca indiferencia. En cuanto ideal produce siempre decepción, admite cualquier pensador sensato. Sin embargo, es hoy un nombre universalmente reconocido, invocado incluso por los tiranos que nos quieren engañar bajo el disfraz de una democracia propia, distinta a la *nuestra*. No hay tal cosa. Solo merece tan honroso nombre cuando se añade el adjetivo *constitucional*. A partir de ahí vienen los matices. Tratamos de afrontar con el bagaje del siglo XIX (sufragio, partidos, libertades públicas) el despliegue irreversible de la sociedad de masas, la influencia determinante de los medios, la deriva partitocrática de las instituciones y, últimamente, las nuevas fórmulas de comunicación política que inundan el espacio público como marea sin control. Todo confluye en la distancia creciente entre *clase política* y *sociedad civil*. Dos conceptos muy discutibles, por cierto. Hablamos hoy día de “clase política” con un matiz peyorativo que recuerda tiempos peores, cuando Gaetano Mosca o Robert Michels anticiparon la crisis del modelo liberal frente al fascismo creciente. Sobre el vocablo de moda, “la casta”, más vale que sus promotores consulten algún diccionario político italiano. Tampoco “sociedad civil” es un concepto unívoco, a pesar de que Adam Ferguson tenía las ideas muy claras⁶.

La *Bürgerliche Gesellschaft* hegeliana es el reino de la discordia y el conflicto, integrado “felizmente” por el Estado, culminación del Espíritu Objetivo, según la doctrina idealista del filósofo de Stuttgart. En lugar de Hegel, volvamos la vista a Kant. El ciudadano (*Staatsbürger*, *cives*) goza de libertad, igualdad y, sobre todo, *independencia civil*, ya que no debe su existencia al arbitrio de otro, sino a su propio derecho y capacidad. Es, por tanto, fiel reflejo de ese imperativo categórico que le lleva a actuar de tal manera que su conducta sirva de regla a la moral

⁶ Por todos, Gaetano MOSCA, *La clase política*, texto incluido en sus *Elementi di Scienza Política* (1911) y Robert MICHELS, *Los partidos políticos*, también de 1911. El clásico de Adam FERGUSON es *An Essay on the History of Civil Society* (1767).

universal y a concebir al ser humano como un fin en sí mismo, nunca como un instrumento para fines ajenos. *Sapere aude*, atreverse a saber, identifica todavía al espíritu de la Ilustración, cuyo retorno reclaman las gentes sensatas, a las que me adhiero sin reserva mental alguna. Hacer uso público de la razón, llegar a ser adultos, superar esa minoría de edad culpable que carece de justificación a estas alturas de la evolución social, lo mismo que sucede con la vida personal. Una sociedad madura es, a mi juicio, la principal exigencia ética que nos impone el provinciano universal de Königsberg, al margen de sus sueños cargados de buenos propósitos sobre la paz perpetua. Por eso, aquí y ahora, somos culpables si pretendemos prolongar indefinidamente esta adolescencia inconsciente. Acaso la postmodernidad (y, hoy día, la “hipermodernidad”) sea un engaño retórico que convierte a Occidente en una sociedad vulnerable. Por el contrario, está de moda hablar de “anti-frágil” para explicar el *background* de China, nuevo y viejo gigante geopolítico, que nunca olvida sus raíces confucianas⁷.

¿Quién es *intelectual*? No existen reglas fijas para el ingreso y la salida del gremio. Lipset ofrece una buena definición: “todos aquellos que crean, distribuyen y aplican la cultura, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia y la religión”. Con dos niveles: “creadores” y “distribuidores”⁸. Estamos ante un estamento de “legitimadores con dedicación exclusiva”, escriben Berger y Luckmann en un libro más famoso hace unos años que ahora⁹. Aparece así el protagonista de este primer capítulo, porque tiene (tenemos) mucho que decir, a pesar de las secuelas de un virus peligroso llamado *escepticismo*, desencanto o, en su acepción original, cinismo. Por supuesto, *intelectual* es un término equívoco y polisémico. En sentido estricto, nos remite a Clemenceau y a Emile Zola y su *J'accuse*, en pleno *affaire* Dreyfus, París, 1898. Es, sobre todo, una creación francesa, a medio camino

⁷ Nassim N. TALEB, *Antifragile: Things that gain from disorder*, Random House, Nueva York, 2012, un libro inteligente y provocativo. Sobre el estado de ánimo del Imperio del Centro, una mezcla peligrosa de indiferencia y materialismo, véase JIWEI CI, *De la utopía al hedonismo. Diáléctica de la revolución china*, Bellaterra Ed., Barcelona, 2002.

⁸ Seymour Martín LIPSET, *El hombre político. Las bases sociales de la política* (1960); trad. esp. Tecnos, Madrid, 1978, pág. 296.

⁹ Peter L. BERGER y Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad* (1966); en español, Amorrortu, Buenos Aires, 2ª. ed. 1972, pág. 121 y sigs. Añaden: “La legitimación surge inevitablemente cuando las objetivizaciones del orden institucional (ahora histórico) deben transmitirse a una nueva generación”.

entre el talento y el *glamour*, que define a nuestro personaje como un sujeto que pretende influir en la vida pública. Si lo usamos en sentido amplio, hay trabajo “intelectual” cuando se produce la utilización de signos, en particular, el lenguaje oral o escrito, aunque la diferencia con el trabajo manual es hoy día relativa¹⁰. Desde esta perspectiva estrictamente sociológica, nuestro intelectual genérico se siente desplazado desde el ámbito del trabajo “decente” al ámbito de las “tres des” (*dull, dangerous, dirty*), términos habituales en los informes de la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T). Así crece el resentimiento con sus secuelas psicológicas inevitables y se traen a colación tiempos mucho peores: la gran crisis de las clases medias semiilustradas en los años 20 y 30 del siglo pasado fue la causa inmediata de los totalitarismos. Conviene tomar buena nota, porque no sirve de nada rasgarse las vestiduras *a posteriori*.

2. De presocráticos a postmodernos

Como suele ocurrir a efectos de análisis, un repaso por la Historia de las Ideas ayuda a situar el problema en sus justos términos. Ante todo, cómo no, la Grecia clásica. Apenas una línea para rendir tributo a Tales de Mileto y a los otros “sabios” que le acompañan en el elenco convencional, así como a los demás “físicos” que pueblan el universo mental de la filosofía presocrática. Pero nuestro punto de partida es precisamente aquel Sócrates idealizado, origen de muchos equívocos posteriores, capaces de perdurar durante siglos. Porque la paradoja socrática sitúa al intelectual biempensante ante un dilema de imposible solución: irreprochable como ejemplo de virtud cívica, ofrece al mismo tiempo argumentos demoledores contra el discurso democrático. Es cierto que el Sócrates “sublime” de Platón no se parece en nada al “vulgar y prudente” de Jenofonte¹¹. Sea como fuere, el maestro fue capaz de poner freno al relativismo de los sofistas a partir de una actitud inquieta

¹⁰ Sobre estas cuestiones, Manuel ALONSO OLEA, en su ya clásica *Introducción al Derecho del Trabajo*, que cito por la 7ª. ed. (revisada, renovada y ampliada por María Emilia Casas Baamonde y Enrique Alonso García), Civitas, Madrid, 2013, pág. 61 y sigs., así como pág. 157 y sigs. sobre la cuestión muy relevante de la ajenidad en el trabajo intelectual.

¹¹ Los adjetivos son de Antonio TOVAR, en su notable *Vida de Sócrates*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1947, pág. 9.

e inquietante ante la vida: las exhortaciones del filósofo; la ironía y la humildad; la *areté* orientada al Bien supremo y no a la mera utilidad... Todo ello irrita e indigna a la *polis* democrática, mientras Atenas recupera los viejos modelos en el período confuso que sigue a la derrota en la guerra del Peloponeso. Nuevas paradojas: la condena a muerte es legal, incluso legítima desde la lógica de lo razonable, pero rigurosamente injusta desde el punto de vista moral. El profesor enseña a los alumnos a debatir sobre la justicia leyendo el *Critón* platónico y percibe siempre las caras de perplejidad que suscitan los argumentos del pensador. El propio Critón, personaje amable y cordial, le llama alguna vez “desconcertante amigo” y le insta a ser normal: “por favor, hazme caso y sálvate”. Pero el ciudadano impecable desprecia la opinión, la simple *doxa* de las mayorías ignorantes, porque “no se ha de tener en la mayor estima el vivir, sino el vivir bien” y ello obliga al respeto escrupuloso de la ley, guste o no guste¹².

La imagen éticamente apasionante coexiste con una crítica permanente a la democracia. Es notorio que Sócrates simpatiza con Esparta, como muchos otros, entonces y después. Un espléndido libro de Elisabeth Rawson ofrece un panorama histórico del filolaconismo. El lector no sale de su asombro: proliferan los elogios, que sirven lo mismo para avalar una república aristocrática como Venecia o una monarquía limitada al modo británico que para expresar las emociones comunitarias de Rousseau o las fantasías raciales de Hitler. Es una tradición alternativa al hermoso discurso de Pericles, recreado por Tucídides, al que luego vamos a prestar la atención que merece. Y, cómo no, tiene mucho que ver con los éxitos militares: *the Spartiate at war was for centuries virtually unbeatable*¹³.

Seducidos por la magia de Sócrates, ignoramos sin embargo las secuelas (muy) discutibles de su modo inefable de razonar. Aquí arranca el mito del intelectual puro, al servicio exclusivo de la verdad y ajeno a las tentaciones del poder. “Falacia socrática” la llama Rafael del Águila en

¹² PLATÓN, *Critón*, que cito por la versión española de María Rico Gómez para el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957; 3ª. ed., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986, págs. 3, 10 y otras. Como es habitual en la espléndida colección “Clásicos Políticos”, el texto es bilingüe griego-español.

¹³ El magnífico libro de Elisabeth RAWSON, que bien merece una traducción a nuestra lengua, lleva por título: *The Spartan Tradition in European Thought*, Clarendon Press, Oxford, 1969. La cita en pág. 7. Por supuesto, Sócrates aparece con frecuencia, aunque la profesora inglesa mantiene algunas dudas acerca de su imagen tópica como *laconizer* (pág. 28).

un agudo ensayo: “el intelectual sabio y heroico que mira displicente al poderoso”, puesto que “el Sócrates santo atraviesa de principio a fin nuestra cultura”¹⁴. Los ejemplos podrían multiplicarse. Por citar algo cercano, un libro reciente de César Antonio Molina, inspirado por su breve experiencia como ministro, plantea (a su manera) el dilema entre la cultura y el poder como un juego de “buenos” y “malos”: el poder pone trabas a la cultura; los intelectuales mueven el mundo; la política contamina¹⁵. Y sin embargo tenemos que huir del falso consuelo que nos proporciona cualquier ideal que huye del contraste con la realidad. Conviene ser precavidos ante esa añoranza del pensador ejemplar, probo y austero, que oculta su vanidad bajo el (aparente) desapego hacia el éxito social y económico. Suele vivir en una torre de marfil construida a base de materiales de desecho. Simpatizamos con Sócrates, víctima del desamor de sus muy democráticos conciudadanos, pero su legado resulta cuando menos confuso. De nuevo con el malogrado Rafael del Águila: “Aquella idea (...) sugiere que el pensamiento conduce al bien y que el bien siempre produce bien, el mal siempre produce mal, que nunca un bien puede proceder del mal ni un mal del bien”. Y concluye: “Pero estas ideas poderosas y seductoras se deshacen en contacto con la política”¹⁶. Yo diría algo más: en contacto con la vida, porque —felizmente— la política no es geometría. Es, como se dijo, espejo de la vida y, por tanto, apasionante y contradictoria, imposible de encajar en esquemas rígidos.

Platón, por su parte, es el arquetipo del pensador que fracasa en la política. Los hechos son de sobra conocidos: el ateniense de noble linaje, desengañado de sofistas y demagogos, pretende establecer su *polis* ideal en los viajes a Siracusa, cada uno más desafortunado que el anterior. Pero, a mi juicio, no hay que magnificar el episodio siciliano. Cuando hablamos del fundador de la Academia y autor de los diálogos más apasionantes en la Historia de la Filosofía, el fracaso en la corte de un tirano de segunda fila no debe empañar la imagen del personaje. Lo

¹⁴ Rafael DEL ÁGUILA, *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Anagrama, Barcelona, 2004. La primera cita en pág. 18; la segunda, en pág. 128, continúa así: “... y sólo con sus fuerzas recrea el mundo del bien que derrotará finalmente al mal”.

¹⁵ Este enfoque complaciente reduce los méritos objetivos del libro de C.A. MOLINA: *La caza de los intelectuales*, Destino, Barcelona, 2014, con muchas y bien escogidas citas. A pesar del título, hay más matices en Elías DIAZ, *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.

¹⁶ R. DEL ÁGUILA, *op. cit.*, pág. 16.

mismo que Tucídides importa por su *Historia* y no por sus limitados aciertos como estrategia. Valga, eso sí, la reflexión siguiente: uno y otro, al igual que Maquiavelo y otros grandes del pensamiento, subliman en sus obras inmortales el fracaso evidente de su vocación política. Platón se hace fuerte en la *episteme* cuando comprueba que no es capaz de ganar la batalla de la *doxa*. Es dudoso que Karl Popper tenga razón cuando califica su pensamiento político de “ingeniería utópica”¹⁷. En todo caso, utopía significa literalmente que no existe tal lugar, y así lo entendió la posteridad al situar la Ciudad de las Ideas en un ámbito inaccesible para el común de los mortales, engañados por el reflejo seductor que nos proporcionan los sentidos.

Como suele ocurrir, Aristóteles se sitúa en el polo opuesto de Platón. La prudencia del Estagirita tiene mucho que ver con el elogio de la clase media. Escribe en la *Política*: “donde la clase media es numéricamente superior a los dos extremos juntos, el régimen puede ser permanente, pues no hay temor de que los pobres se alíen con los ricos para atacarlo”. En efecto, estos ciudadanos “ni codician lo ajeno como los pobres, ni otros desean lo suyo, como los pobres lo que tienen los ricos, y al no ser objeto de conspiraciones ni conspirar, viven con seguridad”. Unos se vuelve soberbios y otros, malvados; pero “los intermedios” son los que “más fácilmente obedecen a la razón” y por eso “ni apetecen demasiado los cargos, ni los rehúyen”. En conclusión: si existe una amplia clase media, la *polis* “será necesariamente la mejor gobernada”¹⁸. Como es notorio, Aristóteles era un hombre de clase media, extranjero en Atenas, hijo de médico, sabio de profesión. Así que la mejor forma de gobierno, la *politeia* (de difícil traducción; acaso la menos mala es “democracia moderada”), tiene un fundamento social y económico que permite el equilibrio de las instituciones. Estamos en el origen mismo de la Ciencia Política. La condición de clásico no se alcanza por casualidad...

Tiempo para Roma. “Toda la historia antigua viene a desembocar en la romana, como una corriente que desemboca en un mar”, escribió Ranke, en sus famosas lecciones privadas de 1854 ante el rey Maximiliano.

¹⁷ La discutida obra de Karl POPPER, *The Open Society and its Enemies*, se publicó en 1945. En español, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1957; la referencia en pág. 157.

¹⁸ Por cierto, añade el filósofo: “los mejores legisladores han sido ciudadanos de la clase media”, y pone como ejemplos a Solón y a Licurgo. Todas las citas provienen de ARISTÓTELES, *Política*, en la ya clásica versión de Julián Marías y María Araujo, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970 (edición bilingüe), en el libro VI, 11 y 12, pág. 186 y sigs.

liano de Baviera¹⁹. Es notorio que los romanos preferían la acción antes que la teoría. También lo es que su genio intelectual se tradujo con brillantez insuperable en el Derecho, concebido desde la jurisprudencia pretoriana y la práctica del jurisconsulto, muy lejos de leyes abstractas y dogmas doctrinales. A nuestros efectos, Roma ofrece el ejemplo más acabado del conflicto intemporal entre el poder y la razón. Cicerón ha ganado fama merecida. Es muy significativo, tras un periodo de silencio, que los teóricos actuales del republicanismo cívico reivindiquen su figura en el contexto de la crisis constitucional que acabó con la vieja *res publica*. El cónsul victorioso que derrotó a Catilina (también con el discurso, por cierto) fue víctima de los tiempos convulsos que destruyeron a la oligarquía senatorial en nombre del cesarismo plebeyo. Quizá no sea el mejor ejemplo para progresistas irredentos, pero bien merece ser reconocido como mártir de las libertades (privilegiadas) que no coinciden ni mucho menos con la Libertad proclamada mucho tiempo después por la Gran Revolución²⁰.

Prefiero, sin embargo, el ejemplo de Virgilio. Hace años que propongo a mis alumnos un comentario de texto sobre un pasaje de Hermann Broch en la (tal vez) mejor novela del siglo XX, *La muerte de Virgilio*. Augusto, dueño del mundo, visita al poeta en Brindisi y le reprocha su deseo de destruir la *Eneida*, obra maestra pero imperfecta, a juicio de su autor; patrimonio de Roma, de acuerdo con el *princeps*, investido de *auctoritas* por un Senado temeroso y complaciente. En el momento álgido, el escritor y el político sostienen una conversación tensa. Octaviano pregunta. El moribundo elude la respuesta. ¿Quién soy yo?, insiste el poderoso. “Hombre mortal eres, Augusto, si bien el primero entre los vivos”. Silencio y decepción. El narrador nos aclara: “Una mirada iracunda y rencorosa dejó comprender que el César hubiera deseado oír una opinión distinta”. El poderoso no puede disimular su enojo: “Ya sé que no soy ni un dios ni un astro nuevo, y resulta superfluo recordármelo; soy un ciudadano de Roma, yo nunca me he creído otra cosa...”. Triste y enfermo, el poeta de la *Eneida* plantea su queja lastimera que encierra la eterna necesidad de reconocimiento: “No sé nin-

¹⁹ Leopold VON RANKE, *Sobre las épocas de la historia moderna*, trad. esp. con amplia introducción y notas de Dalmacio Negro Pavón (que califica al alemán como “seguramente, el más grande de los historiadores”), Editora Nacional, Madrid, 1984, pág. 9, en proceso de reedición por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

²⁰ Vease Ch. WIRSZUBSKI, *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate*, Cambridge University Press, Cambridge, 1950.

gún nombre”. Contesta el joven criado, el personaje más humano de la novela: “Padre mío, los sabes todos. Has dado su nombre a las cosas. Están en tu poema”²¹.

Por supuesto, Séneca merece una mención especial. No hace falta recordar el lamentable destino de nuestro ilustre paisano cordobés tras ejercer el honroso oficio de maestro del tirano Nerón, a quién dedica el diálogo *De clementia*. Tampoco le fue mejor a Marco Aurelio, expresión fugaz del filósofo-rey platónico. Otros pensadores prefieren asumir sin pudor la función del panegirista: ya sea la *apotheosis* del monarca en el período helenístico o su divinización en el Dominado romano. A veces se diluye el elogio en la figura benéfica del pastor que cuida solícito del rebaño, ya sea en el *Trajano* de Plinio el joven o en Dion Crisóstomo, el rétor griego. Mucho tiempo después, la respuesta de John Locke otorga cierta fama a la obra de sir Robert Filmer, *El Patriarca*, que habría pasado desapercibida en caso contrario. Las imágenes del piloto de la nave y del guardián del ganado dan mucho juego en la literatura política. Pero vamos a respetar el orden cronológico y despedimos aquí al ocaso de la gentilidad.

Por fortuna, los prejuicios contra la Edad Media forman parte del pasado menos glorioso de la Historia de las Ideas. Nadie que aspire a conservar un razonable prestigio académico habla ya de época oscura o tenebrosa y solo en el uso vulgar del adjetivo “medieval” resuenan los ecos del desprecio injustificado hacia el milenio que discurre entre 476 y 1453 ó 1492. Por cierto que es hora de apelar a los estudiosos serios para evitar que cubran el hueco los intrusos oportunistas que fabrican *best-sellers* plagados de ocurrencias, cuando no de mentiras puras y simples²². ¿Cabe hablar de *intelectuales* en la Edad Media? Jacques Le Goff, desde la última generación de Annales, responde afirmativamente y los sitúa en el contexto del renacimiento urbano del Bajo Medievo²³. Su

²¹ Herman BROCH, *Der tod des Vergil* (1945). Cito por la versión española de J.M. Ripalda, Alianza, Madrid, 1989, págs. 381 y 187 respectivamente, para las referencias textuales.

²² Entre una bibliografía inabarcable, merecen destacarse las aportaciones, llenas de buen sentido, de la historiadora francesa Régine PÉROUD, entre ellas: *¿Qué es la Edad Media?* (1977), trad. esp. Ed. Magisterio Español, Madrid, 1979.

²³ Jacques LE GOFF, *Los intelectuales en la Edad Media* (1985), trad. esp. Gedisa, Barcelona, 2008, *passim*. La tesis más brillante en el famoso artículo de Erwin PANOFKY, *La arquitectura gótica y la escolástica* (1951); trad., esp., con prólogo de Joaquín Yarza, Siruela, Madrid, 2007. A juicio del gran historiador del arte, alta escolástica y gótico pleno confluyen en el concepto de *manifestatio*, esto es, “clarificación”. Su análisis deslumbrante es hoy día ampliamente cuestionado.

ámbito natural son las Universidades o Estudios Generales, “ayuntamiento de maestros e escolares”, según el *Código de Partidas* de nuestro Rey Sabio. A mi juicio, el medievalista francés recientemente fallecido acierta cuando se refiere al siglo XIII, el siglo de oro de la escolástica, con su *quaestio*, su *disputatio* y el apasionante *quodlibet*, todo un acontecimiento social, como fórmulas para el debate. Se equivoca, creo, cuando habla del periodo anterior y otorga más relevancia de la que merecen a gentes marginales, como los goliardos, por mucho que los *carmina burana* hayan revivido gracias a la versión musical de Carl Orff.

Al margen del nacimiento del mito de París y su *rive gauche* como meca permanente del intelectual ambicioso, lo más trascendente a la larga es que la Universidad cristaliza jurídicamente en una corporación, la forma típicamente medieval que Otto von Gierke analiza con brillantez en una verdadera obra maestra²⁴. Maestros y discípulos deambulan por una Europa global, al amparo de una lengua común y de un espíritu genuinamente europeo, trufado de polémicas doctrinales (muchas veces estériles) y de disputas mundanas, siempre en busca de los favores de algún poderoso, fuera laico o eclesiástico, noble o burgués. Aunque tal vez sea más preciso hablar de *clerics*, no es lícito desdeñar la aportación de Le Goff sobre esos *intellectuels au Moyen Age* que bien merecen un lugar más que digno en la confusa historia del gremio.

Llega la época del *Humanismo*. Nuevas corrientes filosóficas: para el nominalismo, dice el citado Panofsky, el Gato universal se materializa en un número infinito de gatos particulares. Subjetivismo, misticismo, el concepto generalizado de *intuitus*, la ruptura de los vínculos entre razón y fe... Al tiempo, el hermoso otoño de la Edad Media, descrito como nadie por Johan Huizinga. El arte flamenco, las letras italianas, las armas españolas, el comercio inglés, la centralidad francesa...: he aquí los orígenes de la nueva Europa, capaz de formular un renovado *nomos* de la Tierra, según el potente concepto schmittiano.

Los *humanistas* constituyen una especie diferente. Cortesanos al modo de Baltasar Castiglione; cercanos al poder y no adversarios; ins-

²⁴ OTTO VON GIERKE, *Teorías Políticas de la Edad Media*, un capítulo con vida propia de su monumental *Das deutsche Genossenschaftsrecht* (1881), con edición inglesa de F.W. Maitland (1900). No exagero si afirmo que mi mayor disfrute como profesor de Historia de las Ideas se produjo al preparar el estudio preliminar (“Teoría Política medieval. Otto von Gierke y la perspectiva germanista”) y contribuir a la traducción (a cargo de Piedad García-Escudero) de este libro formidable, en la edición española publicada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2ª. ed. (revisada y aumentada respecto a la de 1995), Madrid, 2010.

pirados por Platón y poco amigos de Aristóteles. Fundan “academias” y se olvidan de la vieja corporación universitaria. Vuelven a la retórica y la poesía frente a la dialéctica y el tratado. Son los sabios del Renacimiento, protagonistas de las historias clásicas que construyen Jakob Burckhardt, P.O. Kristeller y, hoy día, Peter Burke. Les seducen, por supuesto, Leonardo y Miguel Ángel, pero también la Venus de Boticelli, los castillos del Loira y *The Faerie Queene*, que así se llama “la reina de las hadas” en el inglés de la época. “Humanista” existía ya en el lenguaje universitario para designar al profesor de Humanidades, esas materias que “perfeccionan al hombre”, al decir de Leonardo Bruni. Unos prefieren el estudio, como Marsilio Ficino o el propio Erasmo. Otros no le hacen ascos al poder, como Montaigne o santo Tomás Moro, aunque salen malparados, como es habitual. Casi todos apuntan hacia una improbable restauración de la antigua Roma. Desprecian a los “godos” y sus arcos ojivales. Por eso Giorgio Vasari nos deja una historia del arte maniquea a base de “buenos” y “malos”, que influye casi hasta nuestros días.

En el plano político, lo *stato* clausura los dualismos medievales. Así, entre *rex* y *regnum*, que diría Gierke, aunque los restos de la vieja doctrina perviven durante siglos bajo el mito de la *Constitución Antigua*. También se pierde poco a poco la dualidad entre los dos cuerpos del Rey, objeto de la espléndida obra de Hermann Kantorowicz. Por supuesto, entre potencia espiritual y temporal, a través de un *tertium genus*, el Estado de Poder, que sitúa en el rincón de la historia a las repúblicas oligárquicas, ahora rescatadas por la nostalgia de la comunidad cívica que ha puesto de moda la escuela de Cambridge²⁵. Los juristas, escribe García-Pelayo, fueron “el instrumento técnico para la racionalización del Estado”, desplazando a los clérigos de las cancillerías y haciendo suyos los puestos más relevantes de la naciente burocracia²⁶.

²⁵ Sobre todo, J.G.A. Pocock, *El momento maquiavélico* (1975), trad. esp. con un largo estudio preliminar de Eloy García, Tecnos, Madrid, 2ª ed. 2008, y Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno, I. El Renacimiento* (1978), trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1985. Muy notables también Peter Laslett, Hans Baron, Félix Gilbert y otros. La fecundidad de esta escuela para un *revival* de la Historia de las Ideas contrasta con la pobreza ideológica del republicanismo cívico como doctrina filosófica, salvo excepciones muy concretas.

²⁶ Manuel GARCÍA-PELAYO, “Federico II de Suabia y el origen del Estado moderno”, en *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1968; ahora en sus *Obras Completas*, tomo II, 2ª. ed. (revisada y aumentada), Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, pág. 1119 y sigs.

El intelectual es ahora un personaje cercano al poder, jurista del Príncipe, burócrata incipiente. La gente más competente, se queja Roger Bacon, abandona la Teología y se dedica al Derecho romano. El Estado crece al amparo de fórmulas ingeniosas, pero muy discutibles: *rex est imperator in regno suo*. Hace suyo, con muchas excepciones, lo que siglos después se llamará el monopolio de la violencia legítima. Concibe una diplomacia permanente y un ejército a base de mercenarios, a pesar de los sabios consejos de Maquiavelo. Nuestro jurista hace del Estado una empresa racional y adquiere el gusto por el poder que la *valentior pars* del estamento jurídico ya no abandona nunca. Asume por ello, salvo excepciones, un lugar marginal en el reino de los elegidos para la gloria que otorgan las mayorías, porque aplica un lenguaje técnico al servicio de causas ajenas al Espíritu del Pueblo.

Por supuesto, Maquiavelo no era un intelectual (ni mucho menos un *clerc*) en ninguno de los sentidos inteligibles de la palabra. Tampoco lo fueron los otros pensadores políticos que han dejado huella en el siglo XVI: el abogado hugonote Juan Bodino o los dogmáticos Lutero y Calvino o el autor que se esconde bajo el seudónimo Junius Brutus en la *Vindiciae contra tyrannos* de los monarcómacos franceses... El florentino apenas alcanzó cargos públicos de segundo nivel con la república y fue sencillamente ignorado por los Medicis. Pudo ver, informar y aconsejar, pero nunca decidir. El enigma sigue siendo indescifrable, entre “maquiavélico” y “maquiaveliano”, entre *El Príncipe* y los *Discorsi*, entre el técnico mecanista del poder y el patriota romántico²⁷. A los efectos que aquí nos importan, es muy significativa su permanente búsqueda del favor mediante la lisonja. Me fijo en una cuestión relativamente menor. Es bien conocida la dedicatoria un tanto servil de *El Príncipe: Nicolaus Maciavellus ad Magnificum Laurentium Medicem*. Todo sea por halagar al gobernante. Se repara menos en este comentario del prefacio de los *Discursos* sobre Tito Livio, rigurosamente contradictorio: “... Me aparto del uso común de los que escriben, los cuales suelen dedicar sus obras a algún príncipe y, llevados por la ambición y

²⁷ Me remito a mi conferencia “Maquiavelo y la nostalgia de la virtud política”, publicada como folleto por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2013. Lo mejor en los últimos tiempos es la obra colectiva de las Reales Academias de Ciencias Morales y Políticas, de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, coordinada por Pedro Schwartz, bajo el título: *El Príncipe de Maquiavelo. ¿Piedra de escándalo o inicio de la Ciencia Política moderna?*, Madrid, 2014.

la avaricia, alaban en él todas las virtudes... ”²⁸. Si no se tratara de Maquiavelo, algunos mostrarían su indignación.

Los grandes pensadores del siglo XVII se sitúan en la órbita de la sociedad cortesana de su tiempo. Thomas Hobbes, primer responsable de la tentación científica en Teoría Política, vivió buena parte de su larga vida en el entorno de los Estuardo y como preceptor de familias nobles. Su adversario ideológico, John Locke, hizo más o menos lo mismo, esta vez en el ámbito de la aristocracia *whig* y del estatúder Guillermo, luego rey de Inglaterra. Acaso la excepción por antonomasia es el sefardí Baruch de Spinoza, siempre por libre y amante de la vida sencilla, buen ejemplo para los entusiastas del intelectual ajeno al poder y sus vanidades. Hay de todo, por supuesto, como Juan Altusio, más ciudadano que cortesano, o nuestro “doctor eximio”, el jesuita Francisco Suárez, profesor universitario, o Blas Pascal, vástago de la gran burguesía parlamentaria. Hablamos, en todo caso, de un mundo singular, que Norbert Elias ha caracterizado con trazos sutiles²⁹. En pleno cambio de siglo, todavía Leibnitz fue un genuino hombre de mundo, viajero por diferentes países y con una mentalidad ecuménica que le permite plantear su oferta racionalista: una Ciudad donde brillan los *aeterna iura naturae rationalis*.

Con el siglo XVIII llega el tiempo de los *philosophes*, el momento de gloria del intelectual que triunfa en los salones, escribe en las gacetas, luce su ingenio en los debates y proclama gozoso el advenimiento de la razón frente a los prejuicios. Apoteosis de la razón, en efecto: “punto unitario y central, expresión de todo lo que anhela y por lo que se empeña, de todo lo que quiere y produce”, escribe Cassirer³⁰. El punto de partida es, por tanto, la identidad de lo natural y lo racional, amenazada por nuevos aires que seducen a nuestro intelectual triunfante, incapaz de aquietar su espíritu a pesar del éxito del *esprit mesu-*

²⁸ La traducción de *El Príncipe* (concluido en 1513, pero publicado mucho después) es de Helena Puigdomenech para Tecnos, Madrid, 1988: “Reciba, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño presente (...); desde el ápice de su grandeza (...) conocerá cuán inmerecidamente soporto la enorme y continua malignidad de la fortuna” (pág. 5). Para los *Discursos* (publicados tras la muerte del autor en 1527) la edición es de Ana Martínez Arancón, Alianza, Madrid, 1987, pág. 24.

²⁹ Norbert ELIAS, *La sociedad cortesana* (1969); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1982. Allí, resume, el Rey Absoluto era “ídolo” y a la vez “prisionero” de la Corte.

³⁰ Ernst CASSIRER, *Filosofía de la Ilustración* (1932), un clásico imposible de superar; trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 3ª. ed. 1972. La cita en pág. 20. Más adelante: “Gusta al XVIII designarse como ‘el siglo de la filosofía’, pero con no menor gusto y frecuencia se titula ‘siglo de la crítica’” (pág. 304).

rado y elegante. Materialismo vulgar, sentimentalismo incongruente, filosofía crítica... conducen al terreno peligroso del radicalismo y acaban por desvirtuar lo mejor de las Luces aplicadas con mesura y ponderación³¹. De ingleses y escoceses, recién estrenada entonces su *Act of Union*, tendremos ocasión de hablar con más detalle en otro capítulo. Los alemanes iban a lo suyo, con una *Aufklärung* fundada sobre la libertad interior. Para españoles e italianos, la época se identifica con el reformismo propio del despotismo ilustrado, donde ministros y escritores coinciden en los mismos personajes. Corresponde, por tanto, decir algo sobre los franceses.

Voltaire es el arquetipo. Brillante pero superficial, lo mejor y lo peor de su obra se resumen en *Candide*, *Cunegonde* y el inefable doctor Pangloss, cuyas disparatadas aventuras reflejan el Espíritu de la Época, siempre ingenioso, aunque mordaz hasta el exceso. Diderot, D'Alembert y en general los enciclopedistas ofrecen una imagen identificable con el modelo francés que alguien ha calificado de "dictadores del pensamiento". Nada que ver con el barón de Montesquieu, moderado, aunque cargado de prejuicios, presidente hereditario del Parlamento de Burdeos y, por ello, representante distinguido de la *noblesse de robe*. Pero el principal es, lógicamente, Jean Jacques Rousseau. El ginebrino nos seduce con su buena pluma y la imagen apacible del paseante solitario por el hermoso lago de Annecy. Solo al cabo de un rato el lector cae en la cuenta de la carga profunda de sentimentalismo comunitario y dogmatismo conceptual que encierra la idea de *volonté générale* o la famosa paradoja de la libertad, que permite al poder "obligarnos a ser libres". Fue, en todo caso, el primer intelectual moderno y probablemente el más influyente de todos, seguido de cerca por Marx y Tolstoi³².

Lo peor es que la síntesis de tantas razones dialécticas se llama Maximilien Robespierre³³. El exceso en la virtud conduce a la perversión de la condición humana. Por eso, el "monstruo" nos sobrecoge, al

³¹ Sobre estos temas, una pequeña joya: Benno VON WIESE, *La cultura de la Ilustración* (1931); en español, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1954. Ahora están de moda las apologías del sector "radical" de las Luces. Por todos, con un valioso esfuerzo argumental, Jonathan ISRAEL, *Radical Enlightenment*, Oxford University Press, Oxford, 2001.

³² Eso dice, con buen criterio, Paul JOHNSON, un divulgador muy digno, en una obra que alcanzó cierta difusión: *Intelectuales* (1988); en español, Homo Legens, Madrid, 2008, El capítulo sobre el ginebrino se titula con el juicio que Rousseau mereció a la mujer de su vida: *un fou intéressant*.

³³ En las idas y venidas de la fama literaria, el Incorruptible se ha vuelto a poner de moda. Entre nosotros, con bibliografía actualizada, Demetrio CASTRO, *Robespierre. La virtud del monstruo*, Tecnos, Madrid, 2013.

margen de cualquier valoración política. La violencia se hace dueña del espacio público mientras las leyes *se taisent*, y permanecen así, bien calladas. Aparecen aquí los síntomas de la intransigencia: la Revolución es una necesidad histórica y desata una fuerza irresistible. A partir de entonces, concluye Hannah Arendt en su análisis clásico, “ninguno de sus actores podrá controlar el curso de los acontecimientos” y nos situamos ante “la impotencia del hombre para poner orden en sus propias acciones”³⁴. Las consecuencias son bien conocidas: el reino de la necesidad imperiosa sustituye a la libertad azarosa. Volvemos a Arendt: las gentes se convierten en “bufones de la historia”, capaces de someterse a las leyes supuestamente implacables de una fuerza sobrenatural. Sin olvidar, añado, que el *Grand Peur* y el funcionamiento aséptico de la guillotina ayudaron mucho para convencer a los indecisos sobre la conveniencia de plégarse a la voluntad del que manda.

Revolución ha llegado a significar ruptura, casi siempre violenta, con el *corsi e ricorsi* ordinario del acontecer humano. Es decir, todo lo contrario de lo que fue en origen³⁵. Por supuesto, en el ámbito político es un concepto cargado de sentido ideológico. Para unos, solo las Grandes Ideas (mayúsculas obligan) merecen ser adornadas con un proceso revolucionario; en definitiva, Francia, los soviets y poco más. Para otros, caben las revoluciones “sensatas” al modo anglosajón o las secuencias que producen como efecto cambios radicales, como ocurre con la revolución industrial. ¿Es necesaria la violencia? A mi juicio, lo mejor que nos pasa en el mundo contemporáneo es precisamente el desprestigio de la acción violenta. Recuérdese, por contraste, que hace un siglo más o menos la lectura favorita para la derecha y la izquierda europeas eran las *Reflexiones*, bastante vulgares, de George Sorel. Lo cierto es que toda revolución promete emociones, excita pasiones e incluso inspira (temporalmente) a las vanguardias artísticas para caer poco después en un academicismo convencional. Sin embargo, con todas sus miserias, la Revolución por excelencia trae consigo al Estado constitucional y nos sitúa ante el imperio de la ley frente a la arbitrariedad del poder³⁶.

³⁴ Muy sugerente siempre: Hannah ARENDT, *Sobre la Revolución* (1963); trad. esp., Alianza, Madrid, 1988, pág. 52 y sigs. La cita siguiente en pág. 59.

³⁵ Hay bibliografía abundante (Crane Brinton o John Dunn, por ejemplo), pero lo mejor sigue siendo el libro citado de Arendt.

³⁶ Eduardo GARCÍA DE ENTERRÍA ha escrito páginas luminosas sobre estos asuntos. Quizá las más brillantes en *La lengua de los derechos*, discurso de ingreso en la Real Academia Española (24 de octubre de 1994).

Además de profundizar en el mensaje más fecundo del liberalismo (y aquí cabe citar a Burke y Tocqueville; incluso al ecléctico Stuart Mill), el siglo XIX nos entrega dos productos ideológicos muy definidos: nacionalismo y marxismo. Hay pocos motivos para sentir orgullo del romanticismo plasmado en pasiones nacionalistas; a veces, simplemente tribales³⁷. Hay quien pretende sublimar a la comunidad en perjuicio del individuo. Los discursos de Herder sobre la nación alemana o el racismo de Chamberlain y Gobineau o el egoísmo que solo atiende a los ídolos de la tribu... Esto no significa rechazar en bloque las aportaciones de la época: por ejemplo, la Escuela histórica de Savigny enriquece notablemente la ciencia del Derecho. Lo peor ha sido la lógica dramática de la exclusión: “nosotros” y “ellos”; el “amigo” y el “enemigo”; los “de aquí” y los “de fuera”. Las contradicciones importan poco. Un cabo austriaco de aspecto medio latino se convirtió en prototipo de la raza aria. Un georgiano de rasgos caucásicos casi consigue rusificar el Imperio soviético a base de deportaciones. Si se añaden el irredentismo territorial y el determinismo geográfico no es extraño que las doctrinas nacionalistas sean responsables de catástrofes sin cuento. Sin ir más lejos, en este año del centenario es oportuno recordar el magnicidio de Sarajevo a cargo del estudiante serbio Gavrilo Prinzip, origen inmediato de la Primera Guerra Mundial. En la terrible guerra de trincheras, en el Marne y otras batallas célebres, el disparate nacionalista enterró el cuerpo y el alma de toda una generación. En la estela de Nietzsche y su fórmula demolidora: Europa está enferma de neurosis nacional, germen de pequeños Estados y su pequeña política.

No hace falta ofrecer nuevos ejemplos, Lo curioso es que en nuestra época de globalización sin cosmopolitas el localismo vuelve por sus fueros. Acaso porque la “nacionalización” se ha revelado como una forma eficaz para vertebrar a las masas. Muchos intelectuales, igual los “grandes” que los “pequeños”, contribuyeron a ello decisivamente. Sobre todo, historiadores, filólogos, antropólogos sociales; pero también existen nacionalistas implacables en cualquier otro gremio. Antes de ser complacientes, los intelectuales estamos llamados a un examen de conciencia sobre nuestra contribución a la hora de frotar una botella de la que escapó un genio malévolo que no se deja capturar.

³⁷ La bibliografía, claro, es muy abundante. Sobre el nacionalismo, muy interesantes E. Kedourie y E. Gellner. Para la teoría subyacente, H.G. SCHENK, *El espíritu de los románticos europeos* (1966); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

El marxismo, con o sin añadidos, ha gozado de una sorprendente indulgencia por parte del estamento dedicado a manipular las ideas. Hoy es un producto caducado, pero logró suscitar en su momento una pasión desmedida y exigió a sus fieles una obediencia activa y pasiva. François Furet, converso como tantos otros, explica muy bien el pasado de una ilusión que recorre todo el siglo XX: “Privado de Dios, nuestro tiempo ha divinizado la historia como el advenimiento del hombre libre”³⁸. Porque el comunismo soviético produjo una *mentira institucional* como fundamento de su modelo totalitario. En el origen, intelectuales procedentes de la pequeña burguesía (Marx, Engels, Lenin...) y ni un solo proletario. La clave reside en imponer un lenguaje obligatorio y ficticio, en virtud del cual se otorga a la Unión Soviética el privilegio de ser juzgada por sus propósitos y no por sus realizaciones. Octubre de 1917 se convierte en epifanía de la Historia Universal (con mayúsculas de estirpe hegeliana), es decir, en un *événement matriciel* y no en la crónica de un suceso particular y periférico. A la hora de la verdad, todo se redujo a la dictadura implacable de una *nomenklatura*. Pero la denuncia de ese delirio ideológico que nos resulta familiar a estas alturas del siglo XXI fue un acto de heroísmo durante buena parte del “corto” siglo XX, que, de acuerdo con Eric Hobsbawm, concluye el 9 de noviembre de 1989 con la sedicente “caída” del muro de Berlín.

En realidad, si volvemos a Furet, “el comunismo termina en una especie de nada”, a pesar de que “como mito político y como idea social sobrevivió largo tiempo a sus fracasos y a sus crímenes”. Me impresionó mucho hace tiempo un comentario de Raymond Aron, en un libro que no consigo identificar. Dice algo parecido a lo siguiente: “no estoy seguro acerca de las creencias de los pocos soviéticos que he conocido, pero mi impresión es que no creían ni dejaban de creer; en realidad, no les importaba mucho”. Dar pábulo a los dogmas sin buscar el contraste con los hechos ha sido el pecado más grave de muchos intelectuales europeos durante casi un siglo. Tampoco este capítulo merece que sintamos orgullo por las hazañas de nuestros ancestros.

Llegamos al siglo XX. El intelectual ofuscado se siente desplazado de su ámbito natural, el Espíritu Absoluto hegeliano; esto es, cuando la

³⁸ François FURET, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (1995); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1995. La cita en pág. 91. Otras posteriores en págs. 10 y 15. Especialmente recomendable el capítulo III, “El embrujo universal de Octubre”, pág. 76 y sigs.

Idea se piensa a sí misma. Por ello se refugia en el estudio sociológico de su propio gremio. Es lógico que la sociología de los intelectuales fascine a un “club” narcisista por naturaleza. Vamos a ocuparnos únicamente de clásicos reconocidos: por orden cronológico, Julien Benda, Karl Mannheim y Raymond Aron. Dejo al margen a Antonio Gramsci, pese a su influencia indiscutible. Para el notable escritor italiano, la cultura era un instrumento útil al servicio de la causa revolucionaria. Por eso, con su doctrina sobre el Partido como intelectual “colectivo”, él mismo se excluye de la supuesta inocencia que distingue al pensador idealizado.

El primero de los grandes libros que nos conciernen es *La traison des clerics*, de Julian Benda³⁹. Desde su implacable racionalismo, el autor ajusta cuentas con los nacionalistas. Pasiones desatadas, xenofobia, militarismo... los *clerics* prenden la mecha y las almas plebeyas compran la mercancía averiada. Nuestro siglo, dice, realiza una “organización intelectual de los odios políticos”. La traición produce consecuencias muy graves: “...durante dos mil años, la humanidad hacía el mal, pero honraba el bien” y esa era “la fisura por la que podía filtrarse la civilización”. Pero ahora el intelectual aporta a los sentimientos primarios su fuerza persuasiva y su prestigio social. Benda procura ser imparcial, y a ratos lo consigue. Los “traidores” a la razón tienen nombre y apellidos: André Gide, Henri Bergson, Charles Maurras, entre otros. Eso sí, no deja de resaltar que el intelectual nacionalista es “esencialmente” una invención alemana, lo mismo que una “metafísica patriota”. Lo peor, a su juicio, es la pérdida de las señas de identidad, porque “hacen entrar sus pasiones políticas en su actividad de intelectuales”. Con verbo inflamado, el antiguo *dreyfusard* castiga a quienes mancillan el espíritu de universalidad y el amor a lo espiritual para convertirse (y convertir incluso a Jesús de Nazaret) en un “profesor de egoísmo nacional”. Cómo no, Sócrates es el arquetipo del pensador fiel a su esencia. Por algo será que tradicionalistas y pangermanistas humillan a Grecia y exaltan a Roma. Lo mismo hacen hoy día muchos liberales, me temo. Luego lo veremos.

Sainte-Beuve habló alguna vez de pensadores que afilan la “inteligencia-espada” frente a la “inteligencia-espejo”. De ahí que, aquí y ahora, en nombre del realismo, los doctores defiendan a quien “hace el mal y

³⁹ Julien BENDA, *La traición de los intelectuales* (1927); trad. esp. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008. Incluye un importante prefacio a la edición de 1946 y una breve nota de Fernando Savater. Las citas textuales están dispersas a lo largo de todo el libro.

honra el mal”. Internacionalismo, pacifismo, humanitarismo, son doctrinas aburridas que no permiten disfrutar una vida plena de emociones. El componente irracional de los fascismos es, sin duda, el objetivo predilecto de las críticas de Benda. Pero, para ser justos, en el prefacio de 1946, a la vista de los hechos históricos, también declara “traidores” a los comunistas respecto del compromiso sagrado del intelectual socrático. En estricta contraposición a la manida tesis XI sobre Feuerbach, de Karl Marx, concluye Benda que “el papel del intelectual no es cambiar el mundo, sino mantenerse fiel a un ideal...” ¿Por qué, entonces, lo vulneran desde todos los partidos? Nuestro autor procura evitar especulaciones, pero en alguna nota a pie de página deja caer este comentario malévolo: “Ciertas personas tienen la suerte de adoptar con sinceridad precisamente las actitudes más provechosas”. Eso debe ser.

Karl Mannheim regala los oídos del gremio con su teoría del intelectual autónomo (*freischbewende Intelligenz*), en un capítulo (más bien breve) de su obra principal, *Ideología y utopía*⁴⁰. El ideal en estado puro: un pensador capaz de situarse al margen del contexto social en que desarrolla su producción. El sociólogo alemán nacido en Budapest y emigrado, como tantos judíos, al mundo anglosajón es un clásico de la Sociología del conocimiento. Su libro anuncia un objetivo muy definido: “resolver el problema de cómo piensan realmente los hombres”. Como regla general, la perspectiva es marxiana: cada clase “piensa” de conformidad con sus intereses. También lo hacen, hasta la Modernidad, los grupos sociales (ya sean magos, brahmanes o clérigos) dedicados a proveer a la sociedad de una interpretación del mundo en régimen de monopolio. Sin embargo, surge de improviso la luz allí donde todo eran tinieblas: un “repentino florecimiento” y una “riqueza intelectual sin precedentes” ofrecen nuevos puntos de vista epistemológicos, psicológicos y sociológicos. Una *intelligentsia* renovada compite con sus iguales para aportar ideas en régimen de libre competencia. Por cierto que el desprecio hacia el mercado libre en el plano económico se transforma en elogios sin medida hacia el relativismo moral.

El milagro que describe Mannheim tiene como protagonista a un grupo peculiar de “desclasados”, ajenos a la trama que teje los intereses particulares de las clases sociales *stricto sensu*. Dicho de otro modo: los

⁴⁰ *Ideología y utopía* (1929); manejo la trad. esp. del Fondo de Cultura Económica, México, 2004. El apartado que lleva por título “El problema sociológico de la *intelligentsia*” en pág. 190 y sigs. También las citas están dispersas aquí y allá.

intelectuales no son aristócratas, burgueses ni proletarios y rompen la maldición de Marx sobre la ideología como pensamiento socialmente deformado. Hablamos, dice nuestro autor, de una “clase especialísima”; en rigor, diría yo, una “no clase”, desvinculada de los egoísmos primarios y las pasiones secundarias que ciegan a los demás a la hora de pensar. La cultura, dice el intelectual, y la docencia, añade el profesor, anulan las diferencias de nacimiento y otras causas de discriminación. Ya tenemos un estrato con una mentalidad dinámica y elástica, capaz de situarse en el punto de vista de unos y de otros e incluso de “elegir” su propia posición en el sistema rígido de clases.

Creativo en sus definiciones de “ideología” (al servicio del poder) y de “utopía” (al servicio del aspirante al poder), Mannheim es visto con simpatía por un estamento que sublima sus frustraciones materiales apelando a la superioridad espiritual. Al fin y al cabo, como ya sabía Bacon, el hombre siempre está dispuesto a creer en aquello que le halaga. Cuando recibe algo de los “ricos”, se refugia en la buena conciencia. Cuando se apunta a la causa de los “pobres”, se siente generoso y justiciero. En ambos casos, y esto lo percibió el propio sociólogo alemán, procura vencer la desconfianza de los miembros genuinos de la clase a la que se adhiere, proclives unos y otros a servir al tópico arraigado: “cuidado con esta gente, piensan demasiado y a la hora de la verdad...” Un buen debate, por cierto, para un tiempo de cambio social acelerado. Pagado de sí mismo, el intelectual pierde a veces la conciencia de sus motivos: *Ich habe meine Grunde vergessen*, decía Nietzsche, el gran iconoclasta.

El último de los grandes libros es el mejor, a mi juicio. *El opio de los intelectuales*, de Raymond Aron, es mucho más que un panfleto ocasional en el marco de la Guerra Fría y de su polémica con Jean-Paul Sartre, antiguo compañero de pupitre⁴¹. Estamos en presencia de un estamento cuyos miembros “no se contentan con vivir”, sino que “quieren pensar su propia existencia”. Yo diría que su objetivo es eludir la

⁴¹ *L'opium des intellectuels* se publicó en Calman-Lévy Eds., París, 1955 (hay ediciones posteriores). En español, con traducción mejorable: Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967. Las citas textuales proceden de esta edición, casi todas de la tercera parte, “La alienación de los intelectuales”, pág. 201 y sigs. Hay una versión reciente en RBA, Barcelona, 2011. Para el contexto francés de aquella época, véanse las *Memorias* del propio Aron (1983); trad. esp., RBA, Barcelona, 2013, capítulo XII. También Herbert LOTMANN, *La rive gauche*, Seuil, París, 1984, una crónica demoledora sobre el *engagement* en el mundo cultural.

alternativa que Fernando Pessoa expresa mejor que nadie: “o escribes o vives”. ¿Por qué la izquierda ejerce tal atractivo? Recuérdese la fecha del libro: los comunistas son “indulgentes” con los mayores crímenes si se cometen en nombre de la doctrina correcta. El liberalismo les resulta insoportable. Detestan el mercado, el orden espontáneo y la experiencia porque ellos pretenden resolver los problemas desde el punto de vista abstracto, es decir, en el terreno cómplice de las ideas que rehúsan el contraste con la realidad. Incurren en la “idolatría de la Historia” y el “delirio ideológico” que convierte al régimen de Stalin en un “espejismo del paraíso”. En fin, se apuntan a una escatología de raíces judeo-cristianas con la promesa de liberar a los oprimidos de la tierra. De este modo, resume, “el fin sublime excusa los medios horribles”.

Aunque ahora tenga más adeptos, Aron era entonces la voz solitaria que clama en el desierto⁴². Pero aquí nos importa menos la coyuntura y más el perfil que traza el autor acerca de las señas de identidad de sus colegas. El culto a la Revolución excita las pasiones. Buscan y exigen certezas, verdades de fe, dogmas infalibles. Predican, en fin, una “religión secular”, con su propio milenarismo, la sociedad sin clases, y un mesías sorprendentemente encarnado en el Partido único. Es cierto que ese modelo, reconoce Aron, se identifica con el intelectual francés, incluso parisino: hay debates que no tienen sentido más allá de Saint-Germain-des-Près. Sus paisanos disfrutaban de las discusiones sobre ideas, especialmente si carecen de alcance práctico. Hasta eso se les puede perdonar. Pero lo malo es el resentimiento. Francia es ahora potencia de segundo orden y la *rive gauche*, acostumbrada a marcar el rumbo del planeta, tiene que disimular el “provincianismo” de sus pensadores. Y para ello, concluye, se refugian “bajo los restos de las filosofías de la Historia del siglo pasado”. Análisis acaso veraz, pero despiadado, poco apropiado para ganar amigos...

Aron tiende con frecuencia a transmitir una imagen bipolar, Estados Unidos *versus* Francia, con el sistema británico como punto intermedio, idealizado a la manera de Montesquieu. La sagacidad del análisis

⁴² Un autor políticamente irreprochable para la mentalidad contemporánea, Tony JUDT, *El peso de la responsabilidad* (1998); trad. esp. Taurus, Madrid, 2014, equipara a Aron con Albert Camus y Leon Blum. Del mismo autor, *Past Imperfect. French Intellectuals (1945-1956)*, New York University Press, Nueva York, 2011, donde se aporta otra razón contundente para explicar la defensa a ultranza del estalinismo: borrar el pasado colaboracionista de algunos prebostes del mundo cultural.

sobre la República imperial recuerda a su admirado Tocqueville⁴³. Si París es el “paraíso” del intelectual, América es el “infierno”. Toda una obsesión para Sartre y los suyos: “los intelectuales sufren con la hegemonía de los Estados Unidos más que los simples mortales”. Más adelante: “la izquierda europea guarda rencor (...) a los Estados Unidos por haber tenido éxito sin haber seguido los métodos conformes a la ideología preferida”. Allí se forjó el epíteto despectivo, *Egghead*: el “cabeza de huevo” es el escritor arrogante y fatuo, confuso y superficial, incapaz de asumir las lecciones de la experiencia. Supongo yo que eso es un delito de lesa patria en una sociedad que cumple con fidelidad el sabio consejo de Jefferson: “la experiencia es el guía menos engañoso de las opiniones humanas”. En todo caso, nuestro autor reconoce que la Costa Este cuenta con su propia doctrina. En una frase brillante: “se actuaba según el estilo de los conservadores británicos, usando (...) el lenguaje de los filósofos franceses”.

El maestro propina así un duro golpe a Tom Paine y los suyos. Sin embargo, olvida la tradición americana del intelectual exquisito, aquel “club de los metafísicos” que reúne a los espíritus cultivados de Nueva Inglaterra⁴⁴. Con su lucidez habitual, anticipa disputas futuras a propósito de la tentación “liberal” (en el sentido de allí) para la sanidad pública. Sorprende, en cambio, que no perciba la emergencia de un mundo cultural similar al europeo: con su propia “orilla izquierda” (el Village neoyorquino); sus causas implacables (Vietnam o el Watergate), y sus profetas al modo radical (Marcuse o Chomsky, por ejemplo)⁴⁵. Incluso para un pensador admirable como Aron, sería imposible exigir que anticipara a Obama, al *Tea Party* o incluso al 11-S. Sea como fuere, los tiempos han cambiado y el conflicto ideológico, con su izquierda y su derecha, es hoy una realidad palpable en la (todavía) potencia hegemónica global. Es probable que vayan por el camino equivocado al importar debates ajenos, lejanos y pocas veces fructíferos. Pero nadie suele escarmentar en cabezas ajenas...

⁴³ Entre las obras más logradas de ARON: *La República imperial* (1973); trad. esp. Alianza, Madrid, 1976. Los mismos temas se reproducen una y otra vez en otros libros de este escritor prolífico, un genuino realista político. Por eso no es convincente el enfoque de su discípulo (tardío) Nicolas BAVEREZ, *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologies*, Flammarion, París, 2005.

⁴⁴ Un buen libro: Louis MENAND, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América* (2001); en español, Destino, Barcelona, 2002.

⁴⁵ Mucha información sobre esa época en Amando DE MIGUEL, *El poder de la palabra. Lectura sociológica de los intelectuales en Estados Unidos*, Tecnos, Madrid, 1978.

Lo peor, concluye Aron, es el desapego del *american way* hacia los pensadores teóricos. Al menos la Unión Soviética se los toma en serio, lo suficiente para enviarlos al Gulag, cuando hace falta. En los Estados Unidos son libres para vivir con decoro y pensar a su manera, pero el sistema se preocupa poco por ellos y la *intelligentsia* (como el resto de los humanos, añadido) “soporta mejor la persecución que la indiferencia”. En el Reino Unido sucede algo similar. Sin citar la fuente, nuestro autor cuenta una conversación entre un inglés y un francés, a propósito de un libro de Alain. El francés se inflama. Su interlocutor responde: *We British don't take our intellectuals so seriously*. Todo se traduce en una vía media, a través de ingenieros eficaces y filósofos utilitaristas. Termina nuestro autor: “si el mundo exterior fuera tan cuerdo como Inglaterra, el gran debate estaría paralizado por el hastío”. No estoy seguro de que los tópicos sobrevivan al paso de medio siglo largo.

3. En un umbral de épocas

Vivimos casi con certeza en un “umbral de épocas”: *Epochenshwelle*, decían los filósofos del idealismo alemán. Aunque somos conscientes de forma intuitiva, estamos muy lejos de comprender dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos. Atrapados en una encrucijada, es posible comparar nuestro estado de ánimo con el personaje de Stendhal que participó (discretamente) en una batalla histórica, pero nunca lo supo a ciencia cierta⁴⁶. Hace tiempo que se dan por ciertos una serie de fracasos ineludibles. Desde hace un siglo más o menos proliferan los libros cuyo título incluye las palabras “crisis” (ocaso, crepúsculo, final...), *Breakdown*, *Déclin*, *Untergang* y similares. Si hacemos caso a los profetas, es inevitable el colapso final de la humanidad o de Occidente o de Europa o de España o de otros ámbitos geohistóricos acreditados por una larga trayectoria. Por supuesto, están en crisis el Estado y el Derecho, la Iglesia y la sociedad civil, la monarquía y la república, la división de poderes o la institución parlamentaria. Aquí y en todas

⁴⁶ El célebre episodio literario en STENDHAL, *La cartuja de Parma* (1839), que cito por la versión española de Consuelo Bergés, Alianza, Madrid, 1991: “Solo en un punto (Fabrizio del Dongo) seguía siendo un niño: lo que había visto, ¿era una batalla?; y, en segundo lugar, esta batalla ¿era Waterloo?” (pág. 116).

partes es de buen tono un pesimismo fundado sobre los nuevos paradigmas, aunque por fortuna el ruido general suena hoy menos apocalíptico que en otros tiempos más pasionales.

Para ganar el debate, nada mejor que aplicar un viejo truco: imaginar un mundo perfecto para denunciar una realidad mezquina. Utilizo como ejemplo la crisis del Parlamento, un lugar común en nuestros días que nadie se atreve a refutar. Una vez más, no hay nada nuevo bajo el sol. El lenguaje al uso cuando hablamos de tal crisis debe su fundamento doctrinal a la obra, ya pronto centenaria, de Carl Schmitt⁴⁷. La “base histórico-ideológica” del parlamentarismo fue reducida por el autor alemán a la razón burguesa plasmada en asambleas de notables, esos encuentros de *gentlemen* que (la ironía es mía) imitan a un distinguido club que se reúne a la orilla del Támesis bajo la presidencia de un famoso reloj. Al margen de sus convicciones ideológicas, la poderosa fuerza intelectual de Schmitt arrastra a los “voluntaristas” de todos los partidos. A la extrema derecha, por supuesto, le confirmó sus prejuicios contra una institución puramente utilitaria y carente de la grandeza de los mitos históricos. Todos sabemos cómo terminó la república de Weimar. Pero también al marxismo y a sus epígonos más o menos ortodoxos les permitió plantear una crítica estrictamente ideológica hacia una forma de hacer política basada sobre un diálogo aparente que —según ellos— oculta la crudeza de un implacable conflicto de intereses. Incluso elogian a Schmitt los defensores del republicanismo cívico, por el contraste que establece entre “negociación” y “debate” en el seno del Parlamento.

En este contexto, el intelectual no sabe dónde situarse. Preocupado por su prestigio social, debería recordar el “escalafón” que proclama Maquiavelo, uno de los nuestros, acerca de “los hombres dignos de elogio”. Primero, los fundadores de religiones. Después, quienes, puestos a la cabeza de los ejércitos, han ampliado los dominios de la patria. Siguen ya los hombres de letras; eso sí, “a cada uno según su categoría”⁴⁸. Es un lugar muy digno, aunque algunos no se conforman y sien-

⁴⁷ Sobre todo, en *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus* (1923), en castellano *Los fundamentos histórico-espirituales del parlamentarismo en su situación actual*, Tecnos, Madrid, 2008, con un valioso “Estudio preliminar” de Manuel Aragón Reyes. También en su célebre *Teoría de la Constitución* (1928). Al margen de su evidente calidad, es llamativo el *revival* de Schmitt en España y en otros países.

⁴⁸ En *Discorsi*, I, 10, pág. 59 en la citada edición española.

ten una doble tentación: suplantar a esos fundadores de religiones y apelar a la crítica sistemática del poder para satisfacer su tentación fáustica. Otros muchos procuran medrar a la sombra de la alta política, pero muy pocos alcanzan la cumbre. Vuelvo al ejemplo de la República imperial. En la historia de los Estados Unidos acaso puede citarse a Woodrow Wilson, prestigioso profesor de *Government*, y en el escalón siguiente a Henry Kissinger, autor de referencia en Relaciones Internacionales, a quien su amigo Aron se refiere con una mezcla sincera de simpatía y envidia cuando enjuicia su labor como secretario de Estado. Asesores hay muchos más, porque Washington está poblado de expertos influyentes y *think tanks* que reúnen mucho talento. Por citar a algunos famosos: A. Schlesinger, J.K. Galbraith, Z. Brzezinski... Luego están los “mitos”, más o menos comprobables: tal vez Leo Strauss y su círculo esotérico sea el caldo de cultivo de los *neocons*... o quizá la imagen sea más literaria que real, si reparamos en la famosa novela de Saul Bellow⁴⁹. Al margen del poder, los intelectuales al uso se agrupan en círculos cerrados, a veces inaccesibles, de *men* o *women of words*, casi siempre enfadados con el resto de la humanidad. Conviene recordar también la abundancia de “conversos”, tendentes por naturaleza a la exageración en sus nuevas creencias. El viaje suele producirse desde la izquierda a la derecha y despierta cierto morbo en los medios de comunicación. Hoy día, Alain Finkielkraut puede ser un buen ejemplo entre nuestros vecinos franceses. También aquí tenemos alguno.

Al margen de buenos o malos humores, hay un problema objetivo. El intelectual vive de los grandes relatos. Por eso, ya los postmodernos *avant la lettre* le dejan sumido en una seria crisis de identidad. Si existe tal relato, no importa el autor. Michel Foucault destruye (al menos por un tiempo) al sujeto romántico que crea desde la emoción vital. Por la misma época, Roland Barthes identifica al autor con el espíritu posesivo y egoísta del burgués. Por eso, lo importante es el *significado* y el centro de gravedad se sitúa en el *lector*. Puestos a seguir con la deconstrucción llegamos a la *era del vacío* (Gilles Lipovetsky), a las tribus nómadas que pueblan el espacio urbano (Michel Maffesoli) y, cómo no, al omnipresente *pensamiento débil* (G. Vattimo). Estamos huérfanos de ideologías que otorgan sentido a un mundo errático y convulso. Todo

⁴⁹ El profesor Abe Ravelstein, personaje de ficción, reúne las características propias del maestro influyente y triunfador.

se reduce a una yuxtaposición de fragmentos, que algunos identifican con las contradicciones culturales del nuevo capitalismo⁵⁰. En el fondo, eso importa poco. La clave está en la falta de referencia, porque la opinión ilustrada que sustenta el régimen de los mandarines ya no crea tal opinión y su grado de ilustración resulta muy discutible. Perplejo o indignado, nuestro *maître à penser* ha perdido una parte considerable de la recompensa moral y material que justifica el oficio de escribir.

Conviene, como siempre, situar el fenómeno en su justa dimensión. Todavía queda tiempo. Esta generación, quizá también la próxima, seguirá leyendo libros de ensayo y artículos de opinión, incluso sesudas monografías filosóficas, históricas o jurídicas. Aún queda una disposición transitoria, suficiente para mantener un *status* digno. Después, ya veremos... La influencia de las nuevas tecnologías es determinante y lo será mucho más a medio plazo. Para bien y para mal. Como tantas otras veces, nuevas elites esperan agazapadas su oportunidad para sustituir a los intelectuales ofuscados. Como siempre, caerán primero los rezagados en el duro oficio de comprender el signo de los tiempos. Por eso, transparencia y acceso a la información son el escenario contemporáneo de la batalla eterna por el poder. Mucha atención, porque está en juego la política tradicional, la ya venerable democracia representativa, con su secuela, al parecer inevitable: el Estado de partidos. Pero también sufren las consecuencias los medios de comunicación al uso: prensa (más que nadie), radio y televisión. Volveremos, por supuesto, sobre estos asuntos de máxima relevancia.

Sigamos ahora con un estamento que responde con gesto adusto al nuevo desafío⁵¹. Eterna disputa entre *the ins* y *the outs*, como decía graciosamente Bentham. Ahora entendemos mejor, supongo, la respuesta desabrida de los clérigos desplazados (en lo esencial) del monopolio del poder espiritual en nombre de la Razón. Hablo, por supuesto, en términos estrictamente sociológicos, tal vez de psicología social, al

⁵⁰ Entre una bibliografía abrumadora, puede verse el análisis de Steven CONNOR, *Cultura postmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*, Akal, Madrid, 1996, con oportunas referencias, entre otros, a Frederic Jameson.

⁵¹ Un buen análisis del modelo clásico en Mark LILLA, *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*, Debate, Barcelona, 2004. En especial, su brillante epílogo, "La seducción de Siracusa" y el concepto de *Reckless Mind*, en línea con las enseñanzas de su maestro, Isaiah Berlin. Cada vez hay más libros y menos complacientes; por ejemplo, Alain MINC, *Une histoire politique des intellectuels*, Les livres de poche, París, 2011.

margen de quién tenga la razón de su parte en materia de verdades eternas. Es muy duro sentirse desplazado de los beneficios morales y (a veces) materiales derivados del monopolio de la influencia en el espacio público. Para recuperar el terreno perdido, mejor sería evitar los resabios inherentes al despotismo que las Luces arrastran con tanta naturalidad⁵².

Hemos comprobado que, según el Espíritu de la Época, ya no hay grandes causas que sustentar. Proliferan hoy día las plataformas ciudadanas, con el modelo norteamericano de *grassroot organizing*. Defienden causas muy concretas, casi siempre de ámbito local. Son espontáneas en origen y actúan con rapidez, al menos por comparación con el lastre burocrático que atenaza a las organizaciones formales. Su vida es efímera y tienden a disolverse una vez resuelta su pretensión, en sentido favorable o negativo. El éxito depende de la capacidad para movilizar a personas ajenas a la causa específica, es decir, a los *afectados morales*. Por supuesto, las nuevas tecnologías ponen nuestra solidaridad (a veces más emotiva que racional) a golpe de *click*. Eso sí, la experiencia demuestra que su ejemplaridad se resquebraja cuando traspasan barreras y crecen en exceso. Los más avispados pasan fácilmente de la protesta al oficialismo, porque la maldición *oligárquica* es algo más que un reproche autoritario a los partidos, recordando (y ya es la segunda vez) a Mosca y sus adláteres. Parece ser una cualidad inherente a la condición humana. Nos cuesta asumirlo, pero la realidad se impone.

¿Cómo responde nuestro intelectual ofuscado? La peor reacción posible es la amargura que nos deja la nostalgia de los buenos días perdidos. Ya no es lo que era, de acuerdo, para estas gentes de condición indefinida, a los que “es preciso no ocupar en nada” como decía malévola mente Ortega. Pero tampoco fue fácil asumir el cambio para los obreros que destruyeron las máquinas en la revolución industrial. Ni para el cultísimo profesor de lenguas clásicas que soporta el desprecio de todos los regímenes y partidos cuando plantean una nueva reforma educativa. Ni para el perfecto yanqui (sobrevenido) de Philip Roth, en *Pastoral americana*, ante la deriva terrorista de su hija bien amada y

⁵² Entre una bibliografía ingente, me quedo con José A. MARAVALL, “La fórmula política del despotismo ilustrado”, en *Estudios de Historia del Pensamiento Español (Siglo XVIII)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999: “El despotismo ilustrado se nutre en gran medida de la mentalidad de la Ilustración” (pág. 621).

mejor criada⁵³. Conviene asumir las cosas cuanto antes. El intelectual de siempre, más soberbio que humilde, moderadamente progresista, exigente con los ideales, pero tolerante con las propias miserias, ha dejado de ser una referencia. Queda claro que todavía tiene su público porque el período transitorio puede ser largo. Pero cuanta más resistencia oponga, menos cancha le van a dar. Ya no le sirven las citas de Lukács o de Gramsci; la suave ironía de Walter Benjamín; la ética triste de Albert Camus... Mucho menos, acudir a viejos “manifiestos, escritos, comentarios, discursos”, como decía el poeta español. Más vale que se olvide de invocar a existencialistas tardíos o frankfurtianos modernos...

Hay otra opción igual de mala que la nostalgia. La llamaremos “operación Marcuse”: ponerse a la cabeza de la manifestación, jalear a los nuevos bárbaros y abjurar de las propias convicciones para abrazar la causa “moderna”, sea cual fuere. O sea, de Hegel a las barricadas: ahora, de momento, en sentido metafórico. Se trata de competir con el *blog* más ingenioso o con los indignados más conspicuos. Al fin y al cabo, el oportunismo es una tentación difícil de resistir. Hay quien intenta modular la historia al servicio de sus prejuicios. Pero la realidad es tozuda. Por ejemplo: el proletariado industrial no quería ser sujeto activo de la Revolución, sino apuntarse a las clases medias subvencionadas. Como recuerda Varela Ortega, con una oportuna cita de Víctor Hugo, “los pueblos siempre le fallan a los profetas”⁵⁴. Así pues, como el antiguo proletariado militante ya no cumple esa función, hay que buscar nuevos portadores del sentido de la Historia en las masas virtuales de internautas versátiles. Porque, como veremos más adelante, la masa tampoco es ya lo que era...

Termino el capítulo con una apuesta por el optimismo razonable. Todavía queda un hueco y hay que aprovecharlo. Porque la letra impresa se resiste a morir, por fortuna. A pesar de las amenazas de ruina, la galaxia Gutenberg tiene y tendrá su público, su ámbito, su difusión. El secreto consiste en abandonar la soberbia y abrazar la sobriedad. El pensador genuino acepta los límites de la condición humana y admira el milagro cotidiano de una convivencia medio en paz. La clave reside en el *sentido común*. Como decía Henry James, siempre elegante: “ninguna cursiva puede dar idea de la sinceridad del énfasis”.

⁵³ Philip ROTH, *Pastoral americana*, Mondadori, Barcelona, 2005. He aquí el argumento paterno: “¿Odiar a Estados Unidos? ¿Por qué? (...) ¿Cómo podría una hija suya estar tan ciega que vilipendiaba al sistema podrido que había dado a su familia todas las oportunidades de tener éxito?” (pág. 265).

⁵⁴ José VARELA ORTEGA, *Los señores del poder y la democracia en España*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013, un análisis riguroso frente al dogmatismo historicista.

II. POLÍTICOS SIN RESPUESTAS

1. Profesión y vocación

A veces parece que la Ciudad de las Ideas está vacía. El siglo XXI nos pide planteamientos creativos y solo le ofrecemos tópicos desgastados. Vivimos tiempos de *inquietud democrática* y, una vez más, los políticos son el objetivo a batir. La historia siempre se repite, desde los días fundacionales de la democracia clásica. El populismo juega en campo abonado cuando lanza sus huestes contra esa *casta* que los escritores más o menos de moda definen —copiando unos de otros— como “elites extractivas”¹. El truco es muy antiguo, pero siempre funciona: una inmensa mayoría de ciudadanos honestos explotada por una minoría de parásitos sin escrúpulos. En todos los tópicos hay un fondo de verdad, pero obrar con justicia y hacer diagnósticos certeros exige dejar al margen ese falso consuelo. Recordemos de nuevo que la política es el espejo de la vida. La (mal llamada) “clase política” es el reflejo de la (mal llamada) “sociedad civil” y no una exótica tribu que nos invade procedente de algún planeta lejano. Por eso, si acertamos con el diseño de instituciones apropiadas cerraremos espacios a la corrupción y a otros males que afligen a nuestras democracias pudorosas, menos ingenuas de lo que parece. Lo mismo ocurre con la educación: cuando está bien concebida, extrae lo mejor del ser humano. No hace falta creer a Rousseau, pero tampoco es obligatorio dar por bueno todo lo que dice Hobbes. Con reformas orientadas en la buena dirección, nuestra democracia será mejor, dentro de los límites de lo razonable. En todo caso, es urgente encontrar la fórmula para atraer a los mejores hacia la actividad política. Ojalá sea posible que nos ocupemos de lo importante y no sigamos atrapados en la miseria interesada.

¹“Casta” es un término frecuente en Italia: Sergio Rizzo y Gian Antonio STELLA, *La casta: così i politici italiani sono diventati intoccabili*, Rizzoli, Milán, 2007. Es un libro coyuntural, que no pasará a los tratados de Historia de las Ideas. “Elites extractivas” procede de Daron ACEMOGLU y James ROBINSON, *¿Por qué fracasan los países?*, Ed. Deusto, Bilbao, 2012. Ahora es de uso habitual (y, por ello, impreciso) en nuestro debate público. Algunos prefieren no acordarse de las denuncias contra las elites comunistas de Milovan Djilas (“la nueva clase”) o de Michael Voslensky (“nomenclatura”).

Los políticos están desconcertados, aquí y en todas partes. Ni más ni menos que los intelectuales. Ni más ni menos que los ciudadanos. Todos por igual. Sigamos con nuestro protagonista colectivo en este capítulo. “Político”: del griego *politikós* y del latín *politicus*, recuerda la Real Academia Española. Una palabra marcada por cierto matiz peyorativo, avalado por unas cuantas acepciones que nos ofrece el Diccionario. Esta, por ejemplo: “cortés con frialdad y reserva, cuando se esperaba afecto”. El Maquiavelo más famoso (que no es el único, ni mucho menos) deja su huella en el alma colectiva: siempre hay algo turbio, acaso diabólico, en el imaginario popular cuando se hace referencia a la gestión de la *polis*. A veces, en sentido literal: “Belcebú” era un apodo muy extendido en Italia para designar a Giulio Andreotti, santo y seña de aquella Democracia Cristiana que se fue con *tangentópolis*, pero que siempre regresa... Aclaro otra vez la alusión a Maquiavelo. Todo el mundo identifica al autor de *El Príncipe*, pero solo los especialistas nos ocupamos de los *Discorsi* sobre la primera década de Tito Livio, una defensa de las virtudes republicanas en su amada e ingrata Florencia. Pero este nuevo Maquiavelo no cuaja en el lenguaje cotidiano, que sigue identificando al florentino con la maldad absoluta.

Hay otras opciones menos negativas. *Les politiques* era el nombre del partido “moderado”, reunido en torno al canciller Michel de L'Hôpital, defensor del compromiso y la tolerancia bajo los auspicios de Catalina de Médici en la Francia convulsa del siglo XVI. Situados en el *juste milieu*, en plenas guerras de religión entre católicos y hugonotes, un puñado de escépticos busca un acuerdo de supervivencia a base de un Estado políticamente fuerte, pero religiosamente neutro. El más ilustre fue Jean Bodin, autor de los ambiguos *Les six livres de la république* (1576), la obra que cierra el círculo conceptual del Estado moderno al utilizar en sentido novedoso el concepto de soberanía, pero que recoge al mismo tiempo la herencia historicista de la monarquía limitada por las “leyes fundamentales”, en particular, el respeto a la familia y a su propiedad².

Sigamos por el buen camino. Ortega encuentra en Mirabeau el “arquetipo” (y no el ideal, siempre imaginario) del político elocuente,

² La aventura de los “políticos” contrasta con el episodio dramático de la noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), origen de la literatura monarcómaca a favor del tiranicidio. Me remito a mi “Estudio preliminar” a S. JUNIUS BRUTUS, *Vindiciae contra tyrannos*, versión española en Tecnos, Madrid, 2008, con traducción de Piedad García-Escudero.

valeroso, capaz de poner orden en el caos³. Inventor *sensu stricto* de la monarquía constitucional, que marca el camino para el equilibrio entre el orden y la libertad, Mirabeau fue un personaje magnánimo y ambicioso, opuesto —dice el filósofo español— a la “moral canija de las almas mediocres”. Defensor de la “unidad de los contrarios”, el pasado y el presente, la monarquía moderada o la república sensata. Todo ello, como es norma en la vida y en la política, con éxito relativo. Sus seguidores fueron muy lúcidos, como la inteligente y sensible Germaine de Stäel, cuyas reflexiones se alimentan del doble terror, jacobino, primero, y “blanco”, después⁴. Por eso dice Ortega que un político de verdad es el que hace a la vez la revolución y la contrarrevolución.

De nuevo al gusto orteguiano: “o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones”. Es decir, si se prefiere el uso clásico, hay un abismo insalvable entre vida teórica (*bios theoretikós*) y vida activa (*bios politikós*). Así pues, nuestro autor contrapone, con su habitual perspicacia, el activismo del político con la pasividad del intelectual que “no siente la necesidad de la acción”. Hay hombres *ocupados* y hombres *preocupados*, buscadores de la verdad y habilidosos de la mentira, vidas volcadas hacia ámbitos muy diferentes: unas, al interior; otras, al exterior. Y sin embargo hay que exigir al político egregio cualidades de alto nivel intelectual, resumidas en un ingrediente esencial: se llama “intuición histórica”. Dicho de otra manera, más actual: la *política de las ideas* como instrumento para interpretar el presente y ofrecer soluciones al futuro.

Otro grande del siglo XX contempló también con precisión quirúrgica la doble naturaleza del político y el científico. En efecto, Max Weber concibe la ciencia como búsqueda del conocimiento, fría y desapasionada en lo posible, propia de un especialista consciente de sus límites⁵. El político, en cambio, vive en, por y para la lucha a la cual debe entregarse con pasión en beneficio de una causa. Pero desarrolla tam-

³ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Mirabeau o el político* (1927); cito por *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1966, tomo 3, pág. 601 y sigs. En pág. 618 aparece la frase célebre que se menciona en el párrafo siguiente.

⁴ Véanse los *Escritos políticos* de Madame de STÄEL, con estudio preliminar de María Luisa Sánchez Mejías, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993.

⁵ Las dos famosas conferencias sobre el “científico” y el “político” (1917 y 1919, respectivamente) han sido objeto de varias ediciones en español. Sigo aquí la de Joaquín Abellán, *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992. Véase, del propio ABELLÁN: *Poder y política en Max Weber*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, pág. 182 y sigs.

bién una profesión (*Beruf*) y por ello debe actuar desde la ética de la responsabilidad (léase, sentido del deber) y no para la satisfacción de vanidades personales o convicciones absolutas. El político no puede prescindir de los efectos de sus actos. Más aún, diría yo, su obligación está principalmente referida a esos efectos, debe practicar la lógica de las consecuencias, incluso a costa de sus preferencias subjetivas. Servidumbre del ejercicio del poder que el buen gobernante siente como un deber de conciencia y que le distingue del hombre común, que casi nunca le comprende. Como siempre que volvemos a los grandes temas, apunta en el horizonte la sombra de Maquiavelo.

Weber reitera los argumentos habituales de la tradición realista. El “politeísmo” axiológico conduce a un mundo irracional desde el punto de vista moral. Es cierto que el político debe sentir una “pasión” o, dicho de otro modo, entra en política para cumplir un objetivo, sea el que fuere, porque el sociólogo alemán, como buen relativista, se niega a establecer una jerarquía entre los valores. Afirma en todo caso que deben existir esos valores, pues de lo contrario surge el político irresponsable, movido por la apariencia y esclavo de la vanidad, cuya única pretensión es disfrutar del oropel que otorgan los puestos de mando. Pero en el terreno de los medios las cosas cambian decisivamente: también el político ejerce una profesión y ello le obliga a ser “ascético”, mantener la cabeza fría, asumir que ha firmado un pacto con el diablo. Quien no asuma esta realidad, concluye, es un “niño” desde el punto de vista político.

Por eso tiene que abandonar la ética de las convicciones y hacer suya la ética de la responsabilidad. Es todo lo contrario del intelectual socrático que antes nos salió al paso en nuestra indagación. En este terreno tan resbaladizo, muchas veces el bien surge del mal y el mal deriva del bien. Hay ética de las convicciones, afirma Weber desde su asepsia valorativa, en el sermón de la Montaña o en las revoluciones proletarias. Luego, por cierto, se ocupa casi en exclusiva del cristianismo y se olvida de Marx. Por ejemplo, no es posible aplicar en la lucha por el poder el mandamiento que obliga a decir siempre la verdad. Nunca es admisible en política la regla *fiat iustitia pereat mundus*. Más bien todo lo contrario: quien tiene la capacidad efectiva para tomar las grandes decisiones debe actuar en función de las consecuencias y no de las causas, si se admite aquí un razonamiento grato a los utilitaristas. Volvemos al autor de *Economía y sociedad*: el gran sacrificio del político consiste en aceptar el fracaso de las buenas intenciones y seguir en la

lucha, a pesar de todo; esto es, asumir el carácter trágico del oficio, incluidas sus paradojas permanentes. Para despedir a Weber, podemos preguntarnos si no sería más honesto aceptar el mal irremediable en vez de sublimar en tono dramático las miserias impuestas por la vida cotidiana.

Conviene ahora justificar el adjetivo que aplicamos a los políticos desconcertados de nuestro tiempo. La primera causa del *desconcierto* procede de la globalización. Nuestros dirigentes, al parecer, ya no dirigen y se limitan a aplicar decisiones ajenas y lejanas. Un mundo que nos desborda, al menos en economía y tecnología, porque la política está muy rezagada en esa “aldea global” y la soberanía se resiste a pasar al museo de la arqueología constitucional. Nos quejábamos de los “no lugares”, pero ya casi resultan confortables los aeropuertos, hipermercados o centros comerciales donde estamos juntos sin saberlo ni quererlo⁶. Ahora el mundo se nos viene literalmente encima. No es la primera vez. Con un simple cambio de dimensión geográfica, sospecho cuál era el estado de ánimo durante la decadencia de la *polis*, una forma política a escala humana, sustituida por grandes imperios dirigidos por poderes lejanos e inaccesibles, a partir de Alejandro Magno y las monarquías helenísticas. Recuérdese el sentido último de la ciudad-estado: una comunidad unida por la *filia*, es decir, el trato habitual entre sus miembros, regida por un *nomos* más consuetudinario que escrito y tutelada por una religión cívica, fácilmente accesible mediante ritos comunitarios. “¿Quién manda en Atenas, quién impera sobre el pueblo?”, se preguntaba el persa, dueño del poder y del espacio. Responde el coro en la tragedia de Esquilo, ante la perplejidad del déspota oriental: “No se llaman esclavos ni vasallos de nadie”. Porque el *diálogo*, mejor si es “cara a cara”, genera puntos de acuerdo, al menos tantos como discrepancias. A veces preferimos eludir el contraste porque resulta más sencillo reafirmar una y mil veces las opiniones que nadie discute en nuestro propio ambiente. Los “amigos” nos jalean y los “enemigos” nos odian, pero los “adversarios” nos perturban porque exigen respuestas y obligan a razonar. Por eso la crisis de la *polis* fue también el caldo de cultivo para el populismo antipolítico...

⁶ “No lugares”, un concepto que hizo fortuna, procede de Marc AUGÉ, el antropólogo francés cuyo último libro, *Futuro*, Adriana Hidalgo ed., Madrid, 2013, refleja el despiste de un intelectual ingenioso ante el confuso signo de los tiempos.

El tópico según el cual el político es un juguete al servicio del Gran Capital tiene más éxito del que merece. El caso es que por esta vía encuentran un hueco los exabruptos que proclaman el desprecio por la democracia representativa. A la derecha y a la izquierda, por cierto. Supuesto que “esta” democracia es ahora un régimen “degenerado” o “corrupto” (algunos hablan como Aristóteles, sin saberlo), llega la hora de magnificar ese desprecio hacia la política como fórmula para atizar los conflictos sociales. El estilo populista tiende a la vulgaridad e incomoda a las personas serias, pero divierte, incluso seduce, a gentes muy distintas. El populismo ofrece (falsas) soluciones simples para problemas complejos. Simples, muchas veces, hasta el límite de negar el problema por incapacidad para entenderlo. Hay mucha gente así, por desgracia: lo más inteligente que dicen en su vida es algo parecido a “eso ya lo sabía yo...”. Pocas cosas complacen más al ser humano que comprobar cómo se confirman sus prejuicios. A los que sean capaces, les invitaría a pensar, incluso a recordar. Cualquier lector de historia del siglo XX sabe cuáles fueron las consecuencias de la denuncia, en algún caso sincera, contra las oligarquías partidistas. Vino nuevo en odres viejos. Por eso, el mensaje “la gente contra la *casta*” encierra un serio peligro para el Estado constitucional.

Frente a las simplezas, conviene debatir con argumentos sólidos. La tierra es una esfera, recordaba Kant, y eso favorece la integración universal. Como es notorio, estamos muy lejos de la paz perpetua y no se atisba a medio plazo ni siguiera una tregua más o menos general. El político de nuestro tiempo tiene que tener nociones muy precisas sobre los grandes desafíos del mundo contemporáneo. Relaciones Internacionales es una asignatura obligatoria⁷. La historia, dicen, empezó en Sumer. Da la impresión de que quiere regresar al origen una vez completada la circunvalación del planeta. Del Mediterráneo (Antigüedad clásica) al Atlántico (Edad Moderna). De ahí, al Pacífico (en esta era post-moderna). Vamos camino del Índico como nuevo eje geopolítico de la tierra. Quien no sepa situar en el mapa el estrecho de Malaca es incapaz de entender el presente y el futuro. Estados Unidos, hegemon cuestionado, mira al globo desde California hacia Japón y China. Cada vez

⁷ Hay quien habla de un *international turn* en la Historia del Pensamiento Político, que desplazará a la clásica Historia de las Ideas, a la Historia social y al conceptualismo de moda por vía de R. Kosellek y similares. Sobre este “giro” novedoso, véase David ARMITAGE, *Foundations of Modern International Thought*, Cambridge University Press, Nueva York, 2013.

menos desde Nueva Inglaterra hacia la vieja Europa. Sobre los BRICs, con sus oportunidades y sus debilidades, hay que saber algo más que poner nombres al acrónimo. *Yihad* y terrorismo global se esconden a veces en la tienda de la esquina. Y así podríamos continuar... En todo caso, debe quedar muy claro que la política de verdad es incompatible con lecturas de adolescente y maniobras en la sede del partido. No sirve utilizar palabras melifluas con guiños para el consumo mediático.

Nuestro actual espejo de príncipes debería dedicar un capítulo propio a los asuntos que realmente importan. Demografía, por ejemplo, en un país como España donde saltan desde hace tiempo todas las señales de alarma. Migraciones y problemas de integración. Multiculturalismo, cuyo paraíso consiste en la suma de apoteosis identitarias con subvenciones garantizadas. Economía, por supuesto, más allá de tópicos infantiles sobre los mercados financieros. Énfasis particular sobre energías y medio ambiente. Educación: una apuesta por el futuro que no admite demagogia. Así podríamos seguir para completar el índice de los asuntos que requieren algo más que un barniz superficial. Lo principal, creo, son las convicciones. Tener muy claro que Occidente ha creado la sociedad *menos injusta* de la historia: democracia constitucional; economía de mercado; sociedad de clases medias... La expansión universal de esta evidencia se llama globalización. Por eso, resume Emilio Lamo de Espinosa, se ha impuesto por todas partes el *acquis* occidental⁸.

Volvamos a nuestro político dispuesto a dejarse instruir en los rudimentos del oficio. La postmodernidad trae consigo una exigencia psicológica. Se acabó el “orden y mando”, la pulsión autoritaria, la decisión rotunda y sin vuelta de hoja⁹. Es imprescindible aprender el arte de negociar, conseguir posiciones de influencia, ser capar de tejer complicidades y buscar alianzas. No hace falta que sean eternas, aunque ser fiable es un valor siempre provechoso. La Unión Europea nos ha enseñado el método para ejercer una política flexible, perfectamente compatible con la defensa de las propias convicciones y el interés nacional. Nuestro político negocia en Bruselas... Al volver a casa, otra vez a forjar acuerdos en el Parlamento, en las estructuras territoriales,

⁸ En el marco de una Gran Convergencia mundial, cuyas bases son la democracia, el mercado y la ciencia. Emilio LAMO DE ESPINOSA (COORD.), *Europa después de Europa*, Academia Europea de Ciencias y Artes, Madrid, 2009, cap. 1, pág. 21 y sigs.

⁹ Muy reciente, en esta línea: Archie BROWN, *The Myth of Strong Leader: Political Leadership in Modern Age*, The Badley Head, Londres, 2014.

en la propia sede del partido. Sin olvidar que la comunicación es determinante. Una frase inoportuna, incluso sacada de contexto, echa por tierra cualquier éxito alcanzado tras muchas jornadas de fatigoso esfuerzo. El liderazgo exige paciencia y perseverancia. A veces toca confundirse con el paisaje. En algún sitio dice un personaje de Balzac que “en política, los que quieren medrar deben avanzar con el grueso del ejército”. No es una carrera sencilla. Porque en el momento preciso será imprescindible un golpe de audacia para aprovechar una oportunidad que —tal vez— no volverá a presentarse jamás.

Los estudios al uso sobre el poder en Ciencia Política pecan de formalismo y, por ello, ofrecen al lector pocas satisfacciones¹⁰. Muchas veces, una sola página de Tocqueville resulta más instructiva que un tratado de varios tomos. Aunque le falta densidad teórica, un ensayo reciente de Moisés Naim ofrece observaciones agudas¹¹. Esta, por ejemplo: el poder cada vez es “más fácil de obtener, más difícil de usar y más fácil de perder”. Es, en efecto, “frágil y vulnerable”, lejos de la imagen de los megapoderes implacables que tanto gusta a los dogmáticos. Al margen de algunos ejemplos poco convincentes, el escritor venezolano apunta en la dirección correcta. De nuevo las secuelas de la postmodernidad.

En un mundo tan complejo, las ideologías convencionales apenas ofrecen recursos para tranquilizar el ánimo de los políticos. Las generaciones actuales, las dos o tres que convivimos en un mismo tiempo histórico, nos hemos rebelado contra la civilización tecnocrática que pretendió regir el mundo con su secuela del sedicente fin de las ideologías. Las ideas han vuelto, si es que se habían ido alguna vez. Lo peor es que no todas son buenas... Pero no son ideas nuevas y tampoco estimulantes. Si empezamos por la *izquierda*, siempre complaciente consigo misma, solo parece encontrar en el fondo del baúl las eternas referencias a la socialdemocracia idílica bautizada como *Estado de bienestar*¹².

¹⁰ Un libro muy conocido desde el punto de vista de la *Political Science*: Steven LUKES, *El poder. Un enfoque radical* (1974); hay otras ediciones posteriores, ampliadas; trad. esp. Siglo XXI, Madrid, 2007.

¹¹ Moisés NAIM, *El fin del poder*, Debate, Barcelona, 2013.

¹² Entre otros muchos, por citar a un autor estimable, Tony JUDT, *Postguerra* (2005); trad. esp. Taurus, Madrid, 2006, pág. 123, escribe: “Gracias a la llegada de los Estados del bienestar, los europeos pudieron comer más y (en general) mejor, vivir una vida más larga y más saludable, y estar mejor alojados y vestidos que nunca hasta entonces”. Entre nosotros, Félix OVEJERO dice que “el proyecto socialdemócrata es lo más cerca que los socialistas han estado de asaltar el cielo”, en *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*, Tusquets, Barcelona, 2005, pág. 126.

Nadie sabe realmente qué nos hace felices como especie. A veces ni siquiera lo sabemos como seres humanos considerados *uti singuli*. Otra izquierda, más tópica que utópica, pretende desvincular o incluso oponer la felicidad y el crecimiento económico. Tiene cierta razón Tim Jackson, gurú contemporáneo del progresismo, sobre la utilidad decreciente para la propia satisfacción de unos mayores niveles de renta a partir de un umbral determinado, por la razón obvia de que nuestro nivel no se mide en términos absolutos, sino comparativos. Tampoco es ninguna novedad, porque ya conocemos esa doctrina desde los economistas clásicos. Pero la solución resulta ser la misma de siempre: el Estado impulsor de una economía que produzca menos cantidad de bienes y los reparta mejor, una eterna aspiración insatisfecha¹³. En fin, la opción de la “ampliación” de los derechos, exitosa en cierta medida, corre el riesgo de agotarse con su propio cumplimiento, porque la dinámica social asume determinadas causas y las priva de significado ideológico, salvo para ciertas minorías dispuestas a chocar de frente con el *mainstream* del sistema.

No sé bien qué podría hacer la izquierda para devolver la ilusión a los suyos y dominar la batalla ideológica como acostumbra. En todo caso, no debería jugar a la contra, calificando de “pensamiento único” a media docena de ideas elementales identificadas con el “consenso de Washington”. Por eso mismo, tampoco vale ya el truco consabido de predicar la maldad intrínseca del adversario, criticar el egoísmo insolidario de los mercados y cerrar los ojos ante la crisis del sistema de bienestar. Por desgracia, muchos se empeñan en seguir ese camino hacia ningún sitio. A falta de “malvados” más fáciles de convertir en muñecos de trapo, las descalificaciones se concentran ahora en Ángela Merkel, una dirigente pragmática y con perfiles ideológicos más bien difusos. Alemania pasa a ser responsable única de la (supuesta) quiebra de la Unión Europea y los “recortes” sociales se perciben como producto de una “austeridad” que algunos identifican sin más con el egoísmo de los ricos. Más razonable, un autor políticamente correcto como Ulrich Beck tiene muy claro que la UE es una mejor respuesta a la globalización que los egoísmos nacionales, a la vez que advierte sobre los efectos negativos

¹³Tim JACKSON, *Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito*, Icaria, Barcelona, 2011. Todavía menos consistente, Christian FELBER, *La economía del bien común*, Ed. Deusto, Bilbao, 2010, con su propuesta de democracia directa para dirigir el sistema financiero. Sobre el libro de moda de Thomas Piketty me remito al capítulo IV.

de una actitud “antialemana”. Recuerda con razón el profesor de la London School que la integración europea es un “milagro”, vista con perspectiva histórica, y me parece muy adecuada su advertencia final: mucho cuidado si no queremos convertir otra vez a los vecinos en enemigos¹⁴.

Las críticas contienen una parte de verdad y ocultan, en cambio, otra parte muy considerable. El sistema de bienestar se hace insostenible cuando perdemos el sentido de la medida. Gasto improductivo, fiscalidad insoportable y mentalidad alienada por la exigencia de los derechos sin la contrapartida de los deberes forman un triángulo perverso que los observadores objetivos perciben con toda claridad. También es conveniente ser realista antes de pronosticar nuevas crisis con un enfoque determinista que la historia desmiente una y otra vez. Dicho de otro modo: guste o no guste, la quiebra de Lehman Brothers no significa la muerte del capitalismo, un sistema económico perfectamente capaz de superar sus propias contradicciones. A las pruebas nos remitimos. En definitiva, la izquierda no se muestra particularmente lúcida en esta renovada batalla de las ideas. En cuanto se acaban las diatribas contra “el capitalismo salvaje”, “el anarquismo de derechas” y “los neoccons agresivos” ya no sabe qué decir.

Tampoco la *derecha*. Hace tiempo que conservadores y liberales (en sentido muy amplio) se refugian en la eficiencia económica; léase, en su capacidad de gestión eficaz frente al despilfarro socialista. Por lo demás, hay una cierta tendencia (tecnocrática, una vez más) a ignorar ese “fuste torcido” de la condición humana que bautizó Kant y nos recuerda Isaiah Berlín. Al final, somos adolescentes que juegan con el sueño de la razón ilustrada y reclaman una tecnología perfecta que sirva para eludir la responsabilidad individual. Hans Jonas ha descrito con acierto los efectos demoledores de la falta de relación de causa a efecto entre nuestras acciones y sus consecuencias¹⁵. Curiosamente, el pensamiento clásico conservador y/o liberal tenía su señal de identidad en el reconocimiento de los límites de una condición humana falible, aunque mejorable. De ahí las prevenciones, controles y equilibrios (*checks and balances* es la fórmula clásica) para poner límites al poder. Hay

¹⁴ Autor prolífico, Ulrich BECK proclama sus ideas desde muy diversas tribunas mediáticas. Con cierta amplitud en *Una Europa alemana*, Paidós, Barcelona, 2012.

¹⁵ Hans JONAS, *El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica* (1973); en español, Ed. Herder, Barcelona, 1995.

excelentes páginas de lord Acton o Bertrand de Jouvenel, por no remon-
tarnos a Locke o Montesquieu. Sin embargo, dominada por el marco
conceptual del “optimismo” izquierdista, la derecha no se atreve hoy a
plantear su propuesta realista y, por ello, más bien pesimista. Todo tiene
que salir bien. Si no sale, la culpa es del gobernante ineficaz o del empre-
sario egoísta. Lo cierto es que la derecha tiende a desdeñar el “frente”
ideológico y produce muchos más especialistas en gestión eficiente
que profesores de Historia o de Filosofía. Luego algunos se extrañan del
predominio del “progresismo” (más o menos moderado) en el mundo
intelectual y, por tanto, en la formación y difusión de las ideas básicas
que condicionan los comportamientos sociales¹⁶. En el capítulo VI,
“Ideología o eficiencia”, se retoma este debate apasionante.

2. Los líderes y su entorno

La política no da tregua. A la misma hora y (a veces) en el mismo
lugar conviven premodernos con postmodernos, incluso también con
unos pocos “modernos” que todavía no han sufrido el desengaño inhe-
rente al sueño de la razón. Y los *políticos*... en medio. No hace falta
seguir el método de la elección racional para admitir que, en democra-
cia, el político quiere ante todo ganar votos populares para acceder a
cargos públicos. Resulta más difícil admitir que tengan que utilizar esos
cargos para ganar otra vez las elecciones, una suerte de círculo infernal
que solo se rompe cuando el entramado institucional impone sus
reglas. Por ejemplo, cuando el presidente (ya no reelegible) de la nación
más poderosa del mundo funciona como un “pato cojo” según se acerca
el final de su segundo mandato. Eso sí, todos los políticos sufren el ase-
dio de los “buscadores de ventajas”, por seguir con la jerga politológica,
y también de sus votantes, que en su inmensa mayoría no pretenden
nada diferente a la satisfacción moral que proporciona el triunfo de las
propias convicciones. La mezcla de los vínculos clientelares con las exi-
gencias programáticas nos ofrece el secreto de una esquizofrenia que

¹⁶ Me parece inteligente el enfoque de Neil Gross, *Why are Professors liberal and why do conservatives care?*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 2013. Gross aporta razones históricas que producen la distinción entre *academic liberals* y *non academic conservatives*. Estos últimos se refugian (exitosamente) en las escuelas de negocios y los primeros monopolizan las universidades públicas. Al menos en los últimos años, porque en los Estados Unidos de los 60 y 70 no era así. Las consecuencias son muy significativas.

conocen muy bien quienes ejercen cargos con suficiente capacidad para tomar decisiones relevantes.

Dadas las circunstancias, la llamada “clase política” constituye en democracia, escribe Linz, una “elite apresurada”. En efecto, recuerda el politólogo español, recientemente fallecido, la democracia política es un gobierno *pro tempore*, como límite a cualquier tentación absolutista¹⁷. Las elecciones deben celebrarse con una frecuencia razonable, y ello supone una condición muy restrictiva para nuestros políticos, siempre ocupados y preocupados. Tienen que pensar al mismo tiempo en conservar o mejorar el puesto, en dura competencia con adversarios internos y externos, y tienen también que diseñar y ejecutar políticas públicas, porque (se supone que) esa es la finalidad que justifica el ejercicio del poder. Viven en un clima permanente de naturaleza electoral o al menos preelectoral. Además, tienen que “comunicar” mucho y bien, atender a los grupos de presión que se mueven en su entorno y organizar a su equipo de colaboradores, a menudo ambiciosos y competitivos. Como hablamos de seres humanos y no de extraterrestres, lo normal es que deban cumplir razonablemente sus obligaciones familiares. Incluso habrá unos cuantos que pretendan leer y/o escribir, satisfacer sus intereses culturales o disponer al menos de un rato para el ocio. A todo ello hay que añadir la necesidad de realizar actividades representativas, actos públicos que exigen una actitud abierta y receptiva ante el deseo de muchos asistentes por encontrar un hueco para saludar al poderoso. Como es notorio, cuanto mayor es la relevancia en la escala jerárquica, mayores son las tensiones que debe soportar. Así las cosas, la agenda cotidiana resulta agotadora y acaba con las fuerzas del personaje más ambicioso. Aunque para todo hay excepciones...

La incertidumbre propia del sistema democrático (cuando es auténtico, y no puramente nominal) introduce un nuevo factor psicológico para que nuestras elites vivan en un sinvivir, si se me admite el conocido juego de palabras. Pero conviene preguntarse a estas alturas *quiénes* ejercen este “oficio” que requiere tantos sacrificios al tiempo que recluta a muchos aspirantes, no siempre los más adecuados. A día de hoy, la actividad política se traduce al menos en tres ámbitos dife-

¹⁷ Juan J. LINZ, *Tiempo y democracia*, en el tomo 4 de las *Obras Escogidas* del autor, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2009, cap. 13, pág. 647 y sigs. Por cierto que el parlamentarismo (racionalizado) ha demostrado ser más estable que el presidencialismo. Basta recordar que Helmut Kohl gobernó durante 16 años; Felipe González, 14; Margaret Thatcher, 11, etc...

rentes: funciones representativas en múltiples niveles territoriales, altos cargos en el Ejecutivo y labores directivas en los partidos políticos¹⁸. La Ciencia Política y la Sociología afinan desde hace tiempo en el estudio de las elites, aunque tal vez se dejan llevar por excesos cuantitativos que ofrecen un panorama difuso¹⁹. A veces se olvida la diferencia entre los distintos rangos, desde el líder genuino hasta los puestos de base. Con un ejemplo sencillo: no se puede hacer Sociología de las fuerzas armadas sin tomar en consideración las diferencias entre generales, tenientes y clase de tropa y marinería. Tampoco suele aportar gran cosa el estudio sistemático del origen profesional y las vías de acceso a la clase política. En realidad, se llega por múltiples caminos, entre ellos la vocación o la tradición y muchas veces por pura casualidad, caso frecuente en las sociedades poco y mal vertebradas. En cuanto a profesiones, hay que distinguir entre los diferentes estratos que ofrece cada gremio. Es notorio que hay muchos profesores, pero no es lo mismo un catedrático prestigioso que un ayudante ocasional para clases prácticas. Por supuesto, no encajan en la misma casilla el titular de un despacho de abogados con proyección internacional que un licenciado en Derecho que alguna vez estuvo colegiado. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no hace falta más que sentido común para percibir los límites del formalismo sociológico en este y en otros ámbitos.

Las cualidades que deben reunir los políticos nos remiten a una vieja y honrosa literatura sobre “espejos de príncipes”, antes aludida, o a páginas inmortales como los sabios consejos de Don Quijote a Sancho cuando fue reclamado para el gobierno ficticio de la ínsula Barataria²⁰. Honestidad, equilibrio y constancia; sentido de la responsabilidad; capacidad de persuasión; valor sin temeridad y prudencia sin ser pusilánime. Casi todo está inventado desde la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. Una

¹⁸ Los estudios empíricos tienden a referirse únicamente a diputados y similares. Un libro reciente: Manuel ALCÁNTARA, *El oficio del Político*, Tecnos, Madrid, 2012. Comparto la reflexión del autor sobre la preferencia por buenos profesionales y no por aventureros y ambiciosos (pág. 22), a pesar de que está mal vista la profesionalización y aceptando por supuesto que no todos son Pericles y hay demasiados mediocres. Sobre la imagen de nuestros políticos en las generaciones jóvenes, Ágatha Arranz me aporta reflexiones muy inteligentes.

¹⁹ Nombres señeros como Tom Bottomore, C. Wright Mills, Robert Dahl o el citado Linz y sus discípulos americanos y españoles (como José Ramón Montero, Miguel Jerez Mir y otros muchos) son algunas referencias bien conocidas. Reciente e interesante, William GENIEYS, *Sociologie politique des élites*, A. Colin, París, 2011.

²⁰ Hay muchos estudios al respecto. Así, Javier CONDE, “La utopía de la ínsula Barataria”, en *Escritos y fragmentos políticos*, vol. 1, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1974, pág. 145 y sigs.

vez más, esa dogmática viene referida al líder máximo, aquel que tiene atribuida la capacidad política y la competencia jurídica para decir la última palabra. Al margen de sus excesos decisionistas, la teoría de Carl Schmitt sobre el soberano y su facultad para decidir sobre la situación excepcional encierra una verdad que nadie discute. Pero, insisto, este es un supuesto único y no sirve para determinar el carácter y la condición de otra especie mucho más numerosa: el *backbencher* en el Parlamento, el tecnócrata de alto nivel en el Gobierno, los cuadros medios del partido... “Clase política” que tal vez manda un poco y a veces influye bastante en ciertos ámbitos decisivos, pero ubicada muy lejos del centro y eje del poder que se sitúa en lugares que le resultan inaccesibles.

Las cosas han cambiado mucho en poco tiempo, sobre todo en España. La clave de la vida política se desplaza *desde las instituciones a los partidos*, y cambia de este modo el perfil humano de los titulares del poder y de los aspirantes a sustituirlos. Por razones fácilmente comprensibles, el acceso a las máximas responsabilidades derivó entre nosotros, durante muchos años, de la pertenencia a cuerpos de acceso meritocrático y sólida tradición de servicio al Estado. Catedráticos; miembros de prestigiosos cuerpos funcionariales de juristas o economistas; ingenieros y arquitectos; militares de alta graduación; diplomáticos; jueces, magistrados y fiscales; grandes figuras de la abogacía o la medicina... El elenco histórico de quienes han sido y son actualmente miembros de esta ilustre Corporación ofrece un perfil inequívoco. Por formación y vocación, es un estamento que *crece* en las instituciones en el sentido genuino del concepto, al modo, digamos, de Hauriou o de Santi Romano. Lo mismo sucede, con los matices pertinentes, entre los orgullosos miembros de la burocracia prusiana o los eficientes profesionales del *Civil Service* británico o los egresados de la célebre ENA francesa, sucesores a su modo de la *noblesse de robe*.

Por el contrario, muchos (cada vez más) entre los políticos contemporáneos solo conocen la vida de partido. Su referencia vital no se remonta a la fecha en que ganaron oposiciones o alcanzaron determinado éxito profesional. Cuenta más para ellos la reunión del comité local que les permitió acceder a puestos directivos y, si se da el caso, alcanzan los mayores rangos en el poder ejecutivo o legislativo sin experiencia previa en el servicio público o la empresa privada. No hay que desdeñar las dificultades y, por tanto, el aprendizaje que conlleva una carrera “interna” en la que, por definición, rige la máxima darwiniana sobre la supervivencia de los que mejor se adaptan al medio. La lucha

partidista *ad intra* y *ad extra* es también una buena escuela. No obstante, es fácil constatar que las fidelidades y las prioridades son diferentes, aunque ejemplos hay de que pueden ser perfectamente compatibles. Pero existe también una “educación sentimental” para la vida política, cuyos orígenes explican el comportamiento de los protagonistas ante situaciones difíciles.

Hablemos, por tanto, de los partidos políticos, protagonistas indiscutibles en las democracias inquietas de nuestro siglo y, si preguntamos a la gente, responsables principales de esta crisis sistémica, sea real o imaginaria. Es indudable que los partidos ya no son lo que fueron en otros tiempos²¹. En todo caso, se acumulan las citas de autoridad para avalar, desde Kelsen en adelante, la exigencia ineludible de partidos en una democracia pluralista. El criterio es unánime en la literatura jurídica o politológica, y así lo confirman los propios textos constitucionales, incluido el nuestro. La edad de oro que nunca existió se identifica en este caso con los partidos de masas, dotados de organización, programa y financiación estable. Sin embargo, ha llovido mucho desde aquellas clasificaciones hoy superadas, y se ha quedado también anticuado el perfil de *catch all party*, siempre de difícil traducción al castellano; la más común, y la menos elegante, “partido atrapatodo”. Hoy día, en cambio, está de moda el tipo denominado partido “cartel”, objeto ya de notable atención por los especialistas. Se trata, dicen Katz y Mair, de una consecuencia del Estado de partidos²². El *cartel party* lleva una vida esquizofrénica: traslada al poder político las demandas de la sociedad y él mismo les da respuesta ya que ocupa (democráticamente) las instituciones públicas. Así pues, dejan de ser “intermediarios” y se convierten en “agentes cuasiestatales”, con el efecto peculiar de que el propio Estado proporciona democracia a los ciudadanos, financiando a los actores del sistema. Por eso, concluyen, la política partidista se convierte en profesión a tiempo completo y, en lo posible, de larga duración. Quede claro, para evitar cualquier equívoco, que estos profesores norteamericanos defienden una opción plenamente democrática, con ciertos resabios de la *New Left*.

²¹ La bibliografía es inabarcable. Sobre el tema han escrito compulsivamente juristas, politólogos y sociólogos. Me quedo con el siempre sensato Giovanni Sartori y con el rigor conceptual de Angelo Panebianco.

²² Richard S. KATZ y Peter MAIR, “Changing Models of Party Organization and Party Democracy. The Emergence of the Cartel Party”, en *Party Politics*, 1, 1995, pág. 5 y sigs., fueron los primeros en utilizar el nuevo concepto.

Sea como fuere, si somos realistas, no hay otra forma de agregar de forma razonable las preferencias sociales y de organizar la competencia política (en concreto, la electoral) en términos de eficacia suficiente. Cuando hablo de “agregar”, de “competencia” y de “eficacia” no utilizo los términos de manera inocente. La Ciencia Política identifica estos planteamientos con la llamada “democracia elitista”, que apela al enfoque de Schumpeter y suscita la antipatía unánime de los demócratas radicales. Más adelante nos ocupamos con detalle de ese debate de largo recorrido. Convendría advertir por ahora a los nostálgicos de Rousseau que la democracia radical (no hace falta que sea “totalitaria”, como auguraba J. L. Talmon) manifiesta una profunda antipatía hacia los partidos, concebidos como “sectas”, en curiosa coincidencia con los primeros teóricos del liberalismo individualista. En todo caso, el consenso académico termina después de unos cuantos principios generales. Los más pragmáticos prestan atención a los líderes ambiciosos que utilizan a los partidos como instrumentos para el acceso al poder, su objetivo prioritario y a veces único. Con su natural frialdad utilitaria, la teoría de la elección racional presta buenos servicios metodológicos a este sector. Fuera de los departamentos universitarios, mucha gente coincide con este planteamiento: los partidos agrupan a “buscadores de cargos” o, más ampliamente, de “beneficios” y solo sirven como mecanismos para ese acceso al poder. Por cierto que aquí se produce una curiosa paradoja, poco y mal estudiada: ningún político compite únicamente para conseguir cargos partidistas, pero todos sin excepción dedican el tiempo que haga falta a procurarse dichos cargos como requisito *sine qua non* para alcanzar la meta deseada en las instituciones públicas.

Existen, por supuesto, corrientes académicas que mantienen posiciones más idealistas. Así, las teorías sobre el partido “responsable”, cuyos criterios normativos se remontan a ilustres antecedentes, como Woodrow Wilson, notable profesor universitario y buen presidente de los Estados Unidos entre 1913 y 1921. De hecho, el tópico sobre la proximidad ideológica de los dos grandes partidos norteamericanos ya no se tiene en pie, si es que alguna vez fue correcto. En los primeros tiempos, por las discrepancias entre *federalistas* y *republicanos* (léase, si se prefiere, entre Alexander Hamilton y Thomas Jefferson). Todavía hoy se percibe la diferencia entre quienes promueven una política de infraestructuras que vertebré el territorio de la Unión y quienes prefieren que cada Estado se las arregle como pueda y como quiera. Las ideolo-

gías inspiran el debate enconado sobre, por ejemplo, la reforma sanitaria de Obama, los excesos *originalistas* del *Tea Party* o las réplicas *radicales* (todo ello en sentido norteamericano) acerca de las relaciones entre ética y política.

El escepticismo de los ciudadanos deriva en lo esencial en la imagen de los partidos como “instituciones endógenas”, en la jerga politológica. Dicho de otro modo: son juez y parte a la hora de fijar las reglas del juego. Hablamos, claro está, de los partidos con acceso real o potencial a las fuentes del poder social (como diría Michael Mann) y no de los *outsiders* que llaman con escaso éxito a las puertas del sistema. Así pues, los grandes partidos generan un equilibrio institucional que se traduce en un reparto espacial y/o temporal del poder en función de preferencias coyunturales de los votantes. Algo así como un “Pacto de El Pardo”, al estilo de Cánovas y Sagasta, que instaura un turno pacífico, asumido por sus beneficiarios y por los ciudadanos. Con la evidente diferencia de que en las democracias auténticas las elecciones reflejan la voluntad popular y no existen “muñidores” de resultados previamente acordados en un despacho ministerial. Pero la limpieza del proceso electoral no es obstáculo para que el uso y el disfrute del poder (también, por supuesto, el abuso) favorezcan la formación de partidos clientelares y difuminen los principios programáticos, más allá de unos cuantos tópicos poco comprometidos. Eso sí, esa misma limpieza incluye el riesgo de que se incorporen a la fiesta algunos invitados no deseados.

Hay pocas cosas que inventar en política. Cuando en España crece el ruido mediático a favor de la aproximación entre políticos y ciudadanos, se apela siempre a modificar la fórmula D’Hondt y, con buenas razones, a terminar con las listas cerradas y bloqueadas. Conviene recordar que hace medio siglo, allá por los “felices” sesenta, la Ciencia Política norteamericana analizaba el tránsito desde el partido omnipotente al candidato protagonista. Desde Kennedy hasta Obama, el aspirante crea su propio equipo y, gracias a los nuevos medios tecnológicos, “asalta” a los electores sin la mediación de su partido. La clave se llama dinero. El candidato financia su propia campaña ya sea a través de su fortuna personal o de la aportación de los donantes, movidos obviamente por el interés y no por la generosidad. A partir de ese dato básico, el partido actúa como una organización instrumental capaz de situar en el lugar correspondiente a electores y simpatizantes, activistas por un *single issue* y organizaciones de interés de toda naturaleza

y condición²³. Todo ello, con sus evidentes servidumbres, es el producto de una sociedad compleja y dinámica, dispuesta a resolver sus propios problemas sin buscar el amparo permanente de los poderes públicos. Si fallan estos requisitos, es ingenuo pensar en políticos independientes al servicio de ciudadanos comprometidos. El lector juzgará si España está en condiciones de jugar en esa liga, aunque todo apunta a que nos falta mucho para alcanzar la meta.

¿Tiene influencia la *personalidad* de los políticos en el proceso de toma de decisiones? El desprecio hacia la intuición por parte de los positivistas de todas las corrientes domina a los científicos biempensantes en todas las ciencias sociales. Sin embargo, la respuesta solo puede ser positiva. Dominados por determinismos socioeconómicos, por la *longue durée* de Braudel y compañía y por la estadística imperante en las investigaciones al uso, muy pocos se atreven a elogiar, por citar un solo ejemplo, al Tiberio o al Conde-Duque del doctor Marañón. Eso sí, la relación de *best-sellers*, en el apartado de “no ficción”, refleja el éxito universal de la biografía como género historiográfico. Unos cuantos historiadores le sacan mucho partido a los libros cuyo protagonista se presenta con nombre y apellidos, ante la envidia mal disimulada de sus colegas. En Ciencia Política, en cambio, muy pocos consiguen desafiar a la ortodoxia dominante y nadie se arriesga a citar seriamente las *Vidas paralelas* de Plutarco. Buscando con cuidado, podríamos mencionar, hace ya tiempo, al politólogo y psicoanalista Harold Lasswell, aunque su clasificación de los políticos en “agitadores”, “administradores” y “teóricos” no resulta particularmente acertada.

La excepción se sitúa en el ámbito de las Relaciones Internacionales. Desde su origen, la diplomacia incluye un componente de observación inteligente acerca de las virtudes y los defectos del estadista. Como es habitual, Maquiavelo aparece en primer plano, y con él los perfiles —a veces magnificados— de Fernando el Católico y de César Borja, modelos de príncipe nuevo y arquetipos que inspiran la literatura política sobre la Razón de Estado: Gracián, Saavedra Fajardo o cualquier otro maquiaveliano, ya sea a favor o en contra del sagaz florentino. Todo ello con los matices que nuestro Rey Católico ofrece para la interpretación apologética interesada. Un ilustre miembro de esta Corporación, José María de Areilza, describe así el perfil del personaje, en el

²³ Mucha y buena información en Jeffrey M. BERRY, *The Interest Group Society*, Longman, Nueva York, 2006.

prólogo al clásico libro de Mattingly: “eficaz, desconfiado y astuto, desordenado y siempre escaso de dinero, su idiosincrasia personal se refleja en ese núcleo inicial de embajadores residentes con los que estrena España su servicio exterior permanente”. Acto seguido, enumera alguno de sus defectos: engañaba a veces a sus legados; les pagaba mal; no tenía cancillería fija; en fin, dejó sin archivar debidamente los grandes documentos de su reinado. Pecado este último, sospecho, difícil de perdonar para el embajador pulcro y riguroso que fue el conde de Motrico²⁴.

Influida también por la marea científicista, la teoría de las Relaciones Internacionales sigue otorgando, sin embargo, un lugar decoroso al capítulo que se sitúa bajo el epígrafe: “La personalidad del hombre de Estado”²⁵. Dice bien Duroselle que esta materia requiere “más sutileza mental que mentalidad geométrica” y se atreve a plantear, con desigual fortuna, un conjunto de tipologías de la personalidad aplicadas a los políticos que dejan huella en la historia universal. A veces, los ejemplos salen forzados. Por ejemplo, cuando aplica la vieja tipología de Le Senne: “apasionado” (es decir: emotivo, activo y secundario) a Napoleón: “sentimental” (o sea: emotivo, no activo y secundario) a Robespierre, y así sucesivamente. Otras clasificaciones apelan al “luchador” (como Clemenceau) frente al “conciliador” (como Aristide Briand). O bien al “idealista” (así, Woodrow Wilson) y el “cínico” (el estilo de Bismarck). También están el “rígido” (Hoover) o el “imaginativo” (Roosevelt) y el “jugador” (Perier) o el “prudente” (Luis Felipe). Y así, concluye, podríamos llegar al infinito, porque hay tantas variantes como hombres de Estado. Aunque desconoce la brillante aportación española en este terreno, el historiador francés apunta con razón que dicho enfoque ha permanecido siempre vivo en el ámbito de la diplomacia. Me atrevo a añadir que los documentos de *Wikileaks* son buena prueba de ello, en plena explosión de la simpleza postmoderna.

Hay otra pareja conceptual que utiliza Duroselle y merece, creo, una referencia más amplia. Los llama “el doctrinario” y “el oportunista”. *Doctrinarios*, en este sentido, no tiene nada que ver con los partidarios

²⁴ José María DE AREILZA, conde de Motrico, “Prólogo” a Garret MATTINGLY, *La diplomacia del Renacimiento* (1955), en la versión española publicada por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970, pág. 14. Mattingly otorga el protagonismo que merece al tratado de Vera y Zúñiga, *El embajador*, editado en Sevilla, en 1620.

²⁵ Me permito reivindicar un buen libro, hace tiempo ignorado: Pierre RENOUVIN y Jean-Baptiste DUROSELLE, *Introducción a la política internacional* (1964); trad. esp. Rialp, Madrid, 1968; en particular, el capítulo 9, pág. 323 y sigs.

del *juste milieu* a los que prestaremos más adelante la debida atención. Muy al contrario, son dogmáticos intransigentes, una especie de “teoría hecha hombre” como dijera Bertrand Russell de Lenin, tras un viaje a Moscú, en la plenitud de su liderazgo. Modelos reconocidos son Hitler y Stalin, cuya equiparación reciente a cargo de historiadores consagrados es fiel reflejo de cómo ha cambiado la perspectiva desde la caída del Muro²⁶. *Oportunistas* son aquellos que prefieren un mal arreglo antes que una buena victoria. El nombre que sale a relucir en primer lugar es Lloyd George, el sutil galés. Sin embargo, el matiz peyorativo que se asocia al oportunismo no permite apreciar como merece las virtudes de este perfil, tantas veces mal considerado. *Prudencia* podría ser un *tertium genus*. Así lo utilizaba el catedrático y académico Leopoldo-Eulogio Palacios en un libro cuyo objetivo era una “conjunción armónica de lo ideal y lo real”, síntesis de Don Quijote y Sancho, definida como “prudencialismo”²⁷.

Al final, siempre volvemos los ojos al eterno Maquiavelo, bastante antes de que Thomas Hobbes nos enseñara el camino del laboratorio político. Aprendemos en *El Príncipe* cómo se juega con los adjetivos a la hora de transmitir “o censura o alabanza”: “y así, uno es tenido por liberal, otro por mezquino (...); uno es considerado generoso, otro rapaz; uno cruel, otro compasivo; uno desleal, otro fiel; uno afeminado (*sic*) y pusilánime, otro feroz y atrevido; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno recto, otro astuto; uno duro, otro flexible; uno ponderado, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente...”²⁸. Lecciones de los maestros, una vez más.

¿Quién influye sobre los políticos? Me refiero, claro, a influencia *inmediata*; si hablamos de influencia indirecta, plantear esta pregunta de apariencia sencilla nos obligaría a escribir un tratado. Aclaro también que se identifica al político con el titular del poder de decisión efectiva y no con el amplio elenco (por ejemplo, los parlamentarios) cuya función es formalizar simbólicamente las decisiones ajenas. Como siempre, hay que cuidar los matices. Los senadores norteamericanos

²⁶ Pienso en Richard OVERY, *The Dictators. Hitler's Germany, Stalin's Russia*, Penguin, Harmondsworth, 2005, o en Timothy SNYDER, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.

²⁷ Leopoldo-Eulogio PALACIOS, *La prudencia política*, 4ª. ed. corregida y aumentada, Gredos, Madrid, 1978. He aquí los requisitos de la prudencia política, que despliega en pág. 119 y sigs.: memoria, entendimiento, docilidad, solercia, razón, providencia, circunspección y cautela.

²⁸ *El Príncipe*, cap. XV, pág. 62 de la edición española citada *supra*.

reciben llamadas frecuentes del presidente para conseguir su voto, a cambio de ventajas particulares para el Estado al que representan, en sentido sustancial y no puramente formal²⁹. Por el contrario, el líder del partido mayoritario en un régimen parlamentario, incluido el nuestro, sabe que puede contar con la fidelidad de los “suyos” o, de lo contrario, ya puede ir pensando en un giro político sustancial, incluso en abandonar la vida política. En Westminster hay ejemplos para todos los gustos, pero conviene no magnificar los (limitados) casos de rebelión de algunos M.P. contra su jefe político.

Volvamos a la cuestión. Influencia inmediata la ejercen quienes tienen acceso al poderoso, como ya explicaba Carl Schmitt en un curioso texto en forma de diálogo³⁰. Junto con la cruda reflexión “decisionista”, que culmina en un dramático *homo homini homo*, la descripción del ejercicio diario del poder está muy bien lograda. El poderoso depende de sus consejeros, encargados de filtrar propuestas e informes y, por tanto, de transmitir información ya orientada. Por eso, sigue Schmitt, “quien despacha con el poderoso o le informa ya participa del poder”; “ante cada ámbito de poder directo se forma una antesala de influencias y fuerzas indirectas”; en fin, con una aguda metáfora: existe “un pasillo hacia el alma del poderoso”. Los modelos históricos son variados: ministros, validos y favoritos; confesores, médicos y ayudantes de todo género y condición; hoy día, añadido, asesores, expertos y miembros de gabinetes. Se reproduce así el fenómeno antes apuntado: el control del poder se traslada desde las instituciones (o si se prefiere, la burocracia formal) a los partidos. Los gabinetes reflejan la entrada triunfal del Estado de partidos en el seno de las Administraciones Públicas. Si olvidamos el formalismo, la balanza se inclina ya sin remedio a favor de los afines en sentido partidista. Tal vez, como dice nuestra Constitución, “la Administración sirve con objetividad los intereses generales”. Pero esta fórmula bien concebida no puede ocultar que el Gobierno “dirige” la Administración y, por eso, en el día a día ministerial (o similares) aporta

²⁹ Se utiliza en el Capitolio la expresión *pork barrel* para hacer referencia a estos negocios habituales. Véase, sobre el funcionamiento del Congreso, Julian E. ZELIZER, *On Capitol Hill. The Struggle to Reform Congress and its consequences*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

³⁰ *Diálogo sobre el poder y el acceso al poderoso*, publicado en alemán en 1954 y en español, junto con un *Diálogo sobre los nuevos espacios*, por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962. Participan en la conversación un “estudiante” que pregunta, “C.S.” que contesta y una tercera persona que lee el “Intermezzo”. El texto completo apenas llega a 30 págs.

mucha más ventaja hablar en nombre del poderoso que apelar a las normas abstractas e impersonales. Eso sí, a veces el que manda se irrita ante el secuestro al que le somete su camarilla y pretende recuperar la libertad perdida. Son gestos muy dignos, pero poco convincentes. Algunos ejemplos son bien conocidos, como aquel califa que se disfraza para recorrer de noche las tabernas de Bagdad o Federico el Grande, un gran servidor de *su* Estado, cuando ya en la vejez entrega sus confidencias al ayuda de cámara Fredersdorff. Al fin y al cabo, incluso el gobernante más poderoso sigue siendo un ser humano.

3. *Minipopulus* en la Red

Conviene recordar que la forma de gobierno contemporánea es la *democracia mediática* y, por tanto, la comunicación es elemento determinante del éxito y del fracaso en el ejercicio del poder. El gobernante tiene que encontrar un hueco en la agenda para su director de comunicación, mejor si eso ocurre varias veces al día. Programar el encuentro adecuado con los creadores de opinión es cuestión de primer orden. Por supuesto, no hay democracia sin libertad de expresión: *isonomía* e *isegoría* son las señas de identidad de la verdadera *politeia*. En el mundo contemporáneo, hay un punto de inflexión, a mi juicio, entre la simple influencia y el poder integral de los grandes medios, hoy cuestionados por la Red. En la madrugada del 16 al 17 de junio de 1972, cinco profesionales a sueldo, vinculados con la CIA, fueron sorprendidos entrando de forma clandestina en el hotel Watergate (Washington D.C.), sede de la convención del Partido Demócrata... La historia posterior es bien conocida. Carl Bernstein y Bob Woodward desarrollan desde el *Post* la investigación periodística del siglo, un *turning point*, dice su editora, la célebre “Kay” Graham, no solo para su país sino para la libertad de prensa³¹. Es el momento más glorioso para el “cuarto poder”, un hito para el periodismo de investigación, al que los escépticos llaman de “filtración”: muchos años después se resolvió el enigma de la “garganta profunda”... Como siempre, según decía Borges, la solución del misterio debe ser inferior al misterio.

³¹ La autobiografía de Katherine GRAHAM, *Personal History* (1988), es un relato apasionante de sus largos años (1963 hasta su muerte en 2001) al frente del diario, incluida la crisis de los papeles de Vietnam y la mítica decisión de “Kay”: ¡publicuemos!

En el origen está la Declaración de Filadelfia, obra maestra de los Padres Fundadores de los Estados Unidos de América. He aquí un párrafo revelador, que alcanza su pleno significado aquel 9 de agosto de 1974, cuando Richard M. Nixon perdió su última batalla política. Dicen allí los “caballeros de educación, dinero y ocio” que fundaron la gran nación americana que el rey de Inglaterra intenta establecer una tiranía sobre las colonias. Para probar su afirmación, añaden, *let facts be submitted to a candid world*; algo así como “sometamos los hechos al juicio de la gente imparcial”. Contar los hechos significa decir la verdad, sin miedo ni servilismo. Sin un genuino Tribunal de la Opinión Pública (Bentham aparece cada poco) no hay democracia, ni libertad, ni es concebible el Estado constitucional. La opinión debe ser alimentada sin descanso por gentes con espíritu crítico, exigentes hasta el agobio contra la retórica del poder: “interés nacional”, “servicio público” y otras seductoras expresiones ocultan muchas veces el objetivo real de las minorías poderosas. El virginiano Thomas Jefferson dejó por escrito algunas ideas que el paso del tiempo ha convertido en creencias en sentido orteguiano: “un pueblo ignorante no puede conservar su libertad”; “todos los hombres deberían recibir esos papeles diarios y ser capaces de leerlos”; la mejor de todas: “no debe existir un gobierno sin periódicos; prefiero, sin lugar a dudas, periódicos y no gobierno”³² Desde luego, no se ha inventado nada mejor que “el libre intercambio de las ideas”, como decía el juez Oliver Wendell Holmes, en un famoso voto particular de 1919. Todos juntos somos mucho más inteligentes que el más sabio de los filósofos-reyes platónicos.

Claro está que el espíritu fundacional no gana batallas por sí solo. El principio jurídico se abre paso trabajosamente, forzando la letra de la primera enmienda (“el Congreso no aprobará... leyes restrictivas de la libertad de expresión”). A partir de *New York Times vs. Sullivan* (1966) se evitan las múltiples condenas judiciales contra periodistas y se formula una doctrina copiada luego en todas partes, incluida la Constitución española y la jurisprudencia del Tribunal Constitucional: no hay difamación cuando la noticia afecta a un personaje público y es *veraz*, es decir, buscada con diligencia y seriedad³³.

³² El más relevante de los Padres Fundadores pronunció discursos que son una referencia universal. Saul K. Padover lo llama gráficamente “un San Pablo de la democracia”. Una reciente y valiosa selección de los *Escritos Políticos* de Thomas JEFFERSON, a cargo de Jaime de Salas, Tecnos, Madrid, 2014.

³³ La mejor historia reciente, desde la lucha contra la intolerancia hasta Internet, en Santiago MUÑOZ MACHADO, *Los itinerarios de la libertad de palabra*, Crítica, Barcelona, 2013 (su discurso de ingreso en la Real Academia Española).

La democracia digital es la forma que se anuncia hoy día en nuestras sociedades pluralistas. Aquí nos importa la relación entre viejos y nuevos medios de comunicación. En definitiva, prensa (grupos multimedia, si se prefiere) e Internet. Todo el mundo anuncia el apocalipsis de los medios tradicionales. Sin embargo, todavía ejercen una influencia determinante sobre la política democrática. Tanta y más que hace un siglo largo, con la “guerra” de Hearst. El mensaje permanente hacia los electores/consumidores fluye por el cauce mediático. Los objetivos son muy concretos: controlar la “agenda” (es decir, qué se debate); fijar el marco (*frame*) de la discusión y simplificar esos mensajes (o sea, cómo se discute); en fin, buscar la confianza de la mayoría a través de un lenguaje que opere sobre un sustrato de valores entendidos (por tanto, para qué se discute)³⁴. Quienes pretenden alcanzar el poder tendrán que discernir las preferencias colectivas a través de una mezcla de principios intangibles y estrategias pragmáticas. Por nuestra propia conveniencia debemos afrontar el viejo reto que planteó Marshall McLuhan en el famoso y ya superado libro de 1964: *Understanding Media*. La primera mirada no es muy halagadora: masas pasivas reciben propuestas superficiales y viven al día, sin horizonte temporal, sin pasado ni futuro, como es propio de la condición postmoderna.

Los nuevos medios empiezan a imponer su propia ley, incluso en el decisivo debate de las ideas. Paul Krugman, por citar un caso emblemático, es una estrella de *twitter*, con más de un millón de seguidores, y su *blog*, *The conscience of a liberal* (obviamente en el sentido americano), es ya una referencia universal. Por supuesto, el tránsito de los diarios convencionales hacia la edición electrónica es una realidad imparable. El puntero *The Financial Times* marca la pauta. *The New York Times* sigue el mismo camino. Los principales periódicos españoles, en situación de angustia financiera, se incorporan poco a poco a un modelo que tardará en dar frutos en nuestra sociedad, todavía acostumbrada a informarse por medios tradicionales. Sin embargo, la rebelión de las nuevas clases medias urbanas utiliza las tecnologías actuales como instrumento preferente y el futuro apunta con toda certeza en esa dirección.

Conste que no describo una utopía deseable ni anticipo una dictadura tecnológica intolerable. Me limito a recordar que, para bien o para mal, los procesos sociales son irreversibles y la sociedad de la infor-

³⁴ Hace algún tiempo estuvo de moda un libro ingenioso, *No pienses en un elefante*, de George LAKOFF, Ed. Complutense, Madrid, 2007.

mación exige respuestas *ad hoc*. ¿Llegará la e-democracia? Ofrece, sin duda, algunas ventajas para la transparencia del poder, aunque *Wikileaks* y Snowden nos dejan un sabor más agrio que dulce. También trae consigo graves inconvenientes. El peor, la facilidad para la manipulación por parte de grupos audaces y sin escrúpulos, algo así como el paraíso de los eternos grupos de presión ahora disfrazados de *vox populi* en formato digital. ¿Remedios democráticos? Existen, cómo no. Por ejemplo, afinar las leyes civiles y penales sobre las relaciones entre libertad de expresión y derechos al honor y la intimidad. Lo mismo digo respecto de las leyes de protección de datos personales frente a los abusos y las intromisiones ilegítimas. Todavía falta mucho por hacer.

Sea como fuere, esta mezcla difusa de percepciones, verdades y falsedades, mejor o peor contadas, nos conduce al núcleo mismo de la política contemporánea. En efecto, los líderes y sus equipos viven pendientes de las encuestas. Los sociólogos capaces de escrutar el estado de opinión ejercen una notoria influencia en la toma de decisiones y, en definitiva, la demoscopia es un elemento más en la lucha política democrática. No se trata ahora de determinar desde un punto de vista normativo si ello es bueno o es malo para la libertad política. Así que nuestra vida transcurre entre *emails*, *sms* y *whatsapps*, siempre pendientes de *twitter* y sin olvidar el *skype* y otros muchos artilugios que nos exigen un esfuerzo intenso, a veces agotador, para mantener una comunicación permanente. Sufren, cómo no, la intimidad personal, la capacidad para reflexionar y el sosiego imprescindible para crear o recibir alta cultura. Coincido plenamente con Vargas Llosa en su diagnóstico desencantado, al margen de acusaciones apresuradas sobre su “aristocratismo”³⁵. No hay que rasgarse las vestiduras, porque no sirve para nada. Pero es fácil constatar la frivolidad, la banalidad, incluso el embuste que traen consigo algunos productos de consumo “cultural”. El propio Vargas admite que no todos podemos ni queremos ser cultos de la misma manera. Pero, dice bien, no hay que confundir el cultivo del espíritu con el entretenimiento vulgar. Vivimos tiempos de apoteosis de la *doxa* y los riesgos son evidentes. También las oportunidades.

Mientras los teóricos especulamos, los políticos siguen a lo suyo. También hay que buscar tiempo para despachar con los sociólogos de cabecera, intérpretes de la voluntad presunta del Soberano democrá-

³⁵ Me refiero, como es notorio, al libro de Mario VARGAS LLOSA, *La civilización del espectáculo*, Alfabuara, Madrid, 2012.

tico, a veces confuso y esquivo hacia el investigador atribulado. Es verdad que los augures de otros tiempos tampoco lo tenían fácil. La proverbial ambigüedad del oráculo de Delfos le permitió conservar un razonable prestigio frente a los comentarios malévolos. La estupenda novela de Thorton Wilder incluye una queja muy sincera del poderoso Julio César: “gobierno a innumerables hombres, pero debo reconocer que soy gobernado por pájaros y truenos”. Harto de tantos detalles sobre gansos, gallos, águilas y palomas, César ordena concisión al maestro del colegio de augures: “...No necesita enviarme de diez a quince de estos informes por día; un solo parte sumario acerca de las observaciones de la víspera es suficiente”. Eso sí, por si acaso, le pide una selección de auspicios, favorables y desfavorables, de cara a los *idus* de marzo...³⁶. Otros eran menos pacientes ante las veleidades del oráculo. Por ejemplo, el cónsul Apio Claudio Pulcher. Aquel día las aves sagradas se negaron a comer, presagio inequívoco del fracaso en la batalla inminente contra Cartago. El impulsivo gobernante ordenó que fueran arrojadas al mar. Al caer la tarde, la flota romana fue arrasada por el enemigo. Ahora bien, ya se sabe quién ganó al final las guerras púnicas... Una vez más, cada cual aplica el cuento a su manera.

Nuestro líder democrático consulta infatigable la letra grande y la letra pequeña de los sondeos. Podría hablarse de un gobierno del *mini-populus* que participa en las encuestas. Muchos se ponen nerviosos y otros conservan la calma. Unos viven al día y otros diseñan estrategias a medio plazo, pendientes siempre del horizonte electoral. El largo plazo no forma parte de la política, aunque el hombre de Estado sabe que los pasos en la buena dirección son la mejor manera de llegar a la meta elegida. Ya que estamos con romanos ilustres, hay una buena historia que contar a propósito de políticos “nerviosos” y “sosegados”. Modelo de paciencia era, cómo no, Quinto Fabio Máximo, llamado *Cunctator*, el parsimonioso general que combatió con éxito al invencible Aníbal. El juicio de la historia le fue favorable, gracias —por supuesto— a que ganó: *cunctando restituit rem*, algo así como “ganando tiempo salvó a la república”, escribe Cicerón en *De Officiis*. Al propio general, como a todo romano relevante, se le atribuye una frase para la posteridad: *stultum est dicere non putabam*. En efecto, es necio decir “yo no pensaba que...”, como les pasa a los impetuosos arrepentidos.

³⁶ Thorton WILDER, *Los idus de marzo* (1948); en español, Alianza/Emecé Eds., Madrid y Buenos Aires, 1991; las citas en págs. 14 y 15.

La disputa es eterna. Se cuenta que aquella tarde de verano, hacia finales del siglo XVI, hubo una fecunda discusión en la villa del culto embajador Thomas Smith a propósito de unos párrafos de Tito Livio. Unos defendieron al fogoso Marcelo. Otros, al tranquilo Fabio. La mayoría, eclécticos. Anota el comentarista: “hombres nobles los dos, y juiciosos; uno más fuerte, otro más astuto; los dos fueron necesarios”, y concluye: “unas veces querría ser Marcelo; otras, Fabio”³⁷.

Los intérpretes de la opinión pública cotizan al alza. Por el contrario, Teoría Política normativa y Filosofía Política viven al margen de los despachos oficiales³⁸. A veces lo merecen, como veremos, por su aguda tendencia al solipsismo. La misma suerte corren los orgullosos cultivadores de la Ciencia Política empirista. Se atribuye a Leo Strauss una condena demolidora al behaviorismo: *it fiddles while Rome burns*. Aunque a veces se lo callan, los políticos piensan que no hace falta tanto aparato conceptual y estadístico para decir banalidades que ellos intuyen fácilmente sobre el comportamiento de los ciudadanos. En cuanto al giro contextual o la historia de conceptos, sería injusto minusvalorar su brillantez académica, pero resultan inútiles para ayudar al gobernante en su ejercicio cotidiano. Mientras los departamentos universitarios compiten por ganar batallas internas, la distancia entre la ciencia y su objeto crece de forma alarmante y las expectativas a medio plazo invitan a ser todavía más pesimistas. En algún momento habrá que buscar soluciones a un problema que afecta tanto al gremio profesoral como a la calidad del debate público.

La política impone una vez más sus reglas y no se deja reducir a categorías abstractas. Giambattista Vico, el ilustre napolitano que planteó una alternativa al racionalismo protestante, hace una reflexión inteligente: muy pocos quieren vivir en la república platónica, ya que la mayoría prefiere arrastrarse en “la hez de Rómulo”³⁹. Una vez más, la sín-

³⁷ Cuenta la historia A.T. GRAFTON, catedrático de Princeton, en el capítulo IV, “El Renacimiento”, de *El legado de Roma. Una nueva valoración* (1992), obra colectiva coordinada por Richard JENKINS; trad. esp. Crítica, Barcelona, 1995, pág. 91. La obra es un *New Appraisal* del clásico *Legado* de Oxford, cuya fecha original es 1923. A mi juicio, el nuevo (interesante, sin duda) no está a la altura del antiguo.

³⁸ Las contribuciones de Ramón Maiz, Fernando Vallespín, Ramón Vargas-Machuca y otros colaboradores en la obra colectiva sobre *Teoría Política y Crisis* que promueve el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (de próxima publicación) denuncian con razón esta evidencia.

³⁹ El texto de VICO, *Ciencia Nueva*, II, VI, 131, parte de una afirmación tajante: “la filosofía considera al hombre como debe ser...”; cito por la versión española en Tecnos, Madrid, 2006, pág. 114 (con prólogo de J. M. Romay Beccaría). Es verdad que en II, XLVII, 204, pág. 137, dice: “La mente humana está inclinada naturalmente a deleitarse con lo uniforme”.

tesis de Maquiavelo es imbatible: al cofundador de Roma, “aunque le acusan los hechos, le excusan los resultados”⁴⁰. Terminamos con Aristóteles. Hay personajes perfectos en sí mismos: Aquiles realiza *todos* los hechos del guerrero valiente. Pero, en la vida real, la “poesía” (léase, la ciencia de lo general) choca con una dificultad insalvable. Suele ocurrir que el sujeto de la *mímesis* sea “incoherente”, en cuyo caso nos obliga a crear un perfil “coherente” para explicar actos inexplicables en un contexto racional. Es triste, pero el asunto no tiene remedio: la vida y la política son así, aunque la Razón prefiera inventar otros mundos que no están en éste.

⁴⁰ *Discorsi...*, I, 9; pág. 57 de la edición española ya citada.

ENCRUCIJADAS

III. COMERCIO CONTRA VIRTUD: UNA DEMOCRACIA POSIBLE

1. El comercio como límite del despotismo

La Ciudad de las Ideas plantea con frecuencia a sus moradores ciertas propuestas en forma de alternativa binaria. Por ejemplo, decía ingeniosamente R.G. Collingwood que los hombres nacemos platónicos o aristotélicos. Algo de verdad hay en ello, aunque muchos fatuos o ignorantes pretenden descubrir un mediterráneo cada mañana. En Teoría Política, tal vez la opción más radical se produce entre *sociedad* y *comunidad*, en el sentido consagrado por Ferdinand Tönnies. O concebimos al *demos* como una yuxtaposición de individuos asociados o lo imaginamos como un organismo dotado de vida propia. Las fórmulas contemporáneas de este debate multiseccular se llaman liberalismo y comunitarismo/republicanismo. No es, ni mucho menos, la presentación más brillante que ha conocido la Historia de las Ideas para este conflicto inevitable, pero lo que nos importa son sus consecuencias políticas: democracia constitucional contra democracia *fuerte*. En otros tiempos fueron liberalismo y democracia o las dos tradiciones de la libertad o las diferentes vías hacia la modernidad o cualesquiera otras concepciones intelectuales que nos sitúen ante el dilema de optar por los moderados o por los radicales¹. Aquí y ahora vamos a utilizar como vectores los conceptos de Comercio y Virtud. Una vez más, hay que renunciar a las Ideas platónicas. Se trata más bien de recordar la famosa doctrina de Ulpiano sobre Derecho privado y Derecho público: *duae sunt positiones...*

Para precisar los términos: *Comercio* es, a estos efectos, interés individual socializado mediante el despliegue de la civilización, y *Virtud* es virtud cívica, *areté* al modo griego, es decir recto ejercicio de la condición política que nos otorga la genuina naturaleza humana. Pericles (recreado por Tucídides) es el campeón indiscutible de la segunda opción. No hay rival de su talla en la primera, salvo una mixtura impro-

¹ Entre las mejores guías para orientar al lector interesado en un panorama complejo, véase Gertrude HIMMELFARB, *The Roads to Modernity: The British, French, and American Enlightenments*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2004, con un valioso análisis de los dos enfoques ilustrados (anglosajón y francés, por simplificar) y una inequívoca preferencia hacia el primero. Para una visión opuesta, véase el libro de Jonathan Israel, citado *supra*, en defensa de la Ilustración radical.

bable entre Locke y Montesquieu. Si se admite como hecho cierto el éxito universal de la soberanía popular, el Comercio nos lleva a una democracia de “mínimos” y la Virtud, en cambio, a una de “máximos”. Uno, a la agregación formal de preferencias individuales; otra, a la búsqueda ideal de soluciones justas. En términos rousseauianos: voluntad de todos *versus* voluntad general. Con nombres propios: Schumpeter y Habermas, aunque hay otras muchas opciones de rango inferior. Los “republicanos” ganan, como suele ocurrir, la batalla de las ideas, pero los “liberales” triunfan, como prefieren, en el terreno decisivo de los hechos. No obstante, aceptamos de inmediato que los dos bandos son heterogéneos y que, como es natural, el juego de “buenos” contra “malos” supone un grave error de percepción. Un liberal impecable elogia las ventajas del espíritu positivo frente a la barbarie feudal, pero también puede reconocer la vulgaridad de un mundo que convierte en ídolo al bienestar material. A su vez, el republicano más conspicuo admira las utopías deliberativas, pero es sensible al riesgo de los populismos que halagan a las masas.

Vamos a recorrer una parte del camino junto con Albert Hirschman, el longevo profesor de Princeton que suscitaba tanta admiración como recelos². Hirschman goza de una habilidad envidiable: en diálogo fluido con los clásicos, orienta las doctrinas ajenas hacia los argumentos propios. Ofrece así una brillante ilustración de su tesis principal: a lo largo de la Edad Moderna, los intereses se utilizan para encauzar las pasiones. Hay una conocida idea de Montesquieu que reaparece una y otra vez: aunque las pasiones muevan al hombre a ser malvado (*méchant*), el interés le motiva para seguir el camino de las costumbres amables (*doux commerce*). Casi nadie admite que el ánimo de lucro sea un rasgo constitutivo de la naturaleza humana. De hecho, desde Platón hasta Marx, es frecuente cargar los adjetivos contra el dinero, la usura, el afán desmedido de riquezas. Tal vez ha sido Karl Polanyi quien mejor ha formulado la tesis convencional³. Durante siglos, la coerción y la

² En especial, Albert HIRSCHMAN, *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo* (1977); hay una buena versión española, Capitan Swing, Madrid, 2014, que incluye otros textos del autor fallecido recientemente y un breve prólogo de Amartya Sen.

³ Karl POLANYI, *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (1957); en español, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, con prólogo de J. Stiglitz. En esta obra de referencia el mercado aparece como una suerte de milagro sin precedentes históricos, acaecido en la Inglaterra del XVII y universalizado por la revolución industrial.

represión fueron el único método para poner en su lugar a los malos instintos. No han cambiado mucho las cosas, a pesar de que Foucault imagina una “biopolítica” que, por algún extraño misterio, nos reprime desde el interior mismo de la conciencia sin apenas necesidad de coacción externa, aunque siempre vigilados por “el ojo del poder”, cuyo símbolo es el Panóptico.

Hirschman sostiene con múltiples ejemplos que la apología del Comercio se vincula desde la Ilustración (moderada, aclaro) con los efectos benéficos del gobierno limitado. Fue, en todo caso, el gran momento de la burguesía, denostada antes y después por los amantes de las acciones heroicas y las pasiones fuertes. Los vínculos entre clases medias urbanas y virtudes racionales son de sobra conocidos⁴. Los elogios a veces desmedidos a la Modernidad frente al Medievo llenan miles de páginas a modo de *background* para la formación de cualquier científico social de nuestros días. Con Marx llega el final de una mentalidad y el principio de otra nueva. Aunque algunos prefieren saltarse ese largo párrafo, es sabido que Marx y Engels atribuyen a la burguesía un papel revolucionario que “no dejó en pie más vínculo que el interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas” frente al temor de Dios y el ardor caballeresco. El célebre texto del *Manifiesto Comunista* culmina con una sentencia espectacular: “La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas. Ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las migraciones de los pueblos y las cruzadas”⁵. Del enemigo, la admiración...

Todo ello surge de una compensación inteligente de los intereses con las pasiones o, según dice Hirschman con una expresiva metáfora, el interés actúa como “domador” de la pasión correspondiente. Así se configura, dice un comentarista ingenioso, una “teología económica del paraíso”. Utiliza como argumento de autoridad a los clásicos indiscutibles, pero convoca también a ciertos autores de segunda fila, algunos de

⁴ Además de Max Weber, con su peculiar apelación a la ética calvinista, son ya clásicos: Werner SOMBART, *El burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno* (1913); trad. esp. Alianza, Madrid, 1998, y —para la Historia de las Ideas— Bernard GROETHUYSEN, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* (1927); en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, sobre la moral de los negocios, el cálculo racional, el espíritu de empresa y otras señas de identidad de los protagonistas de la época.

⁵ K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto Comunista* (1848); utilizo la versión española de Ed. Ayuso, Madrid, 1975, pág. 75. La traducción es de Wenceslao Roces.

notable relevancia: el duque de Rohan, político hugonote; el marqués de Halifax, activo durante la Gloriosa; en especial, James Steuart (*Inquiry into the Principles of Political Oeconomy*, 1767), un escocés inteligente, capaz de explicar en pocas palabras la perplejidad del rey absoluto ante la puesta en escena triunfal de la riqueza derivada del comercio y la industria. Extraña, en cambio, la ausencia de Jeremy Bentham, ya sea en la primera fila o en la última, a quien Hirschman parece profesar una antipatía personal. Supongo que a Marx le pasaba algo parecido, pero al menos se dignaba calificar al filósofo londinense de “genio de la estupidéz burguesa”. Por otra parte, ni liberales ni republicanos recuerdan (tal vez no quieren) que la apuesta británica por el Comercio se remonta a épocas anteriores y tiene poco que ver con enfoques ideológicos. Cada uno a su manera, Isabel I, Jacobo I y Cromwell patrocinan la visión marítima, comercial y al fin imperial del mundo. En 1618, sir Walter Raleigh eleva un conocido memorial al rey Estuardo que concluye en la apología del Imperio marítimo y del predominio comercial por razones estrictas de política de poder. La larga lucha por la hegemonía, con la Monarquía española como principal antagonista, culmina en el siglo XIX. Al fin, *Britania rules the Waves...*

Lo cierto es que Bentham ofrece una teoría completa de los intereses, lastrada como siempre por su frío positivismo, pero muy útil a mi juicio para hacerse cargo del Espíritu de la Época⁶. En efecto, a partir del autor del *Fragment on Government* y de los primeros economistas clásicos, las ciencias humanas positivas comienzan a desarrollarse fuera de la matriz ética común, puesto que la Moral, construida como teoría de la acción o praxiología, sirve de base al Derecho y la Política. Las verdades primarias de la nueva ciencia ocupan el lugar de los axiomas en las matemáticas y se apoyan en una realidad “radical”: la consideración del placer y el dolor como *two sovereign masters*, que constituyen los *standards of right and wrong*, a partir de los cuales surge la “aritmética moral” determinada por la acción racional y libre del agente (siempre y necesariamente un sujeto individual) que considera la relación entre los medios de que dispone y los fines que pretende alcanzar. El interés, en el más amplio sentido del término, es la causa eficiente de la acción y la tarea del “deontólogo” es conseguir la alianza entre el interés y el

⁶ Me remito, para un análisis más amplio, a mi libro *Jeremy Bentham. Política y Derecho en los orígenes del Estado constitucional*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1988; en especial, capítulos II y IV.

deber, previo un exacto conocimiento de los placeres y las penas, obtenido mediante el *felicific calculus*, a través de los conceptos de intensidad, duración, proximidad, certeza, fecundidad, pureza y extensión. De esta forma, Bentham traslada el centro de gravedad de la moral desde los motivos e intenciones a las consecuencias, a la vez que construye una lógica de la voluntad, complementaria de la clásica lógica del entendimiento.

Desde este punto de vista, Bentham considera que los intereses privados son los únicos reales y que cada cual es consciente de sus propias preferencias. Por tanto, no hay ninguna fuerza extraña que deba encauzar la acción humana en este ámbito. En cambio, la utilidad pública es el verdadero propósito de su indagación, con objeto de que el gobernante actúe en interés de los gobernados. Algunos lo consideran un precedente del Estado de bienestar, aunque yo creo que exageran. Este interés general surge de la suma de los intereses de los miembros de la sociedad y, por tanto, el rival del “interés público” no son los individuos, sino los intereses particulares, corporativos o de grupo, que emplean una vía tortuosa para obtener ventajas injustificadas y son, por ello, *sinister interests*, a los que es preciso hostigar y destruir. Tienen además a buscar refugio en los pliegues más recónditos de la legislación, ya sea en el Derecho procesal o en el procedimiento legislativo. El legislador debe, por tanto, articular sabiamente lo público y lo privado tomando en cuenta a la opinión pública constituida, a través de una “ficción útil”, como un auténtico “Tribunal” que permite a cada uno formar criterio a través de la libre discusión. Hasta aquí el fundador del utilitarismo.

Los intereses, en fin, además de controlar a las pasiones, enlazan con las virtudes naturales del Comercio que hacen llevadera la vida en sociedad: nos hacen pulcros, previsibles, ordenados y perseverantes. Sobre todo, nos civilizan: permiten el despliegue de las *manners* o de las *moeurs douces*. No es extraño que la caricatura del siglo de las Luces, el *Candide* voltairiano, fuera *un garçon poli*, si bien *avec l'esprit le plus simple*. Por el contrario, el poder es una pasión voluptuosa que conduce, explicaba Adams a los ciudadanos de Boston, a la “perversión de la humanidad”⁷. Hay algo de mezquino e hipócrita en todo ello, como anticipó Bolingbroke frente a los *whigs* y denunciaron con brillantez los

⁷ Sobre el discurso de Adams y su significado como “fuerza transformadora”, véase Bernard BAILLYN, *Los orígenes ideológicos de la Constitución americana* (1967); en español, Tecnos, Madrid, 2012, cap. 3°.

románticos. Pero conviene no desdeñar el avance sustancial que aportan los ilustrados de verdad. En particular, creo, esas nuevas y viejas virtudes morales de rancio sabor estoico, como la benevolencia o la prudencia, no tienen nada que envidiar a los productos más acabados del espíritu humano a efectos de promover la vida digna.

Hay múltiples aportaciones teóricas en este largo y fecundo proceso. Dejamos al margen, por ahora, a Bernard Mandeville, recordando que su célebre *Fábula de las abejas* (1714) incluye un texto anterior, con forma de poema, cuyo título merece la pena consignar: *The Grumbling Hive*, cuyo subtítulo anticipa futuros desarrollos: *...or Knaves Turn'd Honest*. Está claro que hay un objetivo principal: conseguir que los bribones se vuelvan honrados. Por orden cronológico, el siguiente es Giambattista Vico y su *Szienza Nuova*, donde ya se plantea que, gracias al Comercio, el pecado de avaricia se transforma en virtud de opulencia. Sigue David Hume, el analista más profundo de las pasiones y los sentimientos, fuente de virtudes “naturales”. En cambio, continúa el autor del *Treatise of the Human Nature*, las convenciones (es decir, las relaciones de causa a efecto entre los hechos) son el origen de las virtudes “artificiales”. Entre ellas, por cierto, la justicia, que se emancipa del Derecho natural racionalista para iniciar otro capítulo en los tratados de Filosofía jurídica: en una sociedad *polished*, el origen del poder no será el omnipresente contrato social, sino la lealtad derivada de la historia (el camino que sigue Burke) o las ventajas utilitarias que ofrece (abriendo así la etapa de Bentham). Otro pensador relevante es Adam Ferguson, antes mencionado, aunque cabe introducir en este caso algunos matices por su notoria defensa de las emociones y los deseos frente al estricto interés. Es difícil sustraerse a la interpretación nacionalista de su pensamiento cuando muestra simpatías por la “rudeza” de su Escocia natal frente al riesgo de corrupción que planea sobre una sociedad a la inglesa, puramente “comercial”⁸. Merece más atención de la que podemos prestarle el gran Adam Smith, siempre en perpetua tensión entre el economista de fama universal y el moralista muchas veces ignorado. En fin, por anticipar las consecuencias políticas de este equilibrio entre pasiones, es hora de recordar a Montesquieu (*le pouvoir arrête le pouvoir*) y a los autores de los *Federalist Papers*. En efecto, el equilibrio

⁸ Una interpretación “republicana” de Ferguson, con influencia de Pocock, en Isabel WENCES, *Sociedad civil y virtud cívica en Adam Ferguson*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2006; en especial, capítulo V, pág. 164 y sigs.

en el gobierno político se llama *división de poderes*. Por eso resulta muy preocupante la crisis contemporánea de la seña de identidad de la democracia constitucional. Porque la “otra” democracia, me temo, es poco sensible a las limitaciones del poder, siempre y cuando éste venga avalado por un origen popular irresistible.

En fin, antes de situar el foco sobre la teoría democrática, conviene mencionar otras fuentes relevantes en la formación de la mentalidad capitalista. Me remito para ello al discurso de ingreso en esta Real Academia del profesor Velarde, con sus largos capítulos dedicados a la “aritmética política” o a la figura singular del “libertino”. Apunto también un nombre que aparece tanto en ese discurso como en la contestación de Valentín Andrés Álvarez: Robinson Crusoe, desde su refugio forzoso en la isla de Juan Fernández, aportó al inquieto naturalista Charles Darwin un sustancioso modelo de equilibrio entre perros y cabras⁹. Con el tiempo, Daniel Defoe ha saltado de las manuales de Historia de la Literatura a los tratados de Ciencia Política, aunque tal vez debería retornar al lugar de origen.

Si regresamos al punto de partida, encontramos en la Inglaterra del XVII el debate sobre la *balanced Constitution* que se plantea durante la *Financial Revolution*, paralela y posterior a la Gloriosa de 1688-89¹⁰. En ese contexto, los teóricos *whigs* anticipan la ideología de la nueva sociedad, aunque —una vez más— los términos políticos encierran un profundo equívoco: *whig* era el nombre despectivo que daban los escoceses a los campesinos y aquí se aplica porque los grandes doctrinarios del Comercio... ¡eran, en su mayoría, terratenientes! Hubo *whigs* de dos clases, *court and country*¹¹. Discrepaban en el conflicto entre anglicanos y disidentes y entre propietarios agrícolas de siempre y nuevos titulares de acciones y deuda pública, frente a los cuales el Estado absolutista se sentía literalmente impotente. En términos clásicos, estamos ante el choque inevitable entre la antigua sociedad de

⁹ El discurso de Juan VELARDE FUERTES, *La larga contienda sobre la economía liberal. ¿Preludio del capitalismo o de la socialización?*, se pronunció en sesión de 21 de noviembre de 1978.

¹⁰ El mejor estudio sigue siendo el de C.H. Mc ILWAIN, *Constitucionalismo antiguo y moderno* (1940); trad. esp. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991, más profundo y riguroso que Maurizio FIORAVANTI, *Constitución. De la Antigüedad a nuestros días* (1991); trad. esp. Trotta, Madrid, 2001.

¹¹ Hay muchos estudios, casi todos en la estela de Pocock. Entre ellos, H.T. DICKINSON, *Liberty and Property: Political Ideology in Eighteenth Century Britain*, Methuen, Londres, 1972. Especialmente agudo: Lawrence E. KLEIN, “Liberty, Manners and Politeness in Early Eighteenth - Century England”, en *Historical Journal*, 32, nº 3, 1989, pág. 583 y sigs.

hoplitas (como los *highlander*, allá por el norte lejano) y la moderna que anuncian los “elegidos” para triunfar en el capitalismo naciente. Unos y otros, eso sí, coinciden en la idea de la Constitución bien equilibrada y, por tanto, en la división (flexible) de poderes. Frente a ellos se sitúan los *tories* anticuados y los puritanos extremistas. Surge así la doctrina más representativa de un período que prefigura ya nuestra modernidad. Hablamos, en particular, de Joseph Addison (en *The Spectator*) y otros conspicuos seguidores del *polite whiggism*: muy lejos de la guerra y del ágora, la fuente principal del honor será el éxito social y económico. Cuando esta sociedad alcance madurez suficiente, el salto a la democracia minimalista será muy sencillo: los ganadores en el Comercio encargan a los *profesionales* de la milicia y de la política que se ocupen de esos asuntos enojosos, a cambio de una influencia relevante y de una retribución escasa, “puertas giratorias” al margen. A pesar del esfuerzo épico de Pocock por introducir en ese ambiente virtudes maquiavélicas, el sueño republicano se esfuma quizá para siempre¹². Liberalismo contra populismo: solo la democracia competitiva es posible¹³.

Par la disposition des choses... En ese párrafo citado durante siglos de forma recurrente, Montesquieu afirma que el poder debe frenar al poder. El objetivo es encauzar una pasión que ofrece fuerte resistencia: la *libido dominandi*, en términos agustinianos. Para ello, nada más apropiado que el Comercio y sus secuelas: un comportamiento civil y, valga la redundancia, civilizado. Los buenos modales exigen no sólo pulcritud en las formas, sino también moderación en los deseos. Tal vez sea cierto, con Rousseau, que el afán de reconocimiento carece de límites. Salvo, dirían los buenos ilustrados, que una conciencia bien ordenada sea capaz de reprimir los excesos. Aunque tiene escaso mérito por mi condición de historiador de la ideas, yo también creo, como Burke, que el estado de espíritu precede a los intereses materiales. Desde este punto de vista, el despotismo político se concibe como una pasión desmedida, indigna de gentes que apelan educadamente a la mesura y el sosiego. Sin embargo, una vez más, cada época trae causa de la anterior. De hecho, la doctrina de la razón del Estado significa todo lo contrario

¹² Además del clásico *The Machiavellian Moment*, ya citado, véase de J.G.A. Pocock, *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, chiefly in the Eighteenth-Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Volvemos sobre el tema *infra*, IV.

¹³ Argumentos sólidos en el ya clásico William Riker, *Liberalism against populism*, Waveland Press, Prospect Heights, 1982.

de lo que pretenden quienes se atropellan a la hora de denunciar la maldad de cualquier poder que no les gusta. Explica Díez del Corral que en su origen renacentista y en su despliegue durante el Barroco conlleva un sentido de límite, medida y contención, ajeno al desperdicio de energía que supone la mera política de fuerza¹⁴. En el mismo sentido, observa García-Pelayo que razón de Estado es “la expresión equívoca de una idea clara”: esa idea es el *logos* de la política que se traduce en el “interés” propio de la nueva forma bautizada en Italia como *lo stato*¹⁵. Así pues, antes de que los comerciantes honestos reprochen su despotismo a los reyes absolutos, los juristas y moralistas al servicio del poder habían anticipado la prioridad de los intereses sobre las pasiones aplicando esa doctrina al único objeto que realmente les importaba: el pluriverso político de los *regna* que, según reza la fórmula clásica, “no reconocen superior en lo temporal”.

La interpretación “espiritualista” de la naciente burguesía es rigurosamente compatible con cualquier otro enfoque de carácter “materialista”. Comprendo la sorpresa de los defensores a ultranza de doctrinas unilaterales, pero no se trata de competir, sino de colaborar con espíritu constructivo. La complejidad de la naturaleza humana excluye las conclusiones dogmáticas. El Comercio al modo burgués del XVIII promueve tendencias benignas a costa de otras malignas. Pero el ser humano actúa como un animal contradictorio por contraste con las especies zoológicas que responden sin excepción a la llamada de los instintos. Nosotros somos egoístas, en principio, pero podemos ser altruistas, sin necesidad de incluir a la benevolencia entre las virtudes mercantiles que algún día nos permitan pasar la factura por los servicios prestados. En realidad, podemos ser a la vez egoístas y altruistas, no solo para personas diferentes o en situaciones distintas, sino también para un mismo ser humano, en un contexto análogo y, para colmo de males, de forma simultánea y/o sucesiva. Los racionalistas dogmáticos lo tienen difícil con la especie que nos ha tocado en suerte. Lo siento por ellos.

¹⁴ Luis Díez del Corral, “De la razón a la pasión de Estado”, en *Historia y Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1956, pág. 265 y sigs. También, en su modélico “Estudio preliminar” a F. MEINECKE, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*. Ahora pueden consultarse ambos trabajos en las *Obras Completas*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, vol. II, pág. 1159 y sigs. y vol. IV, pág. 3131 y sigs., respectivamente.

¹⁵ Manuel GARCÍA-PELAYO, “Sobre las razones históricas de la razón de Estado”, en *Del mito y de la razón en el pensamiento político*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1968; ahora en sus *Obras Completas* ya citadas, vol. II, pág. 1183 y sigs.

Pero toda doctrina cursa con fecha de caducidad. Así era el capitalismo (si se prefiere, el liberalismo) *in statu nascendi*. La caída fue muy dura, desde la apología a la crítica sin misericordia. En el plano de las costumbres, Tocqueville anticipa lúcidamente las tendencias al nuevo despotismo en las sociedades “esclavas” de su bienestar. Los románticos hacen sangre a costa del burgués mediocre y cobarde. Sociólogos e historiadores cuentan verazmente las terribles condiciones de vida que provoca la revolución industrial para las masas oprimidas. Después de leer *Oliver Twist* es difícil escribir un ensayo discreto sobre el *gentleman* honorable. Marx enuncia la falacia suprema del capitalismo triunfante: lejos del sedicente espíritu calculador, camina sin remedio hacia su propia destrucción porque carece de límite. Por eso, añade Lenin, cuando la explotación interior ya no da más de sí, el imperialismo actúa como “fase superior” hasta culminar en la guerra sin cuartel. Todo apunta en dirección contraria a la fórmula feliz de la exquisita sociedad mercantil que desplaza al tosco guerrero feudal. La Edad Media también ajusta cuentas pendientes: los héroes de Carlyle y los cruzados de sir Walter Scott no se parecen en nada a Mr. Pickwick, por citar a otro personaje dickensiano. Es verdad que el capitalismo se empeña en seguir su propio rumbo y se reinventa una y otra vez, pero la crítica arraigada cuenta con muchos adeptos. De hecho, el gran argumento del progresismo actual es la destrucción concienzuda de las clases medias por causa de la codicia de unos pocos, *the ruling few*, si se me permite utilizar —otra vez— un ingenioso concepto de Bentham.

Así pues, el capitalismo es culpable. La economía de mercado, sostiene cierta opinión muy extendida, es responsable de los males que afligen al siglo XXI. El imaginario fin de la Historia tras la quiebra del modelo soviético excita, dicen, la codicia, la indiferencia e incluso la crueldad de los “ganadores”. Ahora, “se lo llevan todo”: la mentalidad dominante nos incapacita para la cooperación, produce ineficiencia moral y, en suma, hace imposible la vida buena. A los intelectuales nunca les gustó el capitalismo¹⁶. Es un lugar común imputar a los “ricos” el diseño de un plan perverso: en 1989, el mercado destruyó al socialismo (*sic*) y ahora el objetivo es acabar con la democracia. Porque la desigualdad creciente se concibe como una apuesta deliberada por la rup-

¹⁶ La referencia obligada es F.A. HAYEK (ed.), *El capitalismo y los historiadores* (1954), con colaboraciones de B. de Jouvenel, T.S. Ashton y otros; trad. esp. Unión Editorial, Madrid, 1973. Véase también *infra*, cap. VII.

tura del “pacto social” (léase, del Estado de bienestar), que sobrevive con muchas dificultades a la crisis financiera. Todo el mundo habla del libro de Thomas Piketty, síntesis de todas las críticas al postcapitalismo¹⁷. Desde el punto de vista político, la tesis nuclear es la incompatibilidad entre desigualdad y democracia. Puede ser cierto, aunque todo es cuestión de límites, pero no es precisamente original: Aristóteles ya lo dijo hace veinticuatro siglos. Piketty parte de unas series históricas de datos macroeconómicos, que soy incapaz de valorar por falta de competencia, y repite luego fórmulas ya conocidas. Diagnóstico: la desigualdad crece si los rendimientos del capital aumentan por encima del crecimiento de la economía. Soluciones: políticas redistributivas, impuestos (si hace falta) confiscatorios, equidad salarial... Es, por tanto, una expresión académica de la propaganda sobre el “uno por ciento” de explotadores que proclaman *Occupy Wall Street* y otros “indignados”. En el marco de la impugnación, que podría ser atendible, de la idolatría de “los mercados” (ahora se dice en plural) se cuele una denuncia radical contra el capitalismo: el Estado social era una trampa y ahora muestra su verdadero rostro. Es probable, insisto, que la crisis de las clases medias (también en plural, con buenos motivos) sea un fenómeno muy preocupante. Pero la izquierda contemporánea puede buscar mejores argumentos y no debería recurrir a la nostalgia de los “treinta gloriosos”. Apelar al “austericidio” permite salir del paso en algún debate televisivo, pero carece de solidez teórica aunque se envuelva en farragosas explicaciones históricas¹⁸.

Una vez más, la política cargada de buenas intenciones puede conducir a resultados negativos. Por ejemplo: el deterioro de ciertos servicios públicos masificados produce el efecto de la huida hacia otras opciones por parte de quienes se lo pueden permitir¹⁹. Pero desechar las recetas no significa que la enfermedad se cure por sí sola. Entre una elite cada vez más “rica” y una masa cada día más “pobre”, las clases medias no encuentran su lugar natural. El futuro depende de la sensibilidad de los grandes partidos (centro-derecha y centro-izquierda) para

¹⁷ Thomas PIKETTY, *Le capital au XXI siècle*, Seuil, París, 2013; en español, Fondo de Cultura Económica, México, 2014. Antes, entre otros muchos, Joseph STIGLITZ, *El precio de la desigualdad* (2012); en español, Taurus, Madrid, 2012.

¹⁸ Así, otro libro muy difundido últimamente: Mark BLYTH, *Austeridad: Historia de una idea peligrosa*, trad. esp. Crítica, Barcelona, 2014. Se trata, dice, de una “deflación voluntaria”, con la única meta de mejorar la competitividad a toda costa.

¹⁹ Me lo hace notar Paloma de la Nuez, desde una perspectiva genuinamente liberal. Una observación adicional: un gurú de la vieja izquierda, Barrington Moore, empezaba sus libros recordando que la desigualdad ha existido siempre.

ofrecer soluciones eficaces en este ámbito. De lo contrario, los populismos están preparados para ocupar el espacio vacío. El tiempo apremia, no sea que nos ocurra como al agrimensor de Kafka, en esa frase enigmática que impacta al lector desde la primera página de *El Castillo*: “Cuando K. llegó, ya era tarde...”.

2. Democracia moderada, la mejor *politeia*

Estamos en el centro y eje de este capítulo, cuya tesis puede enunciarse así: el Comercio conduce a una democracia moderada y realista, donde el votante expresa periódicamente sus preferencias en un mercado político que funciona en régimen de oligopolio. Sin perjuicio de ello (más bien: precisamente por ello), los amantes del gobierno constitucional tenemos que diseñar instituciones razonables para mejorar la calidad de la democracia y no desviar el problema hacia hipótesis fantásticas, pero imposibles. Acaso también indeseables, pero ese es otro debate distinto... El punto de partida se llama sentido común. El liberal auténtico asume con madurez esa ansiedad constitutiva de la condición humana y no pretende engañar a la naturaleza exigiendo al Estado una seguridad perfecta que nunca le podrá otorgar. Busco apoyo en un socialista de otra generación. Democracia, escribe Alf Ross, es “una forma de gobierno para pueblos maduros y adultos”, capaces de asumir el *compromiso* como fórmula razonable de convivencia y de rechazar la absurda teoría de que tal régimen político es una especie de paraíso traído a la tierra²⁰. Si le quitamos el matiz peyorativo, estamos ante una democracia minimalista, respetuosa de la legalidad, de las instituciones y de los derechos básicos de los ciudadanos. Otra vez aparece la sociedad *menos injusta* de la historia.

La moderación de ánimos y de hábitos se traduce políticamente en la *división de poderes*²¹. En su origen, una mezcla peculiar de la separa-

²⁰ Alf Ross, *¿Por qué democracia?* (1952); en español, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989; en especial, pág. 11 y sigs. El autor, mucho más conocido como iusfilósofo de la escuela realista escandinava, demuestra ser un pensador político razonable y sensato.

²¹ Véase, por todos, M.J.C.VILE, *Constitucionalismo y separación de poderes* (1997); en español, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007. En el nº 5 de *Fundamentos. Cuadernos monográficos de Teoría del Estado, Derecho Público e Historia Constitucional* (sobre división de poderes, coord. por Ramón Punset), Oviedo, 2009, hay varios artículos de interés; por ejemplo, el de Joaquín Varela Suanzes sobre Gran Bretaña.

ción de funciones, que ya describió Aristóteles, y la referida teoría de la Constitución equilibrada, con notorios resabios de Polibio y su régimen mixto. Es sabido que John Locke ofrece un planteamiento singular, incluyendo un “poder federativo” encargado de la política exterior. En efecto, el Estado, personificado y magnificado, se sustituye en Inglaterra por un artificio técnico, la Corona, y el pueblo o la nación carecen *sensu stricto* de realidad jurídica, aunque pueden ser objeto de estudio sociológico o cultural. Por eso, el Parlamento no es en rigor órgano del Estado, sino de la sociedad. Lo mismo ocurre con los jueces, órgano del Derecho, cuyas fuentes no son (no eran antes, al menos) fundamentalmente estatales. Locke está presente en esta panoplia de argumentos que algunos maestros pretenden trasladar al Derecho continental ante la perplejidad de los juristas convencionales²². Por estas razones profundas, la (relativa) libertad de los M.P. en Westminster no es producto de un expediente técnico-electoral, sino la huella que imprime en las instituciones un *dominium politicum et regale*, y no solo *regale*. Muy difícil, por tanto, de trasplantar a otras latitudes.

El barón de Montesquieu será la referencia de la nueva doctrina que culmina en el artículo 16 de la Declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano. La clave está en que el poder “contiene” al poder²³. Aquí se adivina sin esfuerzo el mecanismo ilustrado de compensación entre pasiones. Es cierto que el presidente del Parlamento judicial de Burdeos pretende importar el modelo británico, pero ya se dijo que todo injerto institucional es una operación fallida cuando no existe el *background* que justifica su espíritu. Lo aprendimos, por cierto, del propio Montesquieu. Sea como fuere, el problema capital de las democracias contemporáneas es la crisis (acaso terminal) de la división de poderes, al menos en la forma parlamentaria de gobierno. Estamos muy lejos de la vetusta teoría de Bagehot sobre el gabinete como a *committee* de los Comunes²⁴. Ya no queda (casi) nada de aquel Parlamento forjado

²² Por ejemplo, el *Curso de Derecho Administrativo* de Eduardo GARCÍA DE ENTERRÍA y Tomás-Ramón FERNÁNDEZ incluye desde siempre un enigmático “*excursus* sobre la división de poderes”, que nadie consigue interpretar hasta que acude al *Common Law*. Sobre Locke, la novedad principal en el panorama bibliográfico reciente es Roger WOOLHOUSE, *Locke. A Biography*, Longmans, Londres, 2007.

²³ Ampliamente, el discurso de recepción en esta Real Academia de Pedro SCHWARTZ GIRÓN, *En busca de Montesquieu. Democracia y mundialización* (22 de febrero de 2005).

²⁴ Walter BAGEHOT, *La Constitución de Inglaterra* (1867); en español, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010. En cambio, resiste bien el paso del tiempo la diferencia que establece entre “partes eficientes” y “partes simbólicas” de la Constitución inglesa.

durante el siglo XVII en la lucha de los Comunes contra los Estuardo, democratizado por los revolucionarios franceses hasta los excesos de la forma de Asamblea y (parcialmente) recuperado por las monarquías constitucionales después de Waterloo. Mejor dicho, permanecen algunos “privilegios” (en sentido técnico) que provocan notable irritación en nuestra época postdemocrática, porque la gente ya no comprende la justificación de estas leyes privadas. Recurro de nuevo a mi experiencia docente: los profesores sabemos que los alumnos rechazan sin matices la inmunidad parlamentaria, incluidos los pocos que siguen el buen consejo de informarse sobre el origen histórico de la *freedom from arrest*²⁵.

La doctrina de la democracia concebida desde el punto de vista del Comercio se identifica con la obra de Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, publicada en plena guerra mundial. Más de dos tercios del libro se dedican a criticar la deriva política del marxismo hacia la dictadura del proletariado. Sin embargo, la parte que mejor resiste el paso del tiempo es la que afecta a nuestro tema²⁶. La democracia, dice el economista austriaco, es un *método para adoptar decisiones* y no un fin en sí misma. No es, pese al discurso de Lincoln en Gettysburgh, un gobierno *del* pueblo ni *por* el pueblo, aunque pueda ser *para* el pueblo. Esto mismo decía, añadido, el famoso lema del despotismo ilustrado. Se trata, en rigor, de un gobierno “con la aprobación” del pueblo. Su objetivo es seleccionar elites preparadas para gobernar y no definir un sedicente “interés general” que nunca puede surgir del debate entre valores irreductibles. Aunque sorprende la confusión continua entre utilitaristas y rousseauianos, lo mejor de Schumpeter es la claridad de ideas. Rechaza sin matices la capacidad de la inmensa mayoría para formarse una opinión cabal sobre los asuntos públicos, más allá de los tópicos arraigados. De ahí deduce la influencia determinante de la propaganda y otros medios de persuasión. En cambio, advierte que “el pequeño campo” de la vida diaria es objeto de una percepción inteligente y allí se actúa, en el ámbito familiar o profesional, con un razonable sentido de la responsabilidad. Todo ello se pierde en cuanto nos alejamos del hogar o de la oficina para trasladar la mente al terreno complejo de las

²⁵ Por ejemplo, en Christopher HILL, *The Century of Revolución* (1961). Hay otra edición inglesa reciente: Routledge, Londres, 2002.

²⁶ Joseph SCHUMPETER, *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942). Utilizo la trad. esp. de Ed. Folio, Barcelona, 1984. El capítulo cuarto en pág. 321 y sigs.

decisiones políticas. En síntesis: “Así pues, el ciudadano normal desciende a un nivel inferior de prestación mental tan pronto como penetra en el campo de la política. Argumenta y analiza de una manera que él mismo calificaría de infantil si estuviese dentro de la esfera de sus intereses efectivos. Se hace de nuevo primitivo”²⁷. En definitiva, se deja arrastrar por prejuicios y resulta incapaz de discernir con buen criterio.

Si matizamos alguna exageración poco convincente, es preciso admitir que Schumpeter lleva razón en este punto. Los seres humanos somos indulgentes con las miserias que jalonan sin remedio nuestra vida personal o profesional. La inmensa mayoría sabemos transigir con los límites que impone el principio de realidad. Es probable que traslademos una parte de esa frustración a la vida pública. Exigimos “más” a los políticos que a nosotros mismos. El gran mérito de la democracia consiste precisamente en aliviar las tensiones, porque deja espacio para el desahogo de los individuos y los grupos. En cierto sentido, un líder democrático es el único “famoso” y lo más parecido a un “rico” que depende del voto popular y está por ello al alcance del ciudadano medio. Los demás son inaccesibles. Por eso, la democracia ofrece su mejor faceta como fórmula para encauzar tensiones sociales, incluyendo los debates sobre problemas que carecen de respuesta única y solo pueden aplazarse mediante el compromiso. Tiene razón Bertrand de Jouvenel cuando afirma que la política plantea problemas insolubles y, por tanto, no hay solución que “disuelva” el problema y genere una convicción irresistible²⁸. Porque *solución* es una respuesta que satisface completamente las preguntas planteadas. Lo propio de la política, en cambio, es el *arreglo* que obliga jurídicamente a las partes, pero no las convence psicológicamente. Como es natural, volverán a plantear el asunto en cuanto lo permitan las circunstancias. En fin, a diferencia de los problemas de “aula”, los políticos se caracterizan por la contradicción de los términos. Lisa y llanamente: no hay solución. El ejemplo del propio autor es muy expresivo: un problema de aula es “hallar un número primo mayor que 13 y menor que 17” mientras que un problema político sería el conflicto entre Israel y Palestina. Lo dijo hace medio siglo, por cierto...

Volvemos a Schumpeter. Con su propia definición, “método democrático es aquel sistema institucional para llegar a las decisiones políti-

²⁷ *Ibidem*, pág. 335.

²⁸ Bertrand DE JOUVENEL, *La teoría pura de la política* (1963); trad. esp. Revista de Occidente, Madrid, 1965. Véase especialmente el Apéndice: “El mito de la solución” (pág. 260 y sigs).

cas en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo²⁹. Con toda precisión: *a competitive struggle for the people's vote*. Recuérdese, para ser justos con el autor, quién decide: el pueblo; y quién compite: los políticos. Por tanto, pleno respeto a la democracia, aunque algunos le reprochan lo contrario. Al igual que ocurre con la competencia económica, el mercado político tampoco es perfecto. La influencia del liderazgo es determinante y se introduce así un factor de psicología social que John Locke, clásico por mérito propio, supo definir con una sola palabra: *Trust*. La confianza entre gobernantes y gobernados es la seña de identidad de la democracia competitiva. Por lo demás, dice con razón Sartori, esta es la forma de gobierno que más depende de la inteligencia²⁹. Sobre todo, añadido, el modelo parlamentario tipo Westminster (incluido, claro, el español) exige un alto grado de sutileza para distinguir entre las normas escritas, si es que existen, y las prácticas convencionales que regulan de hecho su funcionamiento. Alguna vez dijo Churchill que *Logic has proved fatal for parliamentary system*.

La democracia schumpeteriana se traduce en poliarquía con Robert Dahl, tal vez la figura más representativa de la *Political Science* hasta su fallecimiento hace pocos meses³⁰. El matiz es importante: “poliarquía” significa lucha competitiva entre elites plurales, cuya propia diversidad genera un sistema de equilibrios y contrapesos. La clave está en buscar el procedimiento adecuado para combinar las preferencias del elector/consumidor con la cualificación de los integrantes de esos grupos de poder llamados a adoptar y ejecutar decisiones. En cierto modo, se trata de recuperar otra tradición aristotélica: conjugar la calidad de los mejores con la cantidad que aporta el número mayor. Claro está que la fórmula Dahl y otras similares tienen sentido en una sociedad desarrollada como la norteamericana que cuenta con un consenso cultural básico: acuerdo sobre la legitimidad de las instituciones, confianza recíproca entre los actores y preferencia por la cooperación frente al conflicto.

Luego veremos las críticas a la democracia elitista, hoy día reforzadas desde el *revival* del republicanismo. Entre unos y otros se olvidan, a mi juicio, del adjetivo constitucional que transforma en *politeia* la

²⁹ Giovanni SARTORI, *Teoría de la democracia, I. El debate contemporáneo* (1987); en español, Alianza, Madrid, 1988, pág. 17.

³⁰ Robert DAHL fue un autor prolífico. Cabe destacar: *Polyarchy*, Yale University Press, New Haven, 1971, y *Democracy and its critics*, en la misma editorial, 1989.

forma de gobierno de raíz popular. *Sin Constitución no hay democracia*, y utilizo aquí el sustantivo mucho más allá del formulismo jurídico al uso que se limita contemplar la supremacía material y formal de la norma fundamental en el sistema de fuentes del Derecho. Suele decirse, y lo comparto, que no hay Constitución sin constitucionalismo³¹; esto es, sin un fundamento ideológico que reposa sobre la división de poderes y los derechos fundamentales. Pero más importante todavía es el imperio de la ley, el Estado de Derecho o cualquier otra expresión histórica que utilicemos para apelar al *government by laws...* En esto se equivocan, creo, tanto los defensores de la democracia competitiva, a quienes asiste la razón en su descripción de la realidad, como los teóricos de la democracia republicana, bien pertrechados cuando la disputa se dirime en el terreno de los ideales. Si nos olvidamos del Derecho (y no solo de la ley) de nada servirán ni los fríos intereses ni las férvidas pasiones. Ello es así porque, por su propia naturaleza, el Derecho impone límites al poder. Por eso, sin paradoja alguna: una buena democracia depende de esos límites que sitúan en su justa medida a las mayorías que gobiernan legítimamente, pero de forma temporal. Dicho así suena mejor que si apelamos a las barreras a la soberanía popular, un verdadero tabú para los defensores del “democratismo” y no de la democracia. Recuérdense que para los liberales de verdad (Tocqueville, Stuart Mill, Ortega...) la mayor preocupación era evitar una tiranía de las mayorías. O que otro de los mejores, Benjamín Constant, afirma que toda Constitución es un acto de desconfianza. El debate se plantea nítidamente a propósito de las instituciones contramayoritarias, muy especialmente de la justicia constitucional. Merece la pena prestarle atención.

La democracia radical rechaza los límites materiales a la voluntad actual y operante del *demos*; esto es, la existencia de principios intangibles protegidos en sede constitucional a través de prohibiciones o de fórmulas de extrema rigidez para su reforma o mediante instituciones que actúan como contrapoderes frente a las mayorías coyunturales. Hay, en el fondo, una disputa eterna entre positivismo e iusnaturalismo: la ley como voluntad del legislador (en este caso, exquisitamente democrático) y la ley sometida al dictado de la razón pública plasmada en una supralegalidad formal y material. En último término, ésta es una postura

³¹ La corriente dominante en nuestro Derecho Constitucional afirma sin discrepancias este lugar común. Para los sistemas que “carecen de Constitución”, en el sentido ideológico del concepto, hay un hueco en el marco de la Ciencia Política. El caso de China es el más relevante.

conectada con el Derecho natural a la vieja usanza, una vez convertidas las Constituciones en razón escrita bajo la salvaguardia de jueces y magistrados. Normas inmodificables (al modo de la Ley Fundamental de Bonn), declaraciones de derechos y mecanismos de *judicial review* aparecen como enemigos de la república ideal. De ahí las críticas a Habermas por su defensa de la justicia constitucional concebida como guardián de la democracia deliberante, puesto que, en último término, los derechos existen porque el *demos* los considera justos. Frente a la tesis constitucional (muy al gusto de los juristas, por razones obvias), muchos autores replantean la vieja sospecha sobre el carácter “contra-mayoritario” del poder judicial y ofrecen nuevos argumentos. Cass Sunstein choca frontalmente con el enfoque habermasiano, reflejado en la célebre fórmula del Tribunal de Karlsruhe a cuyo tenor “el Derecho y la Justicia no están a disposición del legislador”. Defensor acérrimo de los derechos sociales, en línea con el *New Deal* rooseveltiano y su “discurso del siglo”, el profesor de Harvard reclama la Constitución “soñada” por Roosevelt: “necesitamos más que nunca” esta nueva revolución de los derechos. La legitimidad deriva, como se dijo, del desarrollo, *one case at a time*, de los acuerdos constitucionales “incompletos”³². Bajo esas grandes abstracciones, estamos ante un problema interno de política judicial norteamericana: se trata de recuperar la tendencia del Tribunal Warren en los años setenta, un activismo judicial moderado que construye la idea del bienestar como una nueva propiedad. ¿Y la democracia deliberativa? Sunstein se conforma con ciertas *background norms* destinadas a garantizar el debate político a través de una sustancial igualdad de oportunidades, eliminando la primacía de los poderosos.

Hay que insistir en la disputa judicial en Estados Unidos porque, en rigor, el asunto sólo resulta inteligible desde un punto de vista ideológico. *Bakke* (1978), sobre cuota racial en universidades, o *Poe* (1973), sobre el aborto, o *Bowers* (1986), sobre relaciones homosexuales, y otras muchas sentencias del Supremo resuelven jurídicamente cuestiones netamente políticas. En Europa, los jueces constitucionales (en buena medida profesores de universidad) tienden a mantener posiciones progresistas frente a una supuesta tendencia más conservadora de los tribunales de justicia *sensu stricto*. Al otro lado del Atlántico, en cambio, la politización del poder judicial es un rasgo inherente al sistema de

³² Cass SUNSTEIN, *One Case at a Time, Judicial Minimalism on the Supreme Court*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1999.

checks and balances. Entre los jueces del muy poderoso Tribunal Supremo federal hay “activistas” y hay partidarios de la “deferencia” hacia Ejecutivo y Legislativo, esto es, hacia una intervención mínima en las decisiones de origen popular. Según quién gobierne, hay muchos cambios de postura, con notables vaivenes en una jurisprudencia determinante para reforzar una y otra opción política. Siempre, eso sí, con una envidiable calidad en los argumentos, como es propio de unos jueces acostumbrados al debate de las ideas. La batalla entre el presidente y el Senado para la confirmación de candidatos es un elemento clásico en el panorama político de Washington³³. En este contexto, cuando los académicos norteamericanos discuten sobre el carácter contramayoritario de la justicia constitucional tienen en mente una realidad muy distinta a la que contempla Habermas. Analizar el contexto como factor explicativo de las posiciones teóricas es mucho más que un capricho metodológico. Así, en general, los “originalistas” defienden la *mens legislatoris*, que allí solo puede ser el individualismo a ultranza de los Padres Fundadores. Por el contrario, los “activistas” apoyan una interpretación creativa, capaz por tanto de justificar intervenciones públicas al estilo de la “acción afirmativa” frente al modelo tradicional. Todos escriben sesudos tratados, pero al final es un debate muy simple: individuo o Estado. Más o menos, lo de siempre...

Volvemos a la idea del Derecho como garantía de las libertades individuales. En el fondo, *eleutheria*, libertad bajo el imperio de la ley, única forma digna de la vida verdaderamente humana. El mundo contemporáneo ha perdido el sentido genuino de la norma general y abstracta para caer bajo la acción del mandato singular y específico. Por supuesto, la calidad de las leyes se degrada en un proceso de deterioro que no tiene solución. Las cualidades de unidad, coherencia y plenitud del ordenamiento jurídico son una quimera, más bien un puro sarcasmo. He dedicado buena parte de mi actividad profesional como jurista a esta tarea ingrata de “lucha por el Derecho”, en el sentido estricto de Ihering, y no pretendo desviarme aquí y ahora del núcleo central del discurso. Eso sí, conviene dejar constancia —una vez más—

³³ Es muy llamativo el caso de Robert Bork, candidato conservador propuesto en 1987 por el presidente Reagan, que no pudo acceder al Alto Tribunal por estimar el Senado (58 votos contra 42) que se situaba fuera del *mainstream* constitucional. Todavía se usa en el Capitolio el neologismo *to bork* para aludir a la descalificación implacable de algún aspirante a un cargo de confirmación senatorial.

de que las “leyes sabias y justas” que reclamaba la Constitución de Cádiz pertenecen al terreno de los buenos y píos deseos que no se cumplen jamás. De nuevo en nuestro asunto. Entre las ideas más fecundas de Hayek figura la defensa de la libertad a través de la ley general, definida por su carácter instrumental, en el sentido siguiente: “son medios puestos a disposición del individuo y proveen parte de la información que (...) puede utilizar como base para sus decisiones personales”³⁴. Lo mismo sucede con las “leyes” de la naturaleza. Unas y otras delimitan el contorno ordinario de *mi* libertad y me permiten *prever* las consecuencias de *mis* actos. Otra vez, por cierto, la seguridad jurídica. La conclusión es impecable: cuando el hombre obedece a esas normas abstractas persigue sus propios fines y no los del legislador, de tal manera que sigue siendo libre. Lo contrario es arbitrariedad, privilegio y discriminación. De ahí deriva lo que Michael Polanyi llama un “orden policéntrico”; de carácter espontáneo, añadiría Hayek. Producto todo ello de decisiones adoptadas por seres humanos inteligentes en el uso de la libertad garantizada por normas previsibles. Comparto el razonamiento casi sin matices. Solo me plantea una duda: la libertad “liberal”, ¿es compatible con la sociedad de masas?

3. Historia de las Ideas: apología con matices

La clásica Historia de la Ideas es el modo intelectual congruente con ese enfoque sensato y mesurado a la hora de comprender la esencia de “lo político”³⁵. Ya decía Mannheim, un referente clásico para la Sociología del conocimiento, que la Historia de las Ideas es “una creación liberal”. Hablamos de una disciplina “fronteriza” que ocupa un territorio, “a veces imaginario, entre la Historia, la Política, el Derecho y la Filosofía moral y jurídica, aunque, por motivos de afinidad electiva, ha

³⁴ EA. HAYEK, *Los fundamentos de la libertad* (1959); trad. esp. Unión Editorial, Madrid, 2ª ed. 1975; en especial, cap. X: “Las leyes, los mandatos y el orden social” (pág. 161 y sigs.). Una obra de referencia sobre el autor: Paloma DE LA NUEZ, *La política de la libertad. Estudio sobre el pensamiento político de EA. Hayek*, Unión Editorial, Madrid, 2ª ed. 2010. Este libro es un modelo de la excelencia académica que tanto necesita la Universidad española.

³⁵ Un libro casi olvidado ofrece un panorama brillante: Julien FREUND, *La esencia de lo político* (1965); trad. esp. Editora Nacional, Madrid, 1968. Este grueso volumen organiza los conceptos políticos sustanciales en torno a las categorías de mando/obediencia, público/privado y amigo/enemigo.

encontrado su refugio en el marco académico de la Teoría Política”³⁶. El único requisito impuesto a los cultivadores de esta rama del conocimiento es (al menos: debería ser) asumir el compromiso de prescindir del idealismo estéril que tanto daño nos ha causado. Sin exageración alguna: cierto Hegel mal asimilado es el culpable de la “desgracia” de la Historia de las Ideas en los planes de estudios. Ahora busca su lugar en el ancho territorio de la *Political Science*, cuyo ADN es empírico y descriptivo y, por ello, fuente de recelos mutuos y polémicas absurdas. Por fortuna, los grandes maestros nos legaron una tradición valiosa que conforta el ánimo en estos tiempos pesarosos. El objetivo es reconstruir (o mejor aún: recrear) el pasado dentro de los límites de lo razonable para evitar la tiranía de una historia concebida como despliegue racional ineludible, a cuyo servicio se pone el talento (mayor o menor) del intérprete. Cuando se deja atrapar por aquella corriente, el falso historiador cae prisionero de su propia trampa, una suerte de *quod erat demonstrandum* al modo escolástico. Muchos pensadores del siglo XX son víctimas de la incapacidad para superar el prejuicio “ortodoxo” (sea éste cual fuere) que aceptan como punto de partida.

El objetivo es luchar contra las falacias de los historiadores, desveladas en un libro importante de D.H. Fisher³⁷. Según explicaba el profesor de la Universidad de Brandeis, hay una lógica que no es inductiva ni deductiva, sino que pretende obtener una pregunta y una respuesta razonables respecto de los principales eventos del pasado para articular la investigación de forma argumental. A través de un inteligente análisis empírico, Fisher divide su análisis en tres bloques: *Inquiry* (que incluye tres falacias: de planteamiento de la pregunta, de verificación de los hechos y de significado de los mismos); *Explanation* (donde pueden producirse otras seis falacias: de generalización, de narración, de causalización, de motivación, de composición y de falsa analogía) y *Argument* (con dos nuevas formas falsas de razonar: distorsión semántica y error sustantivo). A partir de este bagaje conceptual, el autor propone un

³⁶ Véase el libro colectivo coordinado por Dario CASTIGLIONE y Iain HAMPSHER-MONK, *The History of Political Thought in National Context*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, “Introduction”. Esa obra notable, aunque ignora por completo el caso español, sigue el enfoque contextualista de Q. Skinner. Entre nosotros: “Aspectos metodológicos en la *Historia de la Teoría Política*”, capítulo introductorio de Fernando VALLESPIN a su obra de referencia, a cargo de varios autores, *Historia de la Teoría Política*, Alianza, Madrid, vol. 1, 1990, pág. 27 y sigs.

³⁷ Mucho menos conocido en España de lo que merece. Ni siquiera está traducido, que yo sepa. David Hackett FISHER, *Historians’ Fallacies*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1971.

atractivo viaje por la obra de los mejores historiadores, llegando a discernir más de un centenar de “sofismas” en la forma de hacer historia a lo largo del siglo XX.

Austeros en nuestro quehacer intelectual, los historiadores de la ideas nos consolamos releendo a los ancestros más distinguidos. Por ejemplo, Isaiah Berlin³⁸. Estamos, escribe, ante un “campo rico” que ofrece “sorpresas y recompensas” y añade que la clave consiste en salirnos del cauce de los pensadores que integran el canon. Digamos, los que tienen capítulo propio en Sabine, un manual excelente, todavía no superado. De hecho, frente a la tesis de Leo Strauss, Berlin nos conduce más allá de la cadena de grandes filósofos donde una idea engendra otra por un proceso de partenogénesis. Muy al contrario, concluye, hay que cultivar las novedades fuera de la corriente del tiempo en oposición a los dogmas ortodoxos y los valores entendidos. Si además de dedicarnos a este hermoso oficio somos también españoles, contamos con el auxilio de Díez del Corral para aprender que “la Historia es siempre una reconstrucción hecha por el historiador y para llevarla a cabo necesita servirse de categorías y principios constructivos que solo la reflexión filosófica puede suministrarle”³⁹. Se trata, concluye, de tomar en cuenta “el pulso real de la vida” y, a la inversa, “la transformación de lo vivido en ideas”, todo lo cual crea nuevos modos de entender la realidad y de actuar sobre ella. Muchos profesores guardamos en la memoria el injusto desplazamiento en los planes de estudios universitarios de la clásica “Historia de las Ideas y Formas Políticas”, bajo pretexto de que no era compatible con los métodos “modernos”. Mentira pura y simple, a medias entre la ignorancia y el ventajismo. En el caso de Díez del Corral basta recordar el tejido sutil que entrelaza teoría y práctica en *El liberalismo doctrinario* o en la monografía sobre Tocqueville. Cabe también citar a Maravall: “las ideas no se superponen a los hechos, sino que se tejen con éstos”, aunque Pensamiento e Ideas eran opciones diferentes, según el enfoque de ambos maestros⁴⁰. Al final, la verdad gana

³⁸ Isaiah BERLIN, *Contra la corriente. Ensayos sobre Historia de las Ideas* (1979); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

³⁹ En el ya citado “Estudio preliminar” a F. Meinecke, pág. XIII, y también en su Memoria de Cátedra y otros textos.

⁴⁰ Para la cita de José Antonio MARAVALL: “La Historia del Pensamiento Político, la Ciencia Política y la Historia”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 84, 1955, ahora en Pablo SÁNCHEZ GARRIDO (ed.), *Historia y Método de la Teoría Política. Antología de los maestros del IEP*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2013, pág. 92. Influidor por su etapa parisina, este ilustre profesor planteaba su asignatura con criterios cercanos a la Historia social y cultural.

batallas a medio plazo. Hoy día, dos o tres generaciones de estudiosos españoles practicamos con dignidad (algunos incluso con brillantez) esta suerte de macrodisciplina que proporciona notable satisfacción intelectual a sus cultivadores. Casi todos, por cierto, bajo la cobertura formal de la Teoría Política normativa, pero también de otras áreas afines, siempre bienvenidas a la matriz común.

Todo investigador serio rechaza por definición los compartimentos estancos. No obstante, para defender nuestra parcela como merece hay que otorgar a las Ideas la importancia que les corresponde. Cito de nuevo a Collingwood, cuando afirma (retóricamente, nadie se alarme) que, en el fondo, toda Historia es Historia del pensamiento⁴¹. Entender algo históricamente equivale a revivirlo, esto es, hacerlo presente y operante, ya que de lo contrario no es inteligible. La Historia “reactualiza” el pasado: los acontecimientos carecen de sentido a menos que sean interpretados como “pensamientos” de un ser racional, ya sean actos de voluntad, propósitos, sentimientos, etc... Así se recrea la experiencia histórica, y lo demás es simple arqueología o, como diría Benedetto Croce, pura crónica. De ahí la frase enigmática que cierra esas reflexiones: “toda Historia es Historia contemporánea”. El positivismo es el gran enemigo. Los mejores historiadores (Collingwood cita entre ellos a Mommsen y a Maitland) se convierten en maestros del detalle de modo que la Historia deja de ser universal y se transforma en “monografía”. Con sus propias palabras: “el legado positivista a la historiografía moderna es una combinación de *maestría* sin precedentes en problemas a pequeña escala con *debilidad* sin precedentes en asuntos a gran escala”. Nos inundan con historias de “tijeras y engrudo”, *cut and paste books*, relaciones interminables de autoridades de valor no siempre indiscutible o estadísticas reiterativas que son un “buen sirviente”, pero un “mal amo” para el estudioso.

Hagamos, pues, Historia de las Ideas, pero rechazemos radicalmente el historicismo. Al fin y al cabo, buscando otras autoridades, unas cuantas ideas gobiernan el mundo, como decía lord Acton. Tesis que sostuvo incluso alguien tan alejado del ensayista católico como fue lord Keynes, aplicando la reflexión a las ideas de “unos cuantos economistas

⁴¹ Véase en general R.G. COLLINGWOOD, *Idea de la Historia* (1946); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1952. Para ser precisos: el historiador busca “acciones” intencionales en el despliegue de los “acontecimientos” facticos, es decir “mira” a través de los hechos para discernir el pensamiento que contienen (pág. 247 y sigs.).

del pasado”. La relación entre Historia e historicismo es, a mi juicio, análoga a la que existe entre democracia y democratismo. El peligro de incurrir en errores irreparables es muy serio y por ello tenemos que insistir en su refutación sin matices. La crítica más famosa procede, como es sabido, de Karl Popper en *The Poverty of Historicism*⁴². La célebre dedicatoria del libro lo explica casi todo: “En memoria de los incontables hombres y mujeres de todos los credos, naciones o razas que cayeron víctimas de la creencia fascista o comunista en las Leyes Inexorables del Destino Histórico”. Así pues, el gran adversario de Popper es un enfoque que parte del carácter “inevitable” y “necesario” de las leyes de la Historia, en sentido análogo a esa “idolatría” de la que habla Aron. El historicismo, continúa el autor, anula la libertad humana en nombre del holismo, según el cual “el grupo social es más que la mera suma total de las relaciones meramente personales que existan en cualquier momento entre cualesquiera de sus miembros”. En relación con este asunto se sitúa el rechazo a la tiranía del cientificismo: “las ciencias sociales no conocen nada que pueda compararse a las leyes causales matemáticamente formuladas de la física”. Toda doctrina pronaturalista intenta ofrecer predicciones a gran escala con el objetivo de “resolver el viejo problema de predecir el futuro”. En fin, de ahí se sigue una crítica radical a Platón y a Marx, un “pesimista” y un “optimista” respectivamente, que resume el análisis mucho más amplio de *La sociedad abierta y sus enemigos*, para concluir en una descalificación del “atractivo emocional” del historicismo, incluyendo la teoría del ciclo vital de las formas de gobierno. Popper no acierta en este punto concreto: a mi entender, Polibio o los ingleses de la *balanced Constitution* están muy lejos de cualquier determinismo y son, por el contrario, modelo de sutileza y flexibilidad en el análisis político. Matices al margen, comparto plenamente la crítica a quienes aseguran que hay “propósitos escondidos” por debajo de los decretos del destino, ciegos en apariencia. Menos mal que no existe tal cosa: la vida humana sería insoportable si no fuéramos capaces de equivocarnos una y otra vez por nosotros mismos. A veces, ya se sabe, también acertamos...

Admitamos, pues, con la sobriedad prometida, que ninguna teoría científica del desarrollo histórico sirve de base para predecir el curso

⁴² Se publicó por partes (en tres entregas) en la revista *Económica* (1945). La primera versión en formato libro es en italiano (1954). En español, *La miseria del historicismo*, con traducción de Pedro Schwartz, Taurus, Madrid, 1961; luego en Alianza, Madrid, 1973. Las citas textuales proceden de esta última edición, pags. 31 y 38.

futuro de la Historia. Otra cosa son las “conjeturas”, los *futuribles* modestos e inteligibles que proclama Bertrand de Jouvenel sobre la base de que el hombre no goza (añado: por fortuna) del arte de prever el futuro político⁴³. Mucho cuidado con el atractivo que ejerce el historicismo sobre las gentes desconcertadas de la postmodernidad, dispuestas a recuperar en cuanto puedan la mecánica de un cambio social inevitable para salir del paso del desorden contemporáneo. Por citar un ejemplo de actualidad, hay quien se alegra de que la Rusia de Putin recupere los modos imperiales de los Imperios zarista y soviético. Al menos, el mundo de la Guerra Fría era previsible en su lógica diabólica. Admitamos, pues, que la Historia *n'a pas de sens*, título de un libro ya olvidado de R. Sedillot que resume gráficamente el criterio que comparto, incluyendo una dosis razonable de ambigüedad.

La política intenta conciliar los intereses en conflicto consustanciales a toda sociedad compleja. Bernard Crick, más socialista que liberal, comparte este enfoque clásico y ofrece una inteligente defensa de la política no solo contra sus “enemigos” (ideología, nacionalismo, tecnocracia), sino especialmente contra sus falsos “amigos” (el conservador no político; el liberal apolítico; el socialista antipolítico)⁴⁴. Por eso añade al reconocimiento de la diversidad una valoración ética: “y eso es normalmente bueno”. De hecho, la sociedad reconoce como propio un cierto grado de intereses divergentes y promueve instituciones adecuadas para encauzarlos. Estamos ante la concepción pluralista propia del socialismo británico, a partir de los fabianos, cuya influencia en la mentalidad académica es difícilmente exagerable por medio de la London School of Economics and Political Science o de la revista *The New Statesman*. Lo principal es que, en la sociedad civilizada, existe un acuerdo pragmático sobre la necesidad de actuar políticamente. Queda claro, por tanto, que también hay democracia de mínimos en una determinada tradición de la izquierda, cuando sus cultivadores están dispuestos a superar dogmas infalibles y sueños inconfesables.

También debemos exigir rigor a la derecha a la hora de explicar en términos políticos las ventajas del mercado. Ante todo, debe recuperar la tradición de la Grecia clásica y no dejar en manos del adversario ideológico los fundamentos morales de la democracia. Basta mencionar

⁴³ Así se tradujo al español, Rialp, Madrid, 1966, el libro de JOUVENEL cuyo título original es *L'art de la conjecture* (1964).

⁴⁴ Bernard CRICK, *En defensa de la política* (1962); trad. esp. Tusquets, Barcelona, 2001.

unos cuantos conceptos de la época para hacerse cargo de su profunda raíz liberal. Así, la distribución de las cualidades políticas entre todos los ciudadanos (un regalo de Zeus, según el juicio de Protágoras), no se identifica con la igual capacidad a la hora de ejercer cargos públicos. Significa, en sentido genuino, que *todos* tenemos el mismo interés en que los asuntos comunes funcionen de manera adecuada. Para ello había que elegir bien, puesto que la elección es el método democrático para designar a los *mejores*. Recordemos un dato muy significativo de la *politeia* ateniense que los republicanos suelen pasar por alto. La gran mayoría de las magistraturas eran designadas por sorteo, si bien era un azar restringido a quienes se inscribían para participar. Pero la gran excepción era el cargo de estratega, la jefatura militar y política que ejerció de forma reiterada el gran Pericles, porque la reelección para ese cargo estaba permitida. El estratega era elegido por la Asamblea, con exclusión del azar incontrolable. No basta, pues, reprochar a Sócrates su antipatía hacia la democracia cuando asegura (según Jenofonte) que nombrar a los políticos por sorteo era tan ridículo como utilizar ese método para designar pilotos de barco, arquitectos o flautistas⁴⁵. Así pues, la Teoría Política contemporánea reconoce con o sin sentido peyorativo la naturaleza elitista (oligárquica, dirían los griegos) de la democracia representativa. La clave, creo, consiste en facilitar la rotación, porque el buen ciudadano debe mandar bien y obedecer bien y de hecho, a juicio de Aristóteles, nadie puede mandar con acierto si antes no ha obedecido con lealtad.

“Entender la política puede cambiar a una persona”, escribe John Dunn⁴⁶, un autor vinculado con la escuela de Cambridge. He aquí una pálida versión contemporánea de la idea griega de *paideia*, objeto del célebre libro de Werner Jaeger. Entender la política es, a mi juicio, una prueba de madurez personal que dice mucho acerca de la capacidad de cada uno de nosotros. Cuando creen expresar la sabiduría infalible de la especie mediante unos cuantos tópicos anodinos, los populistas de todos los partidos solo demuestran las limitaciones insuperables de su propio intelecto. Ya sé que hay mucha gente así, pero eso únicamente demuestra que la vulgaridad se sustenta sobre una sólida base estadística. Por suerte para ellos, como defendía Esquines frente a Tasifonte, en

⁴⁵ Sobre el debate de sorteo y elección, véase Bernard MANIN, *Los principios del gobierno representativo* (1997); trad. esp. Alianza, Madrid, 1998.

⁴⁶ John DUNN, *The cunning of Unreason*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pág. 360.

las democracias puede hablar quien quiera y cuando quiera. Al fin y al cabo, escribe Negro Pavón, “en el transcurso del Tiempo-Eje descubrieron los griegos lo político como aquel ámbito natural que dejan los dioses al cuidado de los hombres”⁴⁷. Los dioses lo dejan a nuestro cargo, sin duda, pero hay otros hombres que por desgracia proclaman (y a veces consiguen), su derecho al monopolio sobre ciertos dogmas excluyentes. Otra vez la singularidad de la condición humana: no sólo pretendemos “ganar”, sino también “llevar razón”. Más aún, hay gente tan testaruda que prefiere salirse con la suya en la discusión por encima de todas las cosas. Todos conocemos ejemplos.

Conviene por tanto despertar otra vez del sueño dogmático, al modo de Kant tras la lectura de Hume. No hay hechos en estado puro, sino interpretaciones subjetivas, a veces sesgadas, formuladas además en un lenguaje “político”; es decir, por definición, ambiguo, polémico y polisémico. No lo tenemos fácil para adquirir un conocimiento objetivo de la realidad: no hay Julio Cesar sin Shakespeare, ni Carlomagno sin Eginardo, ni nuestro Cesar Carlos es inteligible sin los humanistas y sin Tiziano... Estudiamos (mucho o poco) una historia orientada hacia el presente, cuyos límites cronológicos son puramente convencionales y dependen de intereses ajenos a las épocas que teóricamente separan⁴⁸. Antigüedad tardía y Medioevo temprano son conceptos intercambiables. Por supuesto, ya nadie admite la ruptura radical entre Edad Media y Renacimiento a la manera (brillante) de Jakob Burckhardt. Los “otoños” de una era se confunden y refunden con las “primaveras” de la siguiente. Con un ejemplo de nuestra propia vida. Algunos pensamos (incluso escribimos) que el 11-S, el ataque a la Torres Gemelas y, sobre todo, al Pentágono, sería interpretado en el futuro como el surgimiento de una nueva “Edad”, bautizada como “postcontemporánea” por falta de capacidad para buscar otro nombre más apropiado. Muchos más dijeron lo mismo con motivo de la caída del Muro de Berlín, unos cuantos años antes. Me temo, sin embargo, que se han cumplido ya suficientes aniversarios para admitir que todavía no identificamos al Rómulo Augústulo y al Odoacro de nuestros días y que vivimos seguramente en un umbral de épocas pero no sabemos dónde situarlo.

⁴⁷ Dalmacio NEGRO PAVÓN, “Las visiones de lo político”, en *Historia y Pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*, Ed. Complutense, Madrid, 1987, t. II, pág. 311.

⁴⁸ Véase Oscar HALECKI, *Límites y divisiones de la historia europea* (1950); trad. esp., Ed. Europa, Madrid, 1958.

Al menos la añoranza de un pasado imaginario sirve de falso consuelo. A estos efectos, los románticos resultan mejor compañía que los ilustrados. Mucho mejor si hablamos de historiadores del arte, cuya íntima relación con las formas políticas es una evidencia, hoy día difuminada. Los ejemplos se multiplican. Como prueba el gran libro de Henri Frankfort, las pirámides y otras obras monumentales del Antiguo Egipto manifiestan sin recato su confluencia con el faraón divinizado⁴⁹. Autores ya citados aquí y allá, como Jakob Burkhardt, Erwin Panofsky o Johan Huizinga escriben páginas inmortales sobre arquitectos, escultores y pintores en estrecha relación con el poder político. Incluso la destrucción y el expolio de la obra de arte por causa de las guerras dice mucho sobre vencedores y vencidos. La historia se repite luego con demasiada frecuencia: la guerra del Peloponeso causó estragos en el patrimonio cultural y, ante el empuje de los espartanos, la lámina de oro que revestía la Atenea Partenos fue literalmente expoliada, encargándose a Damofonte su reposición. Hay quien busca precedentes anteriores: en el segundo milenio antes de Cristo, el faraón Seti II, de la dinastía XIX, mandó asegurar el brazo de una estatua colosal de Ramsés II, situada en el templo de Abu Simbel, ordenando que se incluyera entre los trabajos una inscripción aclaratoria.

Volviendo al Romanticismo. Acaso su expresión “ultra” en Historia del Arte sea John Ruskin, avalado por las páginas deliciosas de *Los siete pilares de la sabiduría* o de *Las Piedras de Venecia*. Es ciertamente atractiva la evocación de ruinas y vestigios, aunque ya nadie admite su manía en contra de la restauración de monumentos, que califica de “una mentira gigantesca”. Los amantes de los castillos nos paramos a pensar de vez en cuando ante algún lienzo desgarrado en la soledad de un cerro de difícil acceso. En la intimidad de la conciencia, lejos de la corrección política, tenemos que admitir que nos conmueven esas ruinas desoladas... Otro romántico decía todo lo contrario, el “intervencionista” Viollet-le-Duc, arquitecto restaurador cuyas teorías se consideran hoy igualmente vetustas: reconstruir el monumento tal como “tendría que haber sido”, completar el edificio ideal y dotarlo de estilo unitario. Una tesis que horroriza a los estudiosos actuales, partidarios de una acción mínima y debidamente documentada.

⁴⁹ Henri FRANKFORT, *Reyes y Dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza* (1951); versión española, Alianza, Madrid, 1993.

Educado bajo la tutela de Locke, lord Shaftesbury, el filósofo, pensaba que la pujante Inglaterra comercial iba a ser insensible a la belleza y, por tanto, a la bondad. Al cabo, con notoria filiación platónica, *beauty and the good are still the same*⁵⁰. Yo creo más bien, con Burke, que la belleza exige medida y que solo lo sublime nos arrebatara por su desmesura espiritual. Por eso es preferible situar la convivencia social bajo el patronazgo de dioses menores como el sentido común, la prudencia y la moderación, “virtudes comerciales”, valga la paradoja solo aparente, para una sociedad madura. Otra vez el modelo *polite*. Francis Hutcheson, en defensa de Shaftesbury, explica gráficamente en qué consiste el Comercio como virtud: un comerciante honesto, un buen amigo, un padre y marido amoroso, un vecino amable y servicial... son figuras tan dignas de consideración como el más célebre hombre de Estado⁵¹. El mérito se reconoce a quienes guardan el secreto íntimo de la vida que merece la pena vivir, pero en ningún sitio dice que tengan el deber de ocuparse de los asuntos públicos.

Por terminar con el debate acerca de la Historia. Frente a planteamientos insensatos, tenemos que dar respuestas inteligentes a problemas complejos. Se trata de indagar sobre la verdad de los hechos, evitar las falacias historicistas e integrar los datos particulares en una trama verosímil. Al margen de coyunturas políticas y de intereses mezquinos, una sociedad sanamente constituida debe entrar en la plena y pacífica posesión de su Historia y transmitir a las generaciones futuras el orgullo (consciente, racional y, por supuesto, crítico) hacia su pasado. La relación respetuosa con los grandes de todos los tiempos, al modo de Maquiavelo en Sant’Andrea, es una prueba inequívoca de civilización. Tengamos muy presente, eso sí, que en esa hora crepuscular, retirados ya de los oficios cotidianos y las diversiones al uso, es obligatorio cambiar nuestra ropa vulgar por el mejor y más digno de los vestidos. Respeto obliga...

⁵⁰ Raymond BAYER, *Historia de la Estética* (1961); en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pág. 259, lo explica muy bien: “la regla interior que todo hombre lleva dentro de sí (...) es el buen gusto: es una regla capaz de dominar el entusiasmo porque ella misma es entusiasmo”.

⁵¹ Francis HUTCHESON, *Escritos sobre la idea de virtud y sentido moral* (c. 1738); trad. esp. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999, pág. 208. Tampoco acepta que todos ellos actúen por orgullo y vanidad, como diría Mandeville bajo disfraz de “Cleómenes”, aunque luego esos vicios privados se encaucen hacia las virtudes públicas, según el autor de la *Fábula...*

**IV.- VIRTUD CONTRA COMERCIO:
UNA DEMOCRACIA IMPOSIBLE**

1. ¿Nos debe importar a todos la política?

Muchos vecinos de la Ciudad de las Ideas se inclinan hoy día por una democracia *fuerte* en sus diferentes versiones: “participativa”, “deliberativa”, “inclusiva” y ahora también “comunicativa” y “colaborativa”¹. En España, la gran mayoría de los cultivadores de la Teoría Política normativa apuestan por la Virtud frente al Comercio. Conviene, por tanto, abordar el debate con el espíritu de sobriedad propio del talante *whig*. Ello supone, faltaría más, admitir las buenas intenciones del adversario y reconocer la parte de razón que contienen sus argumentos. Es imposible alcanzar el ideal de Habermas sobre las condiciones perfectas para la deliberación por los mismos motivos que dificultan la competencia perfecta en el mercado. No obstante, intentaremos hablar el mismo lenguaje y evitar las falacias que distorsionan el despliegue razonable de los argumentos.

Todos están de acuerdo en la crítica a la democracia de mínimos, que antes se llamaba “burguesa” o “formal”, cuando parecían existir otras alternativas. La cuestión viene de lejos. Un libro breve, pero sustancioso, de Peter Bachrach planteaba en plenos años sesenta los límites insuperables de la democracia “elitista”, con el punto de mira dirigido a Mosca y a Schumpeter, a Dahl y a Sartori, entre otros². Por cierto que Ortega pasa de refilón, aunque no se libra de una descalificación injusta como “reaccionario”, a propósito de *La rebelión de las masas*. Los argumentos son bastante simples. Todos los elitistas, dice, parten del supuesto de que las masas son intrínsecamente incompetentes. Unas veces pueden ser moldeadas al gusto del poderoso y otras resultan sencillamente ingobernables. Las elites creativas mandan (y deben mandar)

¹ El término *Strong Democracy* fue acuñado por Benjamín BARBER, *Democracia fuerte* (1984); en español, Almuzara, Córdoba, 2004. Lo utilizo aquí en contraposición con la sedicente democracia “débil”, es decir, liberal.

² Peter BACHRACH, *Crítica de la democracia elitista* (1967); en español, Amorrortu, Buenos Aires, 1973. Incluye unas “Palabras preliminares” de Sheldon Wolin, interesantes como todo lo suyo.

para preservar los valores de la civilización. En el fondo, se trata de otro dilema eterno: o confiamos o desconfiamos respecto del pueblo, *tertium non datur*. Los liberales recelan del hombre común y los republicanos no se fían de los poderosos. Por aquellas fechas estaba muy de moda el libro de C. Wright Mills sobre *The Power Elite*, otro hito en la educación sentimental de varias generaciones de izquierdistas. Lejos todavía de sutilezas deliberativas, la solución de Bachrach pasa por la democracia en los centros de trabajo o, en sus términos, “politizar los centros privados de poder”. Medio siglo después se siguen leyendo planteamientos similares: “democracia en suspenso”, “impotencia de la democracia”, “democracia restringida”... Una larga relación de críticas que se dirigen contra el modelo liberal y/o constitucional en nombre del gobierno “real” del *demos*.

Vamos a buscar los orígenes. La clásica Teoría del Estado se constituye bajo la óptica de la soberanía y se diluye cuando flaquea la fórmula westfaliana. Hace relativamente poco tiempo se recupera la tradición cívica y republicana, embellecida *ad hoc*, en un contexto significativamente anglosajón. Me refiero, como se adivina, a la escuela de Cambridge, ya mencionada. Así pues, *vivere civile* frente al absolutismo. Puestos a simplificar: Antiguos y Modernos, al modo de Constant. Ciudad y Estado, en el plano de las formas políticas. Virtud y Comercio, según la opción que aquí preferimos. También, por cierto, la patria concebida como “lo propio” frente a la nación definida jurídicamente desde el Estado. Por eso no es lo mismo patriotismo que nacionalismo. En caso de duda, habría que consultar a Cicerón.

Rousseau es el patriarca de la democracia radical, incluida la republicana, aunque ahora está de moda buscar precedentes florentinos y anglosajones. Al fin y al cabo, la “nueva” doctrina es en realidad vieja, porque hereda el espíritu (y a veces la letra) de la teoría clásica de la participación directa³. Su antipatía (teórica) hacia el Comercio le conduce a un permanente contraste con la Virtud. En el *Discurso sobre las Artes y las Ciencias*, menos explotado que otros por la legión de comentaristas, se pregunta acerca de qué será de la Virtud cuando sea preciso enriquecerse a toda costa. Por cierto que también el dueño espiritual del París tardoilustrado fue el primero en intuir que hay un Maquiavelo “oculto” en los *Discorsi* frente a la interpretación convencional del

³ Sobre el ginebrino, desde la perspectiva del humanismo cívico: Judith N. SHKLAR, *Men and Citizens. A Study of Rousseau's Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

“ministro de Satanás”. La representación política, gran aportación de Sieyès culminada por Burke, ofrece sin duda unos cuantos flancos débiles⁴. La nostalgia de un pueblo que se reúne y decide por sí y ante sí pretende superar esa inútil ficción representativa, a cuyo tenor se hace presente y operante algo que no lo está realmente. Secuela natural de la sociedad de masas, la deriva partidocrática de los Parlamentos ayuda a reforzar la argumentación. Hay otro factor que atañe particularmente a la izquierda; a saber, una tradición fundada sobre el desprecio marxista hacia la democracia burguesa. Esta versión original queda superada ciertamente por la apuesta inequívoca de la socialdemocracia a favor del pluralismo electoral. Pero en el trasfondo intelectual permanece la querencia por la democracia social o económica o por cualquier otra que incluya un *plus* respecto de las urnas que recogen el resultado de unas elecciones libres, por utilizar el título pionero de Mckenzie.

Antes apuntaba el contexto inglés que permite renacer a la doctrina cívica propia de las *signorias* del norte de Italia (Florencia en cabeza) desde el Renacimiento en adelante. Con poco éxito en su lugar de origen, como es evidente, porque el Estado soberano juega con ventaja. Si hace falta, es muy capaz de imponer la paz a golpe de leviatán, mientras que la discordia civil, más todavía que el espacio limitado, conduce al fracaso de la *polis* y la *civitas* renovadas, incluso idealizadas por las humanistas. El salto a Inglaterra tiene mucho que ver con la pervivencia de la *Ancient Constitution*, sofocada en el continente desde Villar a la Saint-Barthélemy, por citar ejemplos notorios. En cambio, el fracaso de los Estuardo ante el Parlamento sitúa a la *Petition of Rights* (1628), al juez Coke y a los Comunes como expresiones de la doctrina estamental que sirve de *background* a la forma mixta inglesa, renovada por la Gloriosa. No obstante, como ahora todo se discute, surge en el mundo académico una visión “radical” de 1688 en contraste con la clásica historiografía *whig*⁵.

⁴ Fernando SUÁREZ GONZÁLEZ, “De representación política”, en los *Anales* de esta Real Academia, n.º 87, 2010, observa que la confianza es la “base psicológica” de la representación (pág. 142 y sigs.) y afirma que no es compatible con los partidos oligárquicos. De hecho, habla de una “gravísima crisis” de la representación en el sistema español (pág. 139). Una visión teórica muy difundida en Hanna F. PITKIN, *El concepto de representación* (1967); en español, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, reimpresión en 2014.

⁵ En esta línea, Steve PINCUS, *1688. La primera revolución moderna* (2009); en español, Acanalado, Barcelona, 2013. Los detalles históricos quedan oscurecidos a veces por el exceso de doctrina, no siempre de primera fila. Una descripción vívida de los hechos en Patrick DILLON, *The last Revolution: 1688 and The Creation of the Modern Word*, Pimlico, Londres, 2007.

El tránsito desde el Chianti a la City, a veces forzado pero siempre brillante, es obra de J.G.A. Pocock en su célebre *The Machiavellian Moment*. Pocock aporta una perspectiva original con su loable proeza de poner en relación el pensamiento republicano de las *signorias* con la Inglaterra pre y postrevolucionaria y con la utopía ilustrada de los Padres Fundadores. Se trata, pues, de estudiar *The Anglicization of the Republic*⁶. El autor justifica tan sorprendente fenómeno en la existencia de una vieja tradición del *Common Law* y de un estrato social, la *gentry*, plenamente adecuado para transmitir y formalizar el mensaje. Eso no es realmente novedoso, pero es indudablemente cierto. Algo que no pudieron hacer en Francia los magistrados subordinados a los que Calvino y la *Vindiciae contra tyrannos* atribuyen el ejercicio del derecho de resistencia y que en otras naciones europeas, España incluida, apenas pudo plantearse por la debilidad de la pequeña nobleza o de la protoburguesía mercantil. En cambio los “nuevos” ingleses, parlamentarios y abogados primero, comerciantes después, estaban en condiciones de protagonizar el salto desde Monarquía a República, concebidas aquí como formas de Estado. Eso sí, no es dudoso que fueran “nuevos”, pero estaban imbuidos de un espíritu religioso a la usanza tradicional. Fue un republicano, John Milton, el autor de esta frase más que significativa: Dios se reveló *as his manners is, first to Englishmen*: como de costumbre, pueblos elegidos y prioridades divinas⁷.

Así las cosas, los “santos” del ejército de Cromwell estaban en condiciones de inaugurar un nuevo tipo de *approach* a la política, concebida en términos escatológicos. Ha nacido la figura rigurosamente moderna del *radical*: activista, sectario, disciplinado y normalmente sincero hasta que la realidad le convierte (con frecuencia) en un cínico. Del puritanismo calvinista de los “santos” surgirá el modelo del jacobino y el bolchevique, donde se conjugan la organización revolucionaria y la ideología intransigente. En términos de Walzer, the *saints* fueron “políticos audaces, ingeniosos y despiadados, los primeros entre esos agentes autodisciplinados de la reconstrucción social y política que han

⁶ Es el título de los caps. XI y XII de *El momento maquiavélico*, cit. La versión castellana utiliza un circunloquio: “La recepción de la república en el universo cultural anglosajón” (pág. 443 y sigs.).

⁷ Otro libro importante es el de Donald W. HANSON, *From Kingdom to Commonwealth: The Development of Civic Consciousness in English Political Thought*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1970.

aparecido tan frecuentemente en la historia moderna”⁸. Aquí, por cierto, aparece con sus características propias la figura del “intelectual” que lucha por medio de las ideas, ya sea ministro o laico, una especie de escalafón administrativo en el marco del ejército radical. John Knox, el presbiteriano escocés, es un buen ejemplo, aunque hay otros muchos. La literatura política que producen tiende a ser reiterativa y de escaso valor teórico, pero resulta ampliamente significativa de un estado de opinión que asusta a los protagonistas del *establishment* político y religioso del anglicanismo.

Este tipo humano que luego se llamará “revolucionario” actúa movido por convicciones implacables y resulta temible para los discrepantes. Las contradicciones vitales no suelen crearle problemas de conciencia, porque el principio calvinista de exclusión permite tratar de forma diferente a los elegidos y a los condenados. Busco ejemplos muy posteriores en la literatura. En *El siglo de las luces*, Alejo Carpentier cuenta la peripecia antillana de Victor Hugues, “un hombre capaz de hacer el bien o el mal con la misma frialdad de ánimo”. En algún lugar de la novela, el protagonista escucha impasible la siguiente historia: “Antes de la revolución andaba por esas islas un buque negrero, perteneciente a un armador filósofo, amigo de Juan Jacobo. ¿Y sabe usted cómo se llamaba ese buque? *El contrato social*”⁹. Todo sirve cuando uno se identifica con el sentido de la Historia.

El radical disfruta con la razón orientada hacia el apocalipsis y desdén la moderación y el equilibrio. En términos políticos, el *Agreement of the People* (1647), impuesto por los *levellers* de John Lillburne, es el primer documento de la historia constitucional inglesa que no encaja en la Constitución Antigua¹⁰. Si se me permite el anacronismo, el segundo (y por ahora último) es la *Human Rights Act* que incorpora derecho racionalista continental a las fuentes consuetudinarias de las libertades inglesas. En cambio, los *diggers* de Gerrard Winstanley, todavía más radicales que los “niveladores”, no tuvieron la oportunidad de imponer su propio texto. Es muy inteligente el comentario de Pocock cuando compara esos acontecimientos con el “momento” de Savona-

⁸ Michael WALZER, *La revolución de los santos. Estudio sobre los orígenes de la política radical* (1965); trad. esp. Katz, Buenos Aires y Madrid, 2008, pág. 9.

⁹ Alejo CARPENTIER, *El siglo de las luces* (1962). Cito por la edición de Akal, Madrid, 2008, pág. 180.

¹⁰ Aunque muchos prefieren no citar manuales “anticuados”, lo cierto es que el capítulo sobre la Inglaterra del XVII de George SABINE, *Historia de la Teoría Política* (1937), trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1945 y muchas ediciones posteriores, es realmente excelente.

rola en Florencia, apreciando la diferencia principal entre unos y otros: los santos del ejército puritano eran profetas... “armados”, todo lo contrario que el monje también apocalíptico que un buen día perdió el favor de los casquivanos florentinos y acabó en la hoguera. Algo parecido, si acaso menos violento, le sucedió a James Harrington, el autor de *Océana*, como veremos en el capítulo VI.

Llama la atención también la influencia permanente de la Antigüedad clásica sobre la reflexión política de la época. En este punto se plantea una extraña contraposición entre republicanos y liberales a la hora de expresar sus preferencias. Con las excepciones de rigor, a los defensores del Comercio no les gusta Grecia. De Roma se quedan con el individualismo exacerbado del *ius civile*, modelo de los Códigos del XIX y seña de identidad del Derecho civil al modo continental. Mejor informados o más necesitados de argumentos de autoridad, los partidarios de la Virtud utilizan a griegos y romanos de todo género y condición, con la salvedad de que su historia acaba en Augusto, al modo de Mommsen, y de que —sorprendentemente— Esparta sale mucho más favorecida de lo que merece.

Así pues, la democracia que se dice “nueva” toma como modelo la “vieja”. Por supuesto, la herencia griega impregna la Teoría Política occidental, no solo —como es notorio— en la terminología, sino sobre todo en su raíz intelectual. Allí, en el ágora ateniense, nacen la política y el gobierno constitucional, el diálogo y el compromiso, la discusión racional y libre. En definitiva, la *polis* como forma de vida planea sobre la base constitutiva de veinticinco siglos de reflexión intelectual. Sin embargo, los liberales han mostrado históricamente reticencias hacia la ciudad concebida como *paideia*. Es comprensible el desencanto de los apasionados por la Hélade, que aprendimos a amarla en los poemas de Hölderlin: “Dí ¿dónde estas Atenas?” Un politólogo no debe renunciar a sus ancestros: al fin y al cabo, la primera contribución de los griegos a la política es haberla inventado. Por eso, cercano a los liberales en otras muchas cuestiones, me resulta imposible compartir esa antipatía injustificada hacia los “antiguos”¹¹. ¿Liberales en la *polis*? No es fácil construir la doctrina, pero tampoco es imposible. Ante todo, cada *polis* es un átomo político. Es verdad, no obstante, que hay un espíritu común, un lejano y más bien abstracto ideal panhelénico que permite hablar

¹¹ Véase, LUIS DíEZ DEL CORRAL, *La desmitificación de la Antigüedad clásica por los pensadores liberales, con especial referencia a Tocqueville*, Taurus, Madrid, 1969. Ahora en *Obras Completas*, cit. tomo II, pág. 1817 y sigs.

(en la *Ifigenia* de Esquilo) de “morir por la Hélade”, compartir oráculos y juegos deportivos, lengua y cultura comunes. También, en un terreno mucho más práctico, los intereses sociales y políticos se imponen con frecuencia sobre la fidelidad a la patria propia. Por eso, oligarcas y demócratas se alían frecuentemente con extraños frente al enemigo interno. Como es notorio, la *polis* exige participación frente a la pasividad del *idiotés*, por ser aquella una condición radical de la vida humana. Fuera de la ciudad, según la célebre imagen de Aristóteles, solo pueden vivir las bestias o los dioses (o los bárbaros, menos que hombres). Todo eso es verdad, pero también lo es que *eleutheria* e *isonomía* son rasgos constitutivos de la ciudad griega que han alcanzado, gracias al liberalismo, el rango de conquistas de la civilización. Eso sí, una vez ampliada su aplicación a todos los seres humanos frente a la restricción muy selectiva (que excluye a mujeres, esclavos y extranjeros) propia de la Antigüedad. Así pues, el secuestro de la democracia clásica por la Teoría Política republicana carece de justificación objetiva, aunque sea un justo castigo para la desidia doctrinal de los liberales.

Vamos a la cuestión nuclear: ¿nos importa a todos la política? O, en términos normativos: ¿nos *debe* importar a todos la política? Lo cierto es que la gente real sufre problemas reales y no está obligada a reproducir el arquetipo de ciudadano ideal que los intelectuales (ofuscados) conciben en el laboratorio aséptico y minoritario de sus congresos y seminarios. A su vez, los políticos (desconcertados) ignoran, cuando no desprecian abiertamente, esas quimeras teóricas. Pongamos énfasis en la pregunta: ¿es la Ciudad de las Ideas una Ciudad Irreal?

Al final, todo depende de la respuesta al eterno dilema del “hombre” y el “ciudadano”. Si tiene razón Pericles, el *idiotés* es un ser inútil y negligente respecto de sus obligaciones cívicas. Si la tiene John Locke, hay que asumir la indiferencia natural del individuo, cuya única función pública es dirimir con su voto cada cierto tiempo la disputa entre unas cuantas elites competitivas. Con un matiz importante en relación con Locke y los tópicos sobre el liberalismo individualista, si aceptamos los argumentos sobre su “compromiso cívico con la virtud” que desmontan muchos prejuicios arraigados¹². He aquí la clave de la crisis del sistema

¹² Así, José María LASSALLE, *Liberales. Compromiso cívico con la virtud*, Debate, Madrid, 2010. Libertad de conciencia, lucha contra la tiranía, ejemplaridad personal y social... En síntesis: “el liberalismo nació como un empeño público y privado a favor de la virtud. Lo hizo a partir del mestizaje que fundió el humanismo cívico renacentista con el puritanismo religioso” (pág. 355).

representativo desde el punto de vista de la Historia de las Ideas. Si el individuo dedica lo mejor de sí mismo al *Comercio* (léase, a cualquier actividad legal y legítima en el ámbito socioeconómico), es lícito el encargo de la gestión pública a una elite “profesional”, seleccionada mediante elecciones libres y competitivas. Si le exigimos compromiso cívico, mediante fórmulas participativas y/o deliberativas, la representación sale mal parada, y con ella la institución representativa por excelencia. La nostalgia de la *comunidad* cívica desprecia los artefactos que hacen funcionar una *sociedad* política. Como siempre, organicismo versus mecanicismo...¹³.

El Parlamento, sede natural de la representación, lo tenía más fácil en la tradición estatalista, todavía mayoritaria aunque a la defensiva desde hace tiempo. Nada más simple para un teórico creativo que articular las voluntades individuales filtradas por la representación y construir a partir de ahí una doctrina del interés general, al modo que predicaba Edmund Burke a los electores de Bristol. Desde la óptica de las revoluciones (más o menos) burguesas, esa expresión inequívoca del pueblo o nación como titular de la soberanía alcanza la cualidad de sujeto determinante para la formación de la voluntad estatal a través de la ley: primero, en colaboración con el rey, esto es, en la monarquía constitucional (o con el presidente, monarca republicanizado, en el caso norteamericano); por fin, ya en régimen de monopolio, en la forma de gobierno parlamentaria, da igual con monarquía o con república. Este es el marco jurídico-constitucional, pero también sociopolítico, de la edad de oro del Parlamento, que hace y deshace a su antojo gobiernos frágiles a base de mayorías fugaces. Desde el exabrupto ideológico de Lenin a la profundidad doctrinal de Carl Schmitt, el Parlamento clásico queda al descubierto como instrumento de la burguesía bajo el disfraz de una sociedad homogénea que no reconoce conflictos de clase ni enemigos existenciales.

Superadas por fortuna las agresiones totalitarias, surgen desde 1945 nuevos desafíos a la institución y sus fundamentos representativos. El pluralismo de los sociólogos, la “poliarquía” de los politólogos y el “neocorporativismo” del Estado de bienestar reflejan la rebelión frente al individualismo exacerbado que incluso pretendía ignorar a los partidos

¹³ Contrario a este planteamiento, Félix OVEJERO, *¿Idiotas o ciudadanos?*, Montesinos, Barcelona, 2013. El título es literalmente correcto, pero juega con ventaja al utilizar (ingenuamente, supongo) el significado usual de las palabras.

y su proyección en las Cámaras, los grupos parlamentarios. Grupos y movimientos sociales de toda índole hacen acto de presencia (o hacen rentable su ausencia) en el proceso de toma de decisiones y exigen un lugar propio en el marco institucional. Los más fuertes lo consiguen y pasan a formar parte del sistema, denostado y a veces asaltado por nuevas fuerzas al acecho. La lucha por el poder se reproduce en todas las épocas y lugares, aunque a veces los protagonistas imaginan que están inventando la política.

La explosión del comunitarismo y las políticas de “presencia” y “reconocimiento”, de vaga raíz multicultural, introducen otro factor de confusión en la teoría liberal de la representación. Quizá sus defensores no lo perciben, pero la democracia “inclusiva” nos devuelve a la sociedad estamental con rasgos neoestatutarios. Es una consecuencia, no sé si deseada, de la postmodernidad, con su realidad deconstruida en fragmentos yuxtapuestos (J.F. Lyotard) y su querencia hacia el prefijo post, el que mejor nos advierte acerca de qué están hablando los epígonos: sociedad postburguesa (A. Giddens), postcapitalista (P. Drucker), postmaterialista (T. Eagleton), postdemocrática (C. Crouch) o postwestfaliana (R. Cooper)¹⁴. Se supone que la postmodernidad surge por el agotamiento del triple proyecto histórico del cristianismo, la razón ilustrada y el marxismo revolucionario. Priman ahora el regreso a la tribu y sus prejuicios, el imperio de lo efímero, el pensamiento débil y el minimalismo. En este contexto, una asamblea política reduce su función a la expresión simbólica de la pluralidad sociocultural, esto es, el Parlamento actúa como imagen de una sociedad heterogénea y acaso deslavazada. Como tantas otras veces, estamos ante una relación ambigua de amor y de odio. Para la mentalidad dominante, una Cámara representativa es la antítesis de la gobernanza, pero todavía ejerce una atracción irresistible para montar un *happening* con suficiente eco mediático.

Antes de seguir criticando los males de nuestra forma de gobierno, conviene prestar atención a ese magma indefinido que Sartori reúne bajo un rótulo ingenioso: “lo que no es la democracia”¹⁵. La Ciencia Política (y no solo los diccionarios conceptualistas al modo de Kosellek) tiene un reto apasionante a la hora de distinguir entre tiranía, dictadura,

¹⁴ Rizando el rizo, un estudioso de las Relaciones Internacionales, Richard Haas, habla de *post-post* Guerra Fría.

¹⁵ Es el título del capítulo VII de su *Teoría de la democracia*, cit., I, pág. 225 y sigs.

despotismo, absolutismo, autocracia, totalitarismo, incluso “totalismo”. Ni siquiera Tocqueville encontró la palabra justa para bautizar a esa nueva sociedad que supo anticipar cuando apenas estaba incoada. Pero el problema se complica hoy día porque aparecen esas *falsas* democracias que toman en vano un nombre respetable. Viejos y nuevos tiranos, señores de la guerra o dueños de Estados neopatrimoniales pretenden ganar legitimidad a través de las urnas para encubrir dictaduras flagrantes. Sucede en países marginales, pero a veces también en naciones situadas en el núcleo del conflicto geopolítico que amenaza nuestra frágil seguridad. La apariencia vale incluso para antiguos Imperios desvencijados que pretenden recuperar las ínfulas de superpotencia.

Tímida y generosa en exceso, la Ciencia Política ha acuñado la expresión “regímenes híbridos” y otras más o menos apropiadas como “cuasidemocracias” o “pseudodemocracias”. La literatura crece de forma imparable, pero cada día es más confusa¹⁶. Las instituciones que se ocupan en hacer auditoría política suelen aprobar a sus clientes sin grandes exigencias. Naciones Unidas cuenta más de 190 Estados miembros y resulta que *Freedom House*, *The Economist* y otros evaluadores califican de “democracias”, aunque sea con matices, más o menos a la mitad. ¿Acaso es suficiente introducir una papeleta en una urna? Debería quedar claro que el plebiscito de las masas no es lo mismo que las elecciones competitivas. Los ejemplos saltan a la vista. Comicios con trampas han existido siempre. Basta recordar los tiempos del caciquismo, el encasillado y la distribución de escaños desde un despacho ministerial. No solo en la España de Cánovas, por supuesto. Pero esas denostadas democracias elitistas han conseguido al menos ofrecer unas reglas del juego iguales para todos y razonablemente equitativas. Cuando acierta y cuando se equivoca, gana quien el pueblo decide. Cuando se falsea el sistema, en cambio, gana quien tiene que ganar. Por cierto que entre nosotros, donde todo se cuestiona, nadie pone en duda la pulcritud de un procedimiento electoral capaz de ofrecer en pocas horas unos resultados impecables, prueba de madurez social e institucional que casi nadie reconoce y valora como merece.

Fuera del Estado de Derecho, una llamada a las urnas solo sirve de pretexto para legitimar a los dictadores. Democracia sin libertades es igual a despotismo, cuyo principio constitutivo es el temor, como nos

¹⁶ Entre los estudiosos más relevantes: Larry Diamond o Juan Linz. En el mundo anglosajón suele hablarse de *defective Democracies*.

enseña Montesquieu. Por eso hay que ser exigentes en materia de gobierno constitucional, sociedad abierta, imperio de la ley... Los tiranos deben asumir su condición ante el mundo entero y no tenemos que ofrecerles vías de escape.

2. Democracias con adjetivos

El debate sobre la calidad democrática es el tema de nuestro tiempo en el ámbito de la Ciencia Política¹⁷. Una “buena” democracia tiene sus requisitos. Por apelar a fórmulas generalizadas: legitimación social; libertad e igualdad; respeto a las normas y los procedimientos; rendición de cuentas (casi siempre en inglés: *accountability*) y capacidad de respuesta política a las demandas sociales (es decir, *responsiveness* en la jerga profesional). Una y otra vez se apela al “buen gobierno”, la transparencia y otros tópicos que empiezan a resultar irrelevantes por reiterativos. Como siempre, el lenguaje oficial utiliza de forma mecánica estas expresiones cargadas de “corrección política”, un complemento amable para discursos, declaraciones, preámbulos normativos o incluso leyes promocionales, siempre muy socorridas en estos tiempos. Ironías al margen, creo que las leyes de transparencia, las medidas para cerrar espacios a la corrupción y la apertura de ámbitos de participación son pasos todavía tímidos, pero orientados en la buena dirección. Por supuesto, no son la panacea de los males democráticos ni existe un bálsamo de Fierabrás que cure de inmediato el desapego social hacia las instituciones. Es significativo que la transparencia sea vista con desconfianza desde posiciones de izquierda radical. Un filósofo de moda (acaso efímera) asegura que sitúa al ciudadano en la postura de un “espectador” pasivo, que renuncia a ser protagonista y se interesa solo por el escándalo¹⁸. La desafección no es un fenómeno novedoso ni mucho menos, como bien sabemos los politólogos desde un famoso informe de Samuel Huntington a la Trilateral en 1975, cuando en España todo aquello resultaba muy lejano. Pero ahora concurre con una crisis

¹⁷ Una buena síntesis: Leonardo MORLINO, *Democracia y democratizaciones* (2003); versión española en Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2009.

¹⁸ Me refiero a Byung-Chul HAN, de origen coreano pero instalado en Alemania, con cierto eco mediático, en *La sociedad de la transparencia* (2013); hay versión española en Herder, Barcelona, 2013, un libro breve y de fácil lectura.

económica y moral y se activan las señales de alarma. Por eso es preciso atender a los síntomas y aportar soluciones antes de que sea tarde. Me acuerdo otra vez del prudente general romano: “yo no pensaba que...” es una frase que revela poca inteligencia.

Desde el punto de vista de la Teoría Política, la democracia republicana se ha convertido en la medida de todas las cosas. Por una parte, reescriben la Historia de las Ideas en términos que ya nos resultan familiares a través de la escuela de Cambridge. Renacen Aristóteles y Cicerón. Vuelve el Maquiavelo de los *Discorsi*, y con él una pléyade de escritores menores de la Italia renacentista. Harrington y otros ingleses casi desconocidos ocupan su lugar en el canon. Rousseau, cómo no, está por todas partes. Se cuenta de nuevo en clave republicana la independencia de los Estados Unidos, a través de las obras muy estimables de Bernard Bailyn o de Gordon S. Wood... Las aguas de una disciplina que parecía estancada bajan más revueltas de lo que parece. Percibo, sin embargo, algunas omisiones sorprendentes. Es el caso de la república de las Provincias Unidas, fruto del calvinismo y de la lucha sin cuartel contra tronos y altares (católicos y, especialmente, hispánicos). Allí se dan en teoría todas las condiciones para llamar la atención de los republicanos: ciudades potentes y burgueses emprendedores; federalismo fuerte y estatúder débil; tolerancia y libertad de imprenta... Hay también pensadores de primer rango, desde el alemán/holandés Juan Althusius al internacionalista Hugo Grocio. También Spinoza, aunque el judío sefardí forma parte de otro universo intelectual. A pesar de los datos objetivos, no existe un *revival* neerlandés, al menos al nivel de otros tiempos y lugares. Supongo que no influye a estas alturas la rivalidad marítima entre ingleses y holandeses. Por eso, imagino que el desinterés de los estudiosos puede atribuirse a la notoria preferencia del Comercio sobre la Virtud por parte de aquellos burgueses egoístas que retratan los pintores flamencos. Sin embargo, el esfuerzo doctrinal valdría la pena: aunque el *Mare liberum* de Hugue de Groot no pasa de ser un dictamen jurídico a medida del cliente, el federalismo corporativo de Althusius podría dar mucho juego doctrinal en estos tiempos confusos en materia de vertebración territorial¹⁹.

¹⁹ Como es sabido, OTTO VON GIERKE, le dedicó una espléndida monografía: *Johannes Althusius und die Entwicklung der Naturrechtlichen Staatstheorien* (1880). Entre las deudas intelectuales que tengo contraídas hace demasiado tiempo figura un “Estudio preliminar” para este libro seminal, cuya edición española prepara la Editorial Tecnos.

Ahora, la teoría. Nuestros humanistas cívicos insisten en magnificar el ágora frente al mercado, fuente de todos los males porque antepone —a su juicio— el egoísmo feroz al razonamiento altruista en favor de la justicia. El argumento siempre suele ser el mismo: hay que diseñar instituciones racionales, en definitiva, repúblicas participativas y deliberativas. Nada de ello sucede en la democracia liberal y/o constitucional, cuyo perverso objetivo es construir un mundo político sin verdaderos ciudadanos. Las tintas se cargan como de costumbre contra la teoría elitista que prefiere individuos ignorantes, inconsistentes e irracionales porque se nutre del eterno desprecio hacia las masas. El instrumento técnico para el debate es ahora la crítica contra la *Public Choice*, el análisis interminable sobre el teorema de Arrow o cualquier otra polémica sobre la (fallida) meta hobbesiana de concebir una ciencia social a imitación de las ciencias puras. Si hacemos bien las cosas, los “santos” puritanos dejarán su lugar de preferencia a los “diablos” kantianos: “incluso un pueblo de demonios” dispone de entendimiento suficiente, si las instituciones le ayudan, para ofrecer lo mejor de sí mismo, con perdón por esta paradoja diabólica²⁰. Todo ello parte de la secular visión antropológica positiva que la izquierda se empeña en exhibir como seña de identidad propia. De ahí que todos los males tengan su causa en el egoísmo del carnicero que nos contaba Adam Smith. Se trata de buscar un objetivo ambicioso para que la “fábrica” de la felicidad funcione a pleno rendimiento. Mejor será, concluyen, apelar a la *telocracia* y dar de lado a esa *nomocracia* liberal que reduce al mínimo los fines posibles y deseables de la convivencia en sociedad.

El remedio de todas las cuitas será una democracia supuestamente mejor o, con el rótulo de moda, de mayor “calidad”. Departamentos universitarios, revistas especializadas y (poco a poco) páginas de opinión en los medios más sesudos nos agobian con propuestas que casi nadie distingue con precisión. Se habla de:

- *Democracia participativa*, un complemento voluntarista de la representación en busca de ciudadanos motivados y dispuestos a buscar “espacios abiertos”, no siempre fáciles de organizar ni de financiar.

²⁰ Félix OVEJERO, *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo, republicanism*, Katz, Madrid y Buenos Aires, 2005, una notable aportación española a las doctrinas cívicas al uso a partir de la célebre expresión kantiana. El autor reconoce honestamente que la realidad cotidiana está en las antípodas de una deliberación ideal.

- *Democracia deliberativa*, con más pretensiones teóricas, cuyo protagonista es un imaginario sujeto político inmaculado, capaz de gozar en la búsqueda y articulación del interés público y de actuar, limpio de preferencias e intereses, en un debate racional.
- *Democracia inclusiva*, la última en llegar, que pretende corregir la distorsión representativa mediante una yuxtaposición de minorías, real o supuestamente oprimidas, a las que reserva una esfera de poder propio a base de cuotas excluyentes.

Los teóricos sin responsabilidad más allá de las aulas se apuntan a unas y otras opciones, y algunos a todas a la vez. Proclaman la democracia *fuerte* los republicanos y también, a su modo, los comunitaristas y los multiculturalistas. En las alturas de la Filosofía Política, después de Hannah Arendt, Aladair MacIntyre persigue la Virtud y John Rawls, la Justicia. Jürgen Habermas plantea un modelo sofisticado a base de una “acción comunicativa” entre ciudadanos libres e iguales en contextos institucionales dispuestos *ad hoc* para encontrar la solución adecuada. Demasiada teoría para una realidad tan prosaica. Es, en efecto, una versión moderna de la fórmula griega: la política como diálogo, esto es, como discusión racional y libre de los asuntos públicos que conduce a una verdad transitoria y susceptible de ulterior rectificación. Bajo este ropaje teórico, subyace en general una preferencia mal disimulada por la socialdemocracia y por el Estado de bienestar. Eso no es bueno ni malo en sí mismo, pero conviene dejarlo claro para saber de qué estamos discutiendo.

Sin embargo, la cuestión no depende del mayor o menor ingenio en el campo de la ingeniería constitucional, sino que sus límites derivan —una vez más— de la propia condición humana. Es ilusorio concebir a ese ciudadano ideal, fiel reflejo sublimado de la *areté* griega, cuya voz solo se alza para buscar la verdad en forma de interés general, libre de pasiones y de ventajas individuales. Pura y simplemente, el *polités* ideal no existe. Casi todo está inventado: el objetivo es recuperar la “libertad de los antiguos”, como diría Benjamín Constant, si bien ahora se otorga la condición de ciudadano con carácter universal. Una y otra vez, algunos buscan argumentos para socavar los cimientos de la democracia liberal concebida como negociación entre intereses individuales legítimos que culmina en un compromiso, hoy día mal llamado “consenso”, arreglo transitorio y no solución definitiva, como ya dijimos con la cita pertinente de Jouvenel.

En todo caso, la democracia deliberativa es la respuesta más elaborada de la Teoría Política normativa ante las insuficiencias del régimen representativo. Entre sus ventajas está la formulación irreprochable del principio de legitimidad. Entre sus defectos, sin embargo, hay uno imposible de remediar: la selección de las elites políticas, el debate social y parlamentario y la incidencia de los medios ofrecen el ambiente menos propicio que cabe imaginar para un “diálogo” más académico que genuinamente político. Estamos acaso ante la fórmula óptima para el intelectual que no necesita contrastar su teoría con la realidad y puede actuar en un espacio público rigurosamente imaginario: ciudadanía activa; ignorancia del mal; ética de la convicción en el sentido weberiano. Para sus defensores, la deliberación aporta todos los bienes imaginables: ofrece imparcialidad, jerarquiza las propuestas, filtra los problemas y revela las soluciones. Surge así un curioso mercado de las ideas que se concibe como un orden espontáneo, que en este ámbito (y no en otros) se valora positivamente. De todo ello resultan las más excelsas virtudes cívicas mientras el Comercio se bate en retirada. Los comentaristas más cultos adornan esa conclusión con las espléndidas alegorías del buen y el mal gobierno de Lorenzetti, en el palacio municipal de Siena, en aquella hermosa plaza donde cada mes de agosto se celebra *il palio*, una carrera hípica organizada al más puro estilo “liberal”: competencia cruel; jinetes mercenarios; victoria rotunda o derrota humillante. Paradojas de la vida, una vez más.

No obstante, prefiero con mucho estas ilusiones académicas a las consecuencias de la democracia llamada “inclusiva”, dispuesta a favorecer un paraíso multicultural que se construye a base de cuotas y subvenciones para destruir la regla de oro de la *politeia* civilizada: individuos libres e iguales viven en paz bajo el imperio de la ley. Otra cosa es, por supuesto, que razones de elemental justicia nos impongan el objetivo de ampliar al máximo posible las condiciones (materiales y morales) de la vida digna.

He aquí el eterno contraste entre las dos formas de concebir la libertad: Antiguos y Modernos, para simplificar una vez más. Pero debe quedar claro que la democracia constitucional no es una trampa para escamotear la democracia genuina. Aunque los males del sistema otorgan una parte de razón a los críticos, eso no permite santificar sin más las opciones alternativas. Vivimos, en efecto, una época de *distrust* y los políticos no deben dar la espalda a la desconfianza de los ciudadanos porque hay un riesgo de quiebra, acaso irreparable, de la legitimidad

moral y social. Vivimos en una democracia “de rechazo” o “reactiva” con un ciudadano vigilante ante las alarmas que le transmiten los medios de comunicación. Todo eso es muy razonable, aunque cierto tipo de manipulaciones conduce fácilmente a favorecer a las opciones antipolíticas²¹: la demagogia, corrupción de la *politeia* aristotélica, pone en peligro las libertades trabajosamente adquiridas.

3. Teoría Política normativa: crítica con matices

Así como la Historia de las Ideas es la referencia académica de la democracia liberal, la Teoría Política normativa se corresponde con la democracia *fuerte*. Aparece, ante todo, un elemento muy significativo. En efecto, el carácter hiperracional de la Modernidad y la consiguiente “exclusión fundacional” de emociones, pasiones y sentimientos es una característica común a todas las corrientes que se dicen herederas de la razón ilustrada²². Desaparece así la dimensión afectiva de la política en nombre de una frialdad que no admite excepciones. Conste, ante todo, que la moderación impone siempre un enfoque sosegado y razonable. Las pasiones desatadas han dejado huellas tan terribles en la historia que resulta peligroso abrir de nuevo la caja de Pandora... , si es que alguna vez se ha cerrado. Los defensores de una revisión del paradigma fundacional deberían recordar también que la exclusión (teórica) de la razón se convierte en abuso, desmesura y crueldad en nombre de principios aparentemente irreprochables. En fin, la relectura de *El mito del Estado*, de Ernst Cassirer, aporta buenos argumentos para mirar con precaución cualquier exceso en este delicado terreno²³. Téngase en cuenta el contexto: la guerra acaba de terminar y el filósofo sufre porque, en materia política, la derrota del pensamiento racional parece ser “completa e irrevocable”. Cassirer apela a la “rama dorada” de

²¹ Reflexiones bien conocidas en Pierre ROSANVALLON, *La contra-democracia. La política en la era de la desconfianza* (2006); en español, Manantial, Buenos Aires, 2007.

²² Un buen análisis en Ramón MAIZ, “La hazaña de la razón: la exclusión fundacional de las emociones en la Teoría Política moderna”, en *Revista de Estudios Políticos*, nº 149, 2010, pág. 11 y sigs. El reproche es común a liberales, comunitaristas, republicanos, feministas e incluso (aunque esto último me parece dudoso) a los nacionalistas. Véase en particular el lúcido cuadro de códigos binarios que ofrece Maiz en pág. 17.

²³ Ernst CASSIRER, *El mito del Estado* (1946); en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

sir James Frazer para establecer que la magia es hermana bastarda de la ciencia y construye la Historia de las Ideas como una lucha contra el mito. Pero tantos esfuerzos, concluye, han resultado baldíos a la vista de la barbarie universal. Ya sé que esa visión pesimista debe situarse en su tiempo histórico, pero me atrevo a expresar en voz alta una opinión seguramente discutible: *prefiero aburrirme con Rawls que disfrutar con Nietzsche*. En el espacio público, aclaro. Sobre mis preferencias en la vida privada, me abstengo de dar explicaciones.

El origen de la teoría dominante es nítidamente cartesiano (*res cogitans* y *res extensa*) y el desenlace básicamente utilitarista, en torno al interés racionalizado. He aquí una traducción moderna de la dualidad entre lo apolíneo y lo dionisiaco, cuya mejor expresión psicológica es la distinción entre *homo faber* y *homo ludens*. En el “hacer” (político, social, profesional) somos gente pasablemente racional. En el “sentir”, nos dejamos llevar por instintos primarios. Comparto en lo esencial la preferencia por reservar para la vida privada los sentimientos que nos conducen por una senda incierta. Admirador, cómo no, del talento romántico y de los subjetivismos que ponen freno a la edad positiva comteana, mantengo una prevención imposible de superar hacia las leyendas tenebrosas, las sectas herméticas o los mitos fundacionales. Recuerdan siempre al personaje enloquecido de Joseph Conrad, camino de *El corazón de las tinieblas*: “remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación”. Es preferible la luz en el espacio público, guardando los *arcana* para la vida privada. Dicho lo cual, es obligado criticar también los excesos del racionalismo político que nos alejan del terreno fértil del sentido común y el *juste milieu*.

El giro racionalista en la Historia de las Ideas Políticas es obra de Thomas Hobbes, acaso el más potente de los pensadores que aporta nuestro universo científico peculiar. No hace falta repetir una bibliografía infinita, pero conviene recordar que todos los grandes se han ocupado del filósofo de Malmesbury: Strauss, Bobbio, Tönnies, Schmitt, Oakeshott y tantos otros. Mi capítulo favorito en los manuales al uso es el dedicado a Hobbes por Sheldon Wolin, en *Política y perspectiva*²⁴. Desde la “nada”

²⁴ Sheldon S. WOLIN, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (1960); en español, Amorrortu, Buenos Aires, 1973. El cap. 8 lleva por título: “Hobbes. La sociedad política como sistema de reglas” (pág. 257 y sigs.) El autor vuelve sobre el mismo tema en *Hobbes y la tradición épica de la Teoría Política* (1970); hay trad. esp. en Foro Interno, Madrid, 2005.

política (estado de naturaleza) al “artificio” estatal (estado objetivo), el ser humano, convertido en Gran Artífice, se dedica a poner nombres y asignar significados. El contrato social será la máxima expresión de esta creatividad política. Pero la anarquía acecha siempre y alguien tiene que decir la última palabra, porque si no las definiciones se vuelven “emotivas” y el subjetivismo nos devuelve a aquella vida prepolítica: “solitaria, pobre, desnuda, brutal y breve”. La clave consiste en convertir al Soberano en un Gran Definidor, un dispensador de significados comunes en torno a los cuales se vertebra la razón pública y reinan el orden y la regularidad.

Con esta apoteosis del racionalismo, Hobbes busca soluciones prácticas a la guerra civil inglesa. En este punto importa tanto *Behemont* como *Leviatán* a la hora de comprender el significado de la magna obra hobbesiana. Tiene razón Pocock cuando afirma que “Hobbes no es el Maquiavelo inglés y sí en cambio el maestro radical del pensamiento político de la guerra civil”²⁵. Porque su contexto solo es inteligible en el marco del gobierno cromwelliano de la espada, sin asomo de doctrinas legitimadoras del poder, sin una sombra siquiera de moralidad al menos aparente. O sea, igual que Maquiavelo ante los *condottieri* y sus mercenarios, una especie de negocio familiar al servicio del mejor postor.

En un orden mecanicista abstracto no hay lugar para principios morales y espirituales. *The Ghost in the Machine*, el fantasma de la máquina, llama Gilbert Ryle a esta obsesión científicista del pensamiento moderno que afecta muy directamente a la política, porque transforma al hombre en mero súbdito apático y desencantado. A propósito precisamente de Hobbes, escribe Murillo Ferrol (en su primera etapa) sobre los problemas que acarrea “sacar de quicio” a la Ciencia Política para llevarla desde el terreno de la prudencia a la imitación de la ciencia natural²⁶. Hobbes construye un hombre artificial *more geometrico*, anticipo de la edad técnica. A partir de ahí solo cabe hacer ciencia sobre leyes generales y, en su caso, una tecnología aplicada a las necesidades prácticas. Nos hemos quedado sin ese saber prudencial y discreto que tanto ayuda a interpretar la vida y la política para sustituirlo por una ilusión pseudocientífica: una Ciencia Política perfecta,

²⁵ J.G.A. POCK, *El momento maquiavélico*, cit. , pág. 453.

²⁶ FRANCISCO MURILLO FERROL, “La crisis del problema teoría-práctica en la Ciencia Política”. Se publicó en su día en *Anuario de Filosofía del Derecho*, nº 2, 1954. Ahora en la obra colectiva de los maestros del IEP, antes citada, *Historia y método de la Teoría Política*, pág. 213 y sigs. Murillo destaca el desprecio de Hobbes hacia la prudencia y la atribuye a una “técnica de avestruz”, porque no quiere ver la realidad.

estable, exacta, infalible, aséptica... Es decir: pura y simplemente irreal. El formidable libro de Hobbes está en el origen de muchos males posteriores, y no solo en el plano de la teoría.

Por fortuna, la Ilustración (moderada, matizo una vez más) no siguió al pie de la letra el manual de instrucciones. En la propia Inglaterra, los residuos del dualismo *rex-regnum* marcan la pauta política, a pesar de la influencia determinante en lo social y económico del benthamismo, estrechamente relacionado con el positivismo jurídico de Hobbes. En la Europa continental, una vez comprobado que la Diosa Razón y el Gran Miedo se entendían con facilidad, se vuelve (al menos parcialmente) a posturas moderadas y sensatas. Una corriente liberal llena de matices y excepciones a la regla general recorre felizmente hasta nuestros días el pensamiento político de Occidente. Aunque por desgracia es minoritaria, ha sido y debe seguir siendo una vacuna eficaz contra el virus de la intransigencia.

Tal vez por ser las dos caras de la misma moneda, los puritanos de la razón y de la voluntad son enemigos naturales de la moderación. Habrá que lidiar, pues, con unos y con otros, siempre con la consideración debida. La razón pura se sabe incapaz de explicar la política, pero no renuncia a la pretensión de aherrojar la vida en esquemas abstractos ni escarmienta de sus fracasos reiterados. Busca y exige certezas y dogmas infalibles, impone dilemas entre el Bien y el Mal, rechaza las opciones prosaicas que se mueven en el ámbito de lo razonable²⁷. La orgullosa soberbia de la razón hegeliana se desliza hacia el Caos con más frecuencia de lo deseable. Como suele suceder, el intelectual desengañado corre a situarse en el extremo contrario sin reparar en los refugios amigables que le ofrece el camino. Así, la apoteosis racionalista dejó paso libre a todo género de angustias, agonías y apologías del nihilismo. Mientras el mundo pierde la brújula, filósofos y artistas buscan acomodo en otros territorios mágicos. Cuando escriben bien, como Unamuno, nos dejan frases dignas de ser repetidas: "no basta pensar, hay que sentir nuestro destino". También esta otra: "porque uno puede tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral. Se han dado casos"²⁸. Si su mundo son

²⁷ Un buen libro sobre estas cuestiones: Shirley R. LETWIN, *The Pursuit of Certainty*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965.

²⁸ MIGUEL DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1931). Cito por Alianza, Madrid, 1986, pág. 33.

las artes plásticas, producen perfiles difusos al modo del sensible Alberto Giacometti, cuyos personajes son tan frágiles que parecen habitantes de algún sitio indefinido entre el Ser y la Nada.

Como se dijo, los racionalistas son muy conscientes de sus propios límites. Por eso, todos (casi todos) recurren a una trampa dialéctica para arrojar a las tinieblas a cualquier fenómeno político que no se deje reducir a la cuadrícula. El propio Descartes se inventa un demiurgo maligno (*malin génie*). Incluso Hegel apela a la “argucia de la razón” (*List der Vernunft*). Rawls se imagina un “velo de la ignorancia” (*the vale of ignorance*) para oscurecer las realidades que incordian al ciudadano dispuesto a debatir sobre el contrato ideal²⁹. Aunque no lo reconozcan, todos ellos acuden al expediente maquiavélico de la fortuna, profundamente renacentista. El objetivo es aislar los (muchos) aspectos irracionales de la condición humana y someterlos a tratamiento aséptico para evitar el contagio. La fórmula es tan eficaz que se reproduce, queriendo o sin querer, cada vez que la vida nos plantea problemas similares. Un buen ejemplo contemporáneo son esos “bancos malos” a los que se imputan todos los activos tóxicos, un peligro para la gestión eficiente y ordenada del negocio. Calvino no hubiera imaginado una fórmula mejor.

Sin caer en extremos preocupantes, el valor político de los sentimientos y las emociones recupera espacio académico, a través —por ejemplo— de la “neuropolítica”³⁰. Para superar el “error de Descartes” (según el famoso título de Antonio Damasio) es preciso indagar en lo más recóndito del cerebro con el fin de buscar explicaciones a ciertas conductas. El asunto es apasionante y merece la máxima atención científica. Pero mientras avanza la nueva disciplina es oportuno recordar algunas reglas elementales de la teoría de la legitimidad en compañía del omnipresente Max Weber. Así, “racional” o “legal” se contraponen no

²⁹ Javier Roiz, *La recuperación del buen juicio. Teoría Política en el siglo XX*, Foro Interno, Madrid, 2003, ofrece algunos otros ejemplos. Roiz mantiene una lucha pertinaz a favor de la retórica y la “letargia” frente a la dialéctica y la “vigilia” como alternativas a la tiranía (calvinista y anglosajona) de la moderna Ciencia Política.

³⁰ Véase Adela CORTINA, *Neuroética y neuropolítica. Sugerencias para la educación moral*, Tecnos, Madrid, 2012, en línea con su conocido planteamiento sobre la “razón cordial”. El problema, dice esta autora, consiste en determinar si la democracia es la forma de gobierno exigida por nuestras bases neuronales. Sobre el mismo asunto, con perspectiva de Teoría Política, la referencia es Martha Nussbaum. Un trabajo actualizado: Manuel ALCÁNTARA, “Neuropolítica: una aproximación a la micropolítica”, en *Revista Española de Ciencia Política*, nº 35, 2014, pág. 31 y sigs.

solo a “tradicional”, sino también a “carismático”. A partir de ahí, parece fácil conjugar los modelos fundados sobre el carisma con los populismos menos refinados. Lo saben por experiencia los dictadores de todos los tiempos y sus intelectuales de cabecera. Seamos, pues, prudentes, incluso desconfiados. Está bien abrir el punto de vista científico a lo contingente y lo inesperado; a las frustraciones y las desviaciones de la conducta homogénea; en definitiva, a los aspectos menos formalizados del mundo de la vida que escapan a la presión agobiante del racionalismo. Por esta vía, Hans Joas aporta otro adjetivo más a nuestro sustantivo de referencia: democracia “creativa”, como alternativa a la teoría de la acción racional y sus múltiples secuelas³¹. La herencia pragmatista de John Dewey encuentra siempre continuadores inteligentes. Bienvenidas sean en todo caso las alternativas razonables a ese modelo empalagoso que nos acostumbra a concebir al ciudadano/consumidor como una máquina de razonar. Pueden contribuir sin duda a “rescatar a la Teoría Política de su letargo solipsista” que la conduce directamente a la irrelevancia³². Pero tal vez lo peor sea el lenguaje hermético y esotérico que resulta literalmente incomprensible para ese ciudadano ideal que imaginan los teóricos. Ni siquiera el *polités* mejor dispuesto sería capaz de leer la mayoría de los trabajos al uso en este gremio profesional. Ya sé que ocurre lo mismo en otros círculos, pero el mal de muchos nunca debe servir de consuelo.

Volvamos al debate de las ideas. El republicanismo recupera con renovados esfuerzos conceptuales algunos tópicos gratos a la izquierda de siempre. Básicamente, dos: el optimismo antropológico y el gusto por el constructivismo y la ingeniería social³³. También reitera, como valor entendido, una actitud mental que a fuerza de repetirse amenaza con ser un lastre insuperable: la derecha es culpable de los males endémicos de nuestras democracias de baja calidad. Es un lastre, digo, para las propios “progresistas” porque alivia la tensión autocrítica y

³¹ Hans JOAS, *La creatividad de la acción* (1992); hay una edición española reciente en el Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2013.

³² Comparto el diagnóstico de Fernando VALLESPIN, “Política y Teoría Política”, en *Crítica Contemporánea*, nº 1, 2011, pag. 35, aunque discrepo sobre alguna de las soluciones que propone, con apoyo en la idea de que el sistema “coloniza” el mundo de la vida. De ahí deduce la “impotencia” de la política ante el imperio del dinero. Otra vez Virtud contra Comercio.

³³ El debate se plantea aquí frente a Philip PETTIT, *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno* (1997); en español, Paidós, Barcelona, 1989. El autor tuvo cierto eco en España, incluso con visitas a las máximas instancias gubernamentales.

carga con toda la responsabilidad a la perversidad intrínseca del adversario³⁴. Si pensamos con rigor, resulta que en nombre de la eficacia y la eficiencia los gobiernos socialistas (en España y en todas partes) han despreciado al Parlamento y al Derecho tanto y más que los conservadores y liberales; que también los partidos llamados progresistas funcionan como partidos de notables y abusan de sanedrines, banderías y baronías de todo tipo; en fin, que la simplificación del mensaje y el uso del *marketing* electoral son vicios compartidos por las dos grandes corrientes de la política democrática contemporánea.

Pero estábamos con los tópicos redivivos. El primero, una vez más, la condición humana, *vexata quaestio*. Ahora se disfraza del lenguaje impersonal sobre el mercado político, pero al final se trasluce el eterno reproche: los liberales heredan la tradición de Tucídides y el diálogo de Melos, de Maquiavelo y el Príncipe que domina la Fortuna, de la Economía clásica y sus carniceros egoístas...; también, con matices, del pecado original y el esfuerzo puritano por comprar la salvación eterna. Frente al enemigo malévolo, la bondad ilusionante: páginas luminosas de la Ilustración, *ecrâsez l'infame* y construyamos el hombre nuevo.... ¡por supuesto, Rousseau, mucho Rousseau!³⁵. Tal vez no es el mejor momento para discutir este punto, pero estoy convencido de que negar la evidencia (la tendencia irreprímible del ser humano hacia la búsqueda de soluciones cómodas y poco comprometidas) no es una forma inteligente de arreglar el mundo. En todo caso, nuestros republicanos, a fuerza de buscar un equilibrio perfecto entre individuo y sociedad, contribuyen con gusto a alimentar el tópico eterno del altruismo frente al egoísmo.

Vamos con otro tópico. Imaginación racional de instituciones y procedimientos, sumada al desprecio de la historia, la tradición y las *manners*; en suma, de cualquier lugar donde pueda hallar refugio el turbio manejo de los intereses siniestros. El citado Pettit se lanza con entusiasmo a la tarea de pulir y dar lustre a nuevas y antiguas instituciones

³⁴ Escribe Francisco J. LAPORTA, *El imperio de la Ley. Una visión actual*, Trotta, Madrid, 2007, desde posiciones bien conocidas, que “el más inadvertido y peligroso enemigo de la izquierda es su propia autocomplacencia” (pág. 22).

³⁵ Sobre democratismo contra liberalismo en el autor de *El contrato social*, véase Andrés OLLERO TASSARA, “Rousseau: Democracia contra Utopía”, en su libro *Interpretación del Derecho y positivismo legalista*, Edersa, Madrid, 1982, pág. 117 y sigs. Todo ello se inscribe en una “huida” desde la *polis* a la naturaleza, explica ROBERT SPAEMANN, *Rousseau: ciudadano sin patria* (1980); trad. esp. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2013, pág. 27 y sigs.

para convertirlas en promotoras de su concepto de libertad concebida como “no dominación”. No hay Virtud sin constructivismo, de acuerdo con la más añeja tradición socialista. Es verdad que el autor de *Republicanism* se esfuerza por presentar un lenguaje original; es ingenioso, pero no cambia la cosas, llamar “mano intangible” al más rancio intervencionismo del Estado para garantizar la igualdad de recursos entre gobernantes y gobernados, fuertes y débiles, ricos y pobres, frente a la ominosa “mano invisible” del capitalismo y la inaceptable “mano de hierro” del Estado autoritario-burocrático. Pettit somete a las instituciones, concebidas en su estructura de forma tradicional, a un agresivo tratamiento en lo que concierne a su funcionamiento. Quiero decir que la división de poderes se conserva en su fórmula consagrada, incluido un legislativo bicameral sorprendente en una tradición monista que no debería asimilar fácilmente la estrategia de representación territorial o social. Parece que ya no es verdad que si la segunda Cámara reproduce a la primera resulta superflua y si contradice la voluntad popular es intolerable. Pero todas y cada una de las instituciones se ven inmersas en su diseño complicado y discutible de “participación” ciudadana, panacea de todos los males. Al fin y al cabo, los republicanos actuales son nostálgicos de la Océana de Harrington, apoteosis del constructivismo.

Participar en los asuntos públicos, como es sabido, era la forma de libertad de los antiguos que las democracias de la Antigüedad clásica supieron configurar con auténtico genio político. En el fondo, se trata de universalizar, en sentido social, el modelo anticuado: ahora hay que atender a una sociedad de individuos iguales, cuyas preferencias y posiciones no son objetivamente jerarquizables, al menos desde la tradición política de la izquierda. Sociedades, claro, plurales y multiculturales, sin entrar aquí en disquisiciones conceptuales que Sartori ha planteado con mucho acierto³⁶. El defecto de la ideología de la participación es, en último término, el mismo que se deriva de toda negación de prioridades. Por hablar claro: hay que oír a todos, dar juego a unos y otros y confiar en que la participación produzca *per se* su influencia benéfica; una vez más, confianza positiva en la pedagogía para mejorar la naturaleza humana, buena en origen, pervertida por la historia y la sociedad. El republicanism moderniza el lenguaje; por ejemplo, las instituciones se “diseñan”, muy en línea con el arte postmoderno e hiperracional de los tiempos que corren. Pero no introduce en el debate

³⁶ Giovanni SARTORI, *La sociedad multiétnica* (2000); en español, Taurus, Madrid, 2001.

político ni una sola idea relevante que no se haya discutido hasta la saciedad entre socialistas y liberales. Por lo demás, ya Rawls habla con insistencia de la participación como vía de solucionar los problemas, tan de moda en el gremio, de la democracia procedimental. Debo decir, no obstante, que las páginas que dedica Pettit a la “dispersión” de poderes figuran a mi juicio entre las más atractivas del libro, lo mismo que la conexión entre sus propuestas y la Virtud cívica: las instituciones “solo ganarán vida y cobrarán impulso si se hacen sitio en los corazones de las gentes”.

La defensa de la democracia “republicana” es ampliamente mayoritaria entre los profesores españoles de Teoría Política y disciplinas afines³⁷. Como hemos tenido ocasión de comprobar, las intenciones son irreprochables y los argumentos están bien elaborados. El problema surge, a mi juicio, por la falta de sentido de la realidad. Poco versados en cuestiones económicas, nuestros pensadores *lato sensu* aparecen desconcertados ante el capitalismo financiero a escala global, una vez desplazado (parcialmente) ese capitalismo industrial que habían conseguido entender a medias. La situación me recuerda a la perplejidad del Antiguo Régimen para comprender al Comercio que despreciaba la propiedad de la tierra y funcionaba a través de valores mobiliarios. La nueva economía (el caso Uber puede ser un buen ejemplo) actúa más o menos igual: sus dueños son anónimos, no se encarna en algo corpóreo, no se sabe dónde tributan, eluden al Estado soberano y viven en un mundo global en el que rige a medias una *lex mercatoria*. Ya entonces era ajena al rey y a su corte. Ahora lo es a los Estados nacionales y sus poderes formales. Volvemos al salvaje Oeste, pero ya ni siquiera existe una frontera convencional, como lo fue en su día Saint Louis, Missouri, punto de partida de las caravanas hacia un territorio regido por las pautas del estado de naturaleza hobbesiano. El Estado fracasa en su función reguladora y los intelectuales en su tarea de ofrecer una explicación racional. El ciudadano inerme se convierte, como predijo hace mucho Richard Sennet, en un *voyeur* hipnotizado ante la lucha de corporaciones gigantescas. Muchos suelen reaccionar con “indignación”, un concepto ya acuñado en el lenguaje político. Unos pocos, superados por el

³⁷ En lugar de nombres propios, utilizo títulos de libros, muy significativos: *Ciudadanía y política*; *Ciudadanos y decisiones políticas*; *El saber del ciudadano*. Una obra de referencia: Pedro CEREZO GALÁN (ed.), *Democracia y virtudes cívicas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, con un elenco notable de colaboradores. Como excepción al panorama general, María José VILLAVERDE, *La ilusión republicana. Ideales y mitos*, Tecnos, Madrid, 2010, muy crítica con esta corriente.

desencanto, buscan productos balsámicos para aliviar las heridas³⁸. La batalla se intuye desigual y no está planteada con fines convincentes ni con medios inteligentes. Una democracia *imposible* no sirve para nada, incluso aunque fuera deseable.

Si damos la espalda a la realidad jugaremos en un terreno ficticio. Los teóricos más rigurosos del republicanismo cívico asumen que la utopía participativa y deliberativa es una ficción libresca³⁹. Algunos buscan consuelo en experiencias de ámbito local, ya sean los *town meetings* o los presupuestos participativos al estilo de Porto Alegre, incluso en las singulares “encuestas deliberativas” de James Fishkin. Al final aparece siempre Rousseau y su querencia natural hacia las comunidades a pequeña escala. La honestidad intelectual mueve a muchos entusiastas de la participación y la deliberación a buscar la fórmula para mejorar la representación política, asumida a regañadientes como un *second best*. En este terreno nos podemos encontrar, porque todos somos conscientes de la desafección y el hartazgo de muchos sectores sociales, muy especialmente los jóvenes, con el modelo vigente. Como es natural, el problema surge a la hora de pasar de las musas al teatro. Al margen de las palabras ya desgastadas por el uso abusivo (rendición de cuentas, por ejemplo) las propuestas son poco originales. Parece ser que la Virtud, tan ensalzada, depende de las primarias, el compromiso de cumplir los programas electorales o la revocación de cargos públicos. *Big deal...* como dicen los norteamericanos. Después de las sesudas reflexiones, llegamos al punto de partida en las discusiones habituales en los medios de comunicación. En cualquier caso, sean bienvenidos a la realidad.

Como siempre, la vida sigue su curso al margen de buenos y malos humores. Como bien sabía Virginia Woolf, “la transacción entre un escritor y el Espíritu de la Época es de infinita delicadeza y la fortuna de sus obras depende de un buen arreglo entre los dos”. Gran parte del mérito de la frase corresponde, cómo no, a la espléndida traducción de Jorge Luis Borges⁴⁰.

³⁸ A veces recuerdan a los “budas” que imaginaba Jesús FUEYO, *La vuelta de los budas*, Organización Sala Editorial, Madrid, 1973. Ese “ensayo-ficción” se construye en torno al ficticio Herr Professor Gottlieb Erlöser Panaceo, “último eslabón de la grandiosa aventura intelectual del racionalismo moderno” (pág. 57).

³⁹ Por todos Jon ELSTER (ed.), *Democracia deliberativa*, Gedisa, Barcelona, 2001. También José Luis MARTÍ, *La república deliberativa. Una teoría de la democracia*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

⁴⁰ Virginia WOOLF, *Orlando*, (1928); cito, según lo dicho, por la versión de Borges en Edhasa, Madrid, 1983, pág. 195.

EJEMPLOS
V. TUCÍDIDES O
EL REALISMO IMPLACABLE

1. Política en perspectiva histórica

Los historiadores son recibidos con una mueca de desagrado cuando pretenden acceder a la Ciudad de las Ideas. Me refiero lógicamente a los que cultivan la *histoire événementielle*, como dicen los escolásticos de Annales. Al fin y al cabo, se trata de una ciencia “ideográfica” en contraste con nuestras ciencias “nomotéticas”, por utilizar los términos algo confusos de los neokantianos de Baden. Los usos y costumbres exigen que los éforos encargados de vigilar el acceso a la escalera platónica sean exigentes con los visitantes, de tal manera que la entrada solo se franquea cuando llegan con el aval de algún ciudadano ilustre. Este es precisamente el caso de Tucídides, “hijo de Oloro y ateniense de nación”, como nos recuerda periódicamente a lo largo de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Veamos los avalistas. Thomas Hobbes tradujo al inglés una parte considerable de la obra. David Hume asegura que la primera página de Tucídides es el único comienzo posible de toda Historia auténtica. Rousseau, en el *Emilio*, lo considera un auténtico modelo, que se esconde a sí mismo para no estropear la relación directa entre los hechos y los espectadores. Desde su magisterio indiscutible, Ranke afirma que el ateniense es insuperable en su estilo. Para Max Weber, el Peloponeso fue el “tipo ideal” de guerra, y Arnold Toynbee la compara sin reparos con la Primera Guerra Mundial. Raymond Aron dedica a nuestro autor un capítulo propio en su libro sobre las “dimensiones” de la conciencia histórica. Incluso Keynes afirma que Clemenceau mostraba hacia Francia los mismos sentimientos que Pericles hacia Atenas, a propósito del célebre discurso. No se puede pedir más.

Sin embargo, los positivistas alemanes plantearon en el siglo XIX una estéril *thukydididesfrage*, con críticas al modo de la época: el texto es contradictorio; la composición no es homogénea; aquí y allá se descubren lagunas e imperfecciones. Más adelante, Colingwood carga la

pluma con todo género de descalificaciones: más parece psicólogo que historiador, los discursos son un insulto a la inteligencia del lector y su estilo es “repelente”: “¿Qué le pasa a este hombre que escribe así?”¹. A su juicio, Heródoto era un verdadero historiador y Tucídides, en cambio, no merece tan honroso título. Por razones análogas, también Polibio sale mal parado de la comparación con Tito Livio. La manía se prolonga en el mundo anglosajón, con J. Bury, M. I. Finley o H. R. Rawlings, cuya conclusión es demoledora: la *Historia*. . . no dice la Verdad, sino “la verdad según Tucídides”².

Creo que no tienen razón y que todo se explica por un prejuicio gremial. En efecto, los historiadores acusan a los filósofos *lato sensu* de un pecado capital: solo se ocupan de la *episteme* y desprecian la *doxa*. Frente a las Ideas inmutables y eternas, poco importan los acontecimientos singulares e irrepetibles. Muchos consideran a Tucídides un infiltrado en su territorio sagrado, porque el ateniense pretende establecer verdades independientes del espacio y el tiempo, y así lo declara sin disimulo (I, 10 ó I, 22, por ejemplo). Peor todavía cuando constatan la influencia sobre nuestro autor de la medicina hipocrática, estrictamente naturalista. Lo que más les molesta son los discursos que introduce con frecuencia en el relato. Al recrear la situación, el narrador, observa Jaeger, hace decir a cada personaje lo que resulta verosímil en cada caso, según su origen y su posición política; en una palabra, “detrás del historiador aparece continuamente el pensador político”³. Todo es cuestión de gustos. Purismos al margen, los discursos están contruidos con una lógica impecable, ofrecen puntos de vista contradictorios y se someten al veredicto de los hechos. El lector imparcial los agradece de buena fe. Los “oradores”, también. Pericles se lo debe todo a Tucídides: sin la *Oración fúnebre* recreada por el historiador, el estratega estaría ausente de los debates contemporáneos sobre la democracia.

La lectura sosegada de la *Historia*. . . es un placer para el lector sensible. Mucho más si se completa con una buena guía de mapas, gráficos e ilustraciones como es *The Landmarck Thucydides*, para seguir al detalle los teatros de operaciones, los movimientos de los combatientes y el contexto político en que se desarrolla cada batalla. Le debo muchos

¹ R.G. COLLINGWOOD, *Idea de la Historia*, cit., pág. 38 y sigs.

² Hunter R. RAWLINGS, *The structure of Thucydides' History*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1981, pág. 272. Lo mismo en un buen libro reciente: George CAWKWELL, *Thucydides and the Peloponnesian War*, Routledge, Londres y Nueva York, 1997.

³ Werner JAEGER, *Paideia*, cit., pág. 353.

buenos ratos⁴. Pero aquí comparece nuestro autor como ejemplo del *realismo* político, el primero en la tradición occidental, aunque suele citarse como precedente al singular *Artha-sâstra*, de Kautilya, conocido como el “tortuoso”, una especie de Maquiavelo hindú. Contamos en español con buenas ediciones de Tucídides. La más difundida es la traducción limpia y pulcra de Rodríguez Adrados, con varias reediciones⁵, que seguimos en lo esencial.

Tucídides crea la historia política con sus virtudes y sus defectos. La política se identifica únicamente con el poder, mientras que la economía, la técnica o la cultura aparecen solo como manifestaciones secundarias. Así, interpreta sin excesiva precisión los datos que aporta Homero sobre el reino de Agamenón, el contingente naval griego en Troya e incluso los elementos imaginarios del reino de Minos en Creta. Su campo visual es limitado, pero también preciso y riguroso: entiende la importancia de la cronología, las armas y las condiciones sanitarias, como en la famosa descripción de la peste. El gran problema se plantea en relación con la objetividad. La opinión común alaba su imparcialidad y desapego, su austeridad intelectual, su búsqueda precavida de verdades comprobables. Sin embargo, Hobbes, lector sagaz, supo percibir que la narración misma instruye secretamente con más eficacia que una doctrina prescriptiva.

Historia y política se rigen por leyes inmutables y eternas, válidas más allá de las circunstancias coyunturales. Racionalismo puro, que nunca deja paso a las expresiones propias de sentimientos y emociones⁶. La guerra es el resultado de acciones individuales inspiradas por la naturaleza humana, cuyo resultado, sea beneficioso o desastroso, deja a la humanidad en el mismo estado en que se hallaba y sometida a iguales pasiones: el deseo de poder y de riqueza, la ambición o la soberbia.

⁴ *The Landmarck Thucydides. A comprehensive guide to the Peloponnesian War*, a cargo de Robert B. Strassler, con introducción de Victor Davis Hanson, un reconocido helenista, Simon and Schuster, Nueva York, 1998. Todo estudioso de estos asuntos maneja el monumental *Historical Commentary...*, de Gomme, Andrewes y Dower.

⁵ Conozco siete versiones españolas de la *Historia...* relativamente recientes y es probable que haya más. La más notable es la de Francisco Rodríguez Adrados, que publicó primero en tres pequeños volúmenes, Crédito Editorial Hernando, Madrid, 1952, y ahora en una bella edición del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2002, con traducción revisada y nuevas addendas. Monografía de autor español: José ALSINA, *Tucídides: historia, ética y política*, Rialp, Madrid, 1981, con muy buena información.

⁶ Muy conocido, E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional* (1951); en español, Alianza, Madrid, 1980.

No es en ningún caso una etapa, estadio o fase de un proceso. Nada que ver, por tanto, con el despliegue de la Idea absoluta (en términos hegelianos), de una Providencia cuyos designios son inescrutables (al modo agustiniano), de la lucha de clases (como los marxistas) o del tránsito hacia el estadio positivo (según Comte). La aventura de Tucídides no tiene final o, si lo tiene, no está predeterminado. “La unidad histórica se construye, no se vive”, observa Aron⁷: no es mera crónica o noticia, sino individualidad dotada de significado que supera, y a veces sublima, la incoherencia de los hechos realmente vividos. Pero la *Historia...* cuenta con detalle las expediciones, las maniobras, el choque de los hoplitas o de las trirremes, en la tierra o en el mar. Así pues, el centro de interés es la acción humana en cuanto tal, aunque la anécdota deja entrever la categoría, en tanto que la evoca, acaso la rememora al modo platónico.

Según lo dicho, las condiciones de la naturaleza humana son universales. Temor, envidia, orgullo, son causas profundas que rigen las grandes decisiones. Sin embargo, los actores son libres y podían haber actuado de otra manera. Por eso solo se ocupa de grandes personajes, con un interés puramente objetivo, sin aportar datos biográficos. Mujeres y esclavos aparecen pocas veces y en papeles secundarios (por ejemplo, en II, 4, gritan y arrojan tejas y piedras). Salvo excepciones, los dioses influyen poco: nada les debe la erupción del volcán (III, 116) o el maremoto (III, 89). Los oráculos abusan de la credulidad y solo una vez (V, 26) se cumplen a grandes rasgos. Las tormentas solo asustan a los inexpertos (VI, 70). Su escepticismo en materia religiosa es patente. La plaga no es un castigo divino: viene de Etiopía por contagio con los marineros de El Pireo (II, 48). Los hechos naturales y geográficos influyen notablemente. La fuerte lluvia atemoriza a los tebanos que habían invadido Platea y la luna llena dificulta la sorpresa del asalto (II, 4 y 5). También las distancias juegan su papel: en este mismo episodio se recuerda que Tebas y Platea distan setenta estadios, más o menos trece kilómetros (II, 5). La guerra tiene la dignidad de una tragedia, pero Tucídides no es sanguinario ni le complace la violencia. A pesar de todo, no comparte la reflexión de otros espíritus más sensibles; por ejemplo, el personaje de Heródoto cuando proclama que “en la paz los hijos entierran a los padres; en la guerra, en cambio, los padres entierran a los

⁷ Raymond ARON, “Tucídides y el relato histórico”, en *Dimensiones de la conciencia histórica* (1961); en español, Tecnos, Madrid, 1967, pág. 59. Sobre este punto, Daniel J. MAHONEY, “Aron et Thucydide”, en *Commentaire*, n° 132, 2010, pág. 911 y sigs.

hijos”. Todo ello enlaza con la condición humana basada en el egoísmo racional. La decisión es siempre resultado del cálculo frío y objetivo y resulta inteligible aunque se revele errónea, si bien denuncia a veces los arrebatos pasionales de la muy democrática Asamblea ateniense. Todo ello es la base del realismo político, la genuina “ley de los sucesos humanos” (I, 22).

Así pues, la política de poder es lo único importante. La causa de la Guerra es la fortaleza creciente de Atenas, que dispara su orgullo y el resentimiento de los demás (II, 117). A partir de ahí, cada acontecimiento se convierte en una suerte de campo magnético donde juegan la voluntad y las circunstancias. Aunque no siempre se lo reconozcan, el autor hace suyos los instrumentos del oficio de historiador. He aquí un texto muy significativo: “En cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. *La verdad fue hallada con trabajo*, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno” (I, 22). También se muestra en lo posible ecuánime e imparcial, porque el objetivo es comprender el *Zeitgeist* de cada época al modo de Ranke. O tal vez al de Homero, que no toma partido ni por aqueos ni por troyanos⁸. Veamos el episodio que inicia formalmente las hostilidades, Tebas contra Platea (II, 5). Uno y otro bando discrepan sobre el sangriento episodio de la ejecución de 180 prisioneros tebanos a pesar de la petición de Atenas a sus aliados de Platea para que fueran clementes. Tucídides expone los argumentos de unos y de otros. La conclusión, en su lenguaje forense, es muy precisa: “los atacantes se retiraron del territorio sin causar daños y los defensores mataron al punto a los prisioneros”. Hay que insistir en la estructura de la narración: “esto dicen los tebanos...”; en cambio, “los de Platea aseguran...”; “como quiera que sea”, concluye, los hechos ocurrieron de tal modo.

La búsqueda de la verdad enlaza con la conciencia científico-naturalista de los filósofos jonios. Se trata, pues, de hacer inteligible la necesidad inmanente de los acontecimientos. Aquí aparece de nuevo la idea

⁸ Véase sobre estos temas, Jacqueline DE ROMILLY, *Thucydide et l'imperialisme athénien*, Plon, París, 1957, un libro excelente. Buenos ejemplos de la imparcialidad del historiador en S. HORNBLOWER, *A Commentary on Thucydides*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

clave: la fuerza rige las relaciones entre las diferentes unidades políticas. Es una ley inmutable: la fuerza cambia de dueño, nunca de forma o efectos. El derecho del más fuerte se fundamenta en las leyes de la naturaleza y no admite consideraciones morales. Esta línea, cuyo arquetipo es Tucídides, se encuentra antes y después en políticos como Alcibíades y en teóricos como Eteocles (personaje de *Las fenicias*, de Eurípides) y Trasímaco (el sofista que disputa con otros en el *Gorgias* platónico). No solo es teoría. Es, sobre todo, práctica. Por supuesto, aparece en el famoso diálogo de Melos, al que luego vamos a prestar la atención que merece. También en la expedición ateniense contra Sicilia, en 415. Tal vez sea este el mejor de los relatos: el belicoso Alcibíades expone ante el pacífico Nicias su plan de dominio imperialista sin consideración a ningún otro elemento⁹. Porque la fuerza, explica Jaeger, no es pura *pleonexia* mecánica y sin espíritu, sino una “forma de vida”, fuente de tensión y de equilibrio, parte de la célebre idea (expuesta con brillantez por Pericles) de que Atenas es “escuela de la Hélade”. El autor de *Paideia* entiende bien a nuestro autor: “no es que la historia se haga política, sino que el pensamiento político se hace histórico”¹⁰.

El Imperio genera odios y críticas que acaban por dañar al poderoso. El célebre episodio de Melos, insignificante en el curso de la guerra, fue siempre esgrimido contra Atenas y acabó por quitarle las pocas simpatías que le quedaban. El inteligente historiador pensó que la empresa siciliana fue algo peor que un crimen: fue un grave error. La relación entre *poleis* no se rige por la igualdad, ni siquiera en sentido formal: cada hegemonía da a sus aliados el trato que le conviene en cada caso. Porque (V, 195) es ley general y necesaria que el fuerte domine siempre que pueda. También (I, 76), “siempre ha sido regla que el débil estuviese sujeto al fuerte”. Nuestro autor, como Pericles, no veía contradicción alguna en la combinación de la democracia interna con el imperialismo exterior. Un Imperio tiránico practica una doctrina despiadada sobre el ejercicio del poder. Con la ventaja, sin duda, de garantizar la seguridad (como tribunal de comercio o protección frente a piratas) que todavía servía de justificación a Isócrates para el imperialismo tardío, posterior a la derrota de 404 a. C. Siempre se conserva el viejo orgullo de la *polis* odiada y, a la vez, admirada: véase el discurso de

⁹ Sobre este punto, Steven FORDE, *The Ambition to Rule. Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*, Cornell University Press, Ithaca (N.Y.), 1989.

¹⁰ Werner JAEGER, *Paideia*, cit., pág. 347.

los corintios en Esparta (I, 66-68) donde elogian las virtudes atenienses al tiempo que solicitan al enemigo que les declare la guerra. He aquí una prueba de la refinada retórica que emplean los unos para persuadir a los otros.

Tucídides quiere ser a la vez historiador y teórico político. Por el bien de la ciencia, se lo debemos permitir sin apelar a querellas gremiales. *Teoría* significa contemplación. En su origen, el término alude al acto testimonial realizado solemnemente por los enviados a escuchar a los oráculos y a observar los ritos de los sagrados Juegos áticos¹¹. Los positivistas no se lo perdonan. Quizá sea cuidadoso e imparcial, conceden los críticos, pero el hecho cierto es que Tucídides nunca utiliza la palabra Historia. Tal vez lo hace, porque el término en origen significaba más o menos lo mismo que Filosofía en la Atenas ya madura de la época¹². En rigor, los griegos tuvieron una relación tortuosa con la musa Clío. En origen, *istoria* era todo conocimiento adquirido mediante investigación. De hecho, escribe Díez del Corral, “terminaron su estupenda historia sin haber tenido nunca una auténtica conciencia de lo histórico; es decir, de la singularidad, del emplazamiento concreto, de la irreversibilidad de los acontecimientos...”¹³. No hay, pues, conciencia del principio y el fin al modo cristiano, sino residuos de la mentalidad mítica. Sobre el carácter arquetípico de esta forma de razonar, recuerda Díez del Corral la brillante imagen de Hegel: la Historia griega la inaugura Aquiles, “el joven creado por la poesía”, pero la clausura Alejandro, “un joven real”.

Sometamos el debate al juicio de la gente imparcial. Transcribo el último párrafo (VIII, 109), a partir del cual se interrumpe la obra. Dice así:

“Enterado Tisafernes de esta nueva acción de los peloponesios, además de las de Mileto y Cnido (pues también aquí había sido expulsada su guarnición), vio que se les había hecho muy odioso y temió que le causaran algún otro daño. Estaba molesto además porque Farnabazo, utilizando sus servicios menos tiempo y con menos dinero, fuera a tener más éxito que él en la lucha contra los

¹¹ Por eso, el teórico es por definición “disciplinado”. Véase, George STEINER, *Presencias reales* (1989); trad. esp. Destino, Barcelona, 1991, pág. 90.

¹² Véase James T. SHOTWELL, *Historia de la Historia en el mundo antiguo* (1939); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1940, pág. 20 y sigs.

¹³ Luis Díez DEL CORRAL, *La función del mito clásico en la literatura contemporánea*, Gredos, Madrid, 1957. Ahora en sus *Obras Completas*, cit., vol. II, pág. 1244.

atenienses. Así que decidió ir a su encuentro al Helesponto, a fin de quejarse de lo sucedido en Antandron y defenderse lo mejor posible de las acusaciones relativas a las naves fenicias y a las demás cosas. Y llegando primero a Éfeso, celebró un sacrificio en honor de Artemis”.

A veces se añade una glosa: “cuando acabó el invierno siguiente a este verano, concluyó también el año vigésimo primero de esta guerra”.

¿Es o no es un libro de Historia? A mi juicio, la respuesta no admite dudas.

Lo cierto es que la Hélade supo combinar el espíritu científico con el arte de narrar los hechos. Es lícito optar entre Heródoto y Tucídides, cuestión de gustos personales, aunque no sería lógico preferir sobre ellos a Jenofonte, objeto también de las iras de muchos historiadores profesionales. Pero Tucídides apenas dejó huella en escritores posteriores de la Antigüedad: “quedó como un gran nombre”, en efecto, “pero pocos le leyeron y menos le imitaron”¹⁴. Ni siquiera el gran Alejandro tuvo un historiador comparable y su epopeya fue contada por crónicas de encargo y nunca fue descrita con criterios científicos. En Roma empieza una nueva era: *ab urbe condita*...

2. Entre Atenas y Esparta

La biografía del protagonista de este capítulo ocupa apenas unas líneas. No se trata de imitar a Leo Strauss y su teoría sin contexto, aunque debe reconocerse que es uno de los pocos historiadores de las ideas que dedica espacio propio a Tucídides¹⁵. La cuestión reside en que el ateniense nos da pocas pistas y carecemos de otras fuentes dignas de crédito. La fecha de nacimiento es incierta, aunque 454 parece la más probable, porque fue elegido estratega muy joven, en 424, y para ejercer ese cargo el requisito era haber cumplido treinta años. La fecha de su muerte es segura, en 395, pero no el lugar (tal vez Tracia) ni la causa (violenta, dicen algunos). En la *Historia*... hay pocas referencias, aunque

¹⁴ T. SOTHWELL, *op. cit.*, pág. 233.

¹⁵ Leo STRAUSS y Joseph CROSEY, *Historia de la Filosofía Política* (1963); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1993. El capítulo está firmado por David Bolotin. No me parece el mejor del libro.

empieza de forma prometedora: “Tucídides, el ateniense, relató la guerra...” (I, 1). Su familia era distinguida: tenía adjudicada la concesión a perpetuidad de las minas de Brasidas. Era hijo de Oloro, patronímico que le vincula con la familia de Cimón, el gran rival de su admirado Pericles. Así pues, un miembro de la oligarquía, cuya estirpe se remonta a Milcíades, vencedor en Maratón, el gran mito aristocrático. En principio, simpatizaba con el partido de los “ricos”: un pariente llamado también Tucídides lo encabezó durante algún tiempo. Pero su referencia política y humana era Pericles, el líder de los demócratas¹⁶. Así pues, hizo compatible el apoyo a la oligarquía (templada) de los Cuatrocientos en 411 (VIII, 97) con la pasión sincera por el orador que se percibe en la *Oración fúnebre*.

El libro aporta algunos datos aislados. Le afectó la terrible peste: “yo mismo estuve enfermo y vi a otros muchos atacados por la enfermedad” (II, 48). Como estratega, sufrió un trágico fracaso en Amfípolis (IV, 104). Le costó un exilio (V, 26) prolongado durante ¡veinte años! Ya hemos reseñado su probable indiferencia religiosa. Le protegió Aspasia, amante de Pericles, pero nunca la menciona. El destierro fue producto de un “ostracismo”, que expulsó a muchos ciudadanos ilustres en nombre de prejuicios contra la excelencia pocas veces justificados. Afectó, entre otros, a Jantipo, padre de Pericles; a Aristides, “el justo”; a Temístocles, que ni siquiera fue enterrado en suelo ático; a Cimón, humillado luego por sus amigos espartanos; a Efialtés, y a tantos otros. Hace años, el visitante del (todavía entonces no renovado) Museo de la Acrópolis podía contemplar una vitrina con cientos de *ostrakas* grabadas en serie con el nombre del candidato a la expulsión. Al parecer, se entregaban a los ciudadanos al acceder al lugar de reunión de la Asamblea: siempre hay gente dispuesta a hacer trampas, a veces con la mejor intención. Tucídides solo pudo regresar del exilio al terminar la guerra, en 404, con el triunfo de los espartanos. El libro VIII, sobre la conspiración de los Cuatrocientos, es realmente peculiar como análisis de las “revoluciones”, y así lo destaca la propia Arendt. Es absurdo, en cambio, imaginar un *thriller* impropio de una investigación seria, con mensajes cifrados y asesinatos para entretener al gran público¹⁷.

¹⁶ Ampliamente, F.E. ADCOCK, *Thucydides and his History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1963.

¹⁷ Es el caso del “heterodoxo” Luciano CANFORA, *El misterio Tucídides*, Aldebarán, Madrid, 2001. Como sucede con la Edad Media, es preferible la ignorancia antes que la mentira impuesta por los fabricantes de *best-sellers*.

La *Historia*... , ya se ha dicho, resulta apasionante. A veces confusa, por supuesto. La cronología puede ser de una precisión máxima: "... a los 48 años de la consagración en Argos de la sacerdotisa Crisis, siendo éforo en Esparta Enesio y quedándole a Pitodoro todavía dos meses de mandato, a los dieciséis meses de la batalla de Potidea, al comienzo de la primavera..." (II, 2). Pero también puede ser incierta: no es fácil adivinar el momento en que sucede el primer episodio, Tebas contra Platea, ya referido. Los largos años fuera de Atenas le hacen perder información y, peor todavía, intuición. Al parecer, nunca se recuperó del golpe moral, mucho más cerca de la actitud de Ovidio sobre la patria perdida, allá en el *orbis ultimus*, que del espíritu sosegado de Plutarco, dispuesto a contemplar el sol y la luna desde cualquier rincón¹⁸. Se siente inspirado al escribir sobre la guerra. Miles de lectores han leído con perplejidad su comentario en I, 1: antes de los acontecimientos que aquí nos ocupan, ¡no había ocurrido nada importante! Así comienzan el epígrafe y el libro primero: Tucídides "relató la guerra entre los peloponesios y los atenienses describiendo como lucharon unos contra otros, y se puso a ello apenas fue declarada por considerar que iba a ser grande y más famosa que todas las anteriores". Y así concluye el párrafo: "los sucesos anteriores a éstos, y los aún más antiguos, me resultó imposible en verdad conocerlos exactamente debido al largo tiempo transcurrido; pero (...) no creo que fueran de gran importancia ni en cuanto a las guerras ni en cuanto a lo demás".

Así pues, Tucídides era un patriota ateniense. Aunque admira a Esparta, está muy lejos de ser un traidor, como le reprocharon con malicia. Como buen oligarca, muestras simpatías por la forma de gobierno del bando enemigo, pero nunca deja de luchar por el suyo. El choque de arquetipos sirve de pretexto para justificar el gusto por el debate de los clásicos y los contemporáneos: Atenas es la *polis* marítima, comercial y democrática; Esparta, la potencia terrestre, militar y oligárquica. Heródoto fue el pionero, con los discursos de los persas a favor del gobierno de uno (a cargo de Darío), de varios (como defiende Megabixo) o de "todos" (mantenido por Ótanes). Luego vienen muchos más hasta llegar a la clasificación canónica de gobiernos puros y corruptos, con tres variedades cada uno. Pese a las discrepancias, la búsqueda de la verdad por medio del debate impregna todas las referencias de Tucí-

¹⁸ Sobre psicología del exilio, Claudio GUILLÉN, *El sol de los desterrados*, Quaderns Crema, Barcelona, 1995.

dides. También del propio Homero: las asambleas de dioses o de guerreros buscan esa verdad a través de argumentos racionales y no apelando a la autoridad. Por eso nuestro autor recuerda el amor de los griegos por la elocuencia, por ejemplo en Cleón (críticamente, VII, 40) o el uso frecuente de antítesis, paradojas y otras figuras retóricas.

Atenas se concibe como forma del Espíritu, una manera de entender la vida: equilibrio frente a las pasiones; trabajo duro y rechazo de la desidia; austeridad ajena a los lujos; “escuela de Grecia”, según la *Ora-ción fúnebre*. Es proverbial su amor a la libertad y el gusto por el arte, aunque presta poca atención (al menos en esa época) a la Filosofía: “vine a Atenas y nadie me reconoce”, se lamenta Demócrito (fragmento 116). El complejo de superioridad es notorio. Como hegemon, fue objeto de muchas y merecidas críticas por su prepotencia. Ejemplos en Tucídides: los corintios, a causa de los hechos de Corcira (I, 44 y 45) y Potidea (I, 66). A veces, los propios atenienses dejan entrever su soberbia, como los embajadores improvisados (pues no era ese el objeto de su embajada) ante Esparta (I, 72-78) o el mismo Pericles en todos sus discursos. Ese pecado capital le costó muy caro. Escribe lord Acton que la Constitución de Atenas “recorrió el ciclo de la infancia a la decrepitud a una velocidad sin igual”¹⁹. Algo parecido concluye Oakeshott: “extraordinarios poderes, demasiado orgullo, abundantes riquezas o buena fortuna, todo ello es ajeno a la condición humana y suele ser seguido por la catástrofe”²⁰. Aunque el Imperio se presenta como un proyecto noble, heredado de los antepasados, una forma de cultura que nada tiene que ver con el afán de conquistas y riquezas, la realidad era mucho más prosaica. En cuanto las cosas se tuercen, los atenienses pierden el respeto “a los dioses y a las leyes” y buscan disfrutar sin medida de los placeres inmediatos. Esa es la peor consecuencia de la peste, que Tucídides describe con tintes sombríos (II, 53).

El secreto de Atenas es su forma de gobierno: lejos de reprimir la excelencia, favorece a los mejores en una síntesis espléndida de democracia política y aristocracia moral. De hecho, la ciudad alcanza el liderazgo cuando establece una *politeia* moderada, a partir de las reformas

¹⁹ Lord ACTON, *Ensayos sobre la libertad y el poder* (1948); en español, Unión Editorial, Madrid, 1999, edición a cargo de Paloma de la Nuez, cap. 2. Después de Pericles, afirma, el arte de la política se inclinó ante el poder del dinero o del número (pág. 65 y sigs.).

²⁰ Michael OAKESHOTT, *Lecciones de Historia del Pensamiento Político* (2006), donde se recogen sus clases en la London School. En español, Unión Editorial, Madrid, 2012, pág. 80.

de Solón y Clístenes, y se deshace entonces de los tiranos²¹. La base social se refuerza con Temístocles (otro aristócrata), defensor del poderío naval y artífice de la flota victoriosa en Salamina. De ahí surge una clase nueva de hombres libres, dependientes de lo público para su sueldo y equipo militar, a diferencia de los hoplitas, dueños de sus armas y monturas. Atenas se transforma así en una talasocracia. Esta tesis, cuyo origen se remonta al Pseudojenofonte, llamado el Viejo Oligarca, mantiene su vigencia durante siglos²². Ofrece una versión positiva: el mar promueve el espíritu de aventura mientras que la tierra se aferra a conservar lo existente. También hay un aspecto negativo: proliferan los malos modales, el lenguaje vulgar, los comportamientos plebeyos que irritan a los aristócratas. Aristófanes los denuncia con crueldad en sus comedias. Hay quien lleva más lejos la explicación sociológica de la guerra: a la *eclesía*, dicen, solo asisten los radicales y adoptan medidas demagógicas en ausencia de los oligarcas. El criterio es muy discutible, prueba de cierta ceguera ideológica que nubla la facultad de comprensión. No es el caso de nuestro Pseudojenofonte. Desde el principio deja las cosas muy claras: yo no apruebo una forma de gobierno que sitúa a los peores por encima de los mejores; pero una vez establecida es lógico otorgar al pueblo la primacía política por ser quien impulsa las naves y da fuerza a la ciudad. Es justo, por ello, que tenga acceso a todas las magistraturas.

Incluso en este ámbito Atenas se siente superior, capaz de sumar la Virtud con el Comercio, si utilizamos los conceptos que nos sirven de guión. Tucídides, por supuesto, se apunta al panegírico: mientras los bárbaros y los otros griegos siguen portando armas en la vida diaria, los atenienses fueron los primeros que “llegaron a una mayor suavidad de costumbres” (I, 6). No falta el providencialismo: “ciudad de los dioses”, dice Píndaro; culto a la diosa Atenea; uso político del arte (Partenón) y de los artistas (Fidias). En todo caso, la democracia no sale bien parada en las reflexiones de Tucídides (IV, 28 ó VII, 8, por ejemplo). Parece más

²¹ Observa C.M. BOWRA, *La Atenas de Pericles* (1970); trad. esp. Alianza, Madrid, 1983, pág. 23, que la democracia ateniense conservó siempre un estilo aristocrático. La experiencia como profesor me permite avalar la utilidad del libro de Bowra como primera aproximación a la época. También sirven los de B. Knauss o el propio Rodríguez Adrados.

²² El texto, bajo el título de *La República de los atenienses*, está publicado en edición bilingüe por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971, a cargo de M. Cardenal de Iracheta y M. Fernández Galiano. Un amplio estudio sobre el autor anónimo en J. BORDES, *Politeia dans le pensèe grecque jusqu'à Aristote*, Les Belles Lettres, París, 1982.

bien inclinarse por una moderada combinación entre los “pocos” y los “muchos”, acaso un anticipo de Aristóteles. Pero, a la hora de la verdad, desprecia al partido de los oligarcas: el otro Tucídides, hijo de Melesias, jefe del partido proespartano, no aparece ni una sola vez en la *Historia*... En cambio, Pericles luce como un verdadero héroe. Nuestro autor comparte, y probablemente mejora, la *Oración fúnebre* que magnifica las cualidades de la ciudad: obediencia a las leyes; amor por la belleza sin excesos de mal gusto; protección hacia los necesitados. Es, en fin, “un permanente deseo de gloria y honor que ha de permanecer en la memoria de los hombres” (I, 64). ¿Bajo qué régimen político? No podemos olvidar que la pieza clave en el discurso es una convicción firme a favor del gobierno *político*: “su nombre es democracia” (II, 37). Los redactores del (sedicente) proyecto de Constitución europea eliminaron del preámbulo a última hora la referencia a Pericles, tal vez para evitar una mención expresa al cristianismo. Cometieron un grave error: la tecnocracia más eficiente nunca puede competir con el proceso de la civilización en el terreno decisivo de la legitimidad.

La democracia de ágora exige la participación del *demos* en la Asamblea, en el sorteo y en la rotación de cargos, fiel reflejo de una profunda desconfianza hacia los profesionales de la política²³. Según los partidarios de la democracia *fuerte*, el sorteo es el único procedimiento impecablemente democrático, copiando así a Aristóteles (en *Política*, VI, 2, 1315 a), aunque muchos no lo digan o no lo sepan. La propuesta es tan extravagante hoy día que los defensores del modelo republicano suelen encontrar una excusa para eludir la cuestión. Deberían recordar también que el sorteo estaba sujeto a requisitos que alteran su carácter neutral: así, era obligado manifestar la voluntad de ser incluido en la *klerosteria*, una especie de bombo de la lotería, y siempre se apuntaban los mismos. Además, el clásico Fustel de Coulanges llama la atención sobre la naturaleza religiosa del sorteo como revelación de la voluntad divina. Lo principal es, como se dijo, que el cargo decisivo de *estrategós* no estaba sujeto a ese procedimiento (casi) aleatorio: lo elegía la Asamblea, sin límites temporales para la reelección. De hecho, Pericles lo ejerció durante más de veinte años y, ya en el siglo IV, Foción ocupó el cargo durante ¡45 años!

²³ Un buen enfoque en Cynthia FARRAR, *The Origins of Democratic Thinking. The Invention of Politics in classical Athens*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

La *polis* se concibe como una comunidad cuyo fundamento es la *filía*. La condición humana es genuinamente política, una ciencia “arquitectónica” —decía Aristóteles— mediante la cual se construye una segunda naturaleza. No hay vida personal al margen de la ciudad, porque el ser humano solo existe en tanto que *polítés*. De ahí el daño irreparable que causan las sectas y facciones, reflejo de una mera *doxa* que representa intereses turbios y no permite al hombre actuar como ciudadano ejemplar. Una vez más, el ideal choca con la realidad: los partidos existen, las opiniones discrepan, los intereses entran en conflicto. Atenas es una ciudad abierta y compleja, cuyas dimensiones hacen imposible aplicar la teoría clásica sobre la vida comunitaria. Allí se yuxtaponen ciudadanos de diversas clases, *metecos* ricos e influyentes y esclavos de diferente condición. Trescientos mil habitantes cuenta durante su apogeo como potencia hegemónica. Imposible practicar la *filía*. Viven juntos, pero *no conviven*. He aquí el drama de la gran Atenas.

En rigor, Tucídides acepta las consecuencias de la democracia, pero no comparte sus principios. La apoteosis de la *doxa*, propia de los sofistas, nunca le llegó a convencer. Al fin y al cabo, si “el hombre es la medida de todas las cosas”, Protágoras y los suyos pueden justificar el éxito social del nuevo intelectual. En parte lo consiguen: hospedar y mantener a un sofista pasó a ser una moda social. Pero la corrupción de esa *politeia* tenía que llegar sin remedio, como es propio de la concepción cíclica de la Historia. Llegó muy pronto, quizá demasiado. El mismo Píndaro que tantos elogios repartía termina por emplear esta metáfora cruel: el alado Pegaso descabalgó a su dueño Belerofonte cuando pretendió ascender a las moradas del cielo... ¿Tuvo la culpa Pericles? Arrogante y de modales altaneros, rodeado de dignidades y halagado por los suyos, “guiaba al pueblo en vez de dejarse guiar por él” (II, 65). Llevó al límite la democracia. Aumentó la remuneración por participar en la vida pública. Favoreció a los negociantes de El Pireo sobre la aristocracia agraria. Obligó a abandonar las tierras vulnerables y provocó la degradación de la ciudad por el exceso de refugiados. Le acusan de malversar dinero público, se burlan de su amante, le reprochan el exceso de fiestas y diversiones... Plutarco lo cuenta con cierto detalle. Hacia el exterior, defendió siempre sin complejos la hegemonía ateniense, sometió a los aliados, incluso en materia monetaria y jurisdiccional. La liga de Delos fue un mero instrumento del Imperio. En todo caso, a juicio de Tucídides, fue un líder sabio y prudente, patriota y

popular. Su muerte por causa de la peste tuvo una influencia determinante en la derrota ateniense. Aristófanes, siempre irónico, le llama “Zeus de Atenas”. He aquí los elogios que le tributa Hegel, nada menos: “El político más grande de la Edad antigua y moderna, verdadero carácter plástico (...) No podemos menos de rendirle la más alta admiración. Dominó con el poder de la palabra y con la prudencia de la conducta sobre el más culto y ligero de los pueblos...”²⁴.

A propósito del excelente libro de Elisabeth Rawson, citado *ut supra*, ya hemos comentado que Esparta goza de un excelente elenco de propagandistas. La Virtud cívica de los espartanos ha convencido a conservadores y progresistas, incluso a espectadores de alguna película sobre Leónidas de difusión universal. Nadie consulta a *periecos* e *ilotas* sobre el trato recibido por parte de sus opresores. Tucídides, una vez más, se muestra ambiguo. Admira su “buen gobierno”, éforos incluidos, y elogia su disposición para ponerse al frente de los griegos en las Guerras Médicas. Alaba las virtudes guerreras, la frugalidad, la obediencia y el valor en el campo de batalla. También su habilidad, al contrario que Atenas, para tener contentos a sus aliados. Como buen realista, admira sobre todo su *éxito*. En rigor, después de 404, todos hablaron con simpatía sobre el triunfo de las viejas virtudes transmitidas por la ruda educación lacedemonia frente a la corrupción de las costumbres atenienses. Sin embargo, al igual que un siglo antes, Esparta defraudó las expectativas de ejercer como hegemon de la Hélade. Recuértese que en 479 Pausanias se pasó a los persas y acabó de forma trágica tras ser derrotado por la entonces naciente y pujante liga de Delos. Y sin embargo, muchos siglos después, la encantadora madame Roland de la Platière lloraba en los salones de París por no haber nacido romana o espartana, pero no quería ser compatriota de Pericles. O también aquel padre que describe Flaubert en su novela magistral, cuyo ideal era formar a su hijo en la virilidad de Esparta. Al parecer, eso se concretaba en “acostarse en una cama sin calentar”, “beber grandes tragos de ron” y, sorprendentemente, en “hacer burla de las procesiones”. Con escaso éxito, dicho sea de paso, ya que, “de naturaleza apacible, el niño respondía mal a los esfuerzos paternos”²⁵.

²⁴ G. W.F. HEGEL, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia universal* (1830); en español, en la versión muy elogiada de José Gaos, *Revista de Occidente*, Madrid, 1953, tomo II, pág. 144.

²⁵ Gustave FLAUBERT, *Madame Bovary* (1856). Cito por la versión española de Germán Palacios, Cátedra, Madrid, 1986, pág. 84.

Ya en el libro I Tucídides describe algunos rasgos peculiares del modo de ser espartano. Pioneros en practicar ejercicios físicos y usar vestidos sencillos, en frotarse con grasa y desnudarse en público (I, 6). Extremadamente pobres, de aspecto paupérrimo y desaliñado, la *polis* (más bien, un conjunto de aldeas) ofrece una imagen lamentable. El viajero actual comprende de inmediato este texto: si se des poblara la ciudad de los lacedemonios, nadie podría creer que alguna vez tuvo tanta fama y poder. Atenas, en cambio, vistos los templos y edificios públicos, sale muy favorecida de la comparación (I, 10). Alimenta también el tópico de que eran poco inteligentes. Por ejemplo, Briseidas es bueno para ser espartano (IV, 84) y su mejor orador, Arquidamo, dedica buena parte del discurso a defender a los suyos de los defectos que les achacan: incluso se atreve a decir que “somos una ciudad libre y gloriosa” (I, 84), pero el lector no queda muy convencido. Hay un episodio particularmente malévolo: cuando el embajador de los samios concluyó un largo discurso, los anfitriones replicaron que ya no se acordaban del principio y por eso no podían comprender la continuación (I, 86). Tucídides apenas menciona la naturaleza autoritaria de las instituciones, aunque destaca más de una vez la crueldad hacia los *ilotas* (IV, 80, resulta especialmente reprochable), sin que eso influya apenas en el juicio del historiador. Reconoce, eso sí, la habilidad para la propaganda, que algún comentarista atribuye al cultivo de la mentira como parte de su modelo educativo²⁶.

Sea como fuere, explica Jenofonte en su famoso opúsculo, Esparta fue el mayor poder de Grecia con una de las poblaciones más reducidas²⁷. Alguna habilidad tenían, sin duda: se mostraban herméticos hacia los extranjeros curiosos (y los expulsaban periódicamente: *xenelasia*, en II, 39), pero daban facilidades a los escritores filolaconizantes (Critias o el propio Jenofonte) y a los partidos afines a la oligarquía en otras *poleis*. Eran tenidos por gente honrada y decente; más bien tosca, pero fiable. Cultivaron el mito de su peculiar Constitución Antigua, valga el anacronismo: siempre han tenido el mismo régimen de gobierno (I, 18), libre, por cierto, de tiranos. Por supuesto, hay referencias aquí y allá al

²⁶ Anton POWELL, *Athens and Sparta. Constructing Greek Political and Social History from 478 b.C.*, Routledge, Londres y Nueva York, 1988, pág. 86 y sigs. Seguramente tiene razón este moderno laconizante cuando refuta las críticas con un argumento rotundo: durante al menos un siglo, la historia de Esparta *is largely one of Success*.

²⁷ JENOFONTE, *La república de los lacedemonios*. Versión española en el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1973, a cargo de María Rico y Manuel Fernández Galiano. Hay un extraño párrafo, probablemente interpolado, donde la admiración se torna en desprecio.

modelo educativo, casi igual para niños y niñas, al modo de un curso honorífico que recuerda sin esfuerzo las propuestas de Platón en *La República*. A Aristóteles le gustaba mucho menos: embrutecen a los jóvenes a base de trabajos duros y cuando ganan la guerra no saben disfrutar de la paz, se lee en la *Política* (II, 9 y V, 4). Y eso que la dureza no les sirve para ganar en los juegos olímpicos, porque llegan agotados después de tan penoso entrenamiento... En fin, entre la “austera sencillez” de unos y la “torpeza ridícula” de otros, la valoración del carácter espartano es cambiante, aunque los datos parecen coincidir. Los amigos lo llaman “prudencia” y los enemigos, “inutilidad”. Tal vez casi todo se explica en términos de poder: el temor a la sublevación permanente de sus proletarios internos, como los califica Toynbee, justifica tácticamente ciertas maniobras poco convincentes. Al final, ya se sabe, ganaron la Guerra aunque, por una vez, fueron los perdedores quienes escribieron la Historia. Paradojas de la política.

Lo principal, insisto, es que la *Sparta rediviva* puede rastrearse en los lugares más insospechados. Hay lacedemonios modélicos en las vidas de Plutarco: entre ellos, Agesilao, Licurgo o Lisandro. Disciplina del cuerpo y rectitud del espíritu se ponen como ejemplo en Vergerio. Incluso algún bienpensante filántropo en el XIX inglés cuenta la penosa historia de los ilotas obligados a emborracharse como profilaxis en la lucha contra el alcohol. Pero el rasgo más llamativo para la posteridad es la distribución igual de la tierra y los bienes entre los *homoioi*, modelo de lo que Sabine (o su traductor) llama exageradamente “comunismo” platónico. Bienes en común, vida comunitaria, esclavos compartidos...: la tentación parece irresistible para quienes gustan de formas de vida tribales. Cuando hablemos de Harrington en el capítulo siguiente vamos a encontrar de nuevo la querencia republicana por la ley agraria que sustenta una sociedad de iguales. También, por cierto, veremos allí algunas otras huellas de la constitución oligárquica más celebrada por los comentaristas de todos los tiempos y lugares.

3. Melos, apoteosis del realismo

El episodio de Melos enajenó a los atenienses las pocas simpatías que conservaban. La *polis* democrática era temida y odiada por sus aliados, tanto y más que por sus enemigos. Melos contribuye también a la mala fama de Tucídides como teórico del poder frío y desnudo, una

Machtpolitik que se atribuye luego a muchos dictadores, pero también se le imputa a democracias irreprochables. El historiador no podía imaginar que las críticas al “genocidio” de los melios iban a servir de adorno más o menos culto para descalificar la actuación de los Estados Unidos, el hegemon de nuestro tiempo, en Vietnam o en Irak. No fue ciertamente una hazaña gloriosa, pero el debate entre los enviados de Atenas y los gobernantes locales (más o menos simplificado) forma parte del acervo de todo estudiante de Relaciones Internacionales²⁸. Las secuelas negativas de la matanza fueron inmediatas. Poco tiempo después se representa en Atenas *Las troyanas*, donde Eurípides contempla la guerra desde el punto de vista del sufrimiento de los vencidos. El vanidoso *demos* escucha la rotunda advertencia del dramaturgo: “algún día, vosotros también moriréis”.

La interpretación de los hechos es casi unánime. Truyol, siempre ponderado, habla de un “derecho natural del más fuerte en las relaciones entre los pueblos” que provoca una “grieta” entre la moral y la política exterior²⁹. Lo más llamativo es que, fuertes o débiles, todos comparten una visión parecida. Otra vez los atenienses en Esparta: “siempre ha sido una regla que el débil estuviese sujeto al fuerte” y “las consideraciones sobre la justicia nunca hicieron desistir a un pueblo que tenga fuerza superior” (I, 76). Los enemigos acusan al hegemon de prepotencia. Así, ya en el primer libro lo hacen los corintios a propósito de los hechos de Corcira (I, 44 y I, 55) y Potidea (I, 66). El ejercicio del poder es un fenómeno natural y no es culpa de la maldad del poderoso. Eso sí, parece que tras cada exhibición de fuerza sobreviene un fracaso militar: después de Melos tiene lugar el desastre de Sicilia. La mentalidad imperialista subsiste en Atenas mucho tiempo después de perder la guerra, como reflejan los discursos de Isócrates. Pero el signo de los tiempos jugaba ya en contra de la pasión por conquistar territorios que la ciudad “siempre en movimiento” nunca logró superar. “No hay poder en el mundo que nos pueda impedir navegar donde queramos”, dice Pericles (II, 62). Otra vez los corintios, con gran agudeza: esas gentes

²⁸ Por todos, Lowell S. GUSTAFSON (ed.), *Thucydides' Theory of International Relations. A lasting possession*, Louisiana State University, Baton Rouge, 2000.

²⁹ Antonio TRUYOL Y SERRA, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, tomo I. Cito por la edición de Revista de Occidente, Madrid, 1970, pág. 138. Como excepción, Clifford ORWIN, *The Humanity of Thucydides*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1994, percibe cierto moralismo en nuestro autor. El caso de Melos se discute ampliamente en pág. 97 y sigs.

son incapaces de vivir una vida tranquila y de dejarla vivir a los demás (I, 70). Al final, los griegos cayeron todos juntos, sometidos primero a Alejandro el macedonio, después a Roma.

¿Qué sucedió en Melos? Hablamos de una isla que cuenta apenas 160 kilómetros cuadrados, al suroeste de las Cícladas, habitada por un pueblo de origen peloponesio y proclive, por ello, a la alianza con Esparta, aunque en esa época mantenía una aparente neutralidad. En 416 se presenta allí una flota ateniense y les conmina a la rendición. Tucídides, la única fuente escrita, ofrece como de costumbre una descripción detallada (V, 84): integran la flota treinta naves propias, seis de Quíos y dos de Lesbos, con mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros de a pie y veinte de a caballo, todos atenienses, así como otros mil quinientos de sus aliados. Al frente están los estrategas Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco. Es una fuerza formidable, si consideramos que Melos (Milo cuando hablamos de la Venus del Louvre) cuenta hoy día poco más de ocho mil habitantes.

Los embajadores atenienses son recibidos por los magistrados locales y plantean ante todo una significativa cuestión de orden: reprochan a los melios que el debate no tenga lugar ante la Asamblea, sino ante un comité de notables, y lo atribuyen a que la mayoría de los ciudadanos sería más sensible a sus pretensiones. Pactan a continuación la forma de diálogo, caso único —como sabemos— en la *Historia...* Tucídides da la palabra alternativamente a unos y otros, sin especificar el nombre de los intervinientes (V, 87-113). Los atenienses hablan sin tapujos: no venimos a pronunciar discursos llenos de hermosas palabras, ni vamos a apelar a nuestra legitimidad histórica o presente. Atengámonos a los hechos, sabiendo que “la justicia prevalece en la raza humana en circunstancias de igualdad y que los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden ante ellos”. Es tal vez la formulación más rotunda del naturalismo político. Es muy llamativo que los melios sean igualmente realistas: si resistimos, nos espera la guerra; si nos entregamos, la esclavitud. A partir de ahí, admiten que la cuestión no se plantea en términos de justicia, sino de conveniencia. El terreno dialéctico queda despejado.

Primer argumento utilitario: vosotros, atenienses, seréis algún día derrotados y sometidos a un castigo terrible, luego también os conviene sentar precedentes sobre el bien común. La respuesta, contundente: no os preocupéis por Atenas; ya veremos si alguien nos llega a vencer; “dejadnos correr este peligro”.

Segundo, con un cambio de rumbo: ¿Qué provecho vamos a obtener si nos convertimos en esclavos? Para quien habla en nombre del más fuerte, está muy clara la ventaja: mejor ser vasallos que sufrir la aniquilación.

Tercero, por razones tácticas. Los melios apelan a que su neutralidad ofrece al poderoso garantías suficientes. Merece la pena transcribir la respuesta literal, cruda lección de realismo político: "... vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad, que para nuestros vasallos es un signo manifiesto de debilidad, mientras que vuestro odio lo es de nuestro poder". Peor todavía: Melos es una *polis* insignificante y, si no la conquistamos, otras ciudades pueden oponer resistencia al poder de Atenas.

Cuarto, con cierto sabor a teoría de los juegos. Mirad vuestro propio interés, dicen los sitiados. Si acabáis con Melos, los neutrales se convertirán en enemigos, porque sabrán que nada pueden esperar de un hegemon implacable. Con ello, la gran beneficiada será Esparta, vuestro enemigo. Busquemos, pues, una solución en provecho común. Tampoco hay respuesta positiva, sino el recordatorio de lo ya sabido: dominamos el mar, luego queremos ser dueños de la isla.

Quinto, con un leve apunte de dignidad. Sería una gran bajeza y cobardía por nuestra parte no hacer todo lo posible antes de ser esclavizados. Otra vez la ley eterna del poder: esto no es un certamen para debatir sobre el honor y el deshonor; por eso, lo único inteligente es "no hacer frente a quienes son mucho más fuertes".

Sexto, casi a la desesperada. Tal vez, aunque inferiores, nos queda cierta posibilidad de resistir. Allá vosotros, observan los invasores: las esperanzas sin fundamento producen grandes estragos y peor todavía si os amparais en oráculos y otras ilusiones falsas.

Séptimo, apelando de nuevo a la moral. "Somos hombres justos que se oponen a otros injustos", así que la divinidad pondrá la fortuna de nuestro lado. He aquí el argumento contundente, una especie de resumen de todo el libro: "Creemos en los dioses y sabemos que los hombres imperan siempre en virtud de su inmutable naturaleza sobre aquellos a quienes superan en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros, sino que la aplicamos habiéndola encontrado ya existente...". En conclusión: "vosotros y cualquier otro que adquiriese nuestro poder haría lo mismo".

Octava, más pragmática. Los lacedemonios vendrán en nuestra ayuda, por lazos de sangre y de honor. Casi resuenan las carcajadas ate-

nienses: ellos son muy dignos en lo que afecta a sí mismos y a sus tradiciones patrias, pero acerca de cómo se portan con los demás... “se podría hablar mucho”. Por otra parte, los espartanos no son precisamente osados para afrontar el peligro y saben bien que nosotros somos dueños del mar.

Se acaban los argumentos y solo los atenienses proceden a extraer conclusiones. Una muy concreta: en esta larga conversación no habéis dado ni una sola razón que nos inspire confianza. Otra, de alcance general: “todos los pueblos que conocemos consideran honrosas las cosas que les agradan y justas las que les convienen”. Con una advertencia final: “no juzguéis deshonroso ceder ante la ciudad más poderosa cuando os hace una petición moderada”; a saber, convertiros en aliados, pagando un tributo. Incluso el orador extrae una moraleja digna de un tratado sobre prudencia política: lo mejor es ser “razonable” ante los más fuertes, “no ceder” ante los iguales y ser “moderado” ante los menos poderosos.

A partir de ahí, Tucídides recupera su estilo notarial y toma nota de los hechos. “Intentaremos salvarnos”, dicen los melios. “Seréis derrotados”, aseguran los atenienses. El grueso de la escuadra vuelve a Atenas, pero un número suficiente de guerreros pone sitio a la ciudad. La resistencia ofrece algunos resultados. Una noche, los defensores matan a varios atacantes y consiguen introducir trigo y otras cosas útiles para los sitiados. Lección aprendida: “los atenienses en adelante dispusieron mejor la guardia”. Acaba el verano y en el invierno siguiente los melios repiten la operación. Se agotó la paciencia. Llegan refuerzos de Atenas al mando de Filócrates, hijo de Demeas: el cerco se estrecha, surgen las traiciones internas y, al fin, la capitulación.

El libro V concluye así: “Y los atenienses ejecutaron a todos los melios en edad viril que cayeron en sus manos, redujeron a la esclavitud a los niños y mujeres (...) y enviando seguidamente quinientos colonos, poblaron la ciudad” (V, 116).

El episodio de Melos ofrece una prueba inequívoca de la visión griega sobre las relaciones exteriores, puesto que la comunidad lingüística y cultural era insuficiente para establecer lazos de convivencia política. Así, este famoso diálogo es una fórmula todavía poco refinada de realismo a escala internacional, próximo a la teoría de sofistas como Trasímaco y antecedente reconocido de autores del siglo XX como Hans Morgenthau o George Schwartzberg. Tucídides sitúa el fenómeno del poder en el terreno de la *fisis* y no del *nomos*. Coincide, según

lo dicho, con el sofista citado: no hay otro derecho que la ley del más fuerte. Pero la maldición de Caliclés, su oponente en el diálogo platónico, siempre está presente: los débiles ganan la batalla de las ideas. El coste de imagen fue demoledor para la causa ateniense. Merecidamente, sin duda, porque la política de poder no es sostenible si carece de fundamentos morales. Sin embargo, el asunto puede contemplarse desde distintos ángulos. Es verdad que los griegos nunca se sintieron miembros de una misma nación. Pero también lo es que celebraron todo tipo de tratados, alianzas y arbitrajes. Sabían resolver los problemas externos con las mismas armas de negociación y compromiso utilizadas en la vida política en sentido estricto. El futuro *ius gentium*, creado en Roma a través de la jurisprudencia del pretor peregrino, es un producto de la *Stoa*, ya que para ponerlo en práctica es necesario reconocer un substrato moral común a todo el género humano que aportaron estoicos y cristianos en el ocaso de la Antigüedad clásica.

La *hybris* fue responsable del desastre de Atenas, que lo tenía todo a su favor para servir de modelo a las otras *poleis*. Soberbia es el pecado que ciega a los humanos y les conduce a la perdición. Veamos a los grandes autores de tragedias, fuente insuperable para entender la mentalidad de nuestros protagonistas. Primero, Esquilo. En *Los siete contra Tebas*, Polinices se atreve a llevar en su escudo la sagrada imagen de *diké* y Tideo ostenta como armas la luna y las estrellas. Así pues, se apropian de lo común y lo utilizan ellos solos, síntoma inequívoco del abuso de poder. En *Agamenón*, Clitemnestra muestra su desprecio por los “ladridos” del coro y clama ante Egisto: “a ti y a mí nos corresponde mandar”. Lo mismo denuncia Sófocles en el diálogo celeberrimo entre Antígona y Creonte sobre ley natural y positiva y en otros textos que demuestran el infinito desapego del tirano hacia la doctrina sobre los límites del poder. En cuanto a Eurípides, el debate entre Yocasta, defensora dignísima del antiguo ideal político, y su hijo Eteocles es fiel reflejo de una forma *implacable* de plantear la relación entre mando y obediencia. Veamos este texto de *Las fenicias*³⁰.

“Yo, madre, lo digo francamente, me abriría paso hasta donde nacen el sol y las estrellas, y si fuera posible hasta las entrañas de

³⁰ Eurípides, *Las fenicias*. Hay una buena edición española, a cargo de Juan M. Labiano, Cátedra, Madrid, 2005 (en Tragedias, III), si bien tomo la traducción del libro de von Hippel que se cita en la nota siguiente.

la tierra, para ir a arrebatarles el imperio de los dioses. No quisiera, madre, abandonar a nadie ese tesoro que anhelo para mí mismo. No hay hombre alguno que se contente con lo más pequeño, renunciando a lo mayor”.

Esquilo combatió en los tiempos gloriosos de Maratón y Salamina. En cambio, Eurípides murió lejos de Atenas poco antes del final de la guerra. Así transcurre el apasionante “siglo” de Pericles, calificado con la misma exageración cronológica que utilizaron los ilustrados para hablar del “siglo” de Luis XIV. La *polis* fue víctima de la desmesura también en el terreno intangible de las ideas. El tiempo de la moderación llegará un poco más tarde. Ya lo apuntaba el último de los grandes trágicos al elogiar las virtudes de la clase media frente a los ricos holgazanes y los pobres codiciosos. Se busca así una alternativa honrosa ante los excesos derivados de la intransigencia. Un estudioso casi olvidado lo resume con acierto: “con lo cual quedaba ya apuntada la idea de lo justo como el término medio entre lo poco y lo excesivo, que va luego a proseguir Aristóteles con escrupulosidad científica”³¹.

Tucídides contempla el debate desde su fría objetividad: los hechos siempre le dan la razón al margen de preferencias subjetivas. El poder es un fenómeno natural y no puede cambiar. Igual que el Maquiavelo de *El Príncipe*, Tucídides cuenta lo que ve. A diferencia del florentino, nunca escribió los *Discorsi* para decir qué le gusta de verdad en la intimidad de su conciencia. Pero una sociedad madura tiene que aprender a mirar de frente y no debe esquivar la verdad. No hay excusa para seguir atados al fondo de la caverna, confundiendo a propósito la realidad con las sombras.

³¹ Ernst VON HIPPEL, *Historia de la Filosofía Política* (1955); en español, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962, tomo I, pág. 118.

**VI. HARRINGTON O
EL IDEALISMO ESTÉRIL**

1. Utopía no es política

De cuando en cuando, la Ciudad de las Ideas renueva selectivamente y con máxima prudencia su censo de población. Unos cuantos autores ingresan en el canon y otros pocos salen, aunque sea por simple desuso. Harrington llevaba tiempo aspirando a subir algún peldaño en las gradas platónicas y por fin lo ha conseguido. El autor de *Océana* no es un pensador a la altura de Hobbes o de Locke, las grandes referencias del XVII inglés, pero es un clásico menor muy estimable. Ahora está de moda gracias a la escuela de Cambridge, por delante de Milton o de Sidney, mucho más estudiados por la doctrina clásica. Aquí lo utilizamos como contrapunto del realismo implacable de Tucídides, bajo el epígrafe de idealismo “estéril”. En efecto, el idealismo *político* no existe, porque la política desconoce la utopía o la ucronía: es una planta que arraiga en la selva y se pone mustia en el invernadero. Naturalmente, había otros candidatos para servir de contraste con el autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Sin salir de la primera Modernidad, pudo ser santo Tomás Moro o también Francis Bacon o Tomasso Campanella y otros escritores renacentistas o barrocos. Tal vez en el siglo XX podríamos acudir a pensadores/activistas marginales pero interesantes, como Henry David Thoreau. No obstante, la opción elegida nos permite recuperar el debate entre Comercio y Virtud, de modo que volvemos a los tiempos de Cromwell y los Estuardo en una Inglaterra que inicia el despegue hacia el liderazgo universal.

James Harrington (1611-1677) publicó en 1656 *The Commonwealth of Oceana*, una utopía racionalista y a ratos absurda¹. Es probable que al texto le falten una segunda y ulteriores lecturas para pulir el estilo, quizá

¹ La mejor edición, junto con *A System of Politics*, a cargo de J.G.A. Pocock, Cambridge University Press, Cambridge, 1992. El mismo autor y en la misma editorial había publicado en 1977 *The Political Works* de Harrington. Hay dos buenas versiones en español. La primera, *La República de Océana*, a cargo de E. Díez-Canedo, Fondo de Cultura Económica, México, 1987. La más actual, de Andrés de Francisco, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2014, con epílogo de Judith Skhlar. Esta última incluye también *Un sistema de política*.

por culpa de las turbulentas andanzas del autor en el terreno personal y político. Harrington escribió varias obras menores, mucho menos relevantes: *A System of Politics*, *Aphorisms Political*, *The Art of Lawgiving*, *Valerius and Publicola* y otros folletos. El género utópico no suele gustar a sus contemporáneos. Aunque la obra de Harrington es posterior (y por tanto no cabe suponer que hay alusiones), es muy significativa la opinión de John Milton, mucho antes de recrear el paraíso perdido. *Areopagítica* (1644) es un libro clave en muchos aspectos y no solo, como todos le reconocen, por su defensa aguda y brillante de la libertad de expresión. Escribe Milton: “Escapar fuera del mundo hacia sistemas políticos utópicos o atlantes, que nunca podrán ser puestos en práctica, no reparará nuestra condición; en cambio, sí lo hará una ordenación sabia de este mundo de maldad en el que Dios nos ha situado inevitablemente”². Como es notorio, la acusación se dirige contra escritores consagrados como los citados More (*Utopía*, 1516) o Bacon (*Nueva Atlántida*, 1627) que pretenden en efecto escapar de este *world of evil* al cual estamos *inevitablemente* constreñidos.

En sentido estricto, *utopía* significa “no lugar”. Por tanto, puramente imaginario. Si se conjuga con *ucronía*, nos sitúa también al margen del tiempo. Ya hemos dicho que no existe semejante cosa, pero lo cierto es que el pensamiento utópico llena varios volúmenes de sesudos tratados³. Como la utopía en sentido fuerte es *impolítica*, resulta que esos sedicentes “no lugares” son fácilmente reconocibles. La *polis* ideal de Platón en *Las leyes* se parece sospechosamente a Esparta, acaso estilizada y mejorada. Por buscar ejemplos más recientes, los extravagantes “falansterios” de Charles Fourier tienen una sede física en las tierras vírgenes del continente americano. En el caso que nos ocupa, Océana es manifiestamente Inglaterra, con sus vecinos: Escocia (Marsepia), a la que Harrington trata con respeto (“populosa y fuerte nación”), e Irlanda (Panopea), de la que hace burla como buen protestante radical: “pueblo perezoso y pusilánime”. Pero hay otra forma de definir lo utópico sin necesidad de inventar lo que no existe. Muchos autores lo conciben como modelo alternativo orientado hacia un futuro mejor,

² John MILTON, *Areopagítica* (1644). Una buena versión, bilingüe en inglés y español, a cargo de Joan Curbet, con prólogo de Marc Carrillo, Tecnos, Madrid, 2012. La cita en pág. 89.

³ El estudio más completo sigue siendo el de F.E. MANUEL y F. MANUEL, *El pensamiento utópico en el mundo occidental* (1979); en español, Taurus, Madrid, 3 vols. 1984. Para la época de Harrington, véase J.C. DAVIES, *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa* (1981); trad. esp. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

objetivo irrenunciable del ser humano que proyecta sueños y esperanzas para combatir la imperfección constitutiva del presente. En este sentido, “utopías” fueron en su momento la integración europea o la democracia española, felizmente cumplidas la una y la otra. Mejorables también, sin duda.... Como lo fueron, y lo siguen siendo, una paz justa entre Israel y los palestinos o un desarrollo razonable en el África negra. En lo que ahora nos importa: el *futuro* deviene imperfecto en cuanto adquiere la condición ontológica de *presente*. Mientras tanto, actúa como depósito de expectativas cuyo destino natural es verse (parcialmente) frustradas. Sin embargo, tenemos que mantener vivas y activas las ilusiones por exigencia imperiosa de la dignidad humana y de nuestra propia estima. Por fortuna, somos así.

Según la conocida tesis de Pocock, *Océana* supone una “revisión capital” del pensamiento político inglés desde el punto de vista del humanismo cívico. Así pues, estamos en el núcleo de la incorporación al mundo anglosajón del republicanismo maquiaveliano⁴. Su gran enemigo no es el absolutismo al modo continental, que apenas le preocupa, sino Thomas Hobbes, por un lado, y la *Ancient Constitution* con sus reminiscencias aristocráticas, por otro. Y ello a pesar de que la nueva doctrina aparece envuelta en una defensa de *the good Old Cause*. Estamos, una vez más, ante los misterios del lenguaje político. Esa buena causa es mantenida por un ejército de ciudadanos/soldados/proprietarios que se alza contra las pretensiones autoritarias del lord Protector. En la realidad, todo se vino abajo cuando desapareció el “líder imprescindible”, como lo llama lord Acton, cuyo pecado mayor define con precisión el historiador católico y liberal: “no hay nada más peligroso e inmoral que santificar el éxito”⁵. Una vez más, política, milicia y economía se mueven en la misma dirección, como ya demostró el Pseudojeonofonte mencionado en el capítulo anterior. En fin, concluye Pocock: con Harrington, “el Inglés de Dios era ahora un *zoón politikón* en razón a su espada y a su libre propiedad”. Dejamos simplemente apuntada

⁴ J.G.A. POCOCK, *op. cit.*, pág. 469 y sigs. La siguiente cita en pág. 472. Algunos estudiosos anteriores, como los muy conocidos Harold Laski o R. H. Tawney, apenas prestan atención a esa faceta. Incluso Macpherson identifica a nuestro autor con posiciones liberales. Entre nosotros, destaca la monografía pionera de Pablo BADILLO O'FARRELL, *La filosofía político-jurídica de James Harrington*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977.

⁵ LORD ACTON, *op. cit.*, pág. 164. Entre las innumerables biografías del dictador, la mejor es la de Hilaire BELLOC, *Cromwell* (1931); trad. esp. Ed. Juventud, Barcelona, 1943. Otra muy difundida: Antonia FRASER, *Cromwell. Our chief of men*, Phoenix, Londres, 2002.

una reflexión para el siglo XXI: como la supresión del servicio militar obligatorio es una medida popular, todo el mundo prefiere ignorar las doctrinas clásicas sobre la milicia cívica y la nación en armas. Por el contrario, el ejército profesional, ahora fuera de discusión, es la expresión más acabada de la visión liberal fundada sobre el Comercio y no sobre la Virtud.

Volvamos a nuestro autor. Quienes disponen de su espada pueden defender (eso sí, comunitariamente) la propiedad territorial. Hablamos, pues, de una democracia (en rigor: oligarquía) de pequeños o medianos propietarios agrícolas en términos de relativa igualdad. Bastarían, según su criterio, unos cinco mil propietarios para dar solidez al gobierno republicano. Los demás habitantes de la isla tendrán que conformarse con la servidumbre. Acudamos a los ancestros: Moisés, Licurgo y Solón, el mismo Rómulo, son los inspiradores del modelo. He aquí una defensa de la república con argumentos económicos más que jurídicos, sin perjuicio de la panoplia habitual de referencias históricas. El ideal sería una república de *landholding farmers*, capaces en teoría de adquirir y transmitir el dominio, ya sea *inter vivos* o *mortis causa*, aunque lo que propone nuestro autor es una autarquía sujeta a rígidas limitaciones. Con ello disfrutaban también de las condiciones apropiadas para ejercer su función cívica: en especial, formar parte de las asambleas para determinar la orientación de los asuntos públicos⁶. El contraste con Hobbes se plantea más en los medios que en los fines. En el hobbesiano estado de naturaleza, el dueño de la tierra no puede disfrutar de las facultades inherentes a un título que nadie le reconoce porque no existe ley positiva. Por ello, su egoísmo racional le mueve hacia el pacto social cuyo objeto es encargar al potente leviatán que proteja con energía el dominio y los demás derechos reales. Para Harrington, la mejor defensa la proporciona una especie de cooperativa agrícola capaz de hacer uso en común de las armas a diferencia de los pioneros liberales al otro lado del Atlántico, dispuestos a disparar individualmente su rifle contra cualquiera que ponga en riesgo lo suyo. En todo caso, concluye, el ejército de ciudadanos será muy superior a las bandas realistas plagadas de mercenarios extranjeros. Maquiavelo sonríe complacido, cómo no.

El autor de *Océana* fue, como apuntamos, un personaje de rasgos contradictorios. De familia relevante, era buen amigo del desdichado

⁶ Un análisis muy acertado sobre estas cuestiones en Alan RYAN, *Property and Political Theory*, B. Blackwell, Oxford, 1984, cap. 4.

Carlos I, pero dedicó el libro a Cromwell (en la ficción: Olphaus Megaletor, nombre más bien absurdo) a quien atribuye méritos de legislador a la manera de los clásicos. Sus defensores dicen que en el fondo odiaba al dictador, pero el lector objetivo debe atenerse al texto: “A su Alteza el Lord Protector de la república de Inglaterra, Escocia e Irlanda”. Mucho peor es la conclusión, que produce cierto pudor: “Invencible en el Campo/Inviolable en su Fe/Genuino en su Celo/Inmortal en su Forma/El Mayor de los Capitanes/El Mejor de los Príncipes/El Más Feliz de los Legisladores/El Más sincero de los Cristianos”. Casi será mejor dejarlo aquí. Era un patriota, sin duda. El libro empieza así: “¡Oh, tú, el más bendito y afortunado de todos los países, Océana!”. Hacia el final de la Introducción nos deja esta frase ingeniosa: “el mar puso leyes al crecimiento de Venecia, pero el crecimiento de Océana pone leyes al mar”. Sin embargo, no le importan los navíos, los puertos o los mercaderes: ningún “código” marítimo forma parte de las leyes fundamentales de su república ideal.

Por supuesto, Harrington ama profundamente a Esparta y a cualquier otro régimen oligárquico, pero eso también se lo perdonan quienes le consideran campeón del republicanismo cívico. Distingue entre “prudencia” antigua y moderna, sin que sea fácil encontrar una traducción más adecuada para *prudence*, término equívoco donde los haya. La historia suena algo confusa: son “antiguos” la “república” (*sic*) de Israel, los griegos y los romanos; son “modernos” los germanos, con sus formas “enfermas” de gobierno introducidas por hunos, godos, vándalos, lombardos y sajones. La única excepción es Venecia, que escapó de la barbarie gracias a su posición inexpugnable. El mito de Venecia alcanza en Harrington su máxima expresión, aunque el *dux* y los suyos han sido magnificados por muchas generaciones⁷. La inteligencia natural de los venecianos les permitió incluso sobrevivir a la ruptura del encanto republicano por Napoleón y a la integración posterior en la Italia unificada. En efecto, con la ayuda inestimable de John Ruskin y otros románticos, la Serenísima convirtió los canales y palacios decadentes en la meca de nostálgicos y melancólicos de toda suerte y condición. Para criticar a Venecia hay que acudir a la hipérbole, como Julien Gracq. En efecto, *El mar de las sirtes*, una excelente novela, es una fábula sobre aquella ciudad llamada Orsenna, donde todos eran amantes de los “dere-

⁷ Apasionante, John Julius NORWICH, *Historia de Venecia* (1981); trad. esp. Almed, Granada, 2003.

chos históricos” y mantenían una vigilancia secular sobre el oscuro enemigo existencial agazapado en la otra orilla del mar⁸.

Al parecer, esos germanos tan antipáticos habían sustituido el gobierno de las leyes por la dominación de los hombres. Esta vez es el mito de las libertades germánicas el que se vuelve del revés. Acaso Harrington introduce aquí una crítica indirecta hacia el *Common Law*, esto es, hacia la Constitución Antigua, que sus adversarios pretenden oponer a la república imaginaria. Téngase presente que, según las fuentes convencionales, los normandos (los “neustrios” del libro) trajeron instituciones libres a Gran Bretaña, aunque otra interpretación las atribuya a los primitivos habitantes sajones. Es un lugar común afirmar el origen gótico de ciertos conceptos del Derecho inglés. Germanistas tan reconocidos como Spengler lo expresan con orgullo mal disimulado. Mientras reflexiona sobre la decadencia inevitable, el filósofo de la Historia hace notar que el juez Coke defendió las instituciones germánicas contra la Corona y, para sorpresa del lector, asegura que los *Commentaries* de Blackstone fueron el único código verdaderamente alemán⁹. Entre sus amados romanos, Harrington debería recordar la *Germania* de Tácito, panegirista de aquellas gentes rudas, pero libres, cuyas decisiones se tomaban en asamblea de guerreros las noches de plenilunio por un ruidoso procedimiento: *armis insonantibus*. Eso sí, nuestro autor enfoca con buen criterio las causas económicas del siglo convulso que vive Inglaterra. Así, la gran nobleza fue aniquilada en la Guerra de las Dos Rosas y los Tudor continuaron dando pasos en la dirección adecuada: Enrique VII (o sea “Panurgo”) fomenta la pequeña propiedad agraria y más todavía Enrique VIII (“Coraunus”), tras la lucrativa confiscación de los bienes de la Iglesia.

Para volver a la “prudencia” antigua, lord Archon, megalegisador único de la *Commonwealth* de Océana, debe actuar como *fundador* en el sentido clásico. En este punto, Harrington sigue al Maquiavelo de los *Discorsi*, a quien reconoce meritoriamente su faceta republicana que por entonces muy pocos lograron identificar. Puede contar, eso sí, con

⁸ Julien GRACQ, *El mar de las sirtes* (1951); en español, Debolsillo, Barcelona, 2009. El protagonista reflexiona: “en todas las tierras extranjeras se venía citando como ejemplo el mecanismo modélico de nuestra Constitución que, para satisfacción de entendidos, funcionaba en efecto con la ridícula perfección de una pieza de museo” (pag. 65).

⁹ Oswald SPENGLER, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia universal* (1918); la versión española es de Manuel García Morente, *Revista de Occidente*, Madrid, 11ª ed. 1966, tomo II, pág. 87.

el auxilio de cincuenta sabios en calidad de miembros de un honorable consejo de “legisladores”, dispuestos a indagar en los tesoros antiguos que supuestamente nos arrebataron los godos. Este poder constituyente *sui generis* se parece a los modos propios de una carta otorgada y no es compatible con un constitucionalismo moderno, como pretende algún comentarista reciente¹⁰. Nuestro autor lucha al mismo tiempo contra el absolutismo racional de Thomas Hobbes y contra el moderantismo de la Constitución Antigua, que no debe confundirse en ningún caso con la “prudencia” (también antigua) inspiradora de sus propuestas. Es cierto, no obstante, que habla con gran respeto de Leviatán, aunque le separan sus diferentes perspectivas, económica y jurídica, respectivamente. La ley fundamental de Océana, su Constitución material (si de algo sirve un concepto tan desgastado), es la *ley agraria*. El objetivo consiste en establecer una distribución de la propiedad de la tierra que haga imposible la supremacía de los “ricos” sobre los “pobres”. Por supuesto, una *republica igualitaria* solo existe en su imaginación, porque nunca hubo tal cosa en la Antigüedad y su admirada Venecia solo la estableció de modo hartamente imperfecto. Con ciertos ecos de “niveladores” y “cavadores”, Harrington pretende evitar las tentaciones autoritarias mediante una garantía de seguridad económica: “así como el que quiere pan es siervo de quien lo alimenta, si un hombre alimenta a un pueblo entero, éste queda sometido a su imperio”. Por cierto que el viejo amigo de los reyes Estuardo se muestra insensible ante el auge del Comercio, sea o no sea virtuoso. Admite incluso, aunque de mala gana, que repúblicas pequeñas como Holanda o Génova puedan prosperar por esta vía secundaria, pero la *Commonwealth* de su amada Inglaterra debe seguir anclada a la prosperidad “real”, en casi todos los sentidos imaginables de la palabra en inglés y en español. Un paseo por la campiña en la época adecuada predispone a favor de la tesis harringtoniana, cuando comparamos el paisaje rural con los barrios industriales que nos legó el progreso.

Así pues, la Virtud según Harrington está ligada a un sentimiento ancestral de carácter telúrico y es rigurosamente contraria a la Modernidad. Solo hay república cuando “todos” (y no uno o unos pocos) son

¹⁰ Así, Javier DORADO PORRAS, *La lucha por la Constitución. Las teorías del Fundamental Law en la Inglaterra del siglo XVII*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001, pág. 357. Este libro, derivado de una valiosa tesis doctoral, distingue entre republicanismo “aristocrático y cristiano” (Milton), “constitucional” (Harrington) y “liberal” (Algernon Sidney y las *Cartas de Catón*).

propietarios de la tierra. Esta propiedad está amortizada, no puede circular libremente. Salvo por razón de herencia, cualquier cambio en su titularidad está prohibido por una ley de rango materialmente constitucional ya que goza de supremacía sobre el resto del ordenamiento. Pese a su querencia natural hacia la Antigüedad, la idea de una *higher law* opera de forma significativa sobre la mentalidad de la época¹¹. Como veremos, todo ello tiene una traducción institucional, de tal manera que ninguna aristocracia pueda imponer al pueblo una alteración de los fundamentos socioeconómicos de la república. A partir de aquí, una mezcla de arbitrismo y de arbitrariedad (si es que ambas cosas no son lo mismo) inspira sus propuestas concretas sobre el contenido de la ley de leyes. Veamos algún detalle. Todo el que posea tierras con renta superior a 2000 libras anuales y tenga más de un hijo tendrá que repartir las tierras por igual entre los descendientes, siempre y cuando produzcan efectivamente la citada cantidad para cada uno de ellos. Si producen menos, la distribución es menos igualitaria, con cierta ventaja para el primogénito. Lo principal es que nadie que tenga rentas por valor inferior a 2000 libras al constituir la *Commonwealth* puede adquirir *inter vivos* nuevas propiedades que le permitan superar la cifra mágica. Al menos en Océana y en Panopea, porque en Marsepia (o sea, Escocia) se puede llegar al límite de 5000. Harrington se inventa un debate a veces confuso sobre la idoneidad de ese límite entre él mismo (bajo forma de lord Archon) y dos adversarios muy significativos: un “rico”, Philateus de Garbo, al que le parece escaso, y un “pobre”, Filauto, que lo considera excesivo. ¿Para qué trabajar entonces si no existe el aliciente de ganar dinero? El lord que todo lo puede ofrece una solución muy sencilla: el que quiera puede irse a las colonias de Océana, donde los límites no existen. Por cierto, Harrington dice con sabia intuición que esas colonias llegarán un día a su madurez y se harán independientes. Faltaba todavía un siglo largo...

¹¹ Podemos citar aquí el estudio de E. CORWIN sobre *The Higher Law Background of American Constitutional Law*, publicado en *Harvard Law Review*, en 1928, que Enterría dio a conocer a los iuspublicistas españoles.

2. Instituciones de diseño

Publicada en 1656, *The Commonwealth of Oceana* es, como se dijo, una utopía racionalista y a ratos delirante. El diseño constitucional de la ínsula ofrece tantos detalles que Sabine lo considera un “placer infantil”¹². Sin embargo, más allá de la imaginación desbocada, plantea un problema muy concreto: cómo formalizar los poderes del Parlamento frente a la “influencia” del rey y sus amigos, concebida como “corrupción” tanto en sentido ideológico como vulgar, mucho antes de que Walpole la convirtiera en una práctica institucional. Las soluciones son muy diferentes, pero el problema es el mismo que preocupa a lord Shaftesbury y sus *whigs*, incluido el gran John Locke. Uno y otros prefieren, por ejemplo, los Parlamentos trienales, aunque de hecho tuvieron un éxito muy limitado para promover la independencia de sus miembros. Por lo demás, como todos los falsos profetas, nuestro autor se equivoca en su afirmación concluyente de que Inglaterra camina de forma “segura y natural” hacia la forma republicana de gobierno.

En Océana, la división de poderes se parece más a la distinción funcional de Aristóteles que a las todavía confusas teorías contemporáneas sobre frenos y contrapesos, pero merece atención por ciertos elementos originales. En cuanto al legislativo, rechaza el modelo unicameral, esto es, marca distancias con el *Rump Parliament* de su tiempo. Lo más peculiar es la función que atribuye a una y otra Cámara: el Senado *debate* y la Asamblea *resuelve*, de manera que razón y voluntad operan en órganos y en momentos diferentes en el marco de unas complejas consideraciones sobre intereses privados y públicos. Todo el misterio de una república descansa en combinar adecuadamente la deliberación y la decisión, concluye.

El Senado está particularmente cualificado para el debate. Es una Cámara de notables, a la que se accede por elección basada en la sabiduría y las virtudes y no por herencia o por riqueza. Esta aristocracia “natural” aporta el elemento cualitativo que permite el buen funcionamiento de la república. Lo integran trescientos individuos libres y mayores de edad, pertenecientes al estamento de “caballeros”; por tanto, con más de cien libras de renta anual, un requisito de carácter censitario

¹² George H. SABINE, *Historia de la Teoría Política*, cit., pág. 373. Admirador de Harrington, este autor entiende que los “detalles fantásticos” no deben distraernos sobre los sólidos principios de su filosofía política.

para el derecho de sufragio pasivo. La Asamblea popular está formada por 1.050 miembros, también libres y mayores de edad, pertenecientes tanto a la clase de los “caballeros” (450) como a los “infantes” (600). Hay que reconocer a nuestro autor el mérito de asumir la pluralidad política como una ventaja para la república. De hecho, si cuenta con un solo partido, “estará trabajando perpetuamente por su propia destrucción”. Senado y Asamblea ofrecen una respuesta suficiente, a su juicio, a la desigualdad natural. He aquí un párrafo que se cita con frecuencia: si tomamos un cierto número de hombres, veinte por ejemplo, “si no son todos idiotas, y quizás incluso aunque lo sean, nunca pueden ser todos iguales, sino que habrá tal diferencia entre ellos que más o menos una tercera parte serán más sabios o, siquiera, menos necios que el resto”.

En fin, ejerce el poder ejecutivo una magistratura unipersonal, el lord Archon, un puesto destinado en su origen a Cromwell, con competencias en el ámbito militar y judicial. Cuenta con el auxilio de consejeros, censores, tribunos y otros muchos cargos que terminan por confundir al lector desprevenido. Como es natural, los aspectos militares se regulan con detalle. Hay un “lord Estratega” y un Consejo de Guerra que proceden del Senado, como la mayoría de las magistraturas. Los “jóvenes” actúan como ejército activo y los “maduros” se hallan en una suerte de situación de reserva, dispuestos todos ellos a defender en común a la república, a su propiedad y a sus derechos políticos. La mano que sostiene la espada (hobbesiana) es la milicia, como ya hemos dicho, una evidencia que no todos los defensores del republicanismo actual aciertan a encajar en su modelo deliberativo.

Les gusta más, en cambio, el principio de *rotación* en los cargos, algo que en la época se llamaba curiosamente “revolución”, en su sentido original, tan diferente del uso posterior¹³. Harrington, poco dado a las alusiones biológicas, lo compara esta vez con la circulación de la sangre. Debe haber, en efecto, elecciones periódicas con un complejo sistema de sufragio en función de las divisiones entre hombres libres y siervos (recordemos de nuevo que Océana es una oligarquía y no una democracia) y entre caballeros e infantes. Hay además tribus, centurias y parroquias, de acuerdo con criterios territoriales. Por supuesto, Harrington no se plantea el sufragio femenino y la edad mínima para ejercer el derecho al voto se establece en treinta años, muy alta si con-

¹³ Véase C. BLITZER, *An Immortal Commonwealth. The Political Thought of James Harrington*, Yale University Press, New Haven, 1960.

sideramos la esperanza de vida en aquella época. Lo peor es que esta base ya restringida de electores solo funciona en el ámbito parroquial y a partir de ahí se establece un sistema indirecto, fuertemente restrictivo. Mal que les pese a los entusiastas, estamos muy lejos de un gobierno popular, si bien es cierto que más lejos todavía queda el absolutismo con su derecho divino de los reyes.

Cuando describe el procedimiento de elección, Harrington disfruta con las pequeñeces hasta un grado de detalle que irrita incluso al más riguroso cultivador del Derecho electoral. Pondremos un solo ejemplo, porque un análisis exhaustivo podría arruinar la economía del discurso. Empezamos el primer lunes de enero, cuando el mal tiempo en Océana y sus territorios vecinos está garantizado. En cada parroquia, los adultos se reúnen para votar y deben elegir por voto secreto a la quinta parte de adultos del censo local. Un parroquiano designado por sorteo formula en voz alta el nombre de los candidatos que considera más aptos y el cuerpo electoral se pronuncia de inmediato sobre cada uno de ellos. Se obtiene la aprobación de los conciudadanos por mayoría simple y con los elegidos se forma una lista, encabezada siempre por los “caballeros”. Los dos primeros adquieren el rango de “inspectores”; el tercero, de “alguacil”; el cuarto y el quinto, de “capilleros”. Elaborada esta lista inicial, el proceso pasa a las fases siguientes. El primer lunes de febrero se celebran elecciones en las centurias, entre los designados por las parroquias, y se eligen nuevos cargos, con un procedimiento tan confuso que el estudioso más avezado renuncia a una inteligencia completa del mecanismo. Sigue la elección en las tribus, el siguiente nivel territorial, con nuevas convocatorias esta vez para el uno de marzo y así sucesivamente, mientras se van asignando otros oficios, algunos con nombres tan singulares como lord *custos rotulorum*. Sin entrar en más detalles, conviene añadir que cada año las asambleas se renuevan por tercios, de tal manera que los conspicuos ciudadanos de la *Commonwealth* están todo el tiempo ocupados en estas variopintas operaciones electorales, ya que no parece existir una administración profesional para el control de tales procesos.

Si el objetivo es mantener activa la Virtud y no dar tiempo (ni alicientes) para el Comercio, debemos reconocer que Harrington cumple brillantemente con su pretensión. Además, concluido su mandato de tres años, los miembros de las asambleas no pueden ser reelegidos para el mandato inmediatamente siguiente. Es notorio que los ingleses han escarmentado con el *Long Parliament* y todos proponen límites de

mandatos y renovaciones periódicas¹⁴. O bien Océana produce ciudadanos virtuosos por encima de la estadística más generosa o, como es probable, Harrington deja volar la imaginación, según suele ocurrir con las propuestas que nadie piensa llevar a la práctica. Si nos olvidamos de anécdotas y vamos a las categorías, es importante resaltar que también el Senado, sede de la aristocracia del saber, es objeto de elección y no tiene carácter hereditario como en la Roma clásica. Bien está, desde su perspectiva republicana, favorecer la meritocracia, pero parece contradictorio ser tan exigente con los requisitos de acceso a la clase de los “caballeros” y pretender luego que haya rotación continua. Dicho de otro modo: por razones obvias, los senadores van a ser casi siempre los mismos, de manera que los intereses de los “patricios” gozarían de preferencia en la república oceánica lo mismo que ocurría en la romana.

Esa desconfianza hacia la capacidad política de los “plebeyos”, si seguimos utilizando la misma analogía, refleja el carácter aristocrático/oligárquico de *todas* las repúblicas antiguas, un lugar común en la Historia de las Ideas que no logra desmentir el esfuerzo argumental de los historiadores actuales. Más aún: si los senadores deliberan, pero no deciden, los miembros de la Asamblea no discuten, solamente votan. Al margen de la similitud (una vez más) con la tradición espartana, estamos ante la prueba definitiva de que nuestro autor asume que el pueblo no sabe o no puede gobernar por sí mismo, aunque le atribuya de manera forzada la capacidad última de decisión. Aunque pueda molestar a unos cuantos, creo que este mecanismo de selección de élites se parece un poco a la denostada teoría de Schumpeter. En efecto, solo con el surgimiento de los Estados Unidos de América se aplica a gran escala la forma republicana y, como es notorio, es muy dudoso que en su origen pueda hablarse de democracia si nos atenemos al perfil personal y social de los Padres Fundadores congregados en Filadelfia. Otra cosa es, como anticipó Tocqueville algún tiempo después, que la pasión por la igualdad carezca por definición de límites. Con ello, arrastra al sistema político hacia fórmulas democráticas cuya plenitud se hizo esperar durante un siglo más o menos. Pero todo ello es muy posterior a la época del puritanismo inglés y los anacronismos en Ciencia Política inducen siempre a cometer errores absurdos.

La Constitución de Océana incluye también el reconocimiento, aunque difícilmente la garantía, de un derecho individual a la libertad

¹⁴ Sobre este punto, Christopher HILL, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista de la revolución inglesa del siglo XVII* (1972); trad. esp. Siglo XXI, Madrid, 1983.

religiosa. Este injerto de libertad de los modernos en la omnipresente participación cívica desconcierta a los comentaristas. Conviene tener presente que, por esas fechas, la secularización del pensamiento inglés (y no digamos del continental) es muy limitada. La obra capital de Hobbes lleva por título, como es sabido, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica*. Como siempre, el análisis de la tolerancia y la intolerancia religiosa en la Inglaterra del XVII deja un sabor agrídulce. Unos años después, los acontecimientos se precipitan. Tiempos confusos. El día de San Jorge, 23 de abril de 1685, Londres contempla la solemne y brillante ceremonia de coronación de Jacobo II Estuardo: suena la música de Henry Purcell y lucen las joyas diseñadas por los mejores orfebres de la capital. Por primera vez desde la llamada (por sus muchos y poderosos enemigos) *Bloody Mary*, Inglaterra contaba con un monarca católico. Nunca volvería a suceder. Apenas cuatro años después, el rey que recibía el homenaje de los nobles en la abadía de Westmister era insultado por los pescadores de Kent mientras huía del país. Era el momento de *our last revolution*, según el célebre juicio de Thomas Babington Macaulay, en su *Historia de Inglaterra*, modelo de la interpretación *whig*, hoy cuestionada.

El mítico ensayo de Locke excluye de la tolerancia a católicos, musulmanes y ateos¹⁵. Nuestro dilecto Harrington deja fuera a católicos, judíos e idólatras. Los “santos” no eran precisamente un modelo a seguir en materia de respeto a las libertades ajenas. En general, los disidentes se preocupan por garantizar la tolerancia de la Iglesia anglicana hacia las sectas. A partir de ahí, o no les importa o, simplemente, comparten la intransigencia hacia los malvados papistas y similares. Vamos a exponer con mayor detalle la posición de Locke. Se formula en la primera *Carta sobre la tolerancia* y hace referencia a un asunto que preocupa intensamente al pensador, acaso escéptico en su fuero interno, pero partidario sin fisuras en el terreno político de la causa protestante en su versión “moderada”¹⁶. Por cierto que habría mucho que discutir

¹⁵ Me ocupo de estas cuestiones en el capítulo 15, “John Locke: ideas liberales al servicio de la Revolución Gloriosa”, de la obra colectiva, coordinada por Pablo Sánchez Garrido, *Historia del análisis político*, Tecnos, Madrid, 2011, pág. 335 y sigs. En la misma obra, el capítulo 14, a cargo de Pablo Badillo, ofrece una notable síntesis sobre el pensamiento de Harrington (pag. 137 y sigs.).

¹⁶ Hay varias versiones en español: *Carta sobre la tolerancia*, edición de Pedro Bravo Gala, Tecnos, Madrid, 1985, por la que citamos. Incluyendo las otras cartas sobre el mismo asunto, *Escritos sobre la tolerancia*, edición de Luis Prieto y Jerónimo Betegón, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999. También, *Ensayo y carta sobre la tolerancia*, edición de Carlos Mellizo, Alianza, Madrid, 1999.

sobre el lugar común que sitúa sin matices en la Reforma el origen doctrinal de la tolerancia religiosa, ignorando por completo sus raíces medievales. *A letter concerning Toleration* es la versión inglesa del original en latín, *Epistola de Tolerantia*, y se publicó de forma anónima en Holanda, muy cerca ya del final del exilio, en el mismo año 1689. Sus antecedentes se hallan en Milton y en Spinoza: separación entre la Iglesia y el Estado y libertad, más que mera tolerancia, para las diferentes confesiones religiosas, con excepción de las ya citadas. Irreprochable doctrina sobre la libertad de conciencia puesta al servicio de unas necesidades prácticas que quiebran la coherencia de los argumentos teóricos, porque hay una evidente contradicción entre la defensa filosófica de la libertad y su aplicación en la vida real.

La tolerancia *de facto* funcionó en la Inglaterra isabelina sobre un fondo doctrinal erastiano que implicaba la subordinación de la esfera religiosa a la razón de Estado. A lo largo del siglo XVII, el *statu quo* cede ante la ofensiva del puritanismo, que no solo reclama el derecho de las sectas inconformistas sino que cuestiona, sobre una base presbiteriana, la forma de gobierno episcopaliana establecida por la Iglesia oficial. A su vez, los católicos recuperan posiciones bajo los Estuardo, aunque resulta muy exagerado suponer que su objetivo fuera devolver a Inglaterra a la obediencia del Papa, como proclaman sin descanso sus enemigos. En este contexto se desarrolla el debate sobre la “exclusión” de los católicos al trono, origen de la disputa entre los dos partidos nacientes. La Gloriosa significa una transacción acerca del debate religioso en un marco de pragmatismo y compromiso entre anglicanos y protestantes no conformistas. En cambio, la *Toleration Act* (“ley para eximir a los súbditos protestantes de Sus Majestades que disienten de la Iglesia de Inglaterra de los castigos que les imponen ciertas leyes”: se trata, pues, de despenalizar ciertas conductas y no de reconocer derechos individuales) deja fuera de su ámbito a los católicos, principales perjudicados por la versión oficial de la revolución como “restauración” del orden vulnerado por el rey Estuardo.

Locke aborda la tolerancia como un problema político y no tanto como una derivación filosófica de sus principios sobre la sociedad y el gobierno. Parte de la búsqueda de un compromiso entre bandos hasta entonces irreconciliables¹⁷, porque entiende que la vida social y política no exige necesariamente la unidad de los hombres en la misma fe y

¹⁷ Lo analiza con acierto J.W. GOUGH, *John Locke's Political Philosophy*, Oxford University Press, Oxford, 1950, pág.195 y sigs.

el mismo culto. Tampoco es aceptable utilizar la fuerza en asuntos que deben situarse en el ámbito de la convicción y no de la imposición. Hay también argumentos evangélicos que culminan en una declaración contundente: “estimo que la tolerancia es la característica principal de la verdadera Iglesia”. Todo el razonamiento se despliega en el marco de una religión natural y deriva en una exigencia explícita en el preámbulo de la carta: “La tolerancia de aquellos que difieren de otros en materia de religión se ajusta tanto al Evangelio de Jesús y a la genuina razón de la humanidad que parece monstruoso que haya hombres tan ciegos como para no percibir con igual claridad su necesidad y sus ventajas”. Cuando llega el momento decisivo, las conveniencias oportunistas nublan la claridad del pensamiento. Habla Locke de tolerancia “practicable”, que debe tener en cuenta el interés público. En concreto: “Ninguna opinión contraria a la sociedad humana o a las reglas morales que son necesarias para la preservación de la sociedad civil ha de ser tolerada por el magistrado.”

Incurren a su juicio en este vicio insubsanable varias categorías de personas: los musulmanes (“es ridículo que alguien pretenda ser un mahometano solamente en la religión y en las demás cosas ser un sujeto fiel al magistrado civil”); los ateos (porque las promesas, convenios y juramentos que son los lazos de la sociedad humana no tienen poder sobre quienes niegan la existencia de Dios); y, en fin, los católicos, objetivo principal de un principio de discriminación jurídica cuyas razones políticas nos resultan ya conocidas. He aquí los argumentos, poco convincentes: simulación (aunque no lo dicen de forma expresa, encubren con palabras “especiosas y engañosas” su oposición a los derechos civiles) y servicio a un gobierno extranjero (supuestamente exigida por el Papa, con la consecuencia de que, si lo tolera, el magistrado permite a sus súbditos que “se alistén como soldados en contra de su propio gobierno”).

Al margen de las coyunturas, la libertad de conciencia es la primera en imponer límites a la omnipotencia del Estado absoluto a partir de una construcción técnico-jurídica de carácter rigurosamente liberal: hay espacios inmunes (salvo excepciones) a la ambición de control por parte del poder político. Pueden configurarse como barreras físicas; la más notoria, la inviolabilidad del domicilio. También como barreras espirituales, y aquí se sitúa en primer plano la libertad de conciencia¹⁸. Por

¹⁸ Sigue siendo un buen ejercicio la lectura del debate clásico entre JELLINEK y BOUTMY. En español, con otras aportaciones, en *Orígenes de la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano*, edición de Jesús G. Amuchástegui, Editora Nacional, Madrid, 1984.

eso, con los límites ya reseñados, en Océana se puede practicar libremente la religión y nadie será privado del acceso a las magistraturas por razón de su creencia. Para que no falte de nada, la *Commonwealth* contará también con un Consejo de Religión y una Iglesia nacional, especialmente activa en las Universidades y otros centros de enseñanza. A veces las utopías son fácilmente reconocibles... En cuanto a la educación, resuenan ecos de Platón (o sea, de Esparta) en el carácter singular que fomenta, valga el anacronismo, la igualdad de oportunidades: escuelas públicas; enseñanza obligatoria entre los nueve y los quince años; gratuitas para indigentes y asequibles para el resto.

A medio plazo, tal vez la aportación más interesante (y la menos reconocida) de Harrington sea la idea de Constitución normativa que se sitúa por encima de las leyes y es inmune, por tanto, a la razón (del Senado) y a la voluntad (de la Asamblea) que ejercen el poder de legislar. Una norma fundamental integrada por *orders* intangibles para el legislador ordinario, cuyo fundamento es la distribución más o menos igualitaria de la propiedad de la tierra. Hay buenas razones para admitir que los colonos americanos tomaron buena nota de los escritos de Harrington, aunque discrepo de quienes magnifican su influencia para situarla por encima de Milton o de Sidney; de los *levellers* o del *Instrument of Government*; y, por supuesto, de John Locke, cuyo pensamiento, aunque le hayan excluido del panteón republicano, es el eje del sistema político que se traduce más tarde en el Estado constitucional. Por supuesto, los precedentes de la teoría racional-normativa conviven en Inglaterra con la realidad de una *Ancient Constitution* cuyos ecos resuenan durante siglos en el pensamiento conservador europeo. A medio plazo, Burke sería mucho más importante que Harrington para inspirar el sistema político de la Inglaterra triunfante.

3. Campeón del republicanismo cívico

Sería injusto desconocer el mérito de los estudiosos dedicados a recuperar las fuentes originales del republicanismo cívico. Sin embargo, parece que el asunto ya no da más de sí, porque las obras de cierta relevancia están agotadas por una exégesis mil veces repetida y los folletos y panfletos ocasionales tienen una importancia secundaria. Exhaustos por la escolástica en torno a Rawls, estamos a la espera de nuevas aportaciones de las Universidades anglosajonas que marcan la pauta al resto

del mundo. Mientras tanto, algunos jóvenes profesores españoles deberían prestar atención a nuestros clásicos. A mi juicio, Juan de Mariana o Diego de Saavedra Fajardo son tan interesantes al menos como los puritanos ingleses del mismo siglo. Incluso Baltasar Álamos de Barrientos o Martín González de Cellorigo pueden aportar algo nuevo a la Teoría Política. Alguno de los maestros en la Historia de las Ideas y del Pensamiento dejó un legado confuso sobre la separación tajante entre los autores españoles y los extranjeros a la hora de establecer los planes de estudios. Al explicar en sede propia esa materia y formar especialistas *ad hoc*, el pensamiento español aparece como una rareza marginal y exótica respecto de la gran corriente universal. Eso no es cierto y habría que rectificar cuanto antes para integrar conocimientos y no fomentar compartimentos estancos, tan gratos (por desgracia) a la poderosa burocracia universitaria.

La lectura sosegada de *Océana* ofrece impresiones contradictorias. Hay ideas interesantes, párrafos anodinos y ocurrencias de corto recorrido. A veces el lector piensa que Harrington no está en sus cabales. Lo mismo pensaron muchos contemporáneos suyos, como reflejan los agitados años finales de su vida entre cárceles y hospitales, destrozado por la enfermedad y el alcohol. Me limito a unos pocos ejemplos. Cada poco aparece en el libro una cuenta de gastos perfectamente detallada. Veamos la remuneración que perciben los diferentes cargos públicos. El lord Estratega, en funciones políticas, 2000 libras anuales; sube mucho, hasta 10.000, si está en campaña con el ejército. También 2000 el lord orador. Los tres comisarios del sello, 4.500 entre todos, y la misma cantidad a repartir entre los tres comisarios del tesoro. El consejo de guerra se lleva 3000 libras (para uniformes, aclara). El maestro de ceremonias, 500, y otras tantas el caballero mayor, aunque solo 150 su sustituto. Los doce pajes reciben 240 para sus libreas o uniformes de invierno, que se reducen a 120 para los de verano, más económicos. Solo 200 para las casacas de los mensajeros que han de ser trompeteros. Incluso tenemos previstas 1500 libras para sostenimiento de tres coches oficiales y 24 caballos de tiro, con cocheros y postillones. El total asciende a 189.370, sumando gastos de todo tipo. Como nadie habla de presupuestos anuales, parece que en la autarquía oceánica el valor de la moneda es constante, sin inflación ni deflación.

Vamos con otro ejemplo. Estamos en pleno procedimiento electoral, en este caso para la centuria. Los diputados elegidos en cada parroquia han de reunirse (armados, por cierto) en el lugar oportuno para

elegir entre sí un juez de paz, un miembro jurado, un capitán y un abanderado de su tropa, todos ellos entre los “caballeros”. También deben elegir un miembro jurado, un agente judicial y un alguacil mayor, entre los “infantes”. Así se desarrolla la votación y el escrutinio. El alguacil mayor en ejercicio, sentado delante de la urna, ha de utilizar varios juegos de bolas doradas, una docena de cada juego, de las cuales la primera irá señalada con la letra A, la segunda y sucesivas con la B, C, D, etcétera.... De cada juego echará una bola en su sombrero (*sic*) o en una pequeña urna y, agitando las bolas, se las presentará al primer inspector que sacará una y ese juego será el que se use aquel día y no otro. Un rato y muchos trámites después, los electores, que esperaban sentados en un banco, serán conducidos a un lugar aparte donde, hallándose a solas, el primer elector dará el nombre de una persona para el primer oficio contenido en la lista, y así sucesivamente. Para que no falten detalles, se prevé incluso que deberán realizarse tres copias de la lista y se dice a quién deben entregarse en primer lugar o quién las recibe si no están presentes los titulares. Para los que incumplan tan enojosos procedimientos, está previsto que el filarca imponga sanciones, aunque nuestro autor, tan amante del *government by laws*, deja a su discreción la cuantía de la multa, a falta de leyes del Parlamento. Todavía no existe sensibilidad suficiente para el *nullum crimen nulla poena sine lege*.

Y así transcurre *Océana*, entre discursos grandilocuentes y minucias un poco ridículas. Conviven en las mismas páginas las citas de Cicerón y Polibio con el estipendio de los cornetas y tambores: por si nos puede la curiosidad, son 7.10 y 2.5 chelines semanales, respectivamente. El ejercicio de imaginación que aporta Harrington es prodigioso, pero lisa y llanamente estéril. Lo primero que siente el lector amante de la libertad individual es el deseo irresistible de escapar de *Océana* y sus provincias adyacentes, quizá camino de las colonias. Todo está regulado de forma obsesiva hasta destruir la más mínima tentación de espontaneidad. Siempre ocurre lo mismo con las utopías y las ucronías, ya sean renacentistas o modernas. La razón solo sabe concebir una sociedad cerrada y completa, con prohibición expresa de cualquier innovación. Lo peor, dice Ferrater, es que funciona “en el vacío, esto es, carece de resistencias reales” y, por tanto, “todos los problemas quedan en ella solucionados automáticamente”¹⁹. Por lo demás, no hay recreación de

¹⁹ José FERRATER MORA, voz “Utopía”, en *Diccionario de Filosofía*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1971, tomo II, pág. 862.

una sociedad utópica sin ese ejercicio puntilloso y exasperante de regularlo todo hasta el detalle más insignificante. Busco ejemplos en el período renacentista²⁰. En Moro, cada tres días celebran consejo los “traníboros” con el jefe y dos “sigrofantes”, siempre distintos, asisten al Senado. En la *Ciudad del Sol* de Campanella, el fraile calabrés nos informa con todo lujo de detalles sobre los nombres que el Metafísico impone a cada niño, pero no arbitrariamente, sino en función de sus cualidades individuales: Bello, Nasón, Crasípedo, Torvo, Magro.... Cabe incluso un segundo nombre, según digan los magistrados superiores; por ejemplo, Bello Grande, Fuerte, Excelente... Como a todos los racionalistas les gusta dirigir las vidas ajenas, también allí se lee que la mujer no puede procrear hasta los 19 años y que el período de lactancia durará uno o dos años. Por supuesto, se excluye la libertad de elegir. Por eso, los que se dedican a actividades intelectuales deben unirse a mujeres de temperamento vivaz, fuertes y hermosas mientras que los varones de carácter apasionado y sanguíneo tendrán que unirse con otras más gruesas que ellos y de costumbres apacibles. También está todo regulado en la *Nueva Atlántida* de Bacon, pero al menos el programa resulta más apetecible. Hay estanques, huertos y jardines; cámara de música y fábricas de perfumes; talleres donde se fabrican toda clase de máquinas e instrumentos.... Como en todas las utopías, nadie puede entrar y salir, aunque al menos aquí existen unos peculiares “comerciantes de la luz” que viajan camuflados al extranjero para traer libros y otras novedades de los demás países.

Volvamos al argumento principal. Lo utópico (en sentido fuerte) es ajeno por definición a la política. Lo mismo ocurre en la vida personal, ya que únicamente los niños pueden permitirse ilusiones que nunca van a cumplir. La introspección distingue al ser humano inteligente respecto de sus semejantes dispuestos a seguir el absurdo consejo de los románticos: hemos venido al mundo para “sentir” y no para “pensar”. Cuando aplicamos la reflexión a nuestras vidas privadas, hacemos balance razonable de pérdidas y ganancias y planteamos opciones sensatas para abordar las dificultades inherentes a las relaciones sociales. Las cosas podrán salir mejor o peor, pero la acción será siempre inteligible en un marco libre de valores y orientado a la relación entre medios y fines²¹.

²⁰ *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, incluye los tres libros que pasamos a reseñar brevemente. *Utopía* (primera edición en latín, 1516), *La Ciudad del Sol* (también en latín, 1623) y *Nueva Atlántida* (en inglés, 1627), con estudio preliminar de Eugenio Imaz.

²¹ Por todos, Ludwig VON MISES, *La acción humana* (1949); en español, Unión Editorial, Madrid, 5ª ed. 1995.

Surge así la praxiología, una forma de analizar el comportamiento humano que Tucídides hubiera compartido con naturalidad. Si aplicamos la misma inteligencia a la acción *política*, nos libramos de utopías sin sentido. Pero una vez más la política es el espejo de la vida. El *homo faber* actúa de forma pasablemente racional. El *homo ludens*, en cambio, tiende al exceso dionisiaco. Lo malo de la política es que ofrece una propensión íntima hacia las pasiones o, más moderadamente, hacia los afectos. Jouvanel lo explica con su finura habitual: “El hombre puede experimentar amor, devoción, admiración, respeto, resentimiento, temor, envidia, ira, venganza y crueldad. Sus pasiones son esenciales para la política”. Y concluye: los politólogos “deberían prestar mucha atención al desarrollo del niño, ya que la política representa la clase de actividad de un adulto que mejor conserva los rasgos del comportamiento infantil”²². La política, aclaro, vista desde la perspectiva del hombre común, sea súbdito o ciudadano en función de la forma de Estado que le haya tocado en suerte. Al contrario, para el político en sentido lato su actividad se conduce por las normas propias de una industria, oficio o profesión, de manera que puede aplicar las reglas praxiológicas elementales: si los fines son alcanzar, incrementar o conservar el poder, los medios a emplear son.... El lector atento habrá reconocido ya al omnipresente Maquiavelo de *El Príncipe*.

La tarea que incumbe a los moderados de todos los partidos es conseguir que el debate político se desarrolle en el terreno de la racionalidad: no es una labor sencilla, porque actuamos en contra de un impulso natural a la desmesura y la exageración, cuya secuela natural se llama intransigencia. Pero un imperativo moral nos obliga a perseverar, más allá del éxito o (normalmente) del fracaso a corto plazo. Más adelante volveremos sobre estas cuestiones.

Para despedir a Harrington con los honores que merece, falta por discutir un punto relevante de su *Commonwealth* más ideal que idílica. Me refiero al proceso intelectual que desarrolla el Senado de hombres sabios. Los modernos partidarios del republicanismo cívico lo saludan con alborozo como expresión de la democracia deliberativa, ahora en plena moda doctrinal²³. Nuestro campeón y además pionero promueve,

²² Bertrand DE JOUVENEL, *La teoría pura...*, cit., pág. 80.

²³ Bien expuesto en Andrés DE FRANCISCO, “Introducción”, cit., pág. XXVIII y sigs. A su juicio, republicanismo y capitalismo son incompatibles: *polités* frente a burgués, ciudadano frente a *homo oeconomicus*, afán de gloria frente a afán de riqueza, austeridad frente a lujo y otros contrastes conceptuales (pág. XIV).

como vimos, la aristocracia de la inteligencia y la conecta con la deliberación. Los teóricos actuales hablan incluso de “razón pública” en Harrington, al modo de Habermas, y convierten a Océana en una república deliberativa. El argumento parece algo forzado si consideramos que, en el fondo, nuestro autor es realmente el campeón de la *gentry*, a la que pertenecía socialmente, y todo el montaje intelectual está concebido en función de intereses muy determinados²⁴. Es posible que su objetivo sea la *areté*, pero el ciudadano de Océana más parece un autó-mata dedicado a reproducir mecanismos participativos que un *polités* racional y libre en busca de soluciones normativamente correctas.

Veamos cómo se plantea ese debate en términos actuales, tomando como referencia a Habermas²⁵. La democracia, afirma, es procedimiento, pero no sirve cualquier manera de adoptar decisiones sino que debe ser precisamente el procedimiento justo, previo el cumplimiento de un requisito capital: generan “racionalidad comunicativa” las interacciones sociales en una “situación ideal de habla”, que implica condiciones de libertad e igualdad y exige al menos una lengua común para el debate. Nos movemos, pues, en un terreno de hechos y no de puras abstracciones. Algunas sociedades existentes (léase, los Estados constitucionales) se aproximan a las condiciones que determinan la legitimidad moral y política. Más allá del eterno debate sobre verdades absolutas y relativas, el problema reside en el cumplimiento de los requisitos, algunos muy exigentes. Por ejemplo, la participación en el diálogo en igualdad de condiciones obliga a una cierta igualdad de posiciones sociales y económicas. ¿Hasta qué punto? ¿Es suficiente el “mínimo vital” que garantiza (supuestamente) el Estado social contemporáneo? Un socialista razonable tendría que contestar de manera afirmativa. Un liberal objetivo podría permitirse incorporar niveles más altos de exigencia: ¿niveles equiparables de educación, tal vez? Por esta vía, el debate vuelve, con mayor sofisticación en los términos, a la disputa sobre el voto de las “capacidades” en los tiempos del sufragio censitario. El resultado no es sorprendente si se admite que la ciencia social sólo es factible desde un sujeto consciente e implicado en la realidad del análisis por razón de sus propios intereses y preocupaciones²⁶. En el mismo

²⁴ En el mismo sentido, James COTTON, *James Harrington's Political Thought and Its Context*, Garland, Nueva York, 1991, pág. 66 y sigs.

²⁵ Básicamente, en la muy influyente obra de Jürgen HABERMAS, *Teoría de la acción comunicativa* (1981); en español, Taurus, Madrid, 2 vols. 1987.

²⁶ Para este tema, del propio HABERMAS, *Facticidad y validez* (1992); trad. esp., Trotta, Madrid, 1998.

orden de consideraciones, la situación ideal para el diálogo exige una implicación personal del sujeto, dispuesto a asumir sus compromisos desde la verdad y la corrección, esto es, la “ética” del mejor argumento. Exige también unos requisitos externos: igualdad (participación abierta a todos por igual) y libertad (ausencia de coerción), principalmente. La frialdad objetiva del procedimiento permite así alcanzar el conocimiento y la legitimidad a través del acuerdo derivado del debate racional y no de la composición de intereses egoístas.

La acción comunicativa, de acuerdo con Habermas, actúa como alternativa de la razón práctica que mueve al pacto como sacrificio de ventajas a cambio de seguridad²⁷. Pero, una vez más, el perfeccionismo es demasiado exigente. Ya desde los supuestos previos: significado idéntico de las expresiones para los diferentes usuarios; que todos los participantes estén igualmente comprometidos en lograr un acuerdo; que se comprometan a aceptar solamente pretensiones válidas y que estén dispuestos a aceptar las consecuencias prácticas del acuerdo. Son requisitos comunes que todos los participantes digan la verdad, sean sinceros en la búsqueda del acuerdo y crean en la corrección normativa de sus afirmaciones. Para ello tienen que compartir un “modelo de la vida”, hábitos de pensar y actuar que obligan a un consenso básico (por ejemplo, sobre quién forma parte del *demos*). Por desgracia, eso no siempre es factible en las democracias contemporáneas. A pesar de ello, Habermas juega en el terreno de los principios clásicos. Por una parte, el consentimiento de los gobernados, según el modelo original de Locke: la acción comunicativa requiere que todas las personas que puedan verse afectadas por la adopción de una norma deben tener la oportunidad (igual y no forzada) de participar en el debate previo a su adopción. Por otra, la autonomía moral kantiana, transferida ahora desde el “yo” ilustrado hacia el “nosotros” socializado. Es la mejor vertiente del filósofo de Düsseldorf, porque aquí no juegan en su contra las barreras que separan el torneo dialéctico idealizado de una realidad teñida por el conflicto de intereses, aunque aparezcan sublimados. O, lo que es peor, de desacuerdos radicales acerca de la arquitectura institucional. Cuando falla el consenso intelectual en origen, fracasa necesariamente el proceso de búsqueda de acuerdos.

²⁷ Un buen análisis al respecto en Tony CAMPBELL, *La justicia. Los principales debates contemporáneos* (1988); trad. esp. Gedisa, Barcelona, 2002. También en Bikuh PAREKH, *Pensadores políticos contemporáneos* (1982); trad. esp. Alianza, Madrid, 1986.

Hasta aquí Habermas, cuyo enfoque sofisticado (patriotismo constitucional o Estado postnacional) demuestra que el proyecto republicano flojea cuanto más apela a sus orígenes angloamericanos: la utópica Océana de Harrington era, en el fondo, una Esparta situada en medio del mar, con una economía agraria rigurosamente cerrada sobre sí misma y fundada sobre los tópicos de la Virtud contra el Comercio. Esto es, el “ciudadano” activo, honesto y prudente, abnegado y laborioso, patriota y solidario, contrapunto del “burgués” egoísta, avaro y a la vez ostentoso, amante del lujo y el refinamiento, distante y orgulloso frente a sus congéneres menos afortunados. El buen republicano rechaza al cien por cien la tesis de Mandeville acerca de que los vicios privados promueven las virtudes públicas. Requiere la perfección del *cives*, a cuyo efecto no hay más remedio que romper la neutralidad del Estado y educar al sujeto en las virtudes imprescindibles. El peligro es notorio, y no sólo en el plano teórico. Estas virtudes necesitan ser cultivadas por el poder público mediante el uso intensivo de los poderes coactivos y ello implica un compromiso con determinados modelos de excelencia. Lo que es peor, a veces exige un modelo único y obligatorio y tal vez un control estricto del sistema educativo, extremos ya muy alejados de lo que puede admitir un defensor razonable del pluralismo.

La utopía (insisto: en sentido fuerte) es ajena a la política. No solo plantea formas de vida *imposibles*, sino también *indeseables*. La imperfección es parte constitutiva de la condición humana y nos proyecta hacia el hermoso deseo de ser mejores (lo utópico, esta vez, en sentido débil), abriendo caminos a la imaginación creativa. Un mundo feliz, valga el tópico orwelliano, sería infinitamente aburrido. También, autoritario: no hay que confiar en lord Anchor en su calidad de legislador omnipotente. Muy al contrario, la libertad se gana día a día desde una prudente desconfianza, una presunción *iuris tantum* negativa, hacia las intenciones del poder. Hagamos caso a Tocqueville: la excelencia en la libertad es mejor que la igualdad en la servidumbre. Sin renunciar, por supuesto, a una deseable igualdad *en* la libertad. Este es el punto crucial para el debate de las Ideas, una tarea de largo alcance que supera la rutina prosaica, a veces miserable, en la que habitan las verdades empíricas.

ARGUMENTOS

VII. IDEOLOGÍA O EFICIENCIA

1. Los intelectuales inventan las ideologías

Otra vez en la Ciudad de las Ideas: Plotino asciende por el camino que conduce al Alma al encuentro con el Uno. Recuperamos así a nuestro intelectual ofuscado por falta de argumentos, atrapado entre dos épocas, incapaz de dar cuenta y razón del mundo que le toca vivir. Ese estado de ánimo acentúa su descontento, a veces “enfermizo” como decía Wright Mills, eterno descontento. Su pecado capital es, sin duda, la *soberbia*. Por tanto, la receta para combatirlo se llama *humildad*. El problema está en la obsesión por controlar, ordenar y planificar, ya que la razón constructivista carece de soluciones cuando tropieza con la naturaleza humana. Cuidado con la vanidad, por tanto. Aunque, si volvemos la vista a los teóricos del Comercio, el *self-liking* bien administrado produce efectos positivos. Lo dijo Mandeville, y no le faltaba razón.

Los intelectuales inventan las *ideologías* y desdennan la *eficiencia*. Los recelos mutuos entre ellos y los hombres de acción tienen difícil arreglo. Nuestro protagonista siente desprecio por los necios que confunden valor y precio; en cambio, identificar uno con otro es la seña de identidad de una sociedad mercantil. Por ahora, se consuela con el trato deferente que le otorga su *status* como escritor o con el respeto que inspira un Herr Professor Docktor o un *scholar* relevante. Mucho más si, según el modelo voltairiano, consigue ganar repercusión pública como mandarín de la *intelligentsia* político-mediática. Pero, por suerte o por desgracia, las viejas jerarquías cotizan a la baja y el intelectual empieza a ver injusticias por todas partes. Con frecuencia opta por la peor de las soluciones: proclamar su compromiso, tomar partido, apelar a la justicia cósmica.... Como no existe, inventar algún suceso. Hay que luchar contra los enemigos al acecho: el científico que le desprecia; el político que le utiliza; el empresario que acaso paga, pero siempre le ignora. Para devolver el golpe, encierra a unos en el laboratorio, clama por la revolución contra otros y odia sin disimulo a los capitalistas y a sus “esbirros” en el manejo de los arcanos jurídicos y financieros. Hemos

oído mucho últimamente que el poder político lo ejercen los “mayordomos” de los banqueros. No es nada nuevo: Marx y Engels hablaban del gobierno como “consejo de administración” de la burguesía. Es llamativo que un estamento tan secularizado adore aquel tiempo en que prosperaban sacerdotes o profetas de cualquier religión o creencia. También gusta mucho el despotismo ilustrado; ya lo vimos *supra*, en el capítulo primero. Molesta, en cambio, el liberalismo, demasiado austero y servicial para los gustos de la mentalidad constructivista¹.

Para completar el arquetipo de intelectual al uso me permito reproducir parcialmente un artículo de prensa, pidiendo disculpas de antemano por el estilo desenfadado².

“La vida nunca ha sido fácil para el intelectual. Ardua tarea: leer y escribir; decir (no solo hablar); escuchar (no solo oír); pensar, por supuesto... Atender a muchos compromisos de lectura: los clásicos, las novedades, los libros de los amigos, las revisiones imprescindibles. Nunca hay tiempo para todo, aunque nos ayudan las revistas especializadas y los suplementos culturales, también a la baja en los difíciles tiempos que corren. Hay que escribir mucho, quizá demasiado, en formato grande, mediano o pequeño, muchas veces de improviso. Hablar, a todas horas, a los alumnos (cada día menos) o en los medios (cada vez más). Opinar sobre lo divino y lo humano, a favor de unos y en contra de los demás, para alcanzar un perfil propio. Pensar, decía. Sí, pero... ¿en qué? ¿cómo? ¿cuándo? Y, sobre todo: ¿para qué? Nuestro sufrido intelectual, prolífico y polivalente, acaba por actuar como un artesano de las letras en busca de gloria efímera. Hijo de la vanidad, acólito de ricos y poderosos, vive de juntar palabras ambiguas y de repintar los blasones al modo machadiano. Con suerte, de alguna ocurrencia feliz, a veces propias, pero la mayoría ajenas. Es difícil ser original, porque los grandes, maldita sea, ya lo habían dicho hace siglos y entre los iguales siempre aparece alguno con más ingenio. Me solidarizo con el gremio: *Te admiro un poco y a ratos te quiero, colega*

¹ Un notable discípulo de Aron lo plantea en un libro interesante: Raymond BOUDON, *Pour-quoi les intellectuels n'aiment pas le libéralisme?*, Odile Jacob, París, 2004. También Stefan COLLINI, *Absent Minds. Intellectuals in Britain*, Oxford University Press, Oxford, 2006. Véase en especial el libro coordinado por Hayek de se cita con el capítulo primero .

² Me refiero a la Tercera de ABC “La lechuza de Minerva”, publicada el 14 de agosto de 2004. Ahora en mi libro *Las paradojas de la libertad*, Tecnos, Madrid, 2011, pág. 212 y sigs.

y amigo, hipócrita, hermano... No olvides citar aquí a Baudelaire, porque luego te acusan de plagio. Quieres ser libre como nadie y sin embargo eres prisionero de infinitas convenciones”. Fin de esta larga autocita.

Embriagados por ideologías extremistas, unos pocos dan el salto hacia la violencia. Ejemplos no faltan, por desgracia. El dogma exige una entrega sin condiciones: “no me agrada discutir y nunca me río”, decía el personaje de Dostoievski. Un paso más y se vuelve loco: “si Dios no existe, yo soy Dios”. Las referencias están en *Los endemoniados* (como se ha traducido siempre) o *Los demonios* (como se traduce ahora)³. El modelo era el anarquista Serguéi Nechayev, cuya personalidad se refleja en el ficticio Kiriloff. He aquí un razonamiento significativo: “La vida es sufrimiento, la vida es terror y el hombre es desdichado. Ahora, (...) el hombre ama la vida porque ama el sufrimiento y el terror. Eso es lo que hace (...) Hoy el hombre aún no es hombre. Vendrá un hombre nuevo, dichoso y orgulloso. Aquel para quien le sea indiferente vivir o no vivir, ese será el hombre nuevo. Aquel que vencerá al sufrimiento y al terror, y él mismo será Dios. Entonces, el otro Dios ya no existirá”. Estamos ante una expresión tópica del nihilismo, cuya influencia sobre los terroristas de antes y de ahora se utiliza con frecuencia por los estudiosos. Tal vez tengan razón, pero debo expresar mis dudas sobre el espíritu que mueve a quienes cometen crímenes atroces en nombre de ideologías intransigentes. Otro personaje (éste, femenino) de la misma novela tenía ideas muy precisas: aunque nihilista, la señora V... sabía transigir con las circunstancias cuando convenía a sus intereses.

Volvamos a la normalidad, al margen de patologías criminales. El intelectual tiende a resultar antipático al hombre vulgar, satisfecho con unas pocas ideas sencillas y unas jerarquías sociales bien definidas. En ese ámbito, se siente superior y, a veces, condescendiente. Lo peor es la distancia insalvable con el triunfador en la selva capitalista, porque, como bien dice Lipset, quien se ha enriquecido por su propio esfuerzo “tiende a destacar el valor del éxito material y del consumo ostentoso y a despreciar las actividades aparentemente improductivas”⁴. Eso sí, las grandes fundaciones permiten vivir mejor a nuestro intelectual crí-

³ Utilizo una versión quizá anticuada, producto de lecturas juveniles: Bruguera, Barcelona, 1960, pág. 166 y sigs.

⁴ Seymour Martin LIPSET, *El hombre político*, cit, pág. 296.

tico. Hay quien lo interpreta como expresión del *potlach*, igual que en las sociedades primitivas. En general, la respuesta gremial tiende a ser uniforme. Lo principal es (¿era?) ser un poco progresista, mejor si se asume críticamente la herencia del marxismo, pero siempre en contra de los neoliberales y los neoconservadores. En la batalla de las ideas, ya se dijo, la izquierda morirá de complacencia y la derecha de displicencia. En todo caso, lo principal es dejarse ver cerca del poderoso y lograr cuotas de presencia mediática. En general, ese cuasi monopolio del poder espiritual determina el comportamiento (también electoral) de las infinitas clases medias educadas (también a medias) en los mejores momentos del Estado de bienestar. Una vez más, el problema es que ahora el mensaje no llega por los medios convencionales: libros, revistas o periódicos. Por eso ya no tiene remedio la figura tópica de nuestro personaje, que necesita ser líder inflamando a la opinión o predicar la recta vía desde el partido de los elegidos. Para que nadie me lo reproche, recordaré que ya hemos citado a Zola y a Gramsci, prototipos de uno y otro modelo.

El intelectual aparece en este capítulo como inventor de *ideologías*, extraño vocablo surgido, como es sabido, de la imaginación de un curioso individuo, Antoine Destutt de Tracy. Tan extraño que concibe la “ciencia de las ideas” como parte de la Zoología, sin que el estudioso consiga encontrar una explicación plausible a esta adscripción peregrina⁵. Su endeblez doctrinal le hubiera proporcionado un pasaporte para el olvido si no llega a ser por la condena rotunda de Napoleón Bonaparte, cuya antipatía hacia *les idéologues* es similar a la que siente por los hermeneutas del *Code*, excepto la interpretación literal a cargo de la escuela de la exégesis. Como precursor, suele citarse a Bacon en el *Novum Organum*, con sus *idola* que perturban el camino hacia el conocimiento verdadero. También es fácil rastrear algún planteamiento de ese estilo en muchos ilustrados. Pero, por supuesto, la clave está en Marx y Engels, en *La ideología alemana*, con la tranquilidad que otorga hallarse en posesión de la verdad como padres del socialismo científico: ideología equivale a “falsa conciencia” (*falsches Bewusstsein*), y ese es el pecado original del pensamiento burgués. El siguiente paso conceptual es muy sencillo: aplicar al marxismo su propio método de aná-

⁵ Los *Textos políticos de los ideólogos* han sido publicados por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004, a cargo de María Luisa Sánchez Mejía. A mi juicio, el más interesante es Cabanis.

lisis. Por alguna razón, valga la ingenuidad, buena parte de la ciencia social ha preferido evitar esta enojosa tarea, aunque el propio Karl Mannheim, referencia indiscutible, admite que esa es la obligación de un investigador objetivo⁶. Queda así inscrito en el ADN de la ideología su carácter de autoengaño y falsificación. Como escribe Martin Kriele, “un síntoma del carácter ideológico de una convicción es la reacción irritada, enojada o indignada frente al intento de cuestionarla”. De hecho, añade, todos pretenden descalificar como “ideológica” la posición del adversario y defender la propia como “no ideológica”⁷.

Con o sin matiz peyorativo, el debate sobre las ideologías ocupa un lugar prioritario en el quehacer de los intelectuales. Bastante menos, a veces muy poco o casi nada, en el día a día de los políticos y de la inmensa mayoría de los ciudadanos. Por eso, los grandes libros plantean grandes cuestiones. *The End of Ideologies*, de Daniel Bell, provocó una verdadera conmoción en los años sesenta⁸. El estamento que administra este sector (marginal) de la vida pública reaccionó con notable virulencia en contra de la propuesta del académico de Harvard. Antes de la crítica, conviene recordar su tesis esencial: una política “civil”, dice Bell, ha remplazado a la política “ideológica”, de manera que ya no se trata de establecer una sociedad en función de un proyecto previamente diseñado, sino de mejorar las condiciones reales de la vida social y económica a través de *policies* que aporten soluciones adecuadas a problemas concretos. Se quejaba el autor algún tiempo después: “hay ciertos libros que son mejor conocidos por sus títulos que por sus contenidos, y el mío es uno de ellos”. La reacción, en efecto, fue fulminante: defensa del *statu quo*, instrumento de la Guerra Fría, tecnocracia contra democracia... También se acusó a Bell de errar en el diagnóstico, en pleno auge del debate sobre Vietnam, la rebelión colonial, el mayo del 68 francés. El autor siempre fue consciente de las implicaciones “ideológicas” de su

⁶ Karl MANNHEIM, *Ideología y utopía*, cit., cap. V. Véase, Arne NAESS, “Historia del término ideología desde Destutt de Tracy a Karl Marx”, en Irving Louis HOROWICZ (ed.), *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1964, pág. 23 y sigs.

⁷ Martín KRIELE, *Introducción a la Teoría del Estado. Fundamentos históricos de la legitimidad del Estado constitucional democrático* (1975); en español, Depalma, Buenos Aires, 1980, pág. 241.

⁸ Daniel BELL, *El fin de las ideologías. Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta* (1960). Utilizo la edición española del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, que incluye un muy interesante “epílogo” del propio Bell, de 1988. Como es frecuente en el ámbito académico norteamericano, se trata más bien de una recopilación de trabajos previamente publicados.

tesis: en realidad, trataba de demostrar el fin de las posiciones “fáciles” de la izquierda. El gremio intelectual solventó el debate con una fórmula relativamente sencilla: el supuesto fin de las ideologías es, en rigor, una *ideología* más, profundamente conservadora y tecnocrática⁹.

Un debate similar se produjo mucho después a propósito de Fukuyama y su intuición de raíz vagamente hegeliana sobre el fin de la Historia¹⁰. También en este caso la tesis se formula tras la crisis terminal de la ideología por excelencia, el marxismo soviético, que medio mundo padeció durante medio siglo y que encandiló a los intelectuales europeos bajo el seguro refugio de las democracias burguesas. Aunque sea discutible el éxito universal del *american way of life*, es cierto que Fukuyama planteaba una cuestión capital que no se puede reducir a la crítica liviana del comentario sarcástico. Por otra parte, los hechos han dado la razón parcialmente al denostado Huntington con el *clash* de las civilizaciones¹¹. Bien sabemos los españoles que el Islam puede ofrecer una cultura exquisita. Los ejemplos se multiplican desde Córdoba hasta Bagdad. Pero todas las gentes de buena voluntad contemplamos horrorizados las prácticas terroristas de los fanáticos, ya sea Al Qaeda y sus franquicias locales, ya sea el Estado Islámico con sus refuerzos desde la *banlieu* de muchas ciudades europeas. El verdadero intelectual tiene prohibido tomar la parte por el todo y acusar de forma indiscriminada a un colectivo, pero puede y debe señalar por su nombre a quienes merecen una condena sin falsos pretextos.

El terror nunca es ideología o religión, sino crimen injustificable. Hablamos aquí de gente respetable, al margen de que lleven o no razón en sus convicciones políticas. ¿Cuántas y cuáles son las ideologías *vivas* a estas alturas del siglo XXI? La respuesta depende por supuesto de la amplitud que se otorgue al concepto. Está claro que no se identifica con Ideas o Pensamiento, sino que incluye una vertiente práctica, suma de “representación” de la sociedad y de “programa” polí-

⁹ Así se interpretó también en la España de la época la adaptación de la tesis de Bell, en el libro de Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *El crepúsculo de las ideologías* (1965). El diplomático y académico, atento siempre a las novedades, ha sido objeto de una monografía reciente: Carlos GOÑI APETEGUÍA, *Teoría de la razón política. El pensamiento político de Gonzalo Fernández de la Mora*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2013.

¹⁰ Francis FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre* (1992); trad. esp. Planeta, Barcelona, 1992.

¹¹ Samuel HUNTINGTON, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*; Simon and Schuster, Nueva York, 1996.

tico¹². Si se admite la ironía, ideología es *una Idea seguida de un “ismo”*. Desde una perspectiva sensata, podemos considerar operativas en las democracias contemporáneas las siguientes ideologías: conservadurismo, liberalismo, socialismo, comunismo, nacionalismo y populismo. Habrá que debatir también sobre si existe o no el “democratismo”. Con una precisión: liberal y democrático ocupan ya un lugar en el mundo de las creencias, en sentido orteguiano, con la consecuencia inevitable de que los términos se diluyen hasta alcanzar (casi) la indefinición. Vamos a dedicar alguna reflexión a estas cuestiones.

El *conservadurismo* cotiza a la baja en una sociedad marcada por lo políticamente correcto. Los propios partidos de derechas huyen de un concepto que viene cargado hoy día de connotaciones negativas. La excepción, cómo no, es Inglaterra, donde los *tories* siguen en primer plano, sea en el poder o en la oposición. Los ancestros son muy brillantes: Burke, el principal; John Adams; Joseph de Maistre; los románticos ingleses; los doctrinarios franceses y españoles... Las señas de identidad derivan del choque contra la Ilustración (radical) con su creencia en la razón abstracta y el progreso indefinido. Más bien, es una ideología movida por la imperfección constitutiva de la condición humana y, por tanto, por la conveniencia de actuar con sensatez aprovechando *the wisdom of our ancestors*¹³. Por cierto que el conservador genuino se siente muy incómodo con el concepto de ideología. Escuchemos a Russell Kirk, en un texto muy significativo: “No somos ideólogos; no creemos que puede haber remedios para todos los males que puedan afectar a la carne. Estamos con Burke en contra de las doctrinas abstractas y los dogmas teorizantes...”¹⁴.

Estamos ante una ideología que actúa a la defensiva. Tradiciones y costumbres inmemoriales, desigualdades naturales y jerarquías sociales son difíciles de traducir en programas políticos sugerentes. Sin duda, el modelo Reagan/Thatcher es la última reacción contra el predominio

¹² Robert ECCLESHALL, “Introducción” a su libro, con varios coautores, *Ideologías políticas* (1984); trad. esp. Tecnos, Madrid, 1993, pág. 7 y sigs. También, Terry EAGLETON, *Ideología: una introducción* (1991); trad. esp. Paidós, Barcelona, 2005, y Michael FREEDEN, *Ideología* (2003); trad. esp. Universidad de Cantabria, Santander, 2013.

¹³ Hay buenos libros sobre esta materia. Me limito a citar a Robert NISBET, *Conservadurismo* (1986); trad. esp. Alianza, Madrid, 1995, y a Roger SCRUTON, *The Meaning of Conservatism*, Penguin, Harmondsworth, 1980.

¹⁴ El texto, en rigor, es el editorial del primer número de la revista *Modern Age*, pero es lógico suponer que su autor fue Kirk. Reproducido en Amando de MIGUEL, cit., pág., 183.

de la mentalidad socialdemócrata. Con algún matiz: uno y otra introducen la economía liberal en un contexto ideológico que, sobre todo en el caso británico, muestra manifiesta simpatía por un Estado activo y protagonista en los procesos socioeconómicos. En tiempos de prefijos, hoy día se habla más bien de *neoconservadores*. En origen, un grupo selecto de intelectuales norteamericanos, muchos procedentes de la izquierda, que rechaza las derivaciones radicales de la *New Left*. Entre ellos, Irving Kristol, Nathan Glazer o los ya citados Lipset y Bell. Más recientemente, *neocons* se identifica con el grupo que domina el primer mandato del segundo Bush, reacciona ante el 11-S y convierte a la guerra de Irak en el símbolo del (por ahora) último conflicto ideológico en política exterior entre la izquierda y la derecha. Ahora están fuera del foco, pero los avatares de la realidad internacional podrían situar algunas ideas de este sector “activista” entre las alternativas de los Estados Unidos cuando concluya la presidencia de Obama. Aunque, para ser prudentes, conviene no adelantar acontecimientos.

Liberalismo es, a estas alturas, un concepto *imposible* de precisar¹⁵. Ha sabido luchar contra el absolutismo, ser protagonista de la Ilustración, aliarse a veces con el nacionalismo, adjetivar la democracia y —ahora mismo— adaptar su discurso a la globalización. Sus márgenes son tan amplios y su capacidad de acogida tan generosa que corre el peligro de convertirse en un fórmula multiuso que no significa nada concreto. Sin embargo, aunque es una “doctrina proteica”, su idea fundamental es extremadamente simple: considera que el valor moral reside en el individuo¹⁶. Hay liberales ortodoxos y heterodoxos, conservadores que defienden el liberalismo económico y liberales en política que no rechazan el intervencionismo del Estado. Algunos resultan imposibles de clasificar: Dahrendorf podría ser un ejemplo. Lo cierto es que el liberalismo no puede ser reducido a un código, ya que por definición es un sistema abierto. Desde el punto de vista de la Teoría Política (que no coincide con las mismas escuelas en Economía) hay, en el siglo XX, liberales “clásicos” (menos Estado: Aron, Berlin, Popper) y “postclásicos” (casi sin Estado: Hayek, Nozick, los teóricos de *Public Choice*, etc...) Por supuesto,

¹⁵ Para la historia, sigue siendo útil el clásico Ruggiero. En esta Real Academia, Dalmacio NEGRO PAVÓN, *La tradición liberal y el Estado*, discurso de recepción pronunciado el 8 de mayo de 1995. Entre la abrumadora bibliografía actual, John GRAY, *Liberalismo* (1986); trad. esp., Alianza, Madrid, 1994. Una perspectiva muy distinta en David BOAZ, *Liberalismo: una aproximación* (1997); en español, Ed. Gota a Gota, Madrid, 2007.

¹⁶ John A. HALL y G.J. IKENBERRY, *El Estado* (1991); trad. esp. Alianza, Madrid, 1993, pág. 13.

la confusión entre Estados Unidos y Europa sobre el sustantivo “liberal” es buena prueba de la contingencia del lenguaje político. Muchos profesores hemos tenido que dedicar una clase entera para explicar a los alumnos por qué Rawls no es un liberal, a pesar de lo que dicen todos los libros. Todo lo contrario que Nozick, cuyo Estado “mínimo” plantea en su primera línea una pregunta que debería ser la clave en todos los estudios de Teoría Política. El sentido de la duda se conserva mejor en el original inglés: *If the state did not exist would it be necessary to invent it?*¹⁷.

Casi todos, políticos o intelectuales, se reclaman “liberales” cuando se trata del terreno ético o político en sentido amplio. Por eso, para expulsar a los recelosos del *Welfare State* al limbo de la incorrección se generalizó el término *neoliberal*. En Italia, siempre refinados en los usos conceptuales, se distingue nítidamente entre liberalismo y *liberismo*. Si añadimos la existencia de *libertarians*, más o menos próximos al Tea Party, la confusión alcanza niveles muy notables. Hoy día pasa por sinónimo de malvado defensor de la codicia empresarial frente al intervencionista solidario. No vamos a insistir en un debate ya planteado una y mil veces, al que se alude aquí y allá en varios capítulos de este discurso. Quede claro, como resumen, que por este camino la distancia entre liberalismo/creencia y neoliberalismo/ideología resulta ya insalvable.

Socialismo significa hoy socialdemocracia¹⁸. Pero tampoco es fácil trazar sus señas de identidad, al margen de algunos tópicos sobre igualdad socioeconómica, retórica progresista y una serie de lamentos, propuestas y ocurrencias varias sobre la crisis del Estado social. A pesar de Fukuyama, la historia no terminó con la caída del Muro y tampoco la primacía de la izquierda en la batalla de las ideas. Continúa siendo hegemónica, aunque gestiona con cierta torpeza esa posición preferente y descuida los nuevos códigos de circulación ideológica, menos formalizados pero no por ello menos eficaces. Quedan lejos, por supuesto, los tiempos revolucionarios superados por el “vértigo” del espíritu moderno, como diría Baudelaire. Ahora, superada la utopía, fuera sueño o pesadilla, la izquierda lucha con cierta ventaja para ganar la herencia de la Ilustración que la derecha entrega sin apenas resistencia, con la muy notable excepción de la Economía (teórica y práctica). Por eso, los vie-

¹⁷ Robert NOZICK, *Anarchy, State and Utopia*, Basic Books, New York, 1974, pág. 3.

¹⁸ Para la historia, Cole y Droz, entre otros muchos. A día de hoy, me arriesgo con un solo título: Bernard CRICK, *Socialismo* (1987); trad. esp. Alianza, Madrid, 1996.

jos dogmas, tantas veces intransigentes, dejan paso a un “estilo” de estar en el ágora y de hacer suyos territorios novedosos, antes ajenos a la vida pública.

El socialismo pragmático habla hoy día de una sociedad decente¹⁹. *Decencia* es, por cierto, un caso paradigmático de la evolución social de la lengua. Sin duda, nuestros abuelos lo utilizaban con un significado diferente. El sector todavía mayoritario de la izquierda pretende mantener un equilibrio a veces imposible entre una política económica que apenas se diferencia de la derecha neoliberal y una “cultura” concebida como modo de vida a partir de una estética ingrátida y superficial. Todo ello, cómo no, aderezado por un respeto hacia los mayores en forma de lucha de clases y sujetos activos de la Historia, siempre en el marco de la mera retórica. Cuando piden el voto, los socialistas actúan naturalmente como un *catch-all-party* y cuando ostentan el poder (o la oposición “fuerte”) ejercen de partido *cartel*. En esto sí que no hay diferencias entre ideologías: la derecha (se llame conservadora, liberal, popular o de cualquier otra manera) hace exactamente lo mismo.

Enfrentada a nuevos retos, la izquierda tiene que reforzar los elementos nucleares de la razón ilustrada. Debe replantearse si es acertado sustituir la tendencia genuina hacia la igualdad por el reconocimiento indiscriminado de la diferencia. O si el ideal de la libertad resiste al fuerte intervencionismo del Estado exigido por la concepción de aquella como ausencia de dominación. También, si no sería preciso matizar ciertos excesos del constructivismo, esto es, de la fe ciega en el conocimiento racional del bien y su puesta en práctica por medio de instrumentos coactivos. En su día, el socialismo supo rechazar los medios inaceptables, en particular la vía revolucionaria. La clave reside ahora en reorientar los fines del proyecto en función de los cambios sociales irreversibles, siempre desde la vigencia de una base moral que pretenda corregir las injusticias. Tal vez ha llegado el momento de los nuevos fabianos, herederos de Wells, del matrimonio Webb o de Shaw, entre otros muchos, incluido Crossman, “biógrafo” del Estado moderno en un libro muy difundido entre nosotros. Las gentes de la Fabian Society, herederas del optimismo ilustrado y confiadas en la acción pedagógica

¹⁹ Avishai MARGALIT, *La sociedad decente* (1996); trad. esp. Paidós, Barcelona, 2010. Es llamativo que algún movimiento populista muy a la izquierda retome la misma idea y elabore guías de acción para “gente decente” que desea acabar con la “casta”.

y el reformismo gradual, gustaban —como buenos socialistas— de la intervención del poder público y predicaban un sentido de la responsabilidad más puritano que kantiano frente a la hipocresía victoriana. Recuérdese el viejo lema “educar, agitar, organizar”, propio de estos “socialistas de agua y gas”, como los califican con malicia desde sus propias filas por su empeño en fortalecer los servicios públicos locales. Fueron influyentes, sin duda: los famosos informes de lord Beveridge que están en el origen del Estado de bienestar y el espíritu de algunos miembros del grupo Bloomsbury, entre ellos Keynes, se inscriben en la filiación intelectual fabiana. Nadie va a caer en la ingenuidad de aquellos respetables escritores cuando fueron recibidos en Moscú por el camarada Stalin... Pero es razonable pensar que la izquierda puede encontrar en ellos una inspiración inteligente para una sociedad que exige no solo buenas intenciones, sino también una gestión eficaz y eficiente. Como luego diremos, los fabianos son la mejor expresión del moderantismo en la izquierda.

Comunismo significa poco o nada desde la caída del Muro, porque todos huyen en desbandada de un “ismo” desprestigiado por el fracaso espectacular del modelo soviético. La ortodoxia del Partido está relegada al rincón de los trastos inservibles y los nostálgicos eluden el término “comunista” cuando se trata de captar votantes desengañados de falsas promesas. Por eso, este párrafo será más breve que otros. A estas alturas, asumido que el “eurocomunismo” supuso un giro sincero hacia la democracia pluralista, queda muy poco que ofrecer, excepto a los amantes de ideologías pétreas. El único terreno posible es la denuncia de la deriva burguesa del socialismo, pero ya no están los tiempos para seguir discutiendo sobre las discrepancias entre la segunda y la tercera Internacional o sobre ortodoxos y renegados. Peor todavía, porque a la izquierda de la izquierda aparece un populismo renovado que amenaza con ocupar el espacio político que aún conservan estas ideologías. Antes recordaba el epitafio de Furet: el comunismo termina “en una especie de nada”. Sin duda, el desplome de la Unión Soviética y sus países satélites es la mejor prueba de que las ideologías ya no son lo que fueron y ya nunca volverán a serlo.

El *nacionalismo* es una ideología residual en el mundo global. Me refiero a los nacionalismos irredentos, con aspiraciones estatales y en busca de sociedades homogéneas que ya no existen. Me consta que esta afirmación resulta extraña para los españoles, porque el debate territorial consume entre nosotros buena parte de las energías. También en

Canadá (cada vez menos), en el Reino Unido (sorprendentemente), en Bélgica (endémicamente) y poco más. Luego veremos el caso español. Recordemos aquí que su origen se sitúa en el tránsito desde los ilustrados a los románticos y, sobre todo, en el propósito más o menos consciente de otorgar una identidad a quienes no la tienen²⁰. Ese proceso de nacionalización de las masas culmina en las trincheras de la Gran Guerra de 1914-1918, cuando Europa descubre (demasiado tarde) que los proletarios *sí* tienen patria. Aquí y ahora, una única reflexión sobre el nacionalismo en relación con el moderantismo político. Aunque parezca lo contrario, esta ideología/movimiento no se identifica históricamente con las clases medias. En cambio, una legión de intelectuales hizo suya una causa que favorece su *status* profesional y los “grandes” burgueses defendieron un proteccionismo que cierra fronteras a la competencia. Pero las clases medias, aquí y en todas partes, intuyen el peligro de las pasiones desatadas y, sobre todo, son conscientes de quién suele pagar la factura de los desmanes. Eso sí, no nos engañemos, la prudencia les lleva a cumplir cuando hace falta las obligaciones que impone el medio social: exhibir la bandera, asistir a las concentraciones, apoyar en todo a “los nuestros”... La añoranza de una comunidad imaginaria siempre está presente.

El *populismo* crece por todas partes²¹. Como el concepto arrastra una connotación peyorativa nadie deja que le identifiquen como tal. Sobre todo, la izquierda extrema, de corte chavista y similares, utiliza el término para descalificar a la derecha extrema, pero pretende estar al margen de esta forma “corrupta” (en el sentido clásico) de democracia: el populismo es, en efecto, la demagogia de nuestra era. Por supuesto, la derecha radical es notoriamente populista. El perfil psicosocial de los afiliados y simpatizantes de estos grupos coincide punto por punto con la personalidad autoritaria de siempre: pueblo verdadero, identidad nacional, retórica suprapartidista e interclasista, prioridad del hombre corriente... en lucha contra el malestar, la anomia, el resentimiento o la

²⁰ Es la tesis muy bien construida de Eugène J. WEBER, *Peasants into frenchmen. The modernization of Rural France* (1870-1914), Stanford University Press, 1976. Un buen libro de conjunto, Liah GREENFELD, *Nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad* (1992); trad. esp. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2005.

²¹ No hay bibliografía de conjunto, porque los populistas prefieren ignorarse entre sí. Para la izquierda, son importantes Ernesto Laclau o Chantal Mouffe. Para la derecha, Alain de Benoist o Julius Évola.

incomodidad ante el pluralismo y sus expresiones públicas. Las recetas ofrecen más de lo mismo: ley y orden, autarquía contra globalización, capitalismo social y nacional. Por supuesto, anticomunismo visceral y, hoy día, antiprogresismo cultural. Pero también antipatía manifiesta hacia Estados Unidos y los burócratas de Bruselas. En todos los casos, fijación obsesiva contra la inmigración, raíz de todos los males.

En general, les importan ahora menos que antes los valores tradicionales (religión, familia) impulsados por los conservadores convencionales y no acaban de aceptar el capitalismo competitivo al gusto de los neoliberales, a pesar de que algunos resucitan doctrinas biológicas, unas metafóricas y otras seudocientíficas (sociobiología, neodarwinismo...). No admiten la ampliación de los sujetos beneficiarios del Estado de bienestar, sobre todo si son inmigrantes, pero están muy dispuestos a conservar o a recuperar los beneficios alcanzados gracias a un Estado fuerte. Sin descalificaciones que turban el buen juicio, cabe describir a estos neopopulistas como gentes que aman a la autoridad frente a la libertad y a las sociedades cerradas antes que a la libre circulación de personas e ideas. Han superado, en todo caso, la fase tradicional del corporativismo y pretenden dirigir un mensaje elemental hacia individuos y grupos que no encuentran su sitio en la sociedad de los valores postmaterialistas.

También es populista el radicalismo de izquierdas. Como en el caso anterior, mezcla palabras respetables con propósitos inaceptables y denuncia injusticias ciertas para caer en otras peores. La historia doctrinal de la extrema izquierda cuenta con más precedentes curiosos que pensadores sólidos. Siempre hay un lugar para las sectas protestantes y los *diggers*, para Babeuf y, por supuesto, para las formas diversas de anarquismo y su negación abstracta de la legitimidad. Hoy día, cuestionan la democracia, el mercado y —en casos patológicos— la propia ciencia, esto es, los supuestos de la modernidad, en nombre de los oprimidos y excluidos. Contra la visión cartesiana y mecanicista que atribuye sin matices a Occidente, Fritjof Capra ofrece una alternativa con relativo éxito entre determinados movimientos sociales a base de neologismos y literatura marginal. La mezcla de esta “sabiduría insólita” ofrece citas inconexas en proporciones variables: filosofía irracionalista, misticismo, redes espirituales y ecológicas, cooperativismo, pertenencia a una comunidad superior, apuntes varios de feminismo... Una vez desveladas estas “conexiones ocultas”, el autor ofrece una solución que se parece demasiado a los “falansterios” de Fourier. Ahora se llaman “agru-

paciones ecodiseñadas con tecnologías locales y de pequeña escala”²². En fin, hay que remitirse también a las obras de combate ideológico de Negri o de Chomsky. Más palabras que hechos.

El futuro de los extremismos en el siglo XXI plantea muchas dudas. La razón es muy simple. Mientras la derecha conservadora y liberal se siente obligada a marcar distancias con los “ultras” incluso en el terreno doctrinal, la izquierda en sentido amplio no tiene problemas teóricos para asumir propuestas radicales. Otra cosa es, por supuesto, cómo gestionan el poder los socialistas cuando les corresponde su ejercicio democrático. La clave del futuro reside en el triunfo de la política sobre los extremismos antipolíticos. La demagogia, ya lo decía Aristóteles, es la peor forma de gobierno porque conlleva la corrupción de la democracia. Es lógico: *corruptio optima pessima*.

En fin, la *democracia* no debería ser un “ismo”. En teoría, ha conseguido elevarse, con sus grandes y servidumbres, sobre la confusa discusión entre ideologías para alcanzar el selecto territorio reservado al Espíritu de la Época. No plantea dudas su condición como forma legítima de gobierno y todos recordamos los elogios que ha merecido, desde Pericles a Abraham Lincoln, en las páginas más brillantes de la Historia de las Ideas. Sin embargo, plantea demasiadas dudas cuando apelamos al debate sobre las grandes cuestiones: ¿Qué es el *demos*? ¿Qué derechos conservan las minorías frente a la mayoría? ¿Dónde se sitúan los límites intangibles en el ejercicio del poder? Es tiempo de *democracias inquietas*, y a esa decisiva cuestión dedicamos hoy día nuestro esfuerzo quienes tenemos el deber (vocacional y profesional) de pensar sobre la política. Por eso es preocupante el resurgimiento del *democratismo* como elemento ideológico²³. Ya hemos hablado de democracia de “máximos”, democracia sin liberalismo o sin constitucionalismo y gobierno del pueblo debidamente dirigido por una elite portadora del sentido de la Historia. Dejemos, pues, a la democracia como forma de Estado y de gobierno y olvidemos la tentación, manifiestamente populista, de utilizar un nombre respetable para sustentar opciones radicales.

²² Fritjof CAPRA, *Las conexiones ocultas* (2002); en español, Anagrama, Barcelona, 2003. Ahora la moda es “empoderar” a los grupos marginados que carecen de poder. Aunque ya lo admite el Diccionario, habría que buscar alguna traducción mejor para *empowerment*.

²³ Véase, en tono crítico, Jose María RUIZ SOROA, *El esencialismo democrático*, Trotta, Madrid, 2010.

Última cuestión. En este repaso en forma de *collage* a las ideologías presentes en el mundo contemporáneo hemos utilizado con naturalidad los conceptos *derecha* e *izquierda*. Es un tópico decir que son planteamientos superados, una especie de cómodo expediente para no tener que pensar en nuevos esquemas teóricos. Discrepo por completo. La razón es muy simple: con toda certeza, quien haya seguido el razonamiento no ha tenido ningún problema en identificar qué quiere decir ser de “derechas” o de “izquierdas”. Son conceptos útiles, aunque no es fácil explicar racionalmente las intuiciones. En el mismo sentido, Yuval Levin afirma que la distinción sigue vigente, mediante el estudio de las referencias de origen: Burke y Paine, respectivamente. En rigor, perviven como “estilos” de pensamiento y acción, aunque las fronteras son cada vez más permeables²⁴. Norberto Bobbio simplifica en exceso los términos de un problema complejo, pero ayuda a conocer el punto de vista del socialismo sobre su propia naturaleza²⁵. Según este enfoque, hay que acudir a cinco criterios de distinción: por razón del tiempo, progreso/conservación; del espacio, igualdad/desigualdad; de los sujetos, autonomía/heteronomía; de la función, clases inferiores/clases superiores, y del método de conocimiento, racionalismo/irracionalismo. Este último criterio resulta, a mi entender, particularmente erróneo, fiel reflejo de una mentalidad complaciente hacia las posiciones propias.

Izquierda y derecha son un ejemplo perfecto de la difícil tarea que incumbe a la Ciencia Política a la hora de definir y precisar conceptos. Creo, sin embargo, que significan algo más que viejas etiquetas sin contenido. El problema siempre es el mismo. ¿Qué es “derecha” y qué es “izquierda”? Valga la célebre respuesta agustiniana sobre el Tiempo: “si no me lo preguntan, lo sé; si me lo preguntan y pretendo explicarlo, *no lo sé*”.

²⁴ Yuval LEVIN, *The Great Debate. Edmund Burke, Thomas Paine and the Birth of Right and Left*, Basic Books, Nueva York, 2013. Por cierto que los dos pensadores, ambos británicos, coinciden en el apoyo a los revolucionarios americanos, cada uno por sus propias razones.

²⁵ Norberto BOBBIO, *Derecha e Izquierda. Razones y significados de una distinción política* (1994); trad. esp. Taurus, Madrid, 1995.

2. Los expertos prefieren la eficiencia

El personaje de Graham Greene en *El americano impasible* tiene las cosas muy claras: “no quiero *cracias*, ni *ismos*: solo *hechos*”²⁶. Lo cierto es que Bell, Galbraith, Burnham, (críticamente) Touraine y otros autores de moda en mis años de estudiante universitario sentaron las bases de una nueva doctrina, de estilo weberiano. En síntesis: la sociedad postindustrial prefiere las técnicas asépticas del experto y rechaza las pasiones férvidas del ideólogo. Otra vez hay un choque de mentalidades: al experto, especialista en una materia concreta, las ideologías le parecen una “fantasía” en el sentido de Pareto. Incluso los filósofos que apuestan por la tecnocracia parten igualmente de la crítica (a veces merecida) hacia esas doctrinas que simplifican y vulgarizan las Ideas. En principio, el contraste se plantea entre burocracia y tecnocracia, como tipos ideales de dominación²⁷. El experto piensa en términos de solución óptima, *the best one way*, en función de una razón técnica que no admite discusión por los profanos. Es el reflejo de una civilización tecnológica, de la que se han ocupado a favor o en contra los más notables pensadores, desde Jünger a Marcuse: ciencia y técnica forman así un *continuum* que crea fórmulas operativas cuya condición nuclear es la eficiencia, suma de eficacia y gestión óptima de los recursos. Lo que importa a nuestros efectos es su repercusión en el principio de legitimidad: en definitiva, es legítimo lo que es eficaz y en función de ello se valora el marco institucional²⁸. En fin, las ciencias sociales se adaptan en lo posible a una nueva fórmula de ejercicio del poder que rompe muchos esquemas. En Ciencia Política, la tiranía del *political system* se implanta durante los años “felices” de la utopía tecnocrática y la convergencia de modelos. Ha pasado mucho tiempo y han cambiado muchas cosas, pero los problemas políticos siguen todavía, y seguirán siempre, sin tener una solución óptima.

²⁶ Graham GREENE, *El americano impasible* (1955); trad. esp. Bruguera, Barcelona, 1980. Ahora se suele traducir *quiet* por “tranquilo”, sin duda más pegado a la letra.

²⁷ Muy riguroso, Manuel GARCÍA-PELAYO, *Burocracia y tecnocracia*, en su obra de igual título, Alianza, Madrid, 1974; en especial, pág. 32 y sigs. Ahora en sus *Obras Completas*, cit., vol. II, pág. 1385 y sigs. El autor contrapone la racionalidad burocrático —jurídica con la tecnocrático— científica. Pelayo no llegó a percibir el surgimiento de un Derecho de la empresa, más allá de las disciplinas clásicas, cuyos cultivadores forman parte sustancial de la gestión del capitalismo financiero, aunque muchos proceden en origen de la función pública en sus niveles superiores.

²⁸ Muy conocido y citado, Jürgen HABERMAS, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* (1973); en español, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

Los cultivadores del pensamiento ideológico, especialistas en todo y en nada, quedan relegados al escalafón de los oficios a extinguir. Conscientes de su deficiencia ontológica, la reacción es implacable: la eficiencia es una burda maniobra neoliberal para justificar la “cruzada” del mercado contra el Estado. La apelación religiosa no es inocente, claro, al menos en España. De ahí damos el salto a la postpolítica, que fomenta la apatía y el desinterés de las mayorías oprimidas en una democracia sin verdaderos ciudadanos. Los “eurócratas” de Bruselas son el blanco perfecto. Para el populismo de derechas, porque retoma así la vieja ironía del general De Gaulle sobre la Comisión como un “arcópagos lejano, apátrida e irresponsable”. A su vez, el populismo de izquierdas estaría encantado si pudiera decir lo mismo, pero se contiene para no coincidir con el otro extremo y apela vagamente a la Europa de los ciudadanos. Lo dicen con poca convicción porque son conscientes del aire localista que transmite la “gente” que ocupa de vez en cuando las plazas de las grandes ciudades.

Por lo demás, el perfil psicológico y sociológico del *experto* no tiene nada que ver con el intelectual. Sea cual sea su formación universitaria, adquiere de inmediato una mentalidad cientificista y la aplica allí donde desarrolla su actividad profesional. El intelectual le reprocha su positivismo árido y estrecho de miras. A la inversa, el tecnócrata se irrita cuando tiene que debatir con un extraño espécimen capaz de hacer magia con las palabras y de eludir los hechos. Hablan lenguas distintas y tienden al desprecio recíproco, clausurando así antes de empezar la posibilidad de discutir con buenos argumentos. Es frecuente que el éxito socioeconómico del experto, traducido en una remuneración muy superior (al menos, en el sector privado), produzca también envidias y resentimientos. A su vez, cierta torpeza del tecnócrata en el terreno cultural ofrece una satisfacción moral al hombre de letras, que se permite comentarios burlescos y desdeñosos. Todo está preparado para que no se entiendan²⁹. Puestos a simplificar, la República de las Ciencias y la República de las Letras viven en mundos contrapuestos.

En este contexto se plantea el debate sobre una derecha de perfil bajo en términos políticos, que juega sus bazas democráticas en una *gestión eficaz* liberada de la política ideológica. Parece desconcertada en el terreno de las ideas y suele responder con un cierre de filas en

²⁹ Ludwig VON MISES incluye en sus obras múltiples comentarios, a veces irónicos, sobre este contraste de carácter y actitudes.

torno a valores tradicionales que son difíciles de traducir en propuestas atractivas para una sociedad del siglo XXI. Está segura de tener razón, pero no consigue que se lo reconozcan. Le irrita que antiguos marxistas reconvertidos continúen dando lecciones de democracia. Ofrece datos y cifras que no dejan lugar para la controversia. Da lo mismo: esta disputa se libra en el terreno intangible de las preferencias subjetivas (ideológicas, si se quiere) y no se gana ni se pierde en el ámbito prosaico de las magnitudes macroeconómicas. Con demasiada frecuencia, la derecha abandona el campo de batalla y se refugia en terreno seguro: escuelas de negocios, cuentas de resultados, análisis coste/beneficio... Por eso, cuando gobierna tiende al pragmatismo y cuando está en la oposición oscila entre el desaliento y la desmesura. Ya he dicho que, a mi juicio, necesita su propio Gramsci para convencerla de que es fundamental el dominio de los resortes ideológicos. O, al menos, saldar con un empate la batalla de las ideas en el confuso espacio público de nuestro tiempo. Tenga o no tenga razón, siempre será difícil transmitir un mensaje positivo sobre la globalización o el beneficio empresarial, pese a la evidencia de que la única fuente de la prosperidad colectiva se llama economía de mercado.

El empeño en sustituir la actividad genuinamente política por la administración de las cosas no es exclusivo de conservadores y liberales. En rigor, su origen es socialista, tanto en el estilo “politécnico” de Saint-Simon como en la fórmula “científica” de Marx. Sin embargo, es notorio que la izquierda se siente cómoda en el plano ideológico, donde arrincona a su adversario con apelaciones al altruismo frente al egoísmo. La tecnocracia es, a estas alturas, un estigma difícil de superar: “orden y progreso”, según el famoso lema de Comte. Es un equipaje ligero para competir en el mercado político de las democracias avanzadas. El Estado social ofrece al ciudadano niveles de bienestar que adquieren la naturaleza de derechos adquiridos. Las reflexiones de Ortega sobre las masas satisfechas se han visto confirmadas en su integridad. Pero al votante ya no le convence la simple garantía de unos beneficios que considera como propios. Por eso es inútil luchar en el terreno de los hechos cuando el debate discurre en el ámbito de las conciencias. En definitiva, la democracia es incompatible con una mera gestión eficaz liberada de la política de ideas, acaso con la excepción de sociedades prósperas, homogéneas y poco conflictivas. En rigor, eficacia y eficiencia son presupuestos para competir con posibilidades de éxito en el mercado electoral. Son condiciones necesarias pero no sufi-

cientes, porque nadie vota a los malos gestores pero casi nadie vota a los que son únicamente buenos gestores.

Si el mercado es un medio óptimo para economizar virtudes y favorecer la autonomía individual, no es fácil resistir la tentación de trasladar sus mecanismos a la política. Por supuesto, aquí se introduce la idea de un Estado neutralizado y la separación tajante entre lo público y lo privado. Además, de forma expresa o tácita, los politólogos y otros científicos sociales contemplan con envidia los progresos de la Economía. Como ya nadie cree en una eventual “física social” y las teorías biológicas de la sociedad están merecidamente desprestigiadas solo nos queda aprender de los alumnos más aventajados de la clase en la escala del cientificismo. La Física tampoco es lo que era, nublada la claridad newtoniana por dudas y relativismos. Los determinismos geográficos o biológicos solo conmueven a estas alturas a los nacionalistas reaccionarios. En efecto, el organicismo generó —todavía no hace un siglo— racismos atroces en nombre de imperialismos en busca de “espacio vital”. Lo peor es el ridículo: doctrinas lamentables como la concepción antropomórfica del Estado o risibles como la distinción entre Estado masculinos y femeninos (el “tío Sam” y la “dulce Francia”, por ejemplo).

Descartados otros modelos, la Economía ofrece sus servicios, incluso bajo la fórmula novedosa de *neuronomics*. Quizá algún día tengamos “tanto éxito” como los economistas, sueña en voz alta Riker. La Teoría Política se encamina así hacia la *Public Choice*, la teoría de los juegos, la teoría positiva y otras escuelas que deberían reconocer (y no siempre lo hacen) que la primera analogía entre mercados políticos y económicos procede de Schumpeter. Entran en escena individuos dotados de racionalidad instrumental para maximizar sus propias preferencias jerarquizadas, concebidas en términos más amplios que el mero incremento de renta: aquí se trata de producir bienes públicos y de satisfacer deseos que pueden ser incluso altruistas o solidarios. Los textos de Teoría Política positiva se llenan de pensamientos estratégicos, cálculos de consenso, coste del disenso, formación de agendas, juegos de suma cero, dilemas del prisionero y, por desgracia, “gorriones” (o sea, *free-riders*) que estropean el razonamiento mejor ordenado. Hay escuelas para todos los gustos: Arrow y su célebre teorema; Becker y la escuela de Chicago; Buchanan y la escuela de Virginia; entre los más cercanos a la visión politológica, Downs, Olson y —el de mayor interés, probablemente— el ya citado Riker, autor de un atractivo análisis sobre el contraste entre liberalismo y populismo.

Las teorías económicas de la política ofrecen, en definitiva, una mezcla singular de luces y sombras. Lo mejor, sin duda, es el descarte de los grandes conceptos (nación, clase, raza) como portadores de supuestos y peligrosos destinos históricos y misiones que cumplir. También es atractiva la prioridad que otorga a la lógica de las consecuencias (incluso, por supuesto, de las no deseadas) sobre las buenas intenciones. Lo peor, en cambio, es el aire pretencioso que impregna la doctrina: no hace falta una sobredosis de metodología científica para deducir verdades elementales, producto del sentido común y la experiencia universal. Los consejos son muy sensatos, aunque limitados por sus excesos racionalistas, porque la naturaleza de ese animal contradictorio llamado ser humano los deja en mal lugar con cierta frecuencia.

Tengan o no razón, los “ideólogos” han logrado situar al dilema *Voters vs. Markets* como una de las causas de la desafección. En todo caso, la *Public Choice*, sustento doctrinal de ciertas pasiones neoliberales, suscita la crítica unánime de la izquierda. Su enfoque nos devuelve a la concepción elitista de la democracia, cargada con un arsenal instrumental y tecnocrático, a partir de un planteamiento realista: sea cual sea la forma constitucional del Estado, el gobierno será siempre cosa de unos pocos. La desigualdad humana se proyecta en todos los aspectos de la vida, incluida por supuesto la política, lucha incesante entre elites en busca del favor de las masas crédulas y propicias a la servidumbre. Estas decisiones, si acudimos a otro clásico de la disciplina, David Easton, conllevan una asignación de los valores mediante la autoridad, aunque el pluralismo y la temporalidad del poder limitan sus efectos en el régimen constitucional. Pero son decisiones consideradas vinculantes *for most of the time y by most of the people* en el marco de su teoría del sistema político, la más eficaz aplicación a la Ciencia Política de la influyente teoría general de sistemas³⁰. Así pues, democracia y mercado equivalen a ciudadano y consumidor, reconociendo no obstante que la competencia es limitada e imperfecta por definición. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo, el propio G-20 y tantas otras instituciones que deciden por “nosotros” no se rigen (al menos, no de forma prioritaria) por principios democráticos. Pero reforzar el control sobre esos foros de apariencia irresistible no debe ser imposible para un régimen político que fue capaz de sobrevivir a enemigos tota-

³⁰ La obra de referencia, muy matizada después, es: David EASTON, *The Political System. An Inquiry into the State of Political Science*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1953.

litarios muy poderosos. Para ello, el ciudadano tiene que abrir los ojos a la realidad y pensar la política con perspectivas más amplias que el puro y simple localismo, a veces intrascendente. Exigir a cada dirigente en el nivel que le corresponde y admitir cuanto antes realidades evidentes. Para empezar por lo más fácil: asumir que Bruselas es un poder interno para los españoles, tanto y más que el Gobierno del Estado, de la Comunidad Autónoma o del Ayuntamiento. Por eso, también el ciudadano tiene que poner su parte. La ciudadanía exige un ejercicio responsable y, por cierto, no se puede comprar o vender, porque es un bien situado fuera del mercado³¹.

Una última reflexión sobre Europa y la tecnocracia. Europa, continente sin nombre, decía el clásico, sigue su camino, con paso vacilante, muy a su estilo. Vive, una vez más, al borde del precipicio. Tiene que aprender a defenderse de sus falsos amigos, porque la eurocracia, los reglamentos y las directivas han destruido la emoción cívica. Para el historiador de las ideas, esta Unión, heredera de las viejas Comunidades, es hija legítima de la democracia cristiana y el socialismo democrático, con alguna pincelada liberal, más bien aislada. Resulta antipática sin remedio para conservadores rocosos, comunistas reconvertidos y nacionalistas románticos. Vivimos por eso en una Europa infeliz, la Europa de la sospecha recíproca. Unos desconfían de otros y todos, al parecer, de Alemania, que ya se ha quedado sola en cabeza ante las dificultades insuperables de Francia para seguir su ritmo. Antiguos y modernos se miran con recelo, al modo de patricios y plebeyos, querella propia de cualquier aristocracia decadente que abre las puertas de un club antes selecto. Recelo, deslealtad, confianza perdida... Europa no es feliz porque la obligan a ser lo que no es ni puede llegar a ser. Sin embargo, la historia enseña que estamos mejor que nunca. Dice bien M. Stolleis que las instituciones de Bruselas, Estrasburgo y Luxemburgo nos resultan “lejanas y ajenas”, a pesar de que cuanto allí se decide (precios, competencias, libre circulación, mercado de trabajo...) determina nuestro bienestar o nuestro malestar³². Pero Europa *no es feliz*, porque entre federalistas apasionados y euroescépticos obtusos no consigue encon-

³¹ Michael SANDEL, *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado* (2012); trad. esp. Debate, Barcelona, 2013, un alegato “suave” contra la mercantilización de la vida.

³² Michael STOLLEIS, “Trayectoria del Estado constitucional con la perspectiva de la globalización”, en *El Derecho Constitucional de la globalización*, Fundación Coloquio Jurídico Europeo, Madrid, 2013, pág. 33. Hay, por supuesto, otras muchas citas posibles para describir este lugar común.

trar un término medio que nos sitúe en el lugar más adecuado para la racionalidad. Dicho de otro modo, vivimos pendientes de las torpezas de una “comunidad” que no es tal y que tiene que acostumbrarse a ser una buena “sociedad”.

A pesar de todo, hay que apostar alto y claro por el futuro de la Unión Europea, la única opción posible para muchos millones de ciudadanos a estas alturas del siglo XXI. Lo más inteligente es definirla como *Staatenverbund*, curioso neologismo inventado por el Tribunal de Karlsruhe como un intermedio entre Estado federal y Confederación. Por supuesto, también es decisivo para los españoles. En mi generación somos europeístas por razones de puro patriotismo³³. Europa significaba democracia, modernidad, prosperidad. De hecho, España hizo la Transición con un horizonte muy claro, que se tradujo en la jornada histórica de la firma del tratado de adhesión, en el Palacio Real de Madrid, un inolvidable 12 de junio de 1985. Por eso nos duelen más que a nadie los bandazos de un proyecto todavía inconcluso. Y por eso mismo no cuajan los partidos antieuropeístas en España, ni siquiera en plena crisis económica.

Así empezaba Winston Churchill su célebre conferencia de Zurich, el 19 de septiembre de 1946: “Hoy me gustaría hablarles a ustedes del drama de Europa...”³⁴. Eso por no hablar del centenario en 2014 de la Primera Guerra Mundial, o mejor, como se llamó en su época, la Gran Guerra Europea. Desde el magnicidio de Sarajevo al tratado de Versalles, diecisiete millones de muertos.

3. Los ciudadanos miran perplejos

Este epígrafe será breve: por desgracia, los ciudadanos tienen poco que decir en este debate entre ideocracia y tecnocracia. En realidad, no saben a qué carta quedarse. Los medios les presentan cuestiones meno-

³³ Comparto la opinión de Iñigo MÉNDEZ DE VIGO en *El rompecabezas. Así hicimos la Constitución europea*, Biblioteca Nueva y Real Instituto Elcano, Madrid, 2005, pág. 18. Otros, dice, han sido europeístas por amor, como Denis de Rougemont. Me parece que, a juicio de estos maestros, a la Unión Europea le convendría completar los *Memorandum of Understanding* con alguna que otra catedral gótica.

³⁴ Sobre estas cuestiones véase la intervención en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 28 de mayo de 2013, de Marcelino OREJA AGUIRRE, “Los orígenes de la Unión Europea: el método comunitario”.

res, a veces ridículas. Pero incluso cuando se discute (por excepción) sobre un asunto serio, la atmósfera sigue cargada de pasiones y de obsesiones. Pongo algunos ejemplos. Es lamentable la ausencia de información y opinión solventes sobre política internacional. Mucha gente tendría interés por hacerse cargo de problemas graves como el futuro de Rusia o de China, los conflictos en el Islam o los avatares de América Latina. Sin embargo, excepciones al margen, solo aparecen imágenes sangrientas o declaraciones banales. Y así sucesivamente con los grandes capítulos de la sociedad internacional del siglo XXI. La inmigración y sus secuelas multiculturales. El medio ambiente y el calentamiento global, pendiente de respuesta científica además de ideológica. Por supuesto, las fuentes de energía y su repercusión estratégica. ¿Qué sucederá si el Ártico se hace navegable? ¿O si el canal de Suez deja de cumplir su función, aunque sea de forma transitoria? ¿Responderá a las expectativas la ampliación del canal de Panamá? Ojalá sea así, por el bien de nuestra comunidad iberoamericana... ¿Y el debate sobre energía nuclear? ¿Y las nuevas tecnologías aplicadas a las relaciones internacionales? ¿Y el progreso científico que a la vez nos reconforta y nos inquieta? Demasiados problemas y muy pocas soluciones. Por eso, es tiempo para la Política, con esa mayúscula que denota nobleza y ambición, sin menoscabo, todo lo contrario, de la prudencia y el sentido común. Aquí, como tantas otras veces, conviene escuchar a Gracián: antes de decidir, “hay que enterarse de los asuntos”.

La gente sensata sabe que no hay alternativas mejores, pero no está de moda hablar bien de la democracia que se practica día a día en las sociedades afortunadas que cuentan con un régimen pluralista consolidado. Tal vez porque nadie aprecia lo que tiene hasta que lo pierde o porque los defectos coyunturales pesan más que las virtudes estructurales. Aunque no cuestiona su legitimidad, una opinión pública cada vez más exigente expresa su mal humor mediante reproches hacia la clase política. Gente tranquila y razonable en la vida personal o profesional se vuelve intransigente cuando empieza a discutir sobre los asuntos públicos. En los países anglosajones es frecuente escuchar que la política es *slize* (esto es, “ruin, inmoral”). En Alemania, los medios académicos han acuñado el término “desencanto” o “desilusión” política: *Politikverdrossenheit*. En España, escuchamos continuamente quejas y reproches de todo tipo, con secuelas electorales de futuro incierto.

Mientras tanto, los ideólogos y los tecnócratas van a lo suyo. Unos procuran colar mercancía averiada que se desprestigia en cuanto baja

de los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles donde se situaba el poeta. Otros cultivan la telocracia, viven en un reino de fines donde los medios se desprecian, incluyendo el Estado de Derecho, la seguridad jurídica y la proliferación normativa. La ley ha dejado de existir como instrumento de ordenación general de la vida social. No es un desahogo melancólico, sino la constatación de una evidencia. Perdida la norma igual para todos, el Estado (el poder público en general) deja de ser predecible y corremos el riesgo de volver al reino de la arbitrariedad. Los ciudadanos, insisto, apenas prestan atención a una querrela sin final previsible ¿Soluciones? Siempre las mismas. Olvidemos la Verdad y busquemos solamente las verdades, fórmulas coyunturales para cumplir un objetivo mayor: vivir (medio) en paz y libertad es lo mejor que nos ha ocurrido nunca a los seres humanos. Guardar las formas y contener los instintos es seña de identidad de la civilización, un bien escaso a lo largo de tantos siglos de barbarie.

La desafección, en efecto, planea sobre nuestro modelo constitucional y representativo, construido desde hace siglos con mucho sacrificio y no menos fatiga. Tenemos que hacer un esfuerzo para creer (no sé si “otra vez” o por primera vez) en la política. Más aún, en el diálogo como método, al modo de Gadamer. Escuchemos al maestro de la hermenéutica: “nunca se puede negar la posibilidad de entendimiento entre seres racionales”³⁵. Pero los prejuicios tienen mal arreglo. Superado el proceso de socialización, cuando los humanos somos todavía maleables, es muy difícil que la gente asimile nuevas ideas con un grado suficiente de convicción. Hay algo todavía más difícil: extirpar los tópicos que arraigan en el fondo del alma y se alimentan de sentimientos compartidos³⁶. Cuando ve confirmados sus prejuicios, el ser humano se siente dueño de sí mismo: “ya lo decía yo...”, es la frase más inteligente que mucha gente dice a lo largo de su vida.

Es frecuente apelar a las promesas incumplidas como máxima expresión del desencanto³⁷. El programa electoral se ha convertido en un catálogo de generalidades más bien banales, reforzando el senti-

³⁵ Uno de los grandes libros del siglo XX: Hans GADAMER, *Verdad y método* (1960); en español, en Ed. Sígueme, Salamanca, 1977.

³⁶ Un enfoque llamativo en Odo MARQUARD, *Individuo y división de poderes*, Trotta, Madrid, 2012, con el lastre habitual a todos los filósofos de moda, obligados a ser ingeniosos en cada párrafo.

³⁷ Sobre este punto, José María MARAVALL, *Las promesas políticas*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013.

miento elemental de que los ciudadanos votan, pero apenas deciden: los programas “ideológicos” porque no dicen nada concreto y los “tecnocráticos” porque no dicen nada interesante. Es verdad, por supuesto, pero también tenemos que ser más exigentes con el ciudadano. Cuando van a votar, ya saben por experiencia que los programas están ahí para cumplir el trámite. No hace falta repetir la manida frase de Tierno Galván. Pero eso se refiere a la letra pequeña, porque la experiencia demuestra también otras cosas: al hacer balance, las grandes líneas se han seguido con bastante fidelidad. Basta escuchar a la parte contraria: si manda la derecha, cumple con su proyecto “reaccionario”; si gobierna la izquierda, asoma la tentación “revolucionaria”. Una vez más, la política ofrece perfiles contradictorios. Habrá que recordar a los portadores de ideologías y eficiencias que el sentido de la responsabilidad está por encima de los intereses mezquinos. Es la única forma de hacer bien las cosas en una democracia madura.

VIII. ELOGIO DE LA MODERACIÓN

1. La moderación como forma de vida

En nuestra Ciudad de las Ideas los moderados constituyen un sector minoritario, pero muy prestigioso. Cuentan con referencias indiscutibles, como Aristóteles o Cicerón, y luego Locke, Montesquieu o Tocqueville. Ya en el siglo XX, pueden apelar a Berlin, Aron o Popper, aunque cuanto más próximos en el tiempo más se les discute. La clave para todos ellos es una *politeia* cuyo fundamento es el equilibrio constitucional y socioeconómico.

Según el Diccionario, *moderado* es “quien guarda el medio entre los extremos”. No es una posición fácil en la política, como no lo es en la vida. Menos aún en España, donde una mentalidad arraigada identifica “moderado” con pusilánime o indeciso, incluso cobarde. Conviene decir alto y claro que la moderación es una forma de entender el mundo, en el sentido de Dilthey¹. Más aún, es una apuesta por virtudes aristotélicas que el Estagirita transmitió a su sobrino Nicómaco, siempre en su estilo más bien árido. En efecto, Aristóteles es el padre de la moderación en sentido ético: la virtud es “un cierto término medio”, relativo a nosotros (y no a la cosa), determinado por la razón (y no por el instinto), según la actitud del hombre prudente². La clave está en el hábito: nos hacemos templados practicando la templanza; justos, actuando con justicia, y así sucesivamente. Es preciso huir del exceso y del defecto: ser valeroso, sin caer en la cobardía ni en la temeridad; ser generoso, pero no pródigo ni tacaño; ser afable, pero no obsequioso ni desagradable. Una última advertencia: es trabajoso situarse en “el medio” por lo mismo que el bien es raro, hermoso y laudable. Acaso el oxímoron “radi-

¹ Wilhelm DILTHEY, *Teoría de las concepciones del mundo* (1911); en español, Revista de Occidente, Madrid, 1974.

² ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*. Cito por la edición del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, reimpr. de 1970, a cargo de María Araujo y Julián Marías, cap. 2º, pág. 20 y sigs. El libro, recuerda Marías, es una *pragmateia* y no una obra sistemática.

calmente moderado” sea poco apropiado, pero esa postura ecuánime puede (y debe) ser mantenida con firmeza. En fin, hablamos de una forma de *ser* y de *estar* en el espacio público: el moderantismo no es la derecha acomplejada o la izquierda disfrazada, como se le atribuye con frecuencia. Veamos cómo se plantea el asunto para nuestros intelectuales sin argumentos y para nuestros políticos sin respuesta.

La vanidad es el pecado capital de los intelectuales. Los cultivadores de la falacia racionalista son particularmente exigentes y amenazan a todas horas con descalificar al poder que recorta subvenciones y a la sociedad que niega una admiración acrítica. Les cuesta mucho adaptar su discurso a la crisis de las verdades absolutas. Pero este es el único camino posible: defender con rigor las propias convicciones desde un escrupuloso respeto al adversario que discrepa de buena fe. Modestia y sentido común son los mejores aliados en este terreno tan proclive a los excesos. Es preciso encontrar un lugar bajo el sol y olvidar las ambiciones fuera de lugar. Pero el intelectual no se conforma, y se le nota mucho: apuesta por las esdrújulas que tanto complacen a los escritores amantes del énfasis y se irrita profundamente cuando alguien le lleva la contraria.

Hay un pecado menor, producto de intereses corporativos muy concretos. Tal vez exageramos la influencia del pensador en el ágora. La verdad, aunque duela, limita nuestra capacidad de influencia a día de hoy a servir como una pieza más de la sociedad mediática. Acaso las páginas de opinión valen como mucho para crear el ambiente propicio al mensaje —preciso y contundente— que los medios desean transmitir. Cuanto más alejados de la lucha cotidiana por el poder (léase, de la política real y no imaginaria), menor es la incidencia de los pensadores en el repertorio que utilizan los protagonistas. Es llamativo, en efecto, el contraste entre dos grandes figuras del pensamiento político en el último medio siglo. Jürgen Habermas, inaccesible para el lector medio no especializado, aparece aquí y allá gracias a unos artículos de prensa, a sus elegantes debates con Benedicto XVI o a las entrevistas sobre el futuro de la Unión Europea. John Rawls, en cambio, murió rodeado por la aburrida escolástica creada alrededor de *A Theory of Justice*, sin la más mínima influencia sobre los líderes políticos. Entre “actores” y “doctores”, como les llama Jouvanel, el poderoso lo tiene claro: “Me haces la advertencia de que Alcibiades por sí solo es *ignorante*, pero tienes que reconocer que Sócrates por sí solo es *impotente*”³.

³ Bertrand de JOUVENEL, *La teoría pura...*, cit., pág. 43. El diálogo es ficticio, claro está, pero un estilo tan exquisito puede confundir al lector poco avisado.

El pensador genuino es modesto y humilde porque acepta los límites de la condición humana y admira el milagro cotidiano de una convivencia medio en paz. Rechaza la utopía, a veces vulgar. Aplica un saber honrado; se empeña en la obra bien hecha; pone esmero y pulcritud en el discurso. Otorga un valor instrumental a los bienes materiales y procura ser prudente ante los artificios de la gloria vana. Sobre todo, siente recelo ante el poder y desconfía del halago interesado. Cuando flaquea, como es frecuente, practica la *lectio divina* al modo de los monjes benedictinos. Gusta de la lectura sosegada, el silencio respetuoso, el amor a la sabiduría. Busca la verdad, con letra minúscula: modesta, limitada, insegura; siempre con aristas y a veces contradictoria. Recuerda a Benjamín Constant: “solo hay verdad en los matices”. Lo más difícil es el equilibrio. Incluso la renuncia. No sabemos casi nada. Nunca habrá justicia perfecta. Muchas preguntas van a quedar sin respuesta. Pero tenemos la vida, nada menos; la paz de espíritu que otorgan las propias creencias; algunas formas exquisitas, entre las que (si se me permite la confesión) prefiero la música. He aquí la *grandeza* y la *servidumbre* de la moderación. Es fácil ser extremista, diría Aristóteles. En cambio, es trabajoso ser moderado, ponderar las razones, pesar los argumentos, hallar el punto de equilibrio. Una última duda. ¿Existen intelectuales moderados? Todo depende. Si están ocupados en producir ideología, no hay nada que hacer. Pero la esperanza surge cuando nuestro personaje pasea por el bosque, metáfora del mundo de la vida, en busca de su *logos* oculto, según la enseñanza orteguiana⁴.

La vida del hombre sobre la tierra no ofrece motivos para una explosión de orgullo. La gran mayoría de nuestros congéneres (ya saben: cinco o seis millones de años) no ha conocido ni conoce nada parecido a la felicidad, el bienestar o siquiera la dignidad que otorga la satisfacción de las necesidades básicas. Por eso Occidente, con sus defectos y sus imperfecciones, es la civilización *menos injusta* de la Historia: Estado constitucional, sociedad de clases medias, economía de mercado, reconocimiento de los derechos básicos... Pese a la fiebre helenística que nos invade, es preciso proclamar en voz alta los méritos de una civilización que será capaz de sobrevivir a esta postmodernidad

⁴ La imagen es de Pedro CEREZO GALÁN, “El bosque y la retama ardiendo. (Apuntes sobre poesía y realidad en las *Meditaciones del Quijote*)”, *Revista de Occidente*, mayo de 2014, pág. 14 y sigs. Es cierto, para completar la figura, que anda en busca de la realidad normativa de la idea y no de la realidad fáctica. De lo contrario, no sería intelectual.

improvisada y liviana. Una vez más, la responsabilidad de las elites intelectuales se sitúa en primer plano, siempre y cuando la moderación, con su grandeza y su servidumbre, imponga su fortaleza en forma de concordia, armonía, amistad cívica, interés público o como quiera que lo llamemos. Al fin y al cabo, estas democracias imperfectas nos permiten vivir en desacuerdo en el marco de un pluralismo razonable⁵.

Al final, toda civilización cierra su ciclo histórico con una fase universalista. Ahora se llama globalización, en la versión anglosajona dominante, o “mundialización”, en la traducción del uso francés. Como no hay nada nuevo bajo el sol, podríamos rastrear en el pensamiento actual los equivalentes a los estoicos cosmopolitas, los cínicos antisistema y los epicúreos egoístas. Muchos apuestan por el fin de la soberanía estatal (*postwestfaliana*, cómo no) y aplauden o critican, pero dan por hecha, una gobernanza global, algo así como la secuela política de los valores líquidos que Zygmunt Bauman ha puesto de moda en sus innumerables libros. Así que tenemos derecho dúctil, *soft law* y códigos de buenas prácticas de toda suerte y condición, mientras se bate en retirada la norma general, coactiva e imperativa. Algo hay de cierto, pero, citando una vez más a Aron, “la realidad es siempre más conservadora que la ideología”. Tengo serias dudas sobre la muerte anunciada del Estado soberano y en todo caso para la inmensa mayoría de los seres humanos el único poder efectivo es el que cobra sus impuestos, resuelve sus pleitos y garantiza sus derechos. También en la Edad Media había poderes universales (Papado e Imperio, esos “dos brazos de Dios”, como decía Víctor Hugo), pero la vida discurría de forma monótona en el feudo señorial. Por supuesto que hoy día las distancias se acortan, pero con notables diferencias: para las elites financieras, influye mucho el batido de alas de una mariposa en el otro extremo del mundo; para el ciudadano común, incluso cuando viaja *low cost*, el ámbito de la vida diaria se circunscribe a un territorio cerrado sobre sí mismo, tanto a escala geográfica como personal y social.

Hemos hablado de muchas cosas importantes, con más o menos acierto. Merece atención especial el gran reto de la *educación*. Por supuesto, no estoy pensando en recursos económicos, planes de estudios, áreas de conocimiento o evaluaciones burocráticas de la investigación. Me refiero a la educación en los valores, la *paideia* griega, la

⁵ Este concepto en John RAWLS, *El liberalismo político* (1993); en español, Crítica, Barcelona, 2004, pág. 190 y sigs.

formación del ser humano, joven o adulto, a través del cultivo del espíritu y el aprendizaje de la ciudadanía. Vamos en busca de virtudes liberales, en el más amplio y generoso de los sentidos. Sabemos desde Sócrates que la virtud es susceptible de conocimiento, puede ser enseñada y, por ello, puede ser aprendida. Apelamos a los seres libres, por oposición a los serviles, esas gentes que forman un ejército de súbditos complacientes, afines a la secta o a la tribu, enemigos sin matices de la libertad.

¿Cuáles son las virtudes de los mejores? Entre otras: sentido de la responsabilidad; austeridad y pulcritud; rigor intelectual; elegancia en el lenguaje y decoro en el comportamiento; respeto y comprensión hacia los demás; fidelidad a las personas y a las convicciones; objetividad en el análisis de los problemas; sentido común y razón práctica para resolverlos; admiración crítica ante nuestra historia, incluyendo el disfrute del patrimonio cultural y la naturaleza. Siempre, y en todo caso, búsqueda de la excelencia, reconocimiento de la *auctoritas*, desprecio hacia la ostentación pretenciosa de la riqueza o el poder. Son principios válidos para inspirar un marco común que permita el despliegue de la personalidad individual, única realidad radical en el sentido orteguiano. No conducen a una enseñanza elitista, pero sí a un aprendizaje exigente.

Austeridad, pulcritud, limpieza personal y moral, son virtudes características de la moderación. “Amamos la belleza sin demasías...”, afirma Pericles en el discurso político más admirable de la tradición democrática. Es preciso recompensar el mérito y el trabajo bien hecho, reconocer en privado y en público la calidad y el esfuerzo, premiar a los mejores y despejar su camino de las trampas infinitas que les tienden los mediocres, los maniobreros, los jugadores de ventaja. En la misma línea, hay que superar un obstáculo nuevo: la educación debe encauzar el deseo natural hacia el éxito social y la vida buena en el sentido de un uso instrumental de los bienes materiales, del cultivo de las *manners*, la calidad y la claridad del lenguaje, la dignidad en la propia imagen y en el trato con los demás. Hay que impedir la supervaloración de los frívolos, los prepotentes, los amantes del exceso y la ostentación que ofrecen un ejemplo lamentable a nuestros jóvenes, herederos, quizá sin saberlo, de una sociedad ansiosa de consumos y alegrías después de mucho tiempo de practicar la humildad a la fuerza. Tal vez reside ahí la causa última de la crisis: la triste paradoja del nuevo rico que no sabe administrar una fortuna que ganó sin hacer suyas las exigencias que justifican el éxito. Hace falta una sabia pedagogía de esas virtudes públicas,

y no (solo) con la palabra, porque lo esencial es el ejemplo. Hay que decir la verdad, defender con energía las propias convicciones, evitar el sectarismo lamentable que tanto daño nos ha causado siempre. Construir, en suma, una convivencia democrática, sensata y realista. Pero son muchas las cuestiones pendientes y el escritor atribulado anda ya escaso de fuerzas. Sócrates, el gran irónico, diría lo que sigue: “¡Soy sumamente afortunado, Menón. Buscaba una sola virtud y me has expuesto un muestrario!” Tiene razón, sin duda. Igual que a los atenienses de entonces, tal vez nos sirva de excusa que tenemos mucho trabajo por delante. Habrá otra ocasión para continuar este debate apasionante y ahora conviene avanzar en el último capítulo de este discurso.

2. Alabanza del justo medio

En los tiempos modernos, el moderantismo tiene su origen en el liberalismo *whig*: los *checks and balances*, mejor o peor conseguidos; la concepción lockeana de la política como compromiso; en fin, el escepticismo inteligente de lord Halifax que culmina en su defensa de la monarquía mixta. Apagado por el brillo de Locke, Halifax suele pasar desapercibido, aunque es un autor interesante⁶. Su crítica a los dogmas abstractos es demoledora: todo el mundo considera “fundamental” aquello que le conviene, con el objetivo de que “nadie más pueda tocarlo”. Da igual que sea el derecho divino de los reyes o el sagrado derecho de propiedad o ese *Common Law* que vive en las nubes hasta que algún juez decide bajarlo a la tierra. Conviene, pues, olvidar las abstracciones y buscar un compromiso útil entre poder y libertad. Para ello, nada mejor que combinar a un rey con facultades simbólicas con un cuerpo de ciudadanos en funciones representativas. Ni una sola palabra de metafísica política, cuyo único objetivo es disfrazar intereses particulares. En definitiva, Halifax es un realista que apunta hacia la moderación como centro y eje de una política civilizada.

A su vez, la idea del *juste milieu* es la seña de identidad del liberalismo doctrinario, cuyo antecedente francés son los “políticos” en la época de las guerras de religión. Escuchemos, ante todo, a Guizot:

⁶ Véase, G.H. SABINE, *op. cit.*, pág. 383 y sigs. Merece la pena su breve ensayo *The Character of a Trimmer*, publicado en 1688, en plena Gloriosa. Entre nosotros, Joaquín Varela Suanzes se ocupa con rigor del pensamiento político y constitucional inglés de la época.

“el buen sentido es el genio de la humanidad”⁷. Ni realismo implacable ni idealismo estéril. Ni absolutismo monárquico ni democracia total, cuando no totalitaria. Puro sentido común desde la conciencia de los límites insuperables de la condición humana. Culminadas (y también asimiladas) las revoluciones burguesas, Europa conoció tiempos de equilibrio, un siglo XIX de espíritus templados. Concedamos que no fue una época apasionante, pero el balance mejora con mucho al del siglo XX, plagado de matanzas en nombre de pasiones desbordadas bajo disfraz de filosofías de la Historia. El Espíritu de la Época lo imprime el liberalismo doctrinario, cuya denominación es una prueba más de la ambigüedad (a veces irritante) del lenguaje político: se llaman *doctrinarios* cuando son todo lo contrario, es decir, flexibles, dúctiles y maleables, ajenos a las abstracciones metafísicas y sus secuelas revolucionarias. Ortega reflexiona al respecto en su breve prólogo a Guizot: “Este nombre revela fulminantemente lo que entonces acontecía en la superficie de la historia. Nadie sabía qué pensar de lo que estaba pasando. El grupo de Royer Collard y Guizot fue el primero que dominó intelectualmente los hechos, que tuvo una doctrina y, como es inevitable, se hizo dueño de ellos”.

El estudio del liberalismo doctrinario ofrece a quien lo emprende “placeres no sospechados” y una “intuición de la realidad (...) totalmente distinta de las usadas”⁸. El personaje clave es Pierre-Paul Royer-Collard, cuyo objetivo coincide en último término con el de Comte: *construir* en sentido positivo una sociedad capaz de superar las convulsiones de la Gran Revolución. Surge así la Carta otorgada de 1814, fundada sobre el principio monárquico, expresión de la unidad política como un todo⁹. Influyen también la doctrina de Constant sobre el poder

⁷ François GUIZOT, *Historia de la civilización en Europa* (1828-1832); cito por Alianza, Madrid, 1990, pág. 24, que incluye el prólogo de Ortega, luego mencionado.

⁸ Lo dice también Ortega y lo menciona Luis Díez DEL CORRAL en su obra seminal sobre estos pensadores: *El liberalismo doctrinario*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1ª ed. 1945. Ahora en sus *Obras Completas*, cit., tomo I, pág. 117 y sigs. El estudio sobre Royer-Collard y sus amigos políticos es insuperable. Se quejaba el profesor de Historia de las Ideas de que los manuales dedicaban a Owen o Fourier mucho más espacio que a los doctrinarios.

⁹ Véase Miguel HERRERO DE MIÑÓN, *El principio monárquico*, Edicusa, Madrid, 1972, pág. 29. Añade: “quién representa —y en la medida en que representa— la unidad política es competente para expresar su voluntad”, ya que se contraponen los intereses parciales (estamentales) con la representatividad nacional (reservada al rey). Como es notorio, la interpretación “moderada” de las Leyes Fundamentales franquistas que plantea Herrero en este libro fue determinante en la construcción jurídica de la Transición democrática como un proceso “de la ley a la ley”.

moderador, *préservatrice et réparatrice sans être hostile*, y la nación identificada con las clases medias. Los doctrinarios se sitúan en el *juste milieu* opuesto a los “ultras” (aparece entonces este concepto multiuso) y los liberales en sentido estricto. Es un grupo reducido, orgulloso de ser una elite cuyos rasgos distintivos son la inteligencia y la moralidad. De ahí se deriva su tesis sobre la “soberanía de la razón”, poco estudiada y mal comprendida, con la pretensión de superar el antagonismo entre soberanía nacional y monárquica. Guizot, el teórico más profundo, lo tiene muy claro: los impulsos volitivos deben ser limitados por los dictados racionales. En un tono genuinamente conciliador, volvemos a un enfoque ya conocido: herederos de la Ilustración moderada, pretenden encauzar las pasiones a través del sentido común. Todo ello se traduce políticamente en un régimen representativo que (sin necesidad de aplicar métodos marxistas) se identifica con el gran momento de la burguesía. Los pilares del sistema son el sufragio censitario, la libertad de prensa y el equilibrio de poderes. Entre entradas y salidas del gobierno a la oposición y viceversa, Guizot y los demás perfilan una teoría historicista del liberalismo, expresión típica del moderantismo. La Monarquía de Julio será una “monarquía doctrinaria” y Luis Felipe, “el rey burgués”, con las virtudes y los defectos de la clase ahora dominante. La estabilidad, por cierto, se sitúa entre las ventajas del sistema: el ministerio Guizot gobierna desde 1840 a 1848. Procuran siempre descargar de tensión la vida política; favorecer la actividad privada frente a la pasión a veces obsesiva por lo público; garantizar la propiedad y con ella la prosperidad. El famoso “enriqueceos” (por cierto: mediante el trabajo y el esfuerzo) es la culminación de su doctrina. El final será brusco y abrupto: Revolución de 1848, el Cuarto Estado, la primera explosión social del XIX. Los *Souvenirs* de Tocqueville nos aportan cuenta y razón de un modo de ser y de pensar que el pensador inteligente percibe como germen de un mundo distinto.

La proyección de este liberalismo conservador en España es objeto de la última parte del gran libro de Corral, pero nos sitúa ya en otro ambiente humano y social. Porque, escribe, para los españoles las Constituciones no son un arreglo útil y práctico, sino “una especie de *reino de Dios* laico súbitamente aparecido sobre la tierra”¹⁰. En efecto, nuestros liberales no serán burgueses genuinos, ni al modo de Bentham ni

¹⁰ *Ibidem*, pág. 482.

al de Guizot, sino viejos hidalgos apasionados, que sitúan al honor como *ultima ratio* de su actitud vital¹¹. Dejamos por ello al margen el estudio de nuestro Partido Moderado, la (polémica) interpretación de Donoso Cortés como doctrinario o la culminación de estos planteamientos en Cánovas y el régimen de 1876, cuya Constitución —hacia notar Pérez Serrano— nunca mereció el “honor” de un estudio doctrinal.

Es probable que otras teorías ofrezcan emociones fuertes a las gentes que aman la razón pura por encima de todas las cosas, pero los doctrinarios aportan posibilismo, espíritu de transacción, sentido práctico... Virtudes muy necesarias en esa España y también en la de ahora, que tiende siempre a soluciones convulsas. El tiempo y el estudio sosegado han hecho (parcialmente) justicia al sistema canovista, denostado por la Institución, por Costa y los regeneracionistas, por el joven Ortega de *Vieja y nueva política*¹². Los doctrinarios fueron principalmente conciliadores, acaso por escepticismo y por una tendencia natural al eclecticismo filosófico, moral y político. El contexto ha cambiado, como es notorio. Una sociedad más justa en términos democráticos sustituye al tiempo de los “notables” y sus privilegios de todo tipo. Aquí evocamos el espíritu y no la letra de este liberalismo sensato que gobernó poco, pero lo hizo bien, dejando un legado de *politesse* que tanto iba a echar de menos el siglo XX.

También hay moderados a la izquierda, cómo no. Una tradición ética inspira desde siempre ciertas posturas abiertas al debate, proclives a la concordia y a la amistad cívica. El socialismo fabiano ofrece un buen ejemplo, lo mismo que en España el krausismo y, en general, el entorno de la Institución Libre de Enseñanza. Las características son comunes con sus homólogos de la derecha, aunque las posturas políticas son muy distintas. Comparten reformismo, posibilismo, visión a largo plazo, templanza de carácter y de acción y, en especial, sentido común para evitar el dogmatismo que nubla la mente y cierra las puertas al debate con argumentos. Ojala estas buenas tradiciones se impongan en el espacio público frente a ideologías excluyentes y oportunismos de corto alcance.

¹¹ Es cita obligada Alfonso GARCÍA-VALDECASAS, *El hidalgo y el honor*, Revista de Occidente, Madrid, 1948.

¹² Un ejemplo hoy pertinente: Gumersindo de AZCÁRATE, ilustre portador de esta medalla número diez, en su libro *El self-government y la Monarquía doctrinaria* (1877); ahora reeditado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

Como es natural, el justo medio no es punto fijo en el espacio, sino que se desplaza en función de la circunstancia. No es un concepto geométrico, sino una guía para la acción. *History is again in the move*, decía Toynbee. Hoy día corren malos tiempos para la moderación. Tal vez lo merezca, pero debemos ser prudentes: a pesar de sus defectos y miserias, es *lo mejor que tenemos*. Una marea de prejuicios y atavismos se agita bajo el barniz superficial de la civilización. Unas veces actúa bajo el disfraz de privilegios tribales o sociales. Otras, de ideologías dogmáticas y excluyentes. La quiebra de la razón conduce al desastre. También los excesos, por cierto. Nos queda el sentido común. Habrá que insistir una y mil veces, aunque parezca inútil. El populismo (a derecha e izquierda) resurge con fuerza, mientras los amantes de la democracia constitucional pecamos de nostalgia respecto de un paraíso perdido que nunca existió. El ruido de lo efímero crea la realidad: ficticia, sin duda, pero muy eficaz para la transmisión de mensajes cargados de trampas y asechanzas. Estas son las características para bien y para mal del tiempo histórico que nos ha tocado vivir. Por cierto: hubo (y me temo que habrá) otros mucho peores... Porque la historia, en efecto, es una secuencia de “saltos” y de “sobresaltos”, plagada de sorpresas, no siempre positivas¹³.

Por eso prefiero con diferencia a los políticos laboriosos, austeros y eficaces, aunque no estén sobrados de carisma. Casi es mejor que no tengan tiempo para soñar, porque a esa hora siguen trabajando. Lejos de la retórica incierta, la democracia busca legitimidad en el terreno de los hechos. Esas clases medias que hemos convertido en garantía de equilibrio social agradecen la eficiencia y la honradez. Quiéren mirar al político en el espejo de sus propias virtudes. En este sentido, la democracia cuenta con una virtud interesante: alivia las tensiones porque deja espacio suficiente al desahogo personal. Pero cuidado con esos individuos que trasladan sus problemas psicológicos al ámbito (en teoría neutro y objetivo) de la política cotidiana. Millones de seres de carne y hueso han pagado con sangre los complejos personales y los desequilibrios mentales de ciertos líderes carismáticos.

Hablamos de los dirigentes políticos del siglo XXI. Mientras los teóricos emplean su talento en doctrinas sobre la gobernanza multinivel y

¹³ El desarrollo de este planteamiento en Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El poder y la conciencia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, pág. 23 y sigs. Dice con razón el autor: “allí donde el hombre domina una parcela de la realidad, allí mismo se le abre un espacio de incertidumbre”.

la sociedad en red, la nueva situación exige una manera novedosa de ejercer el poder¹⁴. Se acabó el dirigente autoritario e inflexible, que adopta su decisión irrevocable en la soledad de la conciencia y ordena su puesta en práctica de acuerdo con el principio de jerarquía. Hoy día los políticos negocian con quien pueden y hablan con términos ambiguos. Las ventajas inherentes a la formación colegiada en la toma de decisiones tienen también su contrapartida, como es propio de cualquier acción política. En ese caso, la parte negativa es la pérdida del sentido de la responsabilidad, porque nadie se hace cargo de una solución que, por naturaleza, es insatisfactoria para todos y que, en el mejor de los casos, permite ganar tiempo. Política, pues, contextualista y relativista, la única posible —según dicen— para una sociedad que perdona los errores si van acompañados de un ejercicio permanente de diálogo, pero que se muestra implacable cuando el líder pretende interpretar por sí mismo el sentido de la historia. Es probable que a medio plazo esta sea la tendencia natural en los sistemas democráticos, siempre y cuando evite una parálisis en el funcionamiento de las instituciones por causa de una fórmula poco eficaz para la toma de decisiones. Pero, sobre todo, hay que mantener una apuesta firme en el ámbito de los principios: la dimensión ética de la política nunca pueden ser objeto de transacción por intereses.

El político no es lo que era, en efecto, pero la masa tampoco. Hay que recordar la teoría clásica de Elias Canetti (*Masse und Macht*) sobre una masa que quiere crecer, reclama la igualdad, ama la densidad y necesita ser dirigida. En una cita impresionante, Canetti la compara con el fuego: “es igual a sí misma en todas partes; se propaga con celeridad; es contagiosa e insaciable; puede originarse en todas partes y rápidamente; es múltiple; es destructiva; tiene un enemigo; se apaga; actúa como si viviese y, por tanto, se la trata como a un ser vivo. Todas esas propiedades son las de la masa”¹⁵. Medio siglo después... Aunque miles de personas aparezcan juntas en la calle o en el estadio o en cualquier espectáculo público, la masa funciona ahora de manera virtual. Cada uno actúa como individuo aislado y no forma parte del ágora. Acaso mantiene lazos de pertenencia con algún grupo de edad, parentesco o profesión, con una “tribu” en sentido puramente sociológico. Hemos recuperado casi sin darnos cuenta la vieja sociedad estatutaria, jurídica

¹⁴ Me remito al cap. II y bibliografía que allí se cita.

¹⁵ ELIAS CANETTI, *Masa y poder* (1960); trad. esp. Alianza y M. Muchnik, Madrid, 2002, pág. 87.

y socialmente heterogénea bajo una capa formal de igualdad constitucional. La Red, el ciber mundo, los mensajes vía Twitter o los iconos que simplifican (graciosamente) las emociones definen un tiempo superficial, capaz de lo mejor y de lo peor en términos de buena democracia. En este orden de consideraciones, es significativo el cambio en la interpretación usual sobre Internet y la política: entusiasmo, al principio; inquietud, después; ahora predomina la denuncia de manipulaciones y sectarismo. Del ciberoptimismo al desengaño¹⁶. Seamos ponderados, como siempre: la técnica es neutra y los humanos decidimos qué hacer con nuestro último modelo de ordenador.

Recordemos también que tecnologías de la información y clases medias emergentes son la clave para esa rebelión sin revolución que caracteriza a los ciudades de nuestro tiempo. Al fin y al cabo, volvemos al origen de la cultura moderna. He aquí las hermosas palabras de Levi-Strauss: “La ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y del artificio (...), por su génesis y por su forma, depende simultáneamente de la procreación biológica, de la evolución orgánica y de la creación estética, es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura; es individuo y es grupo, es vivida e imaginada: *la cosa humana por excelencia*”¹⁷. Mientras el Estado-nación pasa por malos momentos (o, al menos, eso parece) y la globalización no consigue traducir su dominio en instituciones estables, la ciudad vive tiempos apasionantes. Otra vez se juntan en ella lo mejor y lo peor, así como esa mezcla intermedia que casi siempre imprime carácter a las realidades humanas. Libertades municipales como privilegio de los burgueses frente a la servidumbre feudal. Oligarquías urbanas que dominan sobre minúsculas repúblicas donde se respira el aire de la libertad contra el Estado absoluto. Lugar de origen de Universidades y estudios generales, versión culta de la nueva clase que será dominante a partir de las revoluciones ilustradas. Todo eso es verdad, como también lo es, a gran escala, la huida de los centros históricos, los barrios deslavazados, los suburbios marginados. Decía con razonable pesimismo James Q. Wilson que las ventanas que nadie repara (¿para qué?) son el primer síntoma de alarma sobre el deterioro de una

¹⁶ En el extremo optimismo, Yoneji Masuda y su *Comutopía*, cuyo emblema es un chip de un centímetro cuadrado; en el notable pesimismo: Eugeny MOROZOV, *El desengaño de Internet*, Paidós, Barcelona, 2012.

¹⁷ Claude LEVI-STRAUSS, *Tristes trópicos* (1955), que cito por la versión española en Paidós, Barcelona, 2010, pág. 147 y sigs.

convivencia siempre frágil¹⁸. Con frecuencia, es territorio para inmigrantes y/o minorías poco y mal integradas: paro galopante, familias rotas, expectativas nulas. Cada poco, aquí o allá, surge una “revuelta sin revolución”, se queman coches en la *banlieue* y grupos marginales arrasan el mobiliario urbano. Aquí surge también la respuesta populista.

Fuera de nuestro mundo cotidiano, las ciudades son una bomba de relojería desde el punto de vista social. Allí la desigualdad no es una ideología, sino una evidencia. El espectador más avezado pierde la capacidad de razonar fríamente ante la pobreza expuesta en su estado natural. El éxito de los BRICs tiene un límite material, pero sobre todo moral, en la exclusión de muchos millones de personas condenadas a abandonar la miseria honrosa del mundo rural por la miseria deshonrosa del suburbio infame. Da lo mismo Bombay o Shangai que las aglomeraciones urbanas en el África subsahariana. Es imposible desconocer que el gran secreto de Occidente se llama clases medias. Su origen, las ciudades heredadas del mundo clásico, recuperadas en la Baja Edad Media, fuente de libertades frente al Estado absoluto y fuente de prosperidad gracias al comercio y sus instrumentos mercantiles. Es cierto que la revolución industrial destruyó aquel mundo a veces idealizado, pero el espíritu democrático y social (no solo socialista en sentido ideológico) se tradujo en un sistema de bienestar, plasmado tras la segunda postguerra en la economía social de mercado. Hoy en crisis, sin duda, aunque sus efectos sobre la estructura de las sociedades europeas saltan a la vista por contraste con el resto del mundo. En cambio, las megalópolis incontroladas en Asia o en África ofrecen un panorama desolador¹⁹.

De vez en cuando, las catástrofes naturales permiten contemplar la cruda realidad: terremotos, tifones, a veces volcanes, nos enseñan el drama de casuchas arrasadas, árboles arrancados de raíz, basuras por todas partes. Si no es Japón, modelo de cultura cívica tradicional, son frecuentes los saqueos, las violaciones, el estado de naturaleza hobbesiano en su versión más cruenta. Los muertos se cuentan por miles, nunca se sabe cuántos son. Da igual que sea un seísmo, un tsunami, incluso la explosión de una central nuclear. Hemos visto imágenes espantosas.

¹⁸ James Q. Wilson con su teoría de las *brocken windows* tuvo una notable influencia en las políticas públicas sobre los barrios marginales en los Estados Unidos.

¹⁹ Los demógrafos calculan que para 2050 el 80 por ciento de la humanidad seremos “urbanitas”. Ciudades como Lagos o Kinshasa crecen ahora mismo alrededor de 200.000 habitantes por año. Tomo los datos de la Fundación Bloomberg (promovida por el exalcalde de Nueva York), de fácil consulta en la Red.

Hemos comprobado que la naturaleza es implacable y acaso nos hemos acordado del cambio climático durante un rato. Nos conmueve el dolor ajeno, y eso nos honra como personas capaces de compartir los sentimientos humanitarios. Pero la realidad siempre se impone. Cuando pasan los ciclones, la vida sigue. El viajero occidental se traslada rápidamente al hotel de lujo, hace negocios y/o turismo según el afán de cada día y repara superficialmente en el escándalo que vislumbra con ojos cansinos en el trayecto de ida o de vuelta hacia el aeropuerto. En la retina permanecen los rascacielos, las tecnologías de punta, los profesionales que le esperan en la reunión de la empresa o los guías que le cuentan una versión edulcorada de las esencias locales.

Un poco de luz en el panorama sombrío. La ciudad global también puede ofrecer todo género de oportunidades. Comparto el diagnóstico de Saskia Sassen: las ciudades van a ser, si no lo son ya, más importantes que los Estados²⁰. Es cierto sin duda que las áreas metropolitanas concentran el poder económico y financiero, las telecomunicaciones y los grandes medios de comunicación. *The Global City* es la gran protagonista, con sus inmensas oportunidades y sus terribles desigualdades. Si las fronteras se diluyen es a causa de esta red universal de grandes centros de poder. Una suerte de Hansa a escala universal. Son acaso cuarenta o cincuenta, más en el Norte que en el Sur y ya tantas en el Este como en el Oeste, si es que el viejo mapamundi significa algo a estas alturas. En todo hay excepciones: el asombro del viajero cuando visita Singapur, una suerte de *polis* a la vieja usanza, demuestra que lo mejor y lo peor están muy cercanos en el espacio, pero muy alejados en el tiempo.

3. Una política para las clases medias

Como es natural, el problema consiste en precisar este concepto evanescente por definición. En origen, hablamos del burgués surgido en la ciudad bajomedieval, sustento del tercer estado o estado llano durante la Edad Moderna, aunque también debe mencionarse la *gentry* en la Inglaterra rural. Así llegamos a la Gran Revolución: no son nobles o eclesiásticos, pero tampoco campesinos o *sans-culottes*. El ideólogo

²⁰ Véase de Saskia SASSEN su obra más conocida, *La ciudad global. Nueva York, Londres y Tokyo*, Eudeba, Buenos Aires, 1999. También, *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Ed. Bellaterra, Barcelona, 2001.

perfecto es Sieyès²¹, pero los excesos jacobinos desprestigian su modelo político y la gran mayoría (incluido él mismo) busca refugio en Napoleón. Todavía siguen ahí buena parte de los franceses. Tras la Restauración, los doctrinarios hablan de clase media en un sentido ciertamente peculiar: son gente exquisita en el plano social y cultural, aunque carentes de la distinción que otorga el estamento nobiliario. En este contexto se sitúa el famoso “Enriqueceos...,” de Guizot, citado por todo el mundo. Observa Díez del Corral con toda razón que “si una frase del austero calvinista ha pasado con él a la Historia es la del *enrichissez-vous*, motivo frecuente para que antiburgueses y no pocos burgueses desgarrasen sus vestiduras”²². Paradojas de la política... Eran buenos burgueses al fin, lo mismo que aquellos británicos (porque no solo eran ingleses, sino también muchos escoceses) que fueron protagonistas en mayor o menor medida de la revolución industrial, con sus fábricas y telares, las concesiones mineras y las manufacturas. La expresión ideológica de la nueva Inglaterra son los utilitaristas: Bentham y los Mill eran típicos ejemplos de *middle-class*. En otros países europeos, más alejados de industrias y comercios, el empleado o el funcionario actúan como reflejo social (como sucedáneo, si se prefiere) de la “nueva” clase. Así que, lejos de ser una idea platónica, estamos en presencia de un *status* proclive a disolverse en la indefinición, siempre pendiente de los equilibrios en el espacio y el tiempo.

En rigor, hoy día coinciden unas clases medias *al alza*, en los países emergentes, y otras *a la baja*, en las economías desarrolladas que sufren las secuelas de la crisis y sus efectos (negativos) sobre el bienestar. Este análisis, bastante extendido, parece ignorar, no sé si a propósito, la casi infinita diversidad de los sectores que supuestamente se cobijan bajo un concepto unitario. Nos ocupamos ahora de Occidente, porque el caso de los emergentes desborda nuestro tema. Un estudio reciente para la BBC, con cierta repercusión mediática, divide la sociedad británica en “precarios” (una especie de nuevo *lumpen*), “trabajadores” (novedosos, tradicionales o pudientes), “clases medias” *stricto sensu* (“técnica” o académica y “establecida” o profesional) y “elite” que acumula dinero y poder. Aunque el enfoque y las cifras son muy discutibles, es cierto que la inmensa mayoría merece ser incluida entre las

²¹ Una notable edición de los *Escritos y discursos de la Revolución*, de Emmanuel SIEYÈS, a cargo de Ramón Maiz, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007.

²² Luis Díez DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, cit., cap. XX.

clases medias *lato sensu*, casi un 80 por ciento de esas categorías intermedias²³. Por eso mismo, hablar de tanta gente ya no significa nada o casi nada desde el punto de vista político.

Una parte de la vieja clase media se siente desplazada. Le disgusta la política superficial, mucho “estilo” y poca “sustancia”. Odia, o al menos desprecia, al líder moderado en formas y contenidos, porque le gustan los tipos agresivos. David Riesman, el autor de *The Lonely Crowd*, un libro que merece ser rescatado del olvido, los calificaría de “indignados” en un sentido confluyente con el que Hassel o Sampedro utilizaban en sus últimos años. Es verdad que, a partir de la crítica común, unos prefieren soluciones autoritarias y otros optan por la democracia radical. Pero todos ellos son clientes potenciales de los políticos populistas, en el sentido de la buena definición que ofrece el Diccionario de la Real Academia Española: “halago de la plebe para hacerla instrumento de la propia ambición política”. Es el enemigo contemporáneo de la democracia constitucional, porque tiende a situar a las instituciones en el límite de su resistencia y desvirtúa sus señas de identidad. Toda sociedad en crisis es víctima potencial, porque el virus arraiga con más facilidad de la que creemos. La ideología importa menos: casi siempre son “muy” de derechas, pero también pueden ser “muy” de izquierdas e incluso transversales, porque se reconocen pronto y se entienden con facilidad. A grandes rasgos, el populismo de la derecha arraiga mejor en Europa y el de la izquierda, con unos cuantos matices, en América Latina. Sobre España, siempre peculiar, hablaremos en el epílogo.

La querencia de mucha gente hacia las pulsiones autoritarias es una evidencia. Hay muchos tipos dispuestos a escuchar mensajes radicales, sobre todo en tiempo de crisis, y no hay que subestimar su capacidad para traducir el odio en barbarie. Desarraigo y anomia producen la sensación de estar marginados²⁴. Pueden estallar en una rabia impotente o hundirse en una resistencia agónica. Lo normal es que busquen (y encuentren) grupos más o menos organizados que les permitan dar

²³ El estudio lleva por título *Great Britain Class Survey* y fue dirigido por Mike Savage (London School of Economics and Political Science) y Fiona Devine (University of Manchester). Es fácilmente accesible en la Red. Contrasta ese dato con un 15 por ciento de “precarios” y con un 6 por ciento de “elites”. Hay estudios similares, con matices, para otros países de la Unión Europea, incluida Alemania. Sobre la nueva clase, en los márgenes de la integración social: Guy STANDING, *The Precariat. The new and dangerous class*, Bloomsbury, Londres, 2011.

²⁴ Muy conocido: Robert PUTNAM, *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana* (2000); trad. esp. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.

rienda suelta a las expansiones que una sociedad políticamente correcta impide expresar con naturalidad. Este individuo frágil y desorientado rezuma malestar y se siente inerme ante los “gigantes” socioeconómicos y políticos, magnetizado por el espectáculo de unos titanes (a veces imaginarios) que luchan en un escenario que les supera. Como todos, busca el contraste entre un futuro incierto y un pasado supuestamente sólido y estable. Su posición política depende de la respuesta de los partidos clásicos. Si son capaces de ofrecer soluciones e ilusiones (las dos cosas, no solo una), siguen siendo la clientela natural del centro-derecha y del centro-izquierda. De lo contrario, el resentimiento les puede llevar al populismo, en cualquiera de sus vertientes²⁵. Unos ven a Europa y a la inmigración como enemigos y votarán a Le Pen y similares. Otros apelan a la “gente” indefensa frente al plutócrata insaciable protegido por una clase política a sueldo del Gran Capital. Parecen muy diferentes, pero comparten muchos rasgos comunes.

Existen múltiples sectores dentro de las clases medias. Unas son *nuevas*, al menos recientes, y exigen un nuevo estilo de democracia, pero también *las de siempre* siguen ahí, con sus líderes naturales. Así lo demuestra el éxito reiterado de Angela Merkel. Por tanto, donde la economía funciona, el viejo contrato social permanece vivo y operante. Sin embargo, en muchos sitios ya no funciona. Por eso, según casi todos los indicadores, la desigualdad aumenta. Abusando otra vez del mismo prefijo, se habla de sociedad del postbienestar, más cuidadosa en el consumo y menos ambiciosa en sus proyectos vitales. Se acabaron los tiempos del crédito fácil y el consumo ostentoso. Mantener el *status* se convierte en un objetivo más que suficiente. Por eso, no sirve de gran cosa exigir o ampliar el compromiso formulado por las Constituciones (Estado social, derechos a prestaciones públicas, estándares elevados de calidad de vida) o en los tratados comunitarios o en otros documentos con mayor o menor valor normativo, adoptados en épocas de bonanza. Buenos deseos (que todos compartimos) no equivalen a buenas soluciones.

En este contexto vuelven las disputas eternas, ocultas durante algún tiempo bajo el manto integrador del centrismo. Como siempre que hablamos de ideas en política conviene mirar hacia Inglaterra. Ed

²⁵ Sobre resentimiento y política es clásico Max SCHELER, *El resentimiento en la moral*; en español, la traducción de referencia es de José Gaos para Revista de Occidente, Madrid, 1927. El *Ensayo sobre los privilegios* (1788) de SIEYÈS, en *op. cit.*, resulta demoledor: “el desprecio constituye uno de los peores males que pueden hacerse a los hombres” (pág. 7).

Miliband, el discutido líder laborista británico, recupera desde hace algún tiempo el discurso izquierdista²⁶. Así, critica sin matices el *gap* social generado por la crisis y se aleja de la “tercera vía” de Tony Blair. Falta todavía que encuentre a “su” Anthony Giddens, pero no tardará en aparecer. David Cameron empieza a replicar con un discurso de pura ortodoxia *tory*: impuestos bajos, oportunidades para el talento y algún guiño peligroso hacia los sectores incómodos con la Unión Europea y hartos de problemas con la inmigración. Conviene estar atentos al debate: cuando los ingleses producen ideología política siempre anticipan tendencias, salvo en la extraña y errónea aventura del referéndum escocés, aunque al final se haya impuesto el sentido común.

Todos los políticos recurren (retóricamente) a las clases medias. Antes lo hacían los conservadores o los democristianos, pero ahora también la izquierda moderada ha descubierto cuál es el motor del crecimiento económico y la estabilidad social: Aristóteles, en definitiva²⁷. El propio Obama, siempre intuitivo, habla de la necesidad de reducir las distancias entre Wall Street y Main Street. Pero las clases medias están irritadas con los rescates bancarios y otras pruebas (reales o supuestas) de preferencia hacia las elites financieras y ya no hacen caso a la “lírica” presidencial si no va seguida de medidas efectivas. Incluso se debate desde la izquierda intelectual sobre la eficacia de las fórmulas tradicionales para favorecer la igualdad de oportunidades. Sus antiguos promotores discuten sobre si es suficiente la acción afirmativa o la política de cuotas. El desconcierto intelectual es mala señal cuando es urgente afrontar debates sobre educación y salud, por citar casos muy relevantes²⁸.

La respuesta equivocada desde la izquierda consiste en la “solución ideológica”, es decir, acusar a los mercados de todos los males pasados, presentes y futuros. Ya hemos mencionado la tesis conspirativa que atribuye a las elites extractivas el deseo de liquidar el contrato social,

²⁶ Su padre, Ralph MILIBAND, filósofo marxista a la vieja usanza, fue autor de libros muy estimables como *Socialism for a sceptical Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

²⁷ Véanse, por ejemplo, los documentos del “progresista” Center for American Progress que apela directamente a esas familias medias, ahora con serias dificultades para llegar a fin de mes. En la misma línea, Arianna HUFFINGTON, *Traición al sueño americano: cómo los políticos han abandonado a la clase media*, Taurus, Madrid, 2012.

²⁸ El debate clásico sigue siendo muy interesante para el estudioso de las ideas políticas. Por ejemplo: buenos argumentos a favor en Ronald DWORKIN, *Los derechos en serio*, Ariel, Barcelona, 1984, cap. 9, “La discriminación inversa”; buenos argumentos en contra en Thomas SOWELL, *La discriminación positiva en el mundo*, Gota a Gota, Madrid, 2006. Por supuesto, el hecho de que este autor sea de raza negra ni añade ni quita razón a sus reflexiones.

es decir, el Estado de bienestar. Unos hablan de saqueo organizado, otros de conspiración universal, y así sucesivamente. No se trata de revolucionarios, sino de gentes sensatas y moderadas, políticamente próximas al centro-izquierda. Todos critican al individualismo posesivo, al darwinismo social o a los daños psicológicos irreparables hacia la solidaridad y la cooperación. Estamos ante el penúltimo capítulo de la eterna querrela de la izquierda contra el (a medias triunfante) liberalismo, sustento doctrinal de las sociedades desarrolladas, con sus ciudadanos (algo democráticos) y sus consumidores (muy consumistas). No es casualidad que haya renacido, como hemos estudiado, el pensamiento “republicano”, cuya máxima es muy simple: donde hay Comercio, no cabe la Virtud. Es evidente que la izquierda, aquí y en todas partes, sigue empeñada en gestionar ese “banco mundial de la ira”, que le atribuye —entre bromas y veras— el heterodoxo Peter Sloterdijk. Una y otra vez cuentan las maldades del Gran Capital, que primero derrotó al comunismo y ahora quiere acabar con la democracia.

Tampoco es atractiva la respuesta convencional desde la derecha. Suele decir algo parecido a esto: impuestos y burocracias solo benefician a los parásitos sociales a costa del trabajo ajeno. Los mismos antagonistas con el papel cambiado. Es una especie de *free rider* generalizado, ese “gorrón” que destruye la lógica racionalista de la elección pública porque solo saca ventajas y nunca coopera. La derecha contemporánea tiene pendiente una larga tarea pedagógica. Resulta imprescindible explicar que la austeridad no es una opción perversa, sino un principio elemental de supervivencia. Tiene ya asumido que un sistema tributario (moderadamente) progresivo genera equilibrio social y territorial, frente a los egoísmos sin sentido. Debe apoyar políticas activas a favor de los emprendedores, medidas de apoyo al *fresh start* y otros enfoques inteligentes para encauzar el esfuerzo de esas clases medias que —repito una vez más— constituyen su clientela natural²⁹.

Es urgente que la derecha liberal y moderada (ya casi nadie se atreva a decir “centrista”) supere su desconcierto o su indolencia o las dos cosas a la vez respecto de la batalla de las ideas³⁰. Para ello, debe ser

²⁹ Es interesante el planteamiento de Joshua KURLANTZICK, *Democracy in Retreat. The Revolt of the Middle Class and the Worldwide Decline of Representative Government*, Yale University Press, Yale (Ct.), 2013, como reflejo de las exigencias políticas de esas nuevas clases que esperan un gesto de comprensión que se traduzca en medidas eficaces.

³⁰ Me remito, para una discusión más amplia, a mi libro *Teorías políticas para el siglo XXI*, ya citado, cap. 4, “Derecha moderna”, pág. 157 y sigs.

consciente de que la disputa se libra en el terreno intangible de las conciencias y no se gana en el ámbito prosaico de las magnitudes macroeconómicas. Es un error refugiarse exclusivamente en una gestión eficaz en el plano de la economía, territorio inmune para las ambiciones intelectuales de una izquierda poco realista. La derecha moderna, abierta y convencida de sus propias ideas (que no siempre es el caso) tiene mucho que decir si sabe jugar sus bazas. Por supuesto, el elemento *liberal* funciona mejor en la retórica democrática que el discurso conservador, muy difícil de traducir en propuestas atractivas para una sociedad de masas. En cambio, el componente *social* en la gestión económica (se llame conservadurismo compasivo, humanismo solidario o responsabilidad social corporativa) vende mucho mejor el producto que la defensa del triunfador implacable. En el fondo, se trata de *recuperar los principios de la Ilustración*, cedidos gratuitamente a la izquierda por culpa de un discurso a veces anacrónico. La clave está en aceptar que la libertad (política, económica y moral) constituye un todo indivisible y que no es lícito utilizar una u otra faceta según la propia conveniencia. Por eso, el liberalismo consigue atraer a gentes de origen muy diverso bajo el señuelo de una tradición ilustre. Casi todo el mundo se siente cómodo bajo el amparo, por citar un ejemplo notorio, de John Stuart Mill, capaz de “refundir” la escuela utilitarista con los poetas románticos, con guiños al socialismo y al feminismo.

El ser humano individual (la persona como única realidad radical, decía Ortega) es el protagonista de la vida social, sin necesidad de aceptar calificativos denigrantes como egoísta, posesivo o insolidario. No es posible alterar la condición humana por medios constructivistas, es decir, obligar al hombre a ser lo que no quiere (y tampoco puede) ser. “Obligarle”, incluso, “a ser libre”, según la célebre y temible paradoja de Rousseau. El liberalismo desconfía de la razón abstracta, esto es, de un poder armado de razones artificiales que pretenden justificar así violencias legales ejercidas en régimen de monopolio. Ofrece, en definitiva, una respuesta sobria a la ansiedad constitutiva de la condición humana³¹. Precisamente por eso el liberalismo genuino debería ser la ideología propia de las clases medias. Si alguien puede comprender ese mensaje son los millones de hombres y mujeres que luchan cada día por

³¹ Sheldon S. WOLIN, *Política y perspectiva*, cit., cap. IX. 6, “Liberalismo y ansiedad”. El pensamiento liberal deriva de la inquietud ante la escasez de los bienes (materiales y morales) a reparar, una fecunda idea de Locke que desarrollan los economistas clásicos.

mantener un *status* decoroso, conjugar la profesión con la familia, ejercer los derechos y cumplir los deberes propios del buen ciudadano. No les gustan las utopías, ni les ríen las gracias a los ilusos. La realidad tiene sus reglas. El capitalismo no se crea ni se destruye, es producto de una evolución de siglos ajena (por fortuna) a la supuesta omnisciencia de los políticos intervencionistas y de los intelectuales imaginativos. La democracia no es ni será perfecta, pero es mucho mejor que cualquier género de dictadura, incluso las que pretenden ser eficientes. No somos ni seremos felices todos y cada uno de los días de nuestra vida, pero para mucha gente el balance es satisfactorio y dejamos lo mejor de nosotros mismos en el proceso de vivir ese día a día que nos ofrece unas cuantas satisfacciones, muchas veces al margen del resultado. La única exigencia del liberalismo es, sin duda, difícil de cumplir: dejar al margen el pecado de soberbia y practicar la virtud poco excitante de la humildad. La madurez (personal y social) consiste en asumir, ya de una vez, que no podemos todo cuanto queremos.

Realistas por experiencia propia, las clases medias son muy sensibles hacia las propuestas sobre una *democracia eficiente*, es decir, que resuelve problemas reales y no crea problemas artificiales. Les irrita especialmente la corrupción, sin duda por razones éticas, pero también porque para ellos no hay escapatoria en materia fiscal o de seguros sociales ni opciones para buscar fuentes alternativas por vía de la economía sumergida. Por eso reciben con gusto el mensaje de la austeridad y la ejemplaridad, el ahorro en los gastos superfluos, el sacrificio del gobernante que trabaja al servicio del interés general. Todo ello, claro, cuando perciben que es sincero y se traduce en medidas concretas, mucho mejor si son cuantificables y no solo promesas vacías de contenido. Les importa sobre todo el espíritu constructivo. Por eso, es triste que los propios actores políticos no sean conscientes del daño que produce el partidismo perpetuo, por mucho que complazca a los sectores más aguerridos de sus electorados.

Aunque no les sobra grandeza de espíritu, hay que ser justos a la hora de valorar el significado de nuestras clases medias acosadas por todas partes. El modelo funciona mejor, cómo no, en sociedades maduras y en tiempos de bonanza razonable. Así se construyó en Europa y en América la sociedad *menos injusta* de la historia, la que más bienes produce y la que menos mal los distribuye. ¿Sueños? ¿Utopías? ¿Ansias de paz infinita? Interesante, sin duda... pero lo primero es llegar a tiempo a la oficina. Cosas del capitalismo tardío. Gestionar bien no es incom-

patible con un discurso político atractivo. La esperanza es también un aliciente para hacer las cosas bien. Escribe Thomas Mann³²: “solo resultan verdaderamente divertidas las cosas que han sido meticulosamente elaboradas”.

En este contexto, y no sólo en la Teoría Política puramente normativa, hay que debatir de nuevo sobre la implicación de los ciudadanos en la vida política. Los defensores de la democracia participativa o deliberativa, como ya vimos *supra*, dan por supuesto que la gente *quiere y puede* dedicar su tiempo a los asuntos públicos. Cuando hablamos de clases medias, en el sentido más amplio, conviene ser precavidos, o incluso desconfiados: se trata de personas muy atareadas en la vida diaria, cuando resulta que la participación política (no profesional) cuesta tiempo y a veces dinero, en forma de lucro cesante. Nos dejamos llevar por el entusiasmo al modo de Pericles: el *idiotés*, el que se aparta de la vida en común, es ocioso y negligente, inútil y sin provecho. Pero tal vez no tengamos derecho a exigir a los demás que compartan con nosotros esa pasión política que nos lleva a unos cuantos a discutir a todas horas sobre lo mismo. El liberalismo nos enseña a respetar las opciones privadas sobre una vida, mejor o peor, pero sujeta a la libertad sin interferencias ajenas³³. Delegar el manejo de los asuntos públicos en unos “profesionales” de razonable calidad puede ser una opción tan legítima como encargar a un gestor que tramite nuestros asuntos administrativos o tributarios. Eso, en el terreno de los principios. Desde el punto de vista de la experiencia, es notorio que mucha gente prefiere mirar para otro lado y contemplar la escena con cierta distancia. Es decir, elogiar o criticar según prejuicios ideológicos o impresiones apresuradas. Los amigos de la libertad tenemos el deber de aceptar que otros seres humanos hacen cosas que no nos gustan.

* * *

Eleutheria, libertad bajo el imperio de la ley, es tal vez la más hermosa entre las Ideas que habitan en nuestra Ciudad platónica. Se encuentra en los gobiernos moderados, enseña Montesquieu. “Donde no

³² Thomas MANN, *La montaña mágica* (1924), prólogo. Versión española en Plaza y Janés, Barcelona, 1994.

³³ Como Hayek suscita reparos, será mejor recordar la defensa a ultranza de la vida privada por los epicúreos, los anarquistas o incluso los progresistas heterodoxos de nuestros días.

hay ley, no hay libertad”, sostiene Locke. Si añadimos algunas páginas de Stuart Mill sobre la libertad de expresión, tenemos concentrado el tesoro de la tradición política de Occidente: la mejor (si se prefiere, reitero: la menos mala) de la Historia. Aunque, por citar a otro de los grandes, Alexis de Tocqueville, si la política deja de ser interesante, los ciudadanos dejarán de prestarle atención. Más vale que la democracia constitucional no deje ningún resquicio a las trampas y a los tramposos. Mejor es prevenir a tiempo los males que curar a destiempo (si es que se puede) las consecuencias. Por eso es oportuno evocar de nuevo las alegorías del buen y del mal gobierno, esos hermosos frescos de Lorenzetti que iluminan el austero palacio municipal de Siena. Efectos del buen gobierno: ciudadanos optimistas, mercaderes diligentes, paisajes luminosos. Secuelas del mal gobierno, en duro contraste: desolación y violencia, mercados desiertos, casas en ruinas. Por ello, la soberbia ocupa lugar preferente y a sus pies yace la inerme Justicia, quebrada la balanza y dispersos los platillos por el suelo. Imágenes propias de aquel otoño de la Edad Media que anticipa el esplendor renacentista, pero que transmiten una lección valiosa para todo tiempo y lugar.

Terminamos con T.S. Eliot, el poeta que canta la cultura como estilo de vida³⁴. Bajamos a la tierra desde nuestra Ciudad de las Ideas. El paisaje ha cambiado:

“Veo muchedumbres dando vueltas en círculo/
Hay que andarse con cuidado en estos tiempos/
Ciudad Irreal/
bajo la parda niebla de una madrugada
de invierno (...)”.

³⁴ T.S. ELIOT, *The Waste Land* (1992). Sigo la traducción de Viorica Patea, Cátedra, Madrid, 2005, pág. 211 de esta edición bilingüe.

EPÍLOGO PARA ESPAÑOLES

1. Alegato contra el pesimismo

Primero, hay que reconocer la deuda con Ortega y sus prólogos y epílogos de *La rebelión de las masas*. Muchas inspiraciones españolas son orteguianas, aunque algún colega descubre cada mañana su “yo” y su “circunstancia”. Concluidos los argumentos, es hora de síntesis desde la perspectiva de esta España constitucional que merece un voto de *confianza*. Lo peor nos pasa siempre cuando gana la veta pesimista. El malestar existe, sin duda, en un sentido que recuerda al famoso libro de Sigmund Freud, allá por los años treinta¹. La desilusión política es un fenómeno palpable. La sociedad no sabe a qué atenerse... Cierto, pero el malestar es una sensación incómoda, no un cáncer terminal, mal que les pese a unos cuantos. Se cura con mucho esfuerzo y más sentido común. Así que vamos a empezar por el principio, jugando en campo contrario, eso sí, porque en España siempre se jalea la opinión más negativa para fustigar a un país que no sabe defenderse, salvo para caer en el extremo opuesto: *laudes Hispaniae* y similares. Es un riesgo remar contra corriente, pero son gajes del oficio de pensar. O, si lo prefieren, de la exigencia ineludible de cumplir con el imperativo kantiano.

No hay que idealizar el pasado. Tampoco es bueno dramatizar el presente. Sobre todo, es inaceptable hipotecar el futuro. La sociedad española tiene un fuerte componente de *estabilidad*, al margen de la crispación en la superficie del espacio público. Si lo vemos en negativo, se puede llamar *inercia*, pero si preferimos el enfoque positivo la palabra es *madurez*. Se habla de “consensos rotos” en el sentido de que la crisis daña el respaldo de los ciudadanos a la democracia, la economía de mercado, los partidos políticos, la Unión Europea y un bipartidismo “imperfecto” que ha producido hasta ahora seis mayorías

¹ Autores muy ponderados comparten el diagnóstico, utilizando ese mismo término. Hace unos años, VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, *El malestar de la democracia*, Crítica, Barcelona, 2008. Hace poco, JULIO IGLESIAS DE USSEL, “El malestar social en España”, en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n° 90, 2013, pág. 585 y sigs.

absolutas y cinco relativas. Hay datos que apuntan en esa dirección, pero conviene evitar proyecciones aventuradas. Vuelvo al tema de la desafección. Es notorio que los grandes partidos han perdido parcialmente la confianza de los ciudadanos, pero el modelo todavía funciona con solvencia. Si en el futuro eso se traduce en gobiernos de coalición (“grandes” entre sí o “grande” más “pequeños”) será algo muy normal en el panorama europeo, como ya lo es en el ámbito autonómico. Habrá que esperar el veredicto inapelable de las urnas². En todo caso, el mensaje social a los políticos es concluyente: más democracia interna, menos listas cerradas y, sobre todo, respuestas concretas a las preocupaciones reales de los ciudadanos. La clave del futuro reside en evitar una fractura partidista, que solo se supera (y ya no tanto como antes) en temas esenciales como la Corona. Todo es sencillo en teoría, pero casi imposible en la práctica: en democracia, los pactos y coaliciones son legítimos siempre y cuando no afecten a la arquitectura institucional. Si se alcanzara un improbable acuerdo entre los dos grandes partidos, ni siquiera haría falta modificar la letra de la norma fundamental. Bastaría un pacto de lealtad que excluya la alteración de las reglas del juego como objeto de la negociación partidista. Pero también en este punto el patriotismo de la España constitucional se ve obligado a luchar contra el desánimo que provocan los esfuerzos sin recompensa. Ya somos demasiado mayores para ser ingenuos.

¿Y si la desafección nos trae un Parlamento distinto? Algunos auguran el final del bipartidismo, que es ciertamente “imperfecto” o “matizado”, como se dijo, porque aquí tenemos muchos partidos con representación en el Congreso. Aunque D’Hondt tenga la culpa de todo, conviene recordar que en democracia deciden los electores y no las matemáticas. En el Reino Unido, sistema mayoritario de libro, tienen un régimen de “dos partidos y medio”, como ya decía Friedrich. Pero es que además de conservadores, laboristas y liberal-demócratas hay nacionalistas escoceses, unionistas irlandeses y bastantes independientes³.

² En las elecciones generales de 2008 se alcanzó el techo: PSOE y PP sumaron el 84 por ciento de los votos y el 92 por ciento de los escaños. En 2011, el descenso es significativo, si bien todavía supone el 73 y el 85, respectivamente. Las encuestas auguran nuevas y notables pérdidas.

³ Merece la pena consultar la página *web* de los Comunes. Por cierto, a la hora del cómputo, se aclara que el Speaker y sus adjuntos no votan, con un añadido prudente: *usually*. Un detalle a tener en cuenta: en ese modélico sistema, solo hay competencia real en el 20 por ciento de los distritos; en los demás, gana siempre el mismo partido. Por casualidad, supongo, los líderes relevantes de cada partido son candidatos una y otra vez en un distrito “seguro”.

Volvamos a nuestra hipótesis. Para ser sincero, prefiero que no se cumpla. Hasta hoy, el principal activo de la democracia española ha sido y es la *estabilidad*. Los que no la tienen (véase Italia) saben muy bien cuánto se echa de menos. Hay quien dice que acaso un Parlamento fragmentado invitaría a una gran coalición “a la española”. Tal vez sea una oportunidad para llegar a acuerdos que siempre se resisten. Si llega ese día, sería bueno volver los ojos hacia Alemania: “papeles” bien hechos y lealtades garantizadas. En este caso, conviene aprender de lo bueno. Incluida, por cierto, la moción de censura constructiva, una respuesta inteligente ideada por el propio Friedrich y asumida por la Ley Fundamental de Bonn para evitar la fragilidad del modelo de Weimar, de consecuencias dramáticas. Por eso no consigo adivinar las ventajas de la reforma que algunos proponen del artículo 113 de nuestra Constitución.

El malestar está ahí. Gentes (en otro tiempo) sensatas muestran su indignación con palabras gruesas que convendría evitar, porque unas veces se traducen en propuestas de regeneración, pero otras sirven de sustento a populismos intolerables. Las culpas suelen recaer sobre la Transición, a la que unos y otros pretenden cobrar facturas pendientes. El modelo autonómico sale muy mal parado de estos exámenes de conciencia tardíos, incluso a cargo de protagonistas más o menos arrepentidos del “café para todos”. También hay quienes descubren (lejos del poder y sus vanidades) que nuestra democracia nació bajo vigilancia de los “poderes fácticos” y la califican de “metamorfosis” del franquismo. Todos sentimos nostalgia de aquellos debates ya prescritos, pero los jóvenes nos contemplan con indiferencia, cuando no con estupor. Si no queremos decepcionarles, habrá que mirar al futuro y dejarse de viejas querellas cuyos códigos no comprenden y cuyo desenlace no les importa.

Así que vamos a ser como queremos ser y no como les gustaría a unos cuantos. La Transición supo encerrar bajo siete llaves algunos demonios eternos que pretenden salir ahora por la puerta de atrás. Sin embargo, a estas alturas del tiempo histórico, muchos españoles hemos ganado la batalla contra el dogmatismo y la intolerancia. Con las virtudes y los defectos del mundo contemporáneo, hemos creado un marco *mu*y razonable de convivencia. Funciona mucho mejor de lo que ha sido frecuente en estas tierras. No nos importan las pasiones telúricas, las místicas identitarias o las purezas ideológicas. Nos gustan, por el contrario, el legado de la Ilustración, en su versión moderada; la concurrencia democrática entre partidos sensatos; la Monarquía (antigua y

moderna a la vez) como forma política del Estado. A veces nos dejamos vencer por el desánimo, pero que nadie se engañe: *la nación sigue su curso*. Con una diferencia determinante respecto de aquellos años fundacionales: el “proyecto sugestivo” que guió la Transición se llamaba Europa. Ahora no tenemos ninguno. He aquí el reto de una nueva generación que empuja un poco a ciegas y, como siempre, busca un protagonismo que le llegará por razones puramente biológicas.

Hemos dicho reiteradamente que la democracia constitucional es la única forma legítima de gobierno. También es verdad que necesita cada poco ajustar cuentas consigo misma. Pero no confundamos lo esencial y lo accidental. La Constitución de 1978 es la expresión jurídica y política del poder constituyente, el pueblo español, porque la voluntad de todos los ciudadanos, formulada a través de sus representantes legítimos, creó una norma fundamental situada en la cúspide de la pirámide normativa. Es, pues, una decisión de los españoles que deseamos *convivir* para evitar que se repitan las tragedias del pasado. Hablamos de la Constitución más exitosa en la historia de España, aunque admito que la competencia es discreta. La historia está ahí, y pueden ser “tres mil años”, como decía el maestro Domínguez Ortiz, o unos pocos siglos, según un cómputo más ajustado⁴. Nos ha ido bien, mal y regular. No tiene razón, brillos literarios al margen, el poeta Gil de Biedma: nuestra historia no es más triste que las otras y no tiene por qué terminar mal... Aunque a veces hacemos lo posible por estropearlo todo. Varias generaciones hemos hecho un gran esfuerzo para olvidar el “problema” de España a base de superar el discurso pesimista. A estas alturas, ni Laín Entralgo ni Calvo Serer, polémica estéril con resultado incierto, al menos en su día. Ni las esencias de Sánchez Albornoz ni las apariencias de Américo Castro, uno y otro espléndidos intelectuales. Hemos pasado demasiado rápido, como digo siempre, de *premodernos* a *postmodernos*, y la crisis hace difícil la digestión. Si huimos de la demagogia, hay que reconocer que otras veces hemos estado mucho peor. Decir la verdad tiene su coste: *veritas odium parit*, decía Terencio. Pero es un deber inexcusable, y algunos estamos dispuestos a cumplirlo.

⁴ Véase la obra colectiva dirigida por Antonio MORALES MOYA, Juan Pablo FUSI y Andrés DE BLAS, *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013. Nuestros historiadores han escrito libros importantes sobre viejos mitos y nuevas ilusiones. Por todos, como resumen, Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La berencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011. También, desde diferentes perspectivas, Antonio Elorza, José Álvarez Junco, Santos Juliá y otros.

La sociedad española debe demostrar su madurez en estos tiempos difíciles. No es momento, insisto, para pesimistas al estilo del 98, solo que huérfanos de calidad literaria y (algunos) de patriotismo. Tampoco hay que hacer caso a los arbitristas ocurrentes. En rigor, hay un amplio espacio para las reformas bien orientadas, a medio camino entre los radicales y los inmovilistas. La descalificación global y sin matices abre las puertas al populismo. Por eso, es urgente dar pasos en la buena dirección, porque existe un amplio margen de mejora por la vía del sentido común colectivo y la ejemplaridad personal. Por fortuna, el relato simbólico de la Transición sigue vivo y operante, aunque sea poco y mal conocido por las generaciones jóvenes. Algunos protagonistas lo han contado con rigor⁵. Incluso en este tiempo de sectarismo y exclusiones el consenso constitucional apela en nuestra cultura política al interés general frente al oportunismo partidista. Por eso, *el pesimismo es estéril*: en el fondo, es una fórmula para eludir responsabilidades, un falso consuelo que ya no engaña a nadie.

Ahora bien, si los partidos consolidados no ofrecen respuestas, el peligro acecha por todas partes. Vivimos en sociedades emotivas que buscan y encuentran culpables para eludir su propia responsabilidad. Es una cuestión de inmadurez colectiva, común a todos los países. Acaso nos podemos permitir algún que otro “artista adolescente”, a la manera de Joyce, pero tiene que ser la excepción y no la regla. Por eso merece elogios una sociedad capaz de rechazar el populismo de derechas, a diferencia de nuestros ilustres socios y vecinos en la Unión Europea. En cambio, es muy preocupante la entrada en escena de un populismo de izquierdas, impropio de un país fiable, en el marco de una operación gramsciana para quebrar la estabilidad del sistema. La reacción frente a tal despropósito será un buen índice de la capacidad real de la sociedad española para consolidar nuestra frágil modernización.

“La historia no termina en el futuro, sino en el presente”, dice con razón Collingwood. Es fácil predicar el apocalipsis y anunciar un colapso del sistema, *incertus quando*. Pero los profetas, ya lo hemos visto, se equivocan siempre. La afición de los españoles por hacer borrón y cuenta nueva parece un “invariante castizo” (como decía Fernando Chueca respecto a la arquitectura) del carácter nacional. Menos mal que tal carácter no existe y, por tanto, está en nuestras manos hacer

⁵ Véanse los discursos de recepción en esta Real Academia de Landelino Lavilla, Oscar Alzaga o Rodolfo Martín Villa, entre otros.

bien las cosas. Es cierto que nos enfrentamos a esa desafección a la que se debe dar respuesta con prudencia y buen sentido, al margen de oportunismos partidistas. Pero también es preciso valorar lo que tenemos. ¿Por qué somos incapaces de apreciar lo bueno? Ya sé que lo fácil ahora es culpar a ciertos conspiradores malvados en lugar de asumir la propia responsabilidad. Todos los males nos suceden a nosotros. Será verdad, digo yo, si todo el mundo lo dice, pero me pregunto por qué aquí tenemos una sociedad que no se dedica a quemar coches los fines de semana (como en la *banlieue* de las ciudades francesas); no genera, al menos todavía, partidos ridículamente contrarios al sentido común (como el populismo de Beppe Grillo), o no vota con gusto a los partidarios del localismo antieuropeo (como el UKIP británico), aunque no faltan entre nosotros los nacionalistas de vía estrecha. Por no mencionar las explosiones sociales en países emergentes. “Todo lo que era sólido se desvanece”, escribe Muñoz Molina en un análisis muy difundido de nuestro malestar contemporáneo⁶. Es cierto, al menos parcialmente, pero tampoco es necesario pasar de la euforia a la impotencia sin buscar un razonable acomodo en alguna de las estaciones intermedias en los estados de ánimo colectivos. Como siempre, la moderación es mejor que la intransigencia.

2. La hora de los mejores

Si hacemos examen de conciencia sobre nuestra vida política, es fácil advertir una tendencia preocupante: con excepciones valiosas, en los partidos, las administraciones o las instituciones los buenos caen en el fatalismo; los tibios, prosperan sin gloria; los intrigantes mandan mucho, sin saber para qué... Podemos mejorar, por supuesto, porque nuestra democracia es igual de buena y de mala que otras muchas. Luces y sombras: no todo es blanco ni tampoco negro. Así es la política, espejo de la vida. Por eso conviene buscar solamente lo posible, porque suele ser más útil el reformismo prudente que los esfuerzos desmesurados cuyo fracaso conduce a la melancolía. Lo importante, dadas las circunstancias actuales, es que comparezcan los mejores, en el Estado

⁶ Antonio MUÑOZ MOLINA, *Todo lo que era sólido*, Seix Barral, Barcelona, 2013, título de rai-gambre marxiana. Sobre nuestro habitual estado de ánimo, Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *El peso del pesimismo. Desde el 98 al desencanto*, Marcial Pons, Madrid, 2010.

y en la sociedad civil, en el Gobierno y en la oposición, entre las elites y también entre las masas. Es una llamada urgente, porque el futuro de la España constitucional pasa por recuperar el prestigio de la política. Pero la teoría es siempre más fácil que la práctica. La retórica suena bien, pero los deseos cargados de buenas intenciones suelen ser poco realistas, incluso contradictorios. Veamos algunos ejemplos. Nos gustan los diputados que piensan por sí mismos, pero nos indignan los tráfugas que se salen del carril. Pedimos partidos abiertos y pluralistas, pero los electores castigan cualquier atisbo de “jaula de grillos”. En todo caso, hay que buscar incentivos para recuperar a la gente valiosa. Si se trata de elegir entre elites competitivas, habrá que dar la razón a Schumpeter: la condición *sine qua non* de una buena democracia es que el “material humano” sea de suficiente calidad⁷.

Lo mismo sucede con el *status* de los políticos; es decir, sueldos, “ventajas” y otros elementos vinculados en todos los tiempos y lugares con el ejercicio del poder. La gente se indigna si ganan “mucho”, un concepto subjetivo y hasta arbitrario por definición. Pero no es sensato exigir que ganen “poco” y pretender a la vez que los “mejores” se dediquen a los asuntos públicos en lugar de los mediocres. O sea, que todos están en contra de la actual clase política, pero unos quieren más “profesionales” (expertos que conozcan su materia) y otros menos (para evitar que se conviertan en una *casta*). Ya lo dijo Don Quijote, tras el fiasco político del honrado escudero: si sales rico del poder, eres un ladrón; si sales pobre, un mentecato... Por si sirve de algo, he aquí una referencia histórica: en la Atenas clásica, los demócratas impusieron la retribución por la asistencia a la asamblea, con el argumento incontestable de que, si fuera gratuito, solo acudirían los oligarcas, los únicos que pueden permitirse abandonar su ocupación habitual. Otra más: entre las peticiones de los “artistas” ingleses del XIX estaba la retribución a los parlamentarios.

En la misma línea se mueve el debate sobre la “puerta giratoria” (*revolving door*, para los anglosajones). Si el político cesante se busca la vida en la empresa privada, salta la sospecha sobre tráfico de influencias. Si se le condena a la “muerte civil” tras dejar el puesto, es notorio que intentará prolongar por todos los medios su permanencia en el cargo público. ¿Soluciones? Por supuesto, cumplimiento estricto de la

⁷ J. SCHUMPETER, *Capitalismo...* cit., pág. 368 y sigs.

legalidad, transparencia y, muy importante, prudencia y decoro. También naturalidad. Por supuesto, el cambio de mentalidad debe exigirse por igual a la “clase política” y a la “sociedad civil”, por usar los términos convencionales. Cabe decir lo mismo respecto del aforamiento, asunto de moda. Es razonable proponer un perfil más ajustado sobre el ámbito subjetivo y objetivo de la institución, pero es sencillamente falso identificarla con la impunidad, como aseguran los críticos de trazo grueso. Algo similar ocurre con el debate sobre inculpación penal y sufragio pasivo. Es decir, si los procesados y/o sujetos a juicio oral y/o imputados deben o pueden estar en las listas electorales. Otra vez las opiniones de brocha gorda pasan por alto la presunción de inocencia o la hipótesis (por desgracia, posible) de una persecución política por cauces judiciales a través de sus adversarios (externos o internos). Al margen de tecnicismos propios del proceso penal, es preciso ser muy cuidadosos con las “penas de telediario”, una condena implacable. Luego ya da igual qué se decida en sede jurisdiccional varios años después. Lo deseable sería un electorado exigente con su propio partido (y no solo con los ajenos), capaz de castigar a los “malos” candidatos con el arma infalible de no votar a quienes presenten a individuos inaceptables. Una vez más: sentido de la responsabilidad frente al sectarismo. No va a ser fácil.

Una cuestión determinante. Hacen falta espacios objetivos y árbitros imparciales. Hay instituciones ajenas por su propia naturaleza a la interferencia de los partidos. Poder Judicial, Ministerio Fiscal, Administraciones independientes, televisión pública, órganos consultivos, organismos reguladores, entidades y agencias que sirven al interés general desde una perspectiva suprapartidista. . . : la lista podría ser mucho más larga. Todos ellos deben actuar con sentido institucional, es decir, como una idea de obra o empresa que no depende de mayorías cambiantes, sino de reglas con vocación de permanencia y que solo pueden ser alteradas de común acuerdo. La verdadera democracia consiste en poner límites a la mayoría. Utilizar un poder transitorio y restringido para romper ese equilibrio es una forma de populismo impropia de un sistema constitucional que se respete a sí mismo. El descrédito de la política tiene mucho que ver con la invasión de territorios ajenos a la querella partidista. No deben acceder a ciertos puestos esas gentes que sostienen criterios *a priori* sobre todas las cosas. Hay que examinar de verdad a los candidatos en las comisiones de nombramientos del Congreso y del Senado, más allá de cumplir el trámite legal y elogiar su *curriculum*.

Las leyes deben establecer causas rigurosas de inelegibilidad, mayorías reforzadas para la designación y códigos de comportamiento jurídicamente vinculantes. Como es natural, siempre triunfará algún candidato indeseable y se verá la manera de hacer la trampa al tiempo que se hace la ley. Pero no hay que dar facilidades, utilizando para ello las únicas armas que la democracia maneja mejor que nadie: transparencia, debate y rendición de cuentas. Cada día es más necesario defender la política frente al partidismo. Las afinidades ideológicas no pueden sustituir al mérito y la capacidad para el acceso a puestos de responsabilidad que requieren la conjunción de conocimientos técnicos y sentido institucional. Digan lo que digan los eternos pesimistas, hay mucha gente disponible, porque la sociedad española produce buenos profesionales que rechazan el mercadeo y las servidumbres feudales. Si mejoramos en este ámbito decisivo estaremos más próximos a ese clima tan necesario de concordia civil o amistad cívica que reclaman los pensadores más prestigiosos.

Convendría leer a Ulrich Beck, siempre ingenioso, cuando habla de instituciones “zombis”. O, si se prefiere, aplicar a unos cuantos organismos la doctrina de los Estados fallidos. Incluso, si nos ponemos serios, tratarlos como a los *rogue states* y expulsarlos del ámbito reservado a la gente honorable. Dicho de otro modo: el objetivo es conservar las instituciones y eliminar las ocurrencias. Ojalá llegue ese día. Pero el prestigio perdido nunca se recupera, aunque la inercia burocrática asegure una larga vida. Han pasado treinta años largos y ya no tenemos excusa. Ni “joven” democracia, ni pretextos antifranquistas, ni partidismo a ultranza para reforzar el pluralismo político. Una sociedad madura exige instituciones serias. Es hora de rectificar en cuestiones que no pueden seguir así sin causar un grave daño a la legitimidad del sistema. Entre otras: acabar con el juego de “conservadores” y “progresistas” en los órganos jurisdiccionales. O con ese triste espectáculo de los “afines” que hacen méritos sin pudor en tantos consejos y comisiones.

Culpa de los políticos, sin duda, pero también de algunos jueces. La clave se llama *self-restraint*, una suerte de austeridad y rigor para contener las tentaciones que impulsan al protagonismo. El buen juez es discreto, sabio y justo. Desprecia los elogios desmesurados y las descalificaciones concluyentes. Habla por medio de sus resoluciones, fundadas en Derecho. Por eso, la motivación es tan importante como el fallo. Esta es la fórmula adecuada para encauzar un problema que amenaza con alterar las señas de identidad del Poder Judicial. La sociedad

del espectáculo jalea al juez estrella. Pero, más allá de las modas, está el trabajo bien hecho al servicio de una función tan digna como apasionante, cuyo reconocimiento se sitúa en la tranquilidad de conciencia y el prestigio profesional. Los quince minutos (o incluso los quince años) de gloria vana no merecen la pena para tantos jueces que hacen honor a su (inmensa) responsabilidad. Como decía el gran Cesare Beccaria, lo único importante es que sean investigadores independientes de la verdad.

Entre nosotros, una vieja mentalidad con notable arraigo social cuestiona sin matices la legitimidad del poder. Por eso, como ya sabía Montesquieu, si la democracia no practica la virtud ofrece argumentos a muchos escépticos y a unos cuantos enemigos. Me niego a suscribir la (falsa) doctrina sobre la carencia de “capital social” entre los españoles. Sin embargo, es cierto que los malos hábitos impiden denunciar al conductor que infringe las normas, al alumno que copia en el examen o al compañero de trabajo que no cumple con su deber profesional. Luego nos extraña que los partidos exijan obediencia a los amigos beneficiados por un nombramiento arbitrario. ¿Somos incapaces los españoles de actuar con sentido institucional? Hay muchas pruebas en contrario. Pongo un solo ejemplo, ya mencionado anteriormente. Tenemos un procedimiento electoral que funciona con limpieza envidiable, mucho mejor que en otros países de larga trayectoria democrática. Dos o tres horas después del cierre de los colegios electorales, disponemos de un recuento riguroso y fiable, con incidencias mínimas, más bien anecdóticas. Recuerden, por cierto, que nuestra Administración electoral es, en su nivel básico, puramente honoraria: ciudadanos elegidos por sorteo para formar parte de las mesas electorales.

Otro motivo para un optimismo razonable. La veta regeneracionista asoma en una efervescencia de propuestas a través de manifiestos, foros cívicos y debates de todo género que recuerdan los años previos a la Transición. Las ideas sensatas se mezclan con arbitrios fuera de lugar, al amparo muchas veces de los blogs y otras fórmulas propias de las nuevas tecnologías. Merece una valoración positiva este deseo de recuperar la ciudadanía activa frente a un sistema anquilosado. Es verdad, sin embargo, que es un fenómeno más “madrileño” que “español” en sentido amplio y que casi siempre aparecen las mismas firmas. Los temas (al margen de la cuestión territorial) también se repiten: fórmula electoral, (falta de) democracia interna en los partidos, “privilegios” de los políticos y unos pocos más, cuyo denominador común es la denuncia de un sistema “gripado”, que padece “fatiga de materiales” y abre

paso a una corrupción desbocada. Algo hay de cierto, pero la moderación nos obliga a evitar el griterío estéril, no siempre cargado de buena intención.

Debería ser un tiempo de sosiego y no de ruido artificial al servicio de intereses espurios. La sociedad española debe expresar esa madurez que nos ha permitido superar tiempos convulsos y que, si se pierde, pone en peligro todos los éxitos bien ganados. Réplica a quienes se rasgan las vestiduras: el Estado de Derecho también funciona en los casos más mediáticos y no solo debe incluir la más estricta igualdad ante la ley, sino también la presunción de inocencia y el derecho a la defensa. La fortaleza de las instituciones al margen de las personas es una señal de identidad de sociedades vertebradas, dispuestas a sobrevivir a tormentas pasajeras. Acudo de nuevo al contraste con la vida personal y social: somos muy capaces de distinguir entre lo sustancial y lo coyuntural en muchos ámbitos cotidianos, sea la familia o el deporte, la religión o la profesión... Apliquemos el sentido común: el balance es todo un éxito, si recordamos una historia plagada de conflictos, exclusiones y venganzas. La responsabilidad nos incumbe a todos, porque nadie vendrá en nuestra ayuda si dejamos que prenda la mecha del radicalismo, cualquiera que sea su signo.

Los españoles tenemos contraída una vieja deuda con la libertad política y el Estado de Derecho, tantas veces maltratados a lo largo de nuestra historia. La Transición contribuyó decisivamente a saldar esa deuda. Frente a los tópicos, a veces bien merecidos, España pasó a ser modelo y ejemplo sobre el cambio (sustancialmente pacífico) de la dictadura a la democracia. Entonces triunfó la política sobre el partidismo. Con todos los defectos, que no conviene magnificar, y unas cuantas virtudes que ahora nos hacen mucha falta. La sociedad española supo ser generosa, incluso valiente. Nos quedan, por tanto, el orgullo y la lección: sabemos hacer bien las cosas, a pesar de algunos oportunistas, unos cuantos desleales y demasiados inconscientes. La reforma fue un gran acierto y la ruptura hubiera sido un error de alcance histórico. Las señas de identidad constitucional siguen siendo válidas.: Estado social y democrático de Derecho; Monarquía parlamentaria; unidad, autonomía y solidaridad. Más allá de aventuras indeseables, no existe otra opción para una sociedad desarrollada en pleno siglo XXI. Con todos sus defectos, España sigue ahí, por encima de los tópicos absurdos o interesados. Como todas las demás, la nuestra es una historia feliz y desgraciada, cuajada de éxitos y de fracasos, audaz y valiente, pero también

repleta de errores y rencores. A la altura de cualquier otra y, por cierto, mucho mejor que la mayoría. Una sociedad dispersa, poco y mal vertebrada, pero forjada en el sacrificio de las clases medias y en un patriotismo natural, lejos de pasiones telúricas y retóricas patrioterías. Bastante tenemos con la crisis económica y con el rumbo incierto que nos imponen algunos valores postmodernos que arraigan con excesiva facilidad.

Es indudable la necesidad de ajustar algunas piezas, porque hay instituciones que rinden mejor y otras que rinden peor. Para empezar por la cúspide, la Corona cumple todas las expectativas como ámbito propio de la moderación y es el *punto de equilibrio* de nuestro sistema constitucional. Es, dice la Constitución, símbolo de unidad y permanencia del Estado, pero también lo es —añado— de la continuidad de la nación. El Rey ejerce una misión imposible de encerrar en una definición formal, aunque es notorio que el artículo 56 está redactado por la pluma de un jurista fino. Para quienes creemos en la España constitucional, la más alta magistratura del Estado es *garantía* de una democracia que nos sitúa de forma irreversible en el lugar que nos corresponde en Europa y en el mundo. Por lo demás, la Monarquía es (también) un éxito en países tan avanzados socialmente como Suecia, Noruega o Dinamarca y en democracias de larga tradición como el Reino Unido y Holanda. Por algo será. Don Juan Carlos es ya una figura de dimensión histórica. Felipe VI comienza su reinado con los mejores augurios, tras una proclamación solemne en su sencillez, con un discurso propio del “Rey Ilustrado” que actúa como primer servidor del Estado⁸.

A su vez, el régimen parlamentario exige cierta sutileza para comprender las convenciones que lo sustentan. Decía Chateaubriand que su genialidad consiste en que los ministros son materialmente dueños de la Cámara y formalmente sus siervos. Y eso que no conocía el Estado de partidos... Con sus defectos evidentes, la institución parlamentaria ha demostrado históricamente su capacidad para adaptarse al Espíritu de la Época. Es verdad que nosotros llegamos tarde al constitucionalismo y tenemos por eso un modelo más racionalizado que nadie. Sin embargo, las reformas en la última década (en Inglaterra, en Francia y ahora en Italia) apuntan en una dirección análoga. ¿Cómo se adaptan las Cortes Generales a la democracia mediática? Por ahora, lo consigue a duras penas nuestro Congreso de los Diputados, mientras que el Senado pre-

⁸ Me remito a mi Tercera de ABC, “Monarquía renovada”, publicada el 19 de julio de 2014.

cisa de una reforma profunda: todos lo sabemos, pero la situación obliga a ser muy prudentes. Asumo con ello el riesgo de disgustar a ciertos comentaristas tan incrédulos como su ancestro griego, aquel filósofo escéptico que decidió no hablar y se limitaba a mover un dedo. Y cuando avance el milenio... Yo no lo sé, por supuesto, pero me llamó la atención hace años la naturalidad del espectador globalizado de *Star Wars II* al contemplar las sesiones del Senado de las Galaxias... incluida una moción de censura.

Hay otros muchos asuntos que dejamos pendientes. Entre otros, la decadencia de la ley, producto normativo de la voluntad del Parlamento. Según la perspectiva, la ley se adapta o se degrada, pero ciertamente ya no es lo que era o lo que pensamos que era en un alarde de optimismo retrospectivo. “Leyes desbocadas”, “terremoto normativo”, “inflación legislativa”, son lugares comunes que denunciaba ya Carl Schmitt al hablar de “legislación motorizada”. Son víctimas de los nuevos tiempos: la seguridad y certeza del Derecho; la igualdad ante la ley y en la aplicación de la ley; en fin, el Estado de Derecho y —a veces— el más elemental sentido común. Frente a la avalancha, un único consejo: hay que *legislar menos, mucho menos*, y hay que *legislar mejor, mucho mejor*. No es un capricho personal de los juristas, sino una aportación necesaria para reforzar la legitimidad del sistema ante sus destinatarios, esos ciudadanos perplejos y abrumados que no comprenden las normas y muestran creciente desafecto hacia quienes las crean y las aplican.

A mucha distancia de nuestro conflicto perpetuo por las esencias, del que luego hablaremos, el debate sobre el *sistema electoral* y/o *el modelo de partidos* ocupa un lugar preferente. D’Hondt no está de moda. Le echamos la culpa de casi todo y olvidamos una verdad elemental: con la misma fórmula para el recuento de los votos, aquí han gobernado la derecha y la izquierda, unas veces con mayoría absoluta y otras relativa. Se afirma como dogma de fe que los nacionalistas (es decir, los partidos que concentran sus apoyos electorales en una parte concreta del territorio) gozan de privilegios y que los terceros o cuartos partidos de ámbito nacional salen malparados. Acaso es verdad, aunque no siempre es tan seguro. Se habla también del “sesgo” que introduce la circunscripción provincial, todos dicen que en sentido conservador. O sea que nadie se acuerda de los 200 escaños largos que el socialismo obtuvo un par de veces. Tampoco quieren escuchar el argumento de que la España rural merece y necesita un mínimo de representación. Hay, sobre todo, una evidencia que intento transmitir en

muchos debates, pero casi nunca lo consigo. *D'Hondt forma parte del consenso constitucional*. El artículo 69 solo habla de “criterios de representación proporcional” y, por tanto, podría optarse por otra vía sin tocar la Norma Fundamental, excepto por un sistema mayoritario puro. De acuerdo, pero la fórmula del entonces Decreto-Ley, luego Ley Orgánica del Régimen Electoral General, está pensada para incorporar a los nacionalistas catalanes al sistema con el doble señuelo de ventajas en casa e influencias en Madrid. Si no queremos agravar la desafección territorial, es preciso contemplar todas las variables.

Por cierto: los críticos de D'Hondt unas veces piden criterios mayoritarios (acercar al elector y al representante) y otras proporcionales (con mecanismos como escaños compensatorios y otros). Con el proporcional veremos mejor el bosque, pero el diputado será necesariamente más lejano. Con el mayoritario, los árboles estarán más cerca, pero la visión de conjunto se va a resentir. Así que todo eso está muy bien, pero habría que explicarles a los ciudadanos que una “fotografía” de mayor calidad exige aumentar el número de parlamentarios. Nuestros diputados son *únicamente* 350, y pueden llegar a 400 sin cambiar la Constitución. Los Comunes, por citar un único ejemplo, son ahora mismo 650. En plena crisis económica, es fácil imagen la reacción de la gran mayoría social ante el “derroche” que supondría aumentar el número de representantes. Otra propuesta fuera de contexto es la relativa a la barrera electoral, una vez más con Alemania como modelo. Desde el punto de vista político, es sencillamente imposible aplicar el ya famoso cinco por ciento. Incluso en pleno retroceso de las tendencias bipartidistas, nuestro sistema no se puede permitir el riesgo de dejar fuera del Parlamento a casi todos los actores sociopolíticos⁹. No hace falta insistir en la falta de sentido de cualquier propuesta conducente a excluir del Congreso a los partidos nacionalistas. Al margen, insisto, de la irritación de mucha gente, a veces comprensible. El problema es diferente: en el imaginario colectivo asociado a nuestra democracia parlamentaria funciona sin remedio el reproche de que “se han quedado ustedes solos”. Solos, a veces, con muchos millones de votos detrás... Pero el caso es que hablan múltiples portavoces, dentro o fuera del hemiciclo, y parece que una mayoría abrumadora aplasta a una única voz discrepante. Si se cuentan votos y escaños, las cosas son muy diferentes.

⁹ En las elecciones generales de 2008, solo alcanzaron esa barrera PSOE y PP. En 2011, hay que añadir a IU.

Hay propuestas de reforma electoral para todos los gustos. Eso sí, cuando se llevan a la práctica siempre hay quien protesta. Es lógico, porque en esta materia juega más que en ninguna otra el principio del interés partidista a corto plazo. A todo el mundo le suena bien la música cuando se habla de reducir el número de políticos. Pero cuando se aprueba en alguna Comunidad Autónoma, la oposición se lanza en tromba contra la medida. Si hablamos de acercar a los diputados y a los electores, todos aplauden. Pero con la propuesta (limitada) para introducir en una Asamblea el modelo alemán de doble urna para escaños “individuales” y escaños “de lista” llueven las críticas sobre maniobras turbias y, de hecho, no se alcanza la mayoría cualificada para aprobar la reforma. Así podemos seguir una y otra vez: no hay razón abstracta que pueda contra los intereses prácticos del *Gerrymandering*¹⁰. Quienes pretenden sustituir a las provincias por las Comunidades Autónomas como circunscripción electoral antes han echado sus cuentas. Los que se apuntan a nombres exóticos para traducir los votos en escaños (Andrae-Hare, Sainte Lague, etc...) guardan un informe sobre sus consecuencias a la hora del recuento. Y así sucesivamente...

Cambio de asunto. También hay que jugar con acierto nuestras bazas en política exterior. “Boxear en el peso que nos corresponde” es la metáfora que utiliza la estrategia diseñada desde el Real Instituto Elcano y aprobada ya por el Gobierno. No somos una potencia global, pero es necesario tener presencia en todas partes. Prioridades, por supuesto, Europa e Iberoamérica, sin olvidar el Magreb. Europa, eso sí, sin “euroforia”, como dijo gráficamente Octavio Paz. Apoyo a las multinacionales españolas. Utilizar con acierto el *soft power*: cultura, gastronomía, turismo, deporte... Los Reyes, la Corona en sentido amplio, como embajadores distinguidos en un mundo que valora el buen estilo, aunque todos compiten a tope sin dar tregua al adversario. Buena imagen (“Marca España”, si se quiere) exige también estabilidad política e institucional. Para transmitirla, hace falta que exista de verdad. Estado de Derecho y seguridad jurídica como sustento de la confianza de los mercados. Reglas de un juego donde nadie regala nada y todos aprovechan las flaquezas de la competencia. A ver si aprendemos de una vez. También respecto de la lengua espa-

¹⁰ Cuando escribo sobre estos temas, nunca me resisto a citar a MCKENZIE, *Elecciones libres*, Tecnos, Madrid, 1967, del que tanto aprendimos en tiempos de (lógica) penuria doctrinal. Así define la fórmula inventada por el gobernador Elbridge Gerry: “Reajuste de los límites electorales para obtener algún fin ajeno a la igualdad de representación” (pág. 120). En rigor, la clave de unas elecciones libres es la equidad (*fairness*) del procedimiento.

ñola, nuestro petróleo: más de 500 millones de hablantes hoy día y, según cálculos solventes, el diez por ciento de la población del mundo hacia la mitad del siglo XXI. Me temo, como decía el gran Tocqueville, que “nuestro espíritu marcha entre tinieblas” y la desmoralización colectiva nos impide ver más allá de los anteojos. Deslumbrados por el dinero fácil, dejamos pasar durante años la oportunidad de hacer las cosas bien.

¿España en el mundo? Para empezar, depende de nosotros mismos elegir la buena ruta en un contexto enigmático sujeto a vaivenes arbitrarios. Cuidado, porque resulta fácil perder el rumbo en una maraña de autopistas que a veces no conducen a ningún sitio. Estamos en el país del “medio saber”, escribió el infortunado Larra. Sin embargo, no faltan —incluso entre los políticos— gentes instruidas que intuyen los retos del mundo global al margen de la nimiedad postmoderna. Por eso, convendría activar los instrumentos de consenso en política exterior. Hay que definir de una vez y para mucho tiempo los intereses nacionales genuinos, incluida la política energética, la relación con el África irredenta o la actitud hacia esa América que tanto nos importa, desde el Río Grande a la Patagonia. La Historia universal es un tribunal muy exigente, que actúa con justicia inapelable. El futuro aguarda impaciente y los perdedores están condenados a la insignificancia. Dicho de otro modo: la Providencia tiende a situarse en el bando de los vencedores.

3. Eterno debate territorial

¿Reforma de la Constitución? Todos aceptamos con naturalidad el argumento de Jefferson: *No society can make a perpetual constitution...* Pero el asunto es muy serio y no nos podemos equivocar. Así pues, sosiego, prudencia y paciencia, sobre todo paciencia, para generar un consenso social que los políticos sabrán traducir (por su propia conveniencia) en un acuerdo político. Entre el inmovilismo y las aventuras sin final conocido hay un amplio terreno para avanzar en las reformas útiles. Acierta Herrero de Miñón, padre de la Constitución, cuando afirma que “a la hora de reformarla, si es que procede, es preciso evitar los errores rupturistas que confunden la poda del árbol con su tala”¹¹.

¹¹ Miguel HERRERO DE MIÑÓN, *Cádiz a contrapelo. 1812-1978: dos Constituciones en entredicho*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013, pág. 11, y en general su “epílogo largo” con propuestas concretas para una reforma constitucional.

Es tiempo para estudiar en serio la materia, pero —ya lo he dicho— convendría esperar al momento apropiado para mover las piezas sin caer en riesgos inútiles. Pero, no nos engañemos, cuando se habla de la reforma todos pensamos en el artículo 2º y en el título VIII. Otros asuntos relevantes (sucesión a la Corona, Unión Europea, derechos sociales) apenas sirven de complemento circunstancial.

Vamos con el *debate territorial*, “nudo gordiano” de la Constitución¹² o incluso, sin exagerar, de la historia de España. Hay una efervescencia de propuestas: algunas son muy serias; otras, episódicas; casi todas, sujetas a coyunturas efímeras. Merecen atención, insisto, porque son el reflejo de una sociedad ansiosa por recuperar el pulso político. Ya saben: desde hace siglos, los españoles hablamos siempre de lo mismo. Parecía encauzado el País Vasco, y entonces se desatan todos los problemas a la vez en Cataluña. Puestos a simplificar, tenemos las opciones siguientes, de menos a más en la escala kelseniana:

- Mantener y mejorar el Estado de las Autonomías.
- Sustituirlo por un Estado federal.
- Asumir la fórmula de una Confederación, esto es, entidades territoriales dotadas de poder originario.
- Reconocer el derecho a decidir y admitir, *de iure* y *de facto*, una eventual secesión.

Antes del análisis, valga una cautela importante: las categorías jurídico-políticas no viven en el mundo platónico de las Ideas. Cada época histórica afronta *como puede* la realidad del momento. Luego, una legión de juristas y otros científicos sociales aplica sus conceptos al modo del tipo ideal weberiano. Si los hechos no se corresponden con el modelo, se recurre al cómodo expediente del caso *sui generis*.

Primera opción: Para mí, sin duda, la preferible. *Mantener el Estado de las Autonomías* y mejorar su funcionamiento. El diagnóstico sobre las disfunciones está hecho con todo rigor¹³. Es evidente la necesidad de

¹² La expresión es de FRANCISCO RUBIO LLORENTE, “Defectos de forma”, en *Revista Española de Derecho Constitucional*, nº 100, 2014, pág. 133 y sigs.

¹³ Véase, *Informe sobre España*, de SANTIAGO MUÑOZ MACHADO, con el atractivo subtítulo de *Repensar el Estado o destruirlo*, Ed. Crítica, Barcelona, 2012. El autor denuncia los graves defectos del título VIII y recuerda, frente a planteamientos de moda, que el principio “una Administración, una competencia” es seguramente deseable, pero no existe en la Constitución.

clarificar las competencias, sobre todo las “exclusivas” del Estado, que una confusa jurisprudencia constitucional ha convertido en “concurrentes”. El modelo “bases más desarrollo” crea un embrollo considerable y conviene aclararlo con urgencia. También hay que evitar solapamientos de órganos estatales y autonómicos, ineficaces en tiempos de bonanza y sencillamente insostenibles en época de crisis. Las secuelas del modelo “cooperativo”, importado del federalismo alemán por una doctrina entusiasta, han convertido el sistema en una suerte de *melting-pot*, donde nadie sabe dónde se encuentra. Todo eso es la pura verdad. Comparto el diagnóstico, así como (en buena medida) las soluciones. Una sola objeción: resuelto el problema técnico, seguirá muy vivo, incluso agravado, el desafío soberanista, porque ciertos excesos emocionales ya no se arreglan con nuevas competencias, ni siquiera con más recursos financieros. Al menos, habrá que confiar en que la *valentior pars* de la sociedad recupere el hábito de pensar y abandone la tentación de marchar hacia el abismo en compañía de su peor enemigo. Tampoco es fácil replantear el modelo autonómico desde el punto de vista orgánico y competencial. Pero en este caso estamos ante problemas jurídicos, financieros y organizativos, sin duda complejos, pero no ante un dilema existencial planteado en el ámbito etéreo de las esencias. En este sentido, Muñoz Machado aplica sus tesis ya referidas a Cataluña en un libro llamado a alcanzar gran repercusión¹⁴. A su juicio, la solución pasa por una buena reforma del título VIII combinado con un nuevo Estatuto para Cataluña, con la finalidad de reforzar las diferencias *objetivas* entre Comunidades Autónomas. La fórmula tiene ventajas indudables: los catalanes y el conjunto de los españoles tendrían la oportunidad de pronunciarse legal y legítimamente. Por eso conviene atender a esa propuesta, y acaso aplicarla si las circunstancias son propicias. Sin embargo, a día de hoy, todos sabemos que es muy poco probable lograr el compromiso político que permita sustentar esta u otras reformas bien orientadas.

Segunda opción. Se llama *federalismo*, y se ha convertido en la respuesta automática de algunos partidos políticos y no pocos autores distinguidos. “Federal”, de *foedus*, pacto o acuerdo, es un concepto ambiguo, equívoco y polisémico. Como todos en Derecho Constitucional y

¹⁴ *Cataluña y las demás Españas*, Crítica, Barcelona, 2014, con amplias referencias históricas (el contraste entre Escocia y Cataluña), y por supuesto, jurídicas. En cambio, prefiere dejar en la penumbra el contexto político.

Ciencia Política, pero incluso más¹⁵. Para unos, es un instrumento de centralización encubierta. Para otros, el principio del fin del Estado nacional. Para muchos, nuestro Estado autonómico es ya un modelo federal, que se resiste a reconocerse como tal. Como se dijo, las formas de Estado no viven en el mundo de los conceptos abstractos y se encarnan desde allí en realidades materiales. Muy al contrario: la política decide y los estudiosos nos adaptamos tarde y a veces mal. La historia constitucional norteamericana nos lo enseña casi todo. Pero, aquí y ahora, no tiene sentido cambiar el nombre y dejarlo todo como está. Al final, la clave siempre es la misma: o España es un sujeto histórico-político único, que se organiza como quiere por decisión propia, o estamos ante una yuxtaposición de poderes “originarios” (algunos no se atreven a llamarlos “soberanos”) que se juntan o separan por voluntad de las partes y no del conjunto. Esa cuestión de fondo (existencial, en términos políticos) no se arregla con nominalismos.

Tercera opción. Curiosamente, *Confederación* no suena bien y nadie la defiende con ese nombre. Desde un punto de vista técnico, si eso importa algo, sería un sujeto de Derecho Internacional, con unos pocos órganos comunes y recursos limitados. Después de la traumática experiencia austro-húngara, nadie se atreve a pretender tal cosa. Ni siquiera solemos recordar los elementos “confederales” de nuestro sistema, que reconoce con “blindaje” constitucional las diferencias fiscales entre los territorios forales y los de régimen común.

En este contexto puede situarse, etiquetas al margen, la posición bien conocida de Herrero de Miñón¹⁶. Su tesis solo resulta inteligible desde la Historia de las Ideas. Desborda, en efecto, la capacidad de comprensión de los constitucionalistas educados en el monopolio de la doctrina racional-normativa, porque pretende renovar las categorías de la Teoría de la Constitución mediante la “apertura de la normatividad a la facticidad”, una síntesis de Razón e Historia que nos conduce a conceptos del viejo Imperio dual, del dualismo entre *rex* y *regnum* y de la Constitución Antigua. En definitiva, una tradición brillante, cargada de

¹⁵ Buen análisis en Roberto BLANCO VALDÉS, *Los rostros del federalismo*, Alianza, Madrid, 2012. Cada día proliferan más los estudios desde el punto de vista de nuestra Constitución; entre las últimas novedades, las obras colectivas dirigidas por Juan José Solozábal y Eliseo Aja.

¹⁶ Básicamente en su discurso de recepción en esta Casa: Miguel HERRERO DE MIÑÓN, *Idea de los derechos históricos* (9 de abril de 1991). Después en *Derechos históricos y Constitución*, Taurus, Madrid, 1998. También en su recuperación de la doctrina de los *Fragmentos de Estado*, con origen en Jellinek.

sutilezas y valores entendidos, que los kelsenianos (reconvertidos) o no entienden o prefieren no entender. Sobre todo, cuando apela a la *Constitución substancial*, y habla de derechos históricos como “*a priori* material de la Constitución, inmunes incluso a una reforma constitucional”. El autor conoce como pocos la intrahistoria del proceso constituyente y recuerda que, si admitimos el valor normativo del texto constitucional, habrá que aplicarlo también a la controvertida disposición adicional sobre los derechos históricos vascos y navarros. El liberalismo doctrinario también está presente: las naciones, decía Cánovas, son fábricas lentas y sucesivas de la Historia; “*lentísimas*”, dijo alguna vez¹⁷.

Son ideas bien conocidas, cuya aplicación al País Vasco y Navarra se admite como valor entendido en nuestra doctrina constitucional. Ahora se plantea su extensión a Cataluña como parte de un pacto de integración y en contraposición con las fórmulas federales, esencialmente uniformistas. Hablamos aquí de soluciones prácticas desde la perspectiva del moderantismo, al margen de nuestras preferencias personales sobre cómo pudo ser la Historia de España si las cosas hubieran discurrido por otros cauces. Desde el punto de vista de la Ciudad de las Ideas, el planteamiento merece todos los plácemes. Al descender al farrago de la política diaria, tropieza con un obstáculo que a nadie se le escapa. ¿Hay interlocutores *leales* en esas naciones/nacionalidades históricas para formular un nuevo pacto con espíritu constructivo? Nadie es ingenuo a la hora de abordar un asunto tan delicado. Ahora mismo, la respuesta es negativa. ¿El futuro? Conviene dejar las puertas abiertas. A día de hoy, esta fórmula tampoco sirve para acallar la apuesta por la separación pura y simple. Más adelante, el realismo político se impondrá como siempre y, según dice el personaje de Robert Musil, ser realista consiste en hacer cosas que no te gustan.

Cuarta opción. Ahora se llama *derecho a decidir*, antes autodeterminación, pero lo razonable sería llamar a las cosas por su nombre: secesión, independencia y soberanía para crear un nuevo Estado. Las propuestas sobre una consulta “para quedarse” están cargadas, supongo, de buenas intenciones. Pero los ejemplos históricos (el mundo ex: Unión Soviética o Yugoslavia) son demoledores y espero que nadie los quiera invocar. El caso escocés invita a la prudencia más que a la audacia.

¹⁷ Sobre este punto, Luis Díez DEL CORRAL, *El liberalismo doctrinario*, cit., pág. 638 de la edición que veremos citando.

Autores olvidados como Seydel (para Baviera) o Calhoun (para los Estados del Sur en la Unión americana) defendieron con escaso éxito un derecho de secesión. En pleno juego de palabras, Alicia y sus amigos zanjaron la cuestión afirmando que el problema es muy sencillo: ¿quién manda aquí? No se trata de saber quién tiene razón, sino de argumentar con criterios propios del siglo XXI. El derecho a decidir *no existe*. El viento de la Historia se lo llevó con los vestigios del Antiguo Régimen y solo queda hoy el derecho de autodeterminación, reconocido a escala universal para los (pocos) residuos que restan del viejo mundo colonial. ¿Soluciones? En política, siempre las mismas. Diálogo sobre lo posible. Rechazo de lo imposible. Convicciones firmes sobre lo esencial. Apertura táctica hacia buenos acuerdos sobre lo accidental. Lo principal: paciencia y perseverancia.

Por último, hay quien pretende volver al centralismo sin autonomías o, al menos, reducir las competencias autonómicas. Es el reflejo de un estado de ánimo que tiene que ver con la irritación en el resto de España ante el soberanismo catalán y en todas partes con el despilfarro que se atribuye a las Comunidades Autónomas. Pero son opciones poco realistas y —añado— poco deseables. El sistema autonómico ha sido un éxito. Leamos una vez más a Ortega; en este caso, *La redención de las provincias*. Comparemos la España profunda de hace cuarenta años con la actual. No piensen en los excesos, sino en los aciertos. El problema (estrictamente político) reside en que todos preferimos creer que el título VIII y los Estatutos iban a encauzar las reivindicaciones nacionalistas. No ha sido así. No es un problema de justicia o injusticia, sino una pura evidencia. Por eso prefiero no contemplar esta opción que transmite malhumor y desencanto, pero carece de la cualidad inherente a las buenas decisiones políticas: viabilidad y eficacia. Puestos a buscar el arrepentimiento colectivo, también se apela con frecuencia al fracaso del “café para todos”. Suponemos (queremos suponer) que el nacionalismo se conforma con “ser más que”, sin necesidad de llegar al límite de la ruptura. En rigor, ese federalismo “asimétrico” que sonaba mucho hace unos años pretendía ocupar tal espacio. Ahora las propuestas de estilo progresista vuelven a indagar en la misma fórmula: “más para vosotros” y “menos para los demás” igual a identidades satisfechas. Olvidan algunos que nuestro sistema autonómico admite también las diferencias, incluso “invita” a ellas. Aún así, nuestro federalismo funcional sin *Bundestreue* no ha servido de cortafuegos para el secesionismo. Para buscar soluciones, lo primero es asumir las evidencias.

Termino con el tema eterno. Somos expertos en el debate sobre el modelo territorial. Cada cual lleva su cruz, que podría (debería) ser un activo para todos. Después de tantos siglos juntos y tantos conflictos estériles sabemos que hay identidades perfectamente compatibles. Es preciso revisar el tópico de la “débil” nacionalización, una secuela del supuesto fracaso de la España liberal. Aunque buenos historiadores cuestionan ese dogma de fe, como todas las variantes del excepcionalismo hispánico, debemos reconocer que la España constitucional está mal equipada en el terreno de la ideas para quienes nos dejan sin proyecto común, reducidos a una cláusula residual: “España es lo que queda después de...”. Ni la generosidad de la Transición ni el éxito político y socioeconómico (grave crisis al margen) del régimen constitucional han servido de dique para frenar el desafecto. Mucho cuidado, porque en esta delicada materia importan más los sentimientos que las leyes. Si falta el anclaje emocional, ¿para qué sirven los tecnicismos jurídicos? Si no compartimos símbolos o banderas, incluso selecciones deportivas; si sus “éxitos” y “fracasos” no son nuestros y viceversa, salvo para pagar una buena parte de la factura; si se pierden las señas de identidad común entre el desprecio y la indiferencia: ¿a quién le importa la reforma nominal de la Constitución, de los Estatutos o de una docena de leyes orgánicas? Si no ganamos la batalla de las ideas, jugaremos en campo contrario, oponiendo una resistencia cada día más débil. Por eso hay que buscar una vía inteligente, a medio camino entre sentimientos e intereses. Es imprescindible evitar los choques entre pasiones desatadas, que solo benefician a los radicales. Los desleales al proyecto común prefieren una España convulsa y crispada. No servirá de nada echarles la culpa. Hay que convencer sin ser agresivos y argumentar sin insultar. Tener razón conlleva exigencias. Entre ellas, la moderación, el aplomo, el sentido común. No es poca cosa. Eso sí: para buscar acuerdos razonables, *todos* debemos cumplir previamente las reglas del juego, sin atajos ni falsedades.

Así pues, es urgente practicar la moderación política en todos los sentidos. Defender las convicciones no obsta para reconocer los errores propios, alabar los méritos ajenos o respetar las decisiones imparciales. La tradición del liberalismo político en España ofrece más opciones de las que aparecen en un recuento apresurado¹⁸. La clave

¹⁸ Un balance en Manuel MORENO ALONSO, *El miedo a la libertad en España. Ensayo sobre el liberalismo y el nacionalismo*, Alfaro, Sevilla, 2006.

para evitar esa tendencia atávica a empezar siempre desde cero está en el moderantismo. Ya se dijo que esta sociedad ofrece indicios de madurez. Por ejemplo, hemos pasado de ser país de emigración a serlo de inmigración sin ningún dramatismo social. Pero también se apunta una inquietud creciente: es muy mala señal que España sea (casi) el único país europeo capaz de escuchar cantos de sirena al modo chavista. La corrupción es un mal muy grave, por supuesto, y es preciso combatirlo con absoluta determinación en lo político, en lo jurídico y, no se olvide, también en lo social. Pero no somos los únicos, ni lo peor nos sucede siempre a nosotros. Aunque el rótulo “regeneración democrática” empieza a desgastarse por el uso, se han desarrollado pasos en la dirección correcta: ley de transparencia, financiación de partidos y otros temas sensibles. Hay otros muchos pendientes: urbanismo y contratos públicos, en especial. Mucho más, por cierto, en Administraciones territoriales de ámbito autonómico o local que en la Administración General del Estado. Las estadísticas sobre fenómenos de corrupción son concluyentes al respecto.

La democracia contemporánea, la nuestra y todas las demás, *sufre* las consecuencias de una época de incertidumbre. Los clásicos siempre dicen las cosas mejor que nosotros. Otra vez Montesquieu: “el pueblo, asombrado, buscaba la democracia y no la encontraba por ninguna parte”. Sin duda porque, comparada consigo misma, decepciona siempre. En cambio (citas convencionales de Churchill al margen) gana con enorme ventaja en el contraste con cualquier otro sistema. En el terreno social y político, pero también —por supuesto— en el ámbito moral. El discurso de Pericles que recrea Tucídides merece ser releído una y mil veces. Añado que sucede con la democracia como nos pasa con la vida misma. Todo ser adulto asume el fracaso de sus ideales, pero la madurez consiste en ser consciente de que una vida razonable ofrece muchas cosas buenas. O, en el peor de los casos, de que no tenemos otra, ni mejor, ni peor. Desde este punto de vista, España *goza* (el verbo no es inocente) de un sistema político igual de bueno e igual de malo que los demás países que compartan con nosotros el mismo destino histórico¹⁹.

La sociedad española está viva, aunque confusa y desorientada. Empezamos hablando de intelectuales y me permito ahora reclamar su

¹⁹ Una revista influyente en el ámbito internacional publicaba hace poco unas páginas especiales con este título bien significativo: *What's gone wrong with democracy and how to revive it*. En *The Economist*, 1-7 de febrero de 2014, pág. 43 y sigs.

aportación: más argumentos y menos prejuicios. Seguimos con los políticos, y también hay que ser exigentes: democracia eficiente, con respuestas para problemas reales y sin falacias sobre problemas artificiales. Deberes para la sociedad: madurez, confianza, responsabilidad. Nuestro peor enemigo somos nosotros mismos. En política, espejo de la vida, el bálsamo de Fierabrás no existe. Por eso termino con esta sabia advertencia de Don Quijote, el mejor de los nuestros, especialmente útil para un umbral de época: en estos tiempos, amigo Sancho, vivimos *aventuras de encrucijadas y no de ínsulas*.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL

ACADÉMICO DE NÚMERO

EXCMO. SR. D. MIGUEL HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN

SESIÓN DEL DÍA 2 DE DICIEMBRE DE 2014
MADRID

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



La Academia recibe hoy como uno de sus miembros numerarios al Profesor Excmo. Sr. Don Benigno Pendás, y me cabe el honor de glosar su poliédrica figura, como alto funcionario del Estado, como prolífico conferenciante y escritor y como investigador y docente universitario.

El nuevo académico, Doctor en Ciencias Políticas y licenciado en Derecho por la Universidad Complutense, es, desde 1981, Letrado de las Cortes, hoy en situación de servicios especiales por las razones que después diré. Esto es, pertenece a uno de los más distinguidos cuerpos especiales al servicio del Estado, en este caso no de la Administración, sino de la institución que representa al pueblo español, según el artículo 66 de la Constitución. Como letrado de tan alta institución ha prestado sus servicios en el Senado. El Sr. Pendás para acceder a dicho cuerpo hubo de obtener una cualificada especialización en derecho público y, a través del ejercicio de su profesión como asesor técnico de los trabajos parlamentarios y legislativos, tuvo ocasión de adquirir una no pequeña experiencia en otras ramas del derecho.

La Dirección General de Bellas Artes que desempeñó de 1996 al 2000, con la pertenencia a los múltiples Patronatos que ello supone y la Dirección del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales que ejerce desde el 2012 y que le ha permitido revitalizar ejemplarmente la institución, completan hasta ahora, y subrayo el hasta ahora, su quehacer político-institucional.

Este conocimiento de primera mano de la gestación de nuestro ordenamiento jurídico, de su puesta en práctica y de lo que hay detrás de todo ello, la vida política que lo condiciona, explica la fecundidad de Pendás como conferenciante y publicista atento al análisis de los fenómenos políticos e intelectuales de nuestro tiempo y de nuestro país.

Quien fue ilustre miembro de esta Casa, Don Valentín Andrés Álvarez, con expresión egregia tomada de Maurras y que trasmitió a Zubiri, señalaba, que el orto de una doctrina, el momento de cristalizar una institución, es el tiempo de su mayor fecundidad y otro tanto ocurre con la génesis de las normas y las relaciones jurídicas y participar en tales tareas preparando el trabajo del legislador es, al decir de Ihering, la más importante actividad del jurista. Y Pendás se dedicó ella durante décadas

y, durante años ha experimentado de primera mano el funcionamiento de los servicios públicos.

Ello le ha permitido comprender, en el sentido más profundo del término, las articulaciones internas de nuestro actual devenir político y jurídico y, tras de comprenderlo, explicarlo con claridad, en ese román paladino en que cada cual habla a su vecino —la claridad es una de sus virtudes— en numerosas conferencias en prestigiosos foros españoles y extranjeros, y a escribir infinidad de artículos periodísticos, muchos de ellos, unos doscientos, en la icónica tercera de ABC.

A la hora de valorar ese género, baste recordar las palabras de Ortega sobre el periodismo como el gran instrumento de la difusión del pensamiento filosófico en nuestra sociedad. Sabido es que el ilustre Bergson, de manera harto impertinente, calificó a Ortega como “un periodista de talento” y lo cierto de tan desafortunada expresión es que el talento del autor cualifica la obra periodística. No cabe duda que los cientos de artículos de Benigno Pendás, avalan su talento. Un talento capaz de invertir la degeneración periodística que condenaba Ortega. En lugar de reducir lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante, desentrañar en la vida y como vida actual, lo que es importante.

Pero el rigor de estas publicaciones por su propia naturaleza ocasionales y divulgadoras, se fundamenta en estudios mucho más doctos que pueden clasificarse en dos sectores correspondientes a dos dimensiones de la personalidad intelectual de nuestro nuevo compañero.

Por una parte su ya mencionada actividad administrativa y muy especialmente sus trabajos como Letrado de las Cortes han dado pie a una serie de valiosas publicaciones sobre derecho parlamentario y sobre derecho administrativo. Entre otras varias, vale la pena citar dos libros sobre *El nuevo régimen local español*, de 1985, fruto de su experiencia en la elaboración parlamentaria de la ley del mismo año y *El Patrimonio Histórico Español* de 1986. En la misma línea pueden citarse la coordinación y edición de obra colectivas sobre la materia y numerosos repertorios normativos y jurisprudenciales. El Sr. Pendás es un jurista positivo cuyo rigor acreditan sus obras.

Además, es un historiador. En efecto, su actividad académica iniciada con el doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense y culminada en la Cátedra de Ciencia Política en la de San Pablo-CEU, pasando por numerosas otras instituciones docentes e investigadoras, cristaliza en una importante obra escrita cuyo breve comentario sirve de introducción a lo que es preceptivo en el acto de la

recepción de un nuevo académico, la glosa de algunos de los aspectos del discurso que acabamos de escuchar y, más aún, de su versión escrita.

Permitidme que haga referencia a quien fue ilustre Presidente de esta Casa Luis Díez del Corral, también jurista e historiador de las ideas, de cuyo magisterio se reclama y enorgullece el beneficiario, y con sobrada razón porque la fecunda sombra de Díez del Corral planea sobre la obra de Pendás, incluido su discurso de ingreso, en tres sentidos: el estudio de los autores, la inserción de la historia de las ideas en el devenir de la realidad política y la propia opción política del autor que en todo ello se trasluce.

Cuenta Díez del Corral que Ortega recomendaba a la hora de emprender la historia de las ideas, aferrarse a la obra y personalidad de un autor y comprender desde él a los demás y así lo hizo el joven orteguiano con Alexis de Tocqueville. Pues bien en los estudios académicos de Pendás destaca el monográfico de las obras cumbres de diversos pensadores a partir de su tesis doctoral sobre Bentham. Tal es el caso de los estudios preliminares a las versiones españolas de algunas obras selectas de este autor, de la *Vindiciae contra Tyranos* firmado con el pseudónimo de Junius Brutus, la *Historia de las Ideas Políticas en la Edad Media* de Gierke o el *Derecho a la Intimidación* de Warren y Brandeis y en el mismo sentido pueden citarse sus ensayos en torno a clásicos como Maquiavelo, Locke y Tocqueville o modernos como Leo Strauss, Posada Herrera o Maura y me consta que tiene en el telar una enjundiosa introducción al magno estudio de Gierke sobre Althusio. En el discurso que acabamos de escuchar dos trabajos sobre Tucídides y Harrington sirven de marco, por vía de ejemplos, a las tesis fundamentales de la disertación.

Al atender a ésta volvemos a encontrar la sombra nutricia de Díez del Corral cuya obra maestra *El Rapto de Europa*, según nos cuenta el propio Pendás en su contribución al *Homenaje* que esta Academia dedicó a Corral en el centenario de su nacimiento, causó “profundo impacto en un joven y desorientado estudiante de derecho y ciencias políticas”. Esta “meditación histórica de nuestro tiempo”, según reza el subtítulo de la obra, es un majestuoso sobrevuelo de nuestra contemporaneidad interpretada desde las ideas y las formas políticas —así se titulaba la disciplina universitaria de Díez del Corral— debidamente ancladas en la vida, desde las relaciones internacionales a las manifestaciones estéticas. Sus conclusiones son de un notable pesimismo que se acentúa en la serie de ensayos posteriores reunido bajo el título de

Perspectivas de una Europa Raptada. Sin duda un rapto exterior, cuando sus ciencias y técnicas, separadas de sus raíces históricas, pasan a manos de terceros y también un rapto interior por la vía de la masificación de la sociedad europea y la frivolidad de su pensamiento. Aquí está la clave, afirma nuestro nuevo compañero en el citado *Homenaje*: “la democracia mediática es la forma de gobierno de la sociedad de masas con sus secuelas sociales y económicas, por no hablar de una cultura que tiende a la pura banalidad, eso sí, generalmente elogiada y subvencionada”.

Cuando desde tal balconada, el beneficiario se asoma a la *Ciudad de las Ideas*, objeto de su disertación, la encuentra poblada de intelectuales sin argumentos y políticos sin respuestas, Esto es, la encuentra vacía y el charloteo que en ella resuena e incluso, en ocasiones, atrona, cultiva la retórica de la vaciedad.

Yo comparto el diagnóstico pesimista de nuestro compañero, como comparto la admiración hacia el común maestro tantas veces citado, y aun añadiría un argumento más en apoyo de su tesis. El tema de nuestro tiempo es la oposición entre racionalismo y vitalismo que Ortega se empeñó en superar. Entre la vida, por torrencial inaprensible, esto es, los hechos brutos que, sin categorizar están ciegos, y las categorías, por ajenas a la realidad vacías, propuso categorías a la medida de los hechos, las categorías históricas. Pero un gran sector del pensamiento social contemporáneo ha seguido un camino más fácil que la trabajosa construcción de categorías. Ha renunciado a toda razón, incluida la razón vital, para detenerse, como las aves de corral sobre los granos esparcidos del pienso, en las cosas singulares, desertando de las ideas que el hombre construye sobre las cosas precisamente para dominarlas. En eso consiste gran parte de la versión postmoderna de la cultura. Desde *El Desmembramiento de Orfeo*, propuesto por Hassan, hasta “la vida en fragmentos” de Baumann, pasando por la destrucción intentada por Lyotard, de todo metadiscurso que, por pretender dar un sentido, daba legitimidad. En ello radica lo que nuestro compañero el Prof. Pinillos, en un espléndido libro gestado en esta Casa, consideró *El corazón del laberinto*. Lo demás, el lúdico pastiche de terminología lingüística, marxista y filofreudiana que hubiera estremecido a Saussure, Marx y Freud, mero juego.

Pero este pensar y actuar sobre lo más concreto, capaz de convertir la historiografía en crónicas de pegujal y la geografía en manual de acampada, tiende a transformar al intelectual en gacetillero, incapaz de idear como los filósofos, investigar como los sabios e incluso de argu-

mentar como los sofistas. Se limita a chismorrear sobre lo más actual. Intuyendo tal devenir, Ortega clamaba “O se hace poesía o se hace precisión o se calla uno”. Muchos intelectuales sin argumentos y políticos sin respuestas no dejan de charlar.

¿Y los políticos? ¿Por qué carecen de respuestas? Porque, la frase es del joven Marx, “a nadie ha sido de provecho la ignorancia”. La falta de un pensamiento vivo y a nivel que el tiempo exige, impide ver la novedad de los problemas e intuir y construir las correspondientes soluciones en una sociedad de masas, cada vez mas exigente y atenta, aunque no siempre más inteligente y despierta. En tal situación son muchos los políticos que se aferran a ideas mostrencas del pasado. Y en esa distancia entre los problemas acuciantes y las soluciones inoperantes resurge el pensamiento mágico. El que confía, sin más, en las técnicas de la comunicación sin preocuparse de lo comunicado, el que sustituye las acciones por las palabras, la norma a su cumplimiento y deja espacio para la emergencia de augures e, incluso so capa de tal, de bufones, poderosos porque tienen acceso al desconcertado poderoso.

Pero volvamos al hilo del discurso en cuyo extremo, el elogio de la moderación y el epílogo para españoles, brilla una luz de optimismo que el glosador se complace en destacar. Díez del Corral dedico su primer gran libro al *Liberalismo Doctrinario* y él mismo fue un liberal doctrinario. Los doctrinarios españoles hicieron de esta Casa uno de sus hogares intelectuales predilectos. Baste pensar en los nombres de Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y Cánovas del Castillo y el último de ellos fue el propio Díez del Corral. Me atrevo a pensar que nuestro nuevo compañero también lo es como muestra al propugnar la moderación como forma de vida, alabar el justo medio y rescatar el concepto de clases medias a la altura de nuestro tiempo, para hacerlas fundamento de estabilidad y agente de la política inteligente y moderada.

Los doctrinarios franceses pilotaron la salida del autoritarismo napoleónico hacia la Monarquía parlamentaria; los doctrinarios españoles pilotaron la crisis abierta por la abrupta destrucción del Antiguo Régimen y condujeron a la restauración canovista; Díez del Corral, en plena postguerra, señaló tales ejemplos a los españoles que, en 1978, aun utilizando formulas de la Gloriosa —la Constitución de 1869—, engarzaron con la tradición canovista de compromiso, pacto político y Monarquía constitucional y parlamentaria. En su acendrada defensa de la vigente España constitucional ¿No es ésta la senda que sigue Benigno Pendás?

Con la solidez y brillantez que le es propia, nuestro compañero, postrer adicto a tan ilustre empresa, ha sido fiel al imperativo de Goethe: “Lo que has heredado de tus antepasados, acéptalo y hazlo tuyo” (Fausto I, 1^a). Recibirlo en nombre de esta Real Academia es un placer honroso y por ello damos la bienvenida al Excmo. Sr. Don Benigno Pendás.

